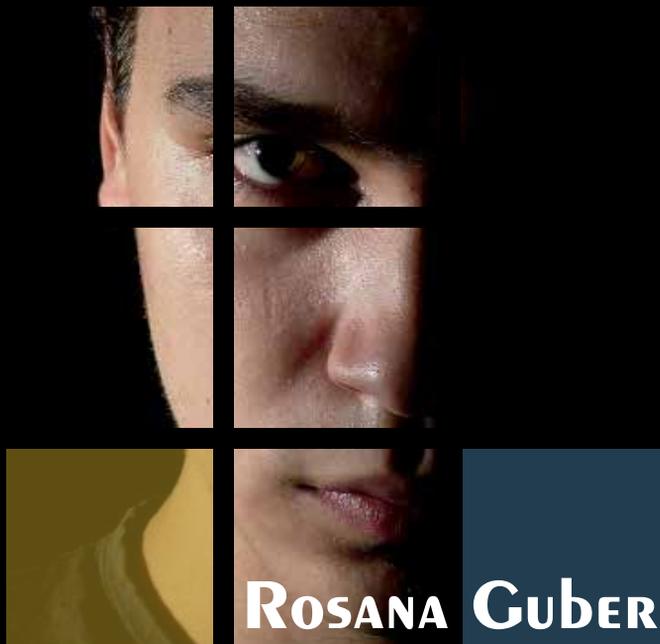


De Chicos a VETERANOS



**NACIÓN y MEMORIAS
de LA GUERRA de MALVINAS**



ROSANA GUBER


COLECCIÓN
LA OTRA VENTANA


Ediciones
Al Margen

ides Centro
de Antropología
Social

DE CHICOS A VETERANOS

NACIÓN y MEMORIAS
de LA GUERRA de MALVINAS

ides Centro
de Antropología
Social

AM
Ediciones
Al Marger

ROSANA GUBER

DE CHICOS A VETERANOS

**NACIÓN y MEMORIAS
de LA GUERRA de MALVINAS**



**COLECCIÓN
LA OTRA VENTANA**

DIRECTORES

ROSANA GUBER y SERGIO EDUARDO VISACOVSKY

Guber, Rosana

De chicos a veteranos : Nación y memorias de la Guerra de Malvinas / Rosana Guber dirigido por Rosana Guber y Sergio Eduardo Visacovsky. - 1a ed. - La Plata : Al Margen, 2009.

226 p. ; 21x15 cm. - (La otra ventana / Rosana Guber)

ISBN 978-987-618-064-1

1. Antropología. I. Guber, Rosana, dir. II. Visacovsky, Sergio Eduardo, dir. III. Título
CDD 301

© Ediciones Al Margen

Calle 16 n° 553

C.P. 1900 - La Plata, Buenos Aires,

Argentina

E-mail: info@edicionesalmargen.com

Página web: www.edicionesalmargen.com

Diseño de tapa e interior: DCV Natalia Ciucci

Primera edición: julio de 2009

ISBN: 978-987-618-064-1

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos reservados. No puede reproducirse ninguna parte de este libro por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado, o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

Índice

Prólogo a la segunda edición	9
Prefacio	13
Introducción	21
I. Continuidades y discontinuidades de un evento extraordinario	23
II. ¿Víctimas, patriotas o inútiles?	27
III. El plan del libro.....	30
Capítulo 1	
Guerreros en las islas, menores en el continente	35
Hijos subalternos.....	39
Muchachos civiles.....	48
Los Padres de Plaza de Mayo	56
Padres adoptivos y sin hijos.....	59
Capítulo 2	
Los chicos de la guerra y el nacimiento de una generación	67
El libro: relatos de una generación de guerra.....	69
La película: las víctimas de la guerra.....	87
Capítulo 3	
Medallas, diplomas y las disputas por la paternidad	97
La primera conmemoración del 2 de abril	100
Una “ceremonia castrense”	105
Ceremonias de duelo militar-religioso.....	110
Padres versus Padres.....	113
Capítulo 4	
Los ex combatientes contra lord Canning y el ejército de ocupación	121
El escenario.....	124
Una ruidosa conmemoración	126
Hermanos	129

Capítulo 5

Desmalvinización: la batalla de la posguerra.....	143
Los usos democráticos de Malvinas	146
Olvido y vergüenza, o memoria y dignidad.....	152
La batalla de la posguerra	157

Capítulo 6

El monumento a los caídos: Malvinas en el continente	169
Un giro político: el Monumento	173
La inauguración de un campo de batalla nacional	179

Capítulo 7

Veteranos de guerra. Envejeciendo en el duelo.....	187
La Otra Inauguración: los Veteranos de Guerra.....	189
Una doble conmemoración	195
Actuando el pasado nacional	209

Conclusiones

La subversión estatal de una identidad nacional.....	221
---	------------

Bibliografía	235
---------------------------	------------

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

¡Parece mentira! No por la reedición a la que gentilmente accediera Ediciones al Margen. Tampoco por el hecho de que Editorial Antropofagia lograra ubicar la primera edición de *De chicos a veteranos* en la Argentina y en el exterior. La sorpresa proviene de otra realización.

Al rondar el cuarto siglo de la guerra por las Malvinas (1982) poco y nada cambió en la situación diplomática y mucho menos en el status de las hoy todavía Falklands. Lo que sí se modificó fue la presencia del tema en la sociedad argentina. Hasta el 2000 Malvinas prácticamente no ocupaba el interés de nuestros intelectuales y permanecía atrincherada en las oficinas de los expertos militares. Acaso *Los chicos de la guerra*, libro y película, y algunas publicaciones de orden histórico o autobiográfico.

De pronto los medios se poblaron de referencias, críticas y notas hablando de literatura académica y de ficción, artes visuales y circunstancias jurídicas. El 2007 no fue una conmemoración más de los 74 días argentinos del archipiélago. Fue, más bien, una tromba de ideas escritas, fotografiadas y filmadas, que se hicieron públicas aprovechando la oportunidad comercial que nos regala la magia del número 25.

No pude menos que ocuparme y preocuparme: ¿cuánta vigencia tendría *De chicos a veteranos*, aquella investigación realizada entre 1994 y 1999, sobre un trabajo de campo etnográfico de 1989 a 1993? Nuevos gobiernos y políticas, nuevos conciertos internacionales, jóvenes de 18 años convertidos en casi abuelos, y una Argentina que, en algunos casos, se revelaba menos prejuiciosa para acometer problemas de investigación que hasta entonces había considerado políticamente incorrectos.

El resultado fue, otra vez, inesperado. Me tranquilicé y luego volví a preocuparme ... pero por su extraordinaria vigencia. *De chicos a veteranos* fue mi intento de describir y comprender qué habíamos hecho los argentinos de nuestra única contienda bélica internacional. En vez de derramarme por todas sus posibles temáticas, lo que mi disciplina micro-sociológica y empírica jamás me autorizaría, me concentré en quienes sirvieron como conscriptos en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur. Hoy los conocemos como veteranos de guerra, pero desde mucho tiempo antes como ex-combatientes y como los chicos de la guerra.

Buena parte de los usos de Malvinas que rondaron el cuarto de siglo, tuvieron a los ex soldados como sus protagonistas, sus objetos o sus blancos. Para citar sólo algunos, la novela de Carlos Gamerro *Las Islas* (Norma), *Cruces*, el libro de fotos de María L. Guembe y Federico G. Lorenz (Edhasa), el maravilloso *Los viajes del Penélope* de Roberto Herrscher (Tusquets), el ensayo político de Vicente Palermo *Sal en las Heridas* (Planeta), los mediométrajes *Locos de la bandera* (Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur), y *Malvinas, veinticinco años de silencio* (Myriam Anguera), y el influyente film de ficción *Iluminados por el Fuego* de Tristán Bauer: todos vieron la luz pública en el prolífico 2007. Como también la vio *Corrientes en Malvinas* (Ediciones al Margen), la recopilación del entonces secretario de derechos humanos de Corrientes, Pablo Vassel, con testimonios de soldados de esa provincia que tomaron acciones legales por malos tratos y abusos de superiores durante su conscripción y en el Teatro de Operaciones.

Hubo seguramente mucha más producción de igual calidad y voluntad creativa. Sin embargo, más allá de los matices, buena parte de las referencias a Malvinas siguió encuadrada en los mismos moldes que había descripto en *De chicos a veteranos*. Los argentinos seguimos edificando nuestra experiencia de aquella guerra internacional desde la mirada interpretativa de una experiencia que aún entendemos como más significativa: la del terrorismo de estado.

En una columna que publiqué (yo también) en 2007, sugería que nuestra memoria de Malvinas estaba montada sobre una paradoja: “una causa históricamente justa para la gran mayoría de los argentinos de entonces, encarnada por un régimen indigno, cruel y antipopular” (*N. Revista de Cultura* 187). Los argentinos de la postguerra habíamos intentado resolverla eliminando el primero de sus términos. Es decir: no la habíamos resuelto. Pensaba entonces y pienso ahora que una guerra es un fenómeno demasiado complejo para liquidarlo en otras experiencias. Es cierto que Malvinas, la guerra y la causa, fue

siempre una poderosa caja de resonancia (y de herramientas) de nuestra política interna, pero ante un conflicto de las proporciones del de 1982, conviene detenerse a pensar qué tiene de específico, de peculiar. El conflicto no fue una mera extensión de la política interna al arena internacional; tuvo su original dinámica y también sus consecuencias. ¿O acaso no fue Malvinas la que empujó al Proceso de Reorganización Nacional a su precipicio final? ¿O acaso no fue su actuación en Malvinas la que permitió dar legitimidad política a algunos militares en desmedro de otros?

“Sin respuestas fáciles y con luz propia, el episodio de Malvinas” podría salir de la niebla, del lugar de *la guerra absurda* que demasiado tenazmente le niega un espacio para ser pensada. Creo que *De chicos a veteranos* fue un intento de restituir ese espacio, y por eso creo que vale la pena reeditarlo.

Buenos Aires, 22 de marzo, 2009

PREFACIO

Allá por 1987 decidí hacer dos cosas: cursar un doctorado en los Estados Unidos y escribir mi tesis doctoral sobre “Malvinas”. Las dos decisiones parecían contradictorias; mi tesis tendría por objeto una guerra protagonizada por la Argentina, mi país, y en la cual los Estados Unidos habían desempeñado el papel de principal aliado del enemigo, Gran Bretaña. ¿Por qué entonces la decisión? Quizás por varias razones. La primera fue creer que el plantel docente que yo eligiera sería respetuoso de mi elección, y no me obligaría a escribir en contra de mis ideas y de mis principios; otra fue saber de antemano que en las bibliotecas norteamericanas accedería a material sobre el conflicto del '82 inexistente o de difícil acceso en la Argentina; la tercera razón fue la necesidad de pensar algunas cuestiones lejos de la Patria, con cierta perspectiva sobre las certezas en las que vivimos cotidianamente; otra razón fue la convicción que cuanto se decía de Malvinas en la Argentina me parecía sesgado y superficial; y por último, saber que aunque la cuestión nacional ha permeado el pensamiento y la acción política de los argentinos, hasta recientemente muy pocos analistas se internaron en ella fuera de los estudios sobre el nacionalismo doctrinario de comienzos del siglo XX.

Dado que mi investigación iba a ser antropológica, esto quería decir que yo tendría que hacer lo que los antropólogos llamamos “trabajo de campo”, y que consiste en realizar entrevistas, observaciones, quizás encuestas. Pero lo más importante de nuestro trabajo de campo es “estar” en un lugar y con su gente, aprender su jerga, entender sus valores, conocer sus perspectivas e identificar qué cosas son importantes para ellos.

Mi decisión estaba tomada pero, más allá del sentido común que compartía con otros argentinos, yo no sabía qué era Malvinas: ¿un fiasco? ¿una aventura absurda? ¿una guerra perdida? ¿unas islas? Tampoco sabía por dónde hacer mi

abordaje: si por cuadros profesionales o por conscriptos; si por la presencia de Malvinas en la escuela primaria o por la política diplomática de reclamo territorial argentino. En verdad, dejé, por así decirlo, que el campo lo fueran armando mis connacionales, mientras yo analizaba qué significaba ese armado y por qué recorría esos caminos. Así, cuando yo comentaba que quería “trabajar sobre Malvinas” o sobre “la memoria de Malvinas”, todos mis conocidos, amigos, colegas, me derivaban en una sola dirección: “-¡Yo conozco a un pibe que fue!”; “-Tengo una amiga que el hijo fue a Malvinas”; “-Al lado de mi casa vive un excombatiente”. Esas respuestas me remitían a hijos, pibes, excombatientes, esto es, a ex soldados que fueron movilizados al sur y que “cruzaron el charco” a Malvinas. Fue ya entonces que decidí centrarme en esta figura que para mí, como argentina, era borrosa y lastimera a la vez. Había visto en el ‘84 la película de Bebe Kamin “Los chicos de la guerra”, y compartía con la perspectiva expuesta allí que “los pobres pibes” eran una víctima más del Proceso de Reorganización Nacional.

Conocerlos me cambió la mirada no sólo sobre ellos sino sobre mí misma y sobre los argentinos, sobre los intelectuales y sobre nuestros lazos y responsabilidades en los avatares de nuestro país. Los ex soldados que conocí fueron muchos y muy distintos entre sí, pero no eran muy diferentes del resto de los argentinos. No eran inherentemente más patriotas ni más “jugados” que mucha gente que conocí y que conozco, incluyendo a mis padres. Eran, sí, una tajada joven que aprendió un sentido de nación y de patriotismo bastante distinto al que aprendemos el resto de los civiles en tiempos de paz... una paz siempre relativa por estas latitudes. Pero su participación en un conflicto armado internacional por el sólo hecho de ser argentinos nacidos en su enorme mayoría en los dos años correspondientes a las clases militares que fueron incorporadas al Teatro de Operaciones del Atlántico Sur, los ponía en una trinchera argentina frente a otra trinchera británica. Su argentinidad tenía el color de Fuerzas Armadas entrenadas para la guerra antiinsurreccional, como en tantos otros países; tenía la forma del objetivo de los proyectiles y de las bombas despedidas por los Sea Harrier y los Vulcan; tenía el sabor de alguna victoria fugaz, y de la retirada de todos los puestos que ocuparon en esos 74 días, de los fusiles entregados al enemigo después de la rendición. Para ellos los “gloriosos símbolos patrios” que los argentinos aprendemos en la escuela desde el siglo XIX, no podían tener el mismo significado. Esos largos y vertiginosos 74 días los ponía bajo un dilema de hierro: ser argentino –no ser peronista, comunista, radical, Montonero– podía significar la muerte... Y para muchos de ellos eso fue lo que finalmente significó...

Empecé a aprender todo esto junto a innumerables “metidas de pata” que resultaban, llamativamente, de mi condición de argentina. Dos de las primeras preguntas que le hice a un ex soldado y a un ex suboficial, fueron flagrantes y ofensivas: —¿Participaste de la invasión? —¿Cuándo los repatriaron? Recibí por respuesta miradas de reprobación y tajantes correcciones: —Nosotros no invadimos Malvinas: ¡las Malvinas son nuestras! —No fue una invasión, fue la recuperación. —No nos repatriaron, ¡nos trajeron al continente! En verdad mi extrañeza con ese lenguaje escondía una serie de certezas acerca de qué había sido Malvinas para los argentinos. La misma impresión tuve tiempo después, ya desde otra postura, cuando les comentaba a conocidos, amigos e interlocutores casuales que mi tema de trabajo era “Malvinas”. Su respuesta era casi unánime: “—¡Ah! ¡Eso fue un absurdo!”, “—Eso fue una barbaridad. Yo sabía que nos iban a pasar por arriba”. “—Yo tengo una tía inglesa y desde el primer momento ella decía que los ingleses no la iban a dejar pasar”. La indignación y la ajenidad estaban, prácticamente, en boca de todos. Incluso cuando varios años después estaba bailando y mi compañero de baile me preguntó sobre qué trabajaba y le contesté “sobre Malvinas”, casi me deja plantada en el medio de la pista gritándome que nadie se acuerda de los civiles marinos bombardeados en los buques mercantes, y que el desastre de Malvinas era una cosa de los milicos. Si a cada una de estas reacciones yo debía ensayar alguna justificación de cierta relevancia general para los argentinos, para encontrarme siempre con el mismo muro de indignación retroactiva, era evidente que Malvinas era cualquier cosa menos una prenda olvidada.

Pero también del otro lado sucedieron reacciones inesperadas. Mis contactos con organizaciones de ex soldados debían pasar por varios filtros hasta que, creo que con pocos elementos y muy buena fe, me consideraran un ser no peligroso. Siempre estaban detectando, y sé que con razón y por experiencia, la llegada de agentes de inteligencia de distintos sectores del Estado Argentino y de las Fuerzas Armadas. Incluso ya transcurrido mi trabajo, llegó el día en que un dirigente de una organización prácticamente me echó de un acto porque estaba convencido que yo era o bien “service” del SIDE o bien una espía de los norteamericanos. En estas reacciones que gracias al proceso político “los argentinos supimos conseguir” y afianzar hasta destruirnos, yo detectaba la misma ajenidad que me había llevado en su momento a preguntar por “la invasión” y por “la repatriación”.

Este libro es el resultado de un aprendizaje sobre cómo esas ajenidades permean nuestros sentidos y usos de la nación, un aprendizaje tramado por diversas rutinas expresadas en palabras y en actos que trasuntan esperanzas,

frustraciones y, sobre todo, la larga duración de un empeinado esfuerzo. Este aprendizaje no se recorre desde definiciones abstractas e impersonales, sino tejiendo una red de interacciones entre hombres y mujeres con voluntad, disposición, dudas, renuencias, temores, ilusiones, metas, deseos, mezquindades, segundas intenciones y ocultamientos.

Así, aún cuando la investigación académica suele depender de la financiación de organizaciones cuyas caras desconocemos, ciertamente las hay en quienes reciben una solicitud, un informe o un pedido de prórroga. Esta investigación en particular partió de la Argentina pero se hizo posible en las aulas del Departamento de Antropología y la biblioteca de la Johns Hopkins University, adonde yo no hubiera llegado sin la beca de la Fundación Fulbright y de esa misma universidad, cuyos profesores de antropología me aceptaron para cursar mi doctorado y jamás cuestionaron mi sentido nacional. Mi primer trabajo de campo de junio a agosto de 1989 fue posible gracias a un subsidio que me concedió el Atlantic Program que, pese a su aparente cometido geoestratégico, coordinaba el historiador africanista David W. Cohen para financiar el trabajo de campo de jóvenes doctorandos de historia y antropología. Para realizar mi trabajo de campo entre 1991 y 1993 conté con mi sueldo de carrera de investigador del CONICET argentino. La Fundación Antorchas ayudó con un subsidio para mi etapa de redacción que, por motivos personales, se dilató más de lo previsto. El director de la fundación Dr. Xavier Martini y la Dra. Diana Ryan supieron comprenderme y por eso les estoy enormemente agradecida.

Mis profesores de antropología, y especialmente Katherine Verdery –especialista en el Este Europeo–, Gillian Feeley-Harnik –en Madagascar–, Michel-Rolph Trouillot y Sidney Mintz –en Puerto Rico, Haití y el Caribe–, me enseñaron a pensar la pertenencia nacional desde otros mundos y realidades tan acuciantes y humanas como la nuestra. Katherine y Gillian fueron mis tutoras y me exigieron iniciativa y creatividad, rigor y claridad, hasta llegar al final. Desde otros puntos de los EE.UU. también colaboraron con mi investigación los profesores Paul Drake, Peter Smith y especialmente Carlos Waisman, de la Universidad de California en San Diego, y Julie Taylor, una antropóloga norteamericana de nacimiento y argentina por adopción, que ha penetrado en nuestra realidad con una lucidez y una sutileza difíciles de igualar.

Agradezco las sugerencias y los comentarios críticos realizados en distintos momentos de la elaboración de este material, por Eduardo P. Archetti,

Elena Arengo, Blas Alberti, Claudia Briones, Emma Cibotti, Lindsay Dubois, Susana Ferrucci, Aníbal Ford, Héctor Jaquet, Ester Kaufman, George Marcus, Guillermo Ruben y Homero Saltalamacchia. Las reuniones mensuales en el taller de etnografía del IDES me sensibilizaron para conceptualizar las mieles y las hieles del trabajo de campo. Agradezco por eso a José Ciotta, Christine Danklemaer, Patricia Durand, Patricia Fasano, Carolina Feito, Iris Fihman, Sabina Frederic, Alejandro Grimson, Andrea Mastrangelo, Norma Micci, Brígida Renoldi, Eugenia Ruiz Bry, Rolando Silla y Virginia Vecchioli.

Mucha gente e instituciones me dieron acceso a archivos de filmación y periodísticos: el equipo de “The Observer”, la agencia de Peter Bate, me permitió usar sus documentales sobre la guerra, mientras filmaba en Buenos Aires en 1991 para la BBC. Miguel Rodríguez Arias y su firma “Las Patas de la Mentira” me ayudaron con su increíble archivo televisivo que él usa para mantener la memoria de los argentinos siempre alerta e informada. Federico Urioste generosamente me prestó los materiales que él usó para su documental *Rule Britannia / Hundan al Belgrano*, estrenado en la Argentina en 1996.

Tuve acceso a los archivos del diario *Clarín* gracias a Ricardo Kirschbaum y a la buena disposición del equipo de archivo que por entonces coordinado por Agustín Maurín. En el diario *La Nación* recibí la ayuda de Liliana Maghenzani y Teresa Avena. Justo Mendoza en Amsterdam, Luis Sartori en Editorial Atlántida y Oscar Anzorena también me dieron parte de sus materiales sobre Malvinas, y el fotógrafo Horacio Villalobo del *Diario Popular* me copió fotos de revistas y diarios, cuando el scanner era aún una rareza. Ricardo Ahe me facilitó su archivo personal y sus interpretaciones sobre el Operativo Cóndor que fue a Malvinas en 1966.

Las sugerencias bibliográficas fueron extensas y constantes. Quisiera destacar las que me concedieron el comodoro Francisco Pío Matassi y el comodoro Antonio Bruno, de la Fuerza Aérea, el Capitán Jorge Errecaborde editor de *Desembarco*, y el Capitán Jorge Colombo de la rama Aeronaval de la Armada. El Dr. Julio M. Luqui Lagleyze, del Instituto Browniano, clarificó numerosos temas de historia militar. José Luis Muñoz Azpiri (h) me dio acceso a la biblioteca que perteneció a su padre, un enamorado y defensor de la causa de Malvinas. Martín Espeche siguió mi proceso de investigación y apuntó algunos enfoques alternativos a la cuestión político-militar.

Tengo una gratitud muy especial para quienes me ayudaron a sentirme en casa en mi trabajo de campo lejos de Buenos Aires. Recuerdo las cálidas bien-

venidas en Corrientes de Alberto y María Silvestri, de Carlos y Marcela Fidel; de Walter Rogido y la familia Rodríguez en Curuzú Cuatiá, de Manuel Giménez y Jorge Rozé en Resistencia; de Diana Milstein y Daniel Fraile en Cipolletti; del ‘Nano’ Balbo en Neuquén y de Nora Garrote y Juan Mangiamelli en Rosario. Cada uno de ellos me ayudó en la logística de mis desplazamientos y reconocimientos.

Mis asistentes de campo en Buenos Aires, Rodolfo Gutiérrez y Elías Prudent, y Victoria Reale en Curuzú Cuatiá, me ayudaron a estar en varios lugares al mismo tiempo. El registro en video de Darío y de Emilio Cartoy Díaz, de T.E.A., y el de mi colega y cineasta Carmen Guarini del grupo documentalista “Cine Ojo”, quien registró las conmemoraciones que analizo en el capítulo 7, me permitieron preservar con gran fidelidad momentos de profunda significación en mi trabajo.

Civiles, oficiales y suboficiales, y sobre todo ex soldados que fueron a Malvinas, hicieron este trabajo posible. Quiero agradecer a los veteranos de guerra de Curuzú Cuatiá, Corrientes, Corzuela, Neuquén, Cipolletti, Quilmes, Berazategui, La Matanza, Buenos Aires Zona Norte, los de “la Bancaria” y de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, así como a los *ex combatientes* de La Plata, Resistencia, Corrientes y los fundadores del primer *Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas* en Buenos Aires. También agradezco a los infantes de ejército y de marina, al personal naval, a los transporteros y cazadores que pude conocer y que me ayudaron a entender la guerra a la par de algunas dimensiones de la cosmovisión militar de la vida, el mundo y la Argentina.

En distintas escalas del proceso de edición manuscrita y electrónica participaron Lorenzo Cañas Bottos, Alfredo Moreno, Karine Gaudry, Matías Sheinig, y mi hermano Sergio Guber. El equipo de trabajo del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) conducido por Getulio E. Steinbach, siempre me respaldó y me ofreció la institución como mi hogar académico. Ester Kaufman, Homero R. Saltalamacchia, Matías Scheinig y Silvina Corbeta me proveyeron de una oficina para la última etapa de la redacción de este trabajo. Elizabeth Birks y Sheila McDermott, Katy Sullivan, Ethel Terreno y Peggy Westwell editaron diversas versiones de mi difícil expresión en inglés del nacionalismo argentino.

Y a los ex soldados que me entregaron su confianza, a veces fugaz y a veces más permanente;

Y a los dirigentes y militantes de las organizaciones de ex combatientes del CECIM-La Plata, CECSEM-Resistencia y Corrientes; Centro de Veteranos de Guerra de Curuzú Cuatiá, Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina;

Y a Miguel Trinidad, Orlando Pascua, Millán, Sergio Gallo, a Zambrino, Francisco Cabrera, Walter Rogido, Sergio Khouri, a Rodríguez, Jorge Klaich, Gustavo Pedemonte, César González Trejo, Héctor Beiroa, a Carrizo, Carlos Giordano, Ángel Gutiérrez, Ramón Pizarro, Guillermo Mono, Roberto Baruzo, Alberto Silvestri, Eduardo Acosta, Ramón Robles, Ramón Pizarro, Ricardo Rojas, Sáez, Casco, Miranda, Roberto Herrscher.

Y a Antonio Bruno, a los Padres Puyelli y Vicente Martínez, Carlos Busser, Carlos Schafarstein, Gandola y Exequiel Martínez.

Pensé en citarlos con nombre y apellido aunque sé que nadie los hará cargo de mis interpretaciones con las cuales probablemente estarán parcial o totalmente en desacuerdo. A todos ellos va mi agradecimiento por su generosidad más entrañable: dejarme entrar en sus historias y modelarlas como yo entendí que debía hacerlo.

Mis amigos y colegas Ana Domínguez Mon, Marta Giorgis, Héctor Jaquet y Sergio Visacovsky me acompañaron en todo el camino con afecto y confianza. Giovanna Rossi y Feli Cardoso me ayudaron en la logística personal de la última parte de mi trabajo. Mi madre Rebeca Cherep siempre estuvo conmigo, desde su increíble esfuerzo por comprender mi tarea sobre una Argentina que la castigó y la desconoció desde la Noche de los Bastones Largos de 1966, cuando la vi llorar por primera vez. Valores suyos como el compromiso, la solidaridad y la pasión por la Argentina, están entretreídos en cada punto y coma de este trabajo.

Muchas cosas suceden en la vida del investigador, y las investigaciones prolongadas como ésta son permeadas constantemente por sucesos difíciles de predecir. Con ellos, pese a ellos y por ellos seguimos adelante, desplegando nuestra humanidad en varias direcciones. Mi papá, José Guber, de quien heredé mis ojos verdes, falleció el 26 de junio de 1995. Mi compañero Daniel Álvarez y su dulce mirada, a quienes conocí y en quienes me sumergí en Curuzú Cuatiá durante mi trabajo de campo, quedarán en mi recuerdo desde que se fueron el 9 de setiembre de 1996. Y el 22 de marzo de 1998 mi hija Sol abrió

sus ojos celestes a este mundo intrincado y absurdo, imprimiéndole alguna razón y suma esperanza para la vida. Este libro se lo dedico a esos seis pares de ojos que guardaré siempre abiertos en mi alma y en mi corazón.

Buenos Aires, Marzo 2003.

INTRODUCCIÓN

“La Guerra de Malvinas”, como llamamos los argentinos al conflicto armado con Gran Bretaña de 1982 en disputa por los archipiélagos sudatlánticos Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur (ingl. *Falklands*, *South Georgias* y *South Sandwich*), fue para la República Argentina un evento excepcional en al menos tres sentidos: fue la única guerra de la cual este país participó como principal contendiente durante el siglo XX; fue la única guerra internacional que involucró a conscriptos civiles; y fue, también, la única coyuntura de su historia moderna que dio lugar a un amplio consenso cívico-militar basado en la pertenencia nacional.

El conflicto tuvo varias consecuencias para la Argentina. Además de los efectos de toda guerra, los aproximadamente 600 muertos--incluyendo a los “desaparecidos en acción”--y XXX heridos, su derrota militar resultó en la pérdida de valioso y abundante material bélico; la interrupción de relaciones diplomáticas con Gran Bretaña y los países del Commonwealth hasta 1989; la dilación *sine die* de las negociaciones sobre la soberanía insular, y quizás su pérdida definitiva; el descrédito político y militar de sus Fuerzas Armadas ante el mundo y ante la sociedad argentina; el retiro del régimen militar del autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” instaurado en 1976, y el llamado a elecciones, hasta entonces no previstas, para octubre del año siguiente, 1983.

A este panorama puede sumarse otro legado político y social de la Guerra de Malvinas que fue probablemente el menos explorado por la literatura y que, desde mi punto de vista, es crucial para comprender diversos aspectos de la sociedad argentina, su práctica política, su relación con el Estado (en particular pero no exclusivamente con las Fuerzas Armadas), y su sentido de integración comunitaria en tanto Nación. Se trata de la conformación de una nueva identidad social definida por su pertenencia nacional, de género, de edad y, fundamentalmente, por su participación directa en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur en el período comprendido entre el 2 de abril y el 14 de

junio de 1982: los ex-soldados de Malvinas, bautizados y auto-denominados simultánea y sucesivamente como “chicos”, “ex-soldados combatientes”, “ex-combatientes” y “veteranos de guerra”.

La presencia de este nuevo sujeto social y político se plasmó no sólo en una denominación pública, sino también en diversas organizaciones de carácter local, provincial, regional y nacional. Fundadas en la reivindicación de la causa territorial de soberanía sobre las Malvinas e Islas del Atlántico Sur, en la propia asistencia al escenario bélico, y en la memoria del conflicto y de sus muertos, los ex-soldados encararon individual y colectivamente el tejido de redes de gestión administrativa, presión política, ayuda mútua y organización ceremonial. Estos varones habían participado del conflicto a la edad de 19 y 20 años en carácter de conscriptos, cumpliendo el servicio militar obligatorio instaurado por el Estado federal en 1901. Procedían prácticamente de todas las provincias argentinas, de parajes inhóspitos y de áreas metropolitanas, de familias profesionales y obreras, de comerciantes y de peones rurales, de ascendencia indígena, europea, asiática, criolla y latinoamericana. Muchos de estos jóvenes eran ya trabajadores, otros eran estudiantes y otros pretendían continuar con la carrera militar; los había empleados y oficinistas, obreros y pastores, labradores y desocupados; algunos ya eran activistas o simpatizantes de los partidos políticos, todavía proscriptos o bajo la veda impuesta por el régimen desde el 24 de marzo de 1976; y aunque es difícil saberlo con precisión es muy probable que una amplia mayoría no ostentara por entonces militancia o formación política alguna.

Estos conscriptos convertidos luego en “ex-soldados” emergieron pues de dos contextos sucesivos y de signos opuestos: el primero, del acuerdo cívico-militar y estatal que duró los 74 días de la “recuperación” territorial, es decir, de la presencia argentina en el archipiélago austral; el segundo, del espíritu más crítico al régimen militar y a las Fuerzas Armadas, desde el momento en que los argentinos en el continente recibieron la noticia de la rendición y se encaminaron a la apertura política.

Es conveniente señalar, empero, que la impopularidad de las Fuerzas Armadas argentinas no sólo resultó de la derrota bélica, la cual venía a sumarse a dos cuestiones de ardua resolución: el difícil cuadro económico de recesión e inflación, y la demanda por el destino de aproximadamente 30.000 argentinos y extranjeros desaparecidos de sus hogares, sus empleos y la vía pública (en general pero no exclusivamente en territorio argentino), por acción de personal de las fuerzas armadas y de seguridad, bajo el vago y frecuentemente implícito cargo de “ejercicio de subversión”. La presencia ausente de lo que desde 1977 se conoció, mundialmente, como “desaparecidos”, era la contracara de la presencia presente de organizaciones humanitarias y, sobre todo, de sus familiares ascendentes directos por vía materna. Las Madres y las Abuelas de Plaza de

Mayo se convirtieron en el sujeto político y moral más conspicuo que legó el Proceso al sistema político que lo sucedería desde el 10 de diciembre de 1983. Madres, Abuelas y otras agrupaciones, todas las cuales suelen ser referidas como “organismos de derechos humanos”, no faltan prácticamente en ninguna literatura sobre el período de la última dictadura argentina, ni tampoco de su período subsiguiente, sobre todo en lo que respecta a los llamados “nuevos movimientos sociales”. Análoga e inversamente, los ex-soldados están ausentes prácticamente de todo este material analítico social y político aunque regresan, una y otra vez en los medios de comunicación, ciertas fechas alusivas y en actos públicos oficiales y no-oficiales.

Este volumen se propone dilucidar las razones y la dinámica que llevaron a esta ausencia no tanto desde la perspectiva de los analistas e intelectuales--cuestión que examinaré brevemente en la segunda sección de esta introducción--, sino desde la múltiple perspectiva de los ex-soldados, otros sectores sociales y políticos, y algunos agentes del Estado argentino. Para ello analizaré el proceso de conformación de “los ex-soldados de Malvinas” como una identidad pública social y política fundada en la nación, la memoria y la generación. Mi propósito es averiguar por qué fue necesario para los ex-soldados y para otros sectores sociales y políticos de la Argentina construir esta identidad en medio de un extendido silencio o acendrada crítica sobre la participación argentina en el conflicto. Mi interés parte de la sospecha de que al generarla, invocarla y, por eso, mantenerla, la figura del “ex-soldado de Malvinas” constituye un vehículo de acceso privilegiado a las formas en que los argentinos concebimos y practicamos nuestro sentido de nacionalidad entendido como los márgenes cívico-estatales dentro de los cuales nos es posible imaginar la integración comunitaria llamada Nación, pese a la divisiones internas, aparentemente irreconciliables de los argentinos. Esta perspectiva, como se verá, no reduce la nacionalidad a sus términos jurídico-políticos, ni tampoco a su orientación político-doctrinaria, como son los nacionalismos. La tesis de este volumen es que el proceso de construcción de la identidad social de los ex-soldados permite visualizar los modos en que los argentinos hemos utilizado el pasado nacional como arena y como arma de lucha política, y a la juventud como su emblema nacional y prenda de redención.

I. CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES DE UN EVENTO EXTRAORDINARIO

El 2 de abril de 1982 la tercera gestión del régimen militar y autoritario autoproclamado *Proceso de Reorganización Nacional* ocupó la capital del archi-

piélago de Malvinas, Port Stanley, intentando recuperar estos territorios reclamados por la Argentina a Gran Bretaña desde 1833. Los reclamos argentinos de las *Islas Malvinas* datan de 1833 cuando una corbeta inglesa expulsó a los habitantes *rioplatenses* (luego argentinos) de las islas e izaron la Union Jack. Para los argentinos, las Malvinas y por extensión las Georgias del Sur y las Sandwich del Sur, son parte de los territorios que las “Provincias Unidas del Río de la Plata”, luego República Argentina, heredaron de España cuando la Argentina declaró su independencia el 9 de julio de 1816. El reclamo argentino de las Malvinas es una demanda por la integridad territorial y se ha planteado ininterrumpidamente desde 1833 (Caillet-Bois 1948, 1957, Del Carril 1986, Destéfani 1982, Ferrer Vieyra 1992, Gamba 1984, Goebel 1950, Muñoz Azpiri 1966, Taiana 1985, Torres Revello 1953).

Desde comienzos del siglo XX, las Islas Malvinas fueron incluídas en la cartografía nacional y, por lo tanto, formaron parte de las lecciones impartidas por la escuela pública. Desde 1930, y con mayor intensidad en los ‘60, historiadores académicos y legos, diplomáticos y escritores, publicaron una serie de libros, artículos y revistas sobre los derechos argentinos al archipiélago CITAS; alumnos de escuela, reconocidos folkloristas y escritores escribieron poesías y canciones en honor a una tierra que ni ellos ni sus padres o abuelos habían conocido jamás CITAS. Cada tanto, alguna embarcación o avión llegaba “accidentalmente” a las islas, amarraba o aterrizaba en Port Stanley, y era enviado de vuelta al continente, bajo protesta del gobernador británico (Guber 2000b). En 1982, esos sueños de soberanía parecían volverse realidad.

Sin embargo, la decisión militar tomó a los argentinos por sorpresa: era la primera operación en el siglo XX llevada a cabo por el Estado en un teatro internacional contra otro estado nacional. Tras la toma militar, la Junta deportó a las autoridades británicas a la República Oriental del Uruguay, designó a un gobernador militar, rebautizó a la capital isleña como “Puerto Argentino”, y estableció fuerzas terrestres, marítimas y aéreas. En menos de un mes, los argentinos y la población isleña fueron testigos del arribo de la Fuerza de Tareas Británica o Task Force.

20.000 hombres, y una flota de más de 100 unidades, del lado británico, viajaron 14.816 kilómetros para recuperar 11.718 kilómetros cuadrados¹ habitados por 1.800 personas conocidas como “kelpers” (Foulkes 1983) que hasta entonces ostentaban una ciudadanía británica de segunda categoría. Del lado argentino, 13.000 hombres junto a la Flota de guerra y a la aviación (Middlebrook 1990:63) fueron enviados para defender la presencia argentina en este pequeño

¹ Slightly larger than the island or, following the comparison usually employed in Argentine geography textbooks, equivalent to half the territory of Tucumán, the smallest Argentine province (Cura and Bustinza 1970; Destéfani 1982).

territorio insular helado durante ocho meses por año y barrido por vientos de hasta 130 kilómetros por hora (Cura y Bustinza 1970, Destefani 1982, Ejército Argentino 1983). El 1 de mayo comenzó la guerra con el primer combate aéreo y los bombardeos de hostigamiento británico a las posiciones argentinas. El 21 de mayo marines y paracaidistas británicos desembarcaron en la Bahía de San Carlos, sobre el estrecho que separa a las dos islas mayores, Soledad (East Falkland) y Gran Malvina (West Falkland). Tras sucesivas y sangrientas batallas en su avance hacia la capital, las tropas británicas forzaron a las argentinas a la rendición que se produjo el 14 de junio. Los prisioneros--todo el contingente argentino--fueron enviados al continente bajo la supervisión de la Cruz Roja, y la Union Jack fue izada nuevamente (Belgrano Action Group 1988, Busser 1987a, 1987b, Costa 1988, Freedman 1982, 1988, Freedman y Gamba 1990, Hastings y Jenkins 1984, Latin American Newsletters 1983, Middlebrook 1989, Woodward y Robinson 1992, Woodward y Moore 1983).

Una elevada proporción de las fuerzas argentinas, variable según la fuerza y el arma—aproximadamente 65 % del ejército y la infantería de marina; 40 % de la marina de guerra; 20% de la fuerza aérea y de las ramas de aviación de la marina y del ejército—eran concriptos civiles. Pertenecían a “clases” militares a las que se identifica por el año de nacimiento de sus miembros. Para fines de marzo de 1982, “los clase 62” habían terminado su servicio y la mayoría había obtenido la baja. “Los clase 63”, en cambio, acababan de ser alistados y estaban atravesando sus tres meses de instrucción. Así, la mayoría de los reclutas tenía entre 19 y 20 años; sólo unos pocos pertenecían a clases anteriores por haber solicitado prórroga².

2 Aunque el número exacto de concriptos llevados al Teatro de Operaciones varía según las fuentes, las cifras oficiales afirman que “el cuerpo total de fuerzas armadas en Malvinas”, es decir, cuadros profesionales y concriptos llegó a aproximadamente 12,400 hombres, de los cuales 10,000 pertenecían al Ejército, 2,000 a la Armada y 400 a la Fuerza Aérea (Moro 1985:156). La proporción de soldados civiles variaba según cada fuerza y arma. En el Ejército oscilaron entre el 60% y el 70% (Ejército Argentino 1983); El Batallón de Infantería de Marina 5 (BIM 5) incluyó un 70% de reclutas (Scheina 1983b:115); los soldados en el personal de buques era inferior: en el Crucero ARA (Armada de la República Argentina) General Belgrano sumaban un 37 % (408 de un total de 1093; Bonzo 1992); en la Fuerza Aérea y en la Aviación del Ejército y la Armada la proporción era aún inferior.

Estos porcentajes son consistentes con los que corresponden a los soldados caídos por fuerza y arma, durante las operaciones:

	Total de muertos	Soldados muertos	%
Ejército	186	138	74
Armada	394a	167	42
Fuerza Aérea	55	5	9
Crucero Gral. Belgrano	323	102	30

a) Bonzo 1992:343. / b) Moro 1985

Durante los 74 días del conflicto, las relaciones del gobierno argentino, los partidos políticos y la población, cambiaron abruptamente. Ya antes de la guerra, el *Proceso* era sumamente impopular: el 30 de marzo una extensa movilización por “Pan y Trabajo”, convocada y dirigida por la poderosa *Confederación General del Trabajo* (CGT) y respaldada por los principales partidos políticos, fue duramente reprimida por fuerzas policiales y militares. Sin embargo, ni bien las operaciones sudatlánticas alcanzaron estado público, el PRN ganó un vasto apoyo y argentinos de diversas tendencias políticas y sectores sociales prestaron su consenso a la defensa de la causa de soberanía; en no pocos casos ese consenso podía traducirse en el apoyo a las Fuerzas Armadas a las que se visualizaba, ahora sí, como dedicadas a su verdadera misión: custodiar la soberanía. El apoyo popular, evidenciado en los actos públicos y masivos promovidos por el gobierno y por asociaciones civiles, comenzó el 2 de abril y duró hasta el mismo día de la rendición³ (Guber 2001). Los desaparecidos entre 1976 y 1980, el vasto número de exiliados, la constante vigilancia y represión de la población, la inflación y la recesión económica, parecían ocupar ahora un segundo plano. Más aún, los generales argentinos, acérrimos anti-comunistas aliados de Ronald Reagan en la política anti-sandinista en Centro América, se enfrentaban ahora a la OTAN y se acercaban peligrosamente al Movimiento de No Alineados y al bloque del este europeo dominado por la Unión Soviética (CITA).

Un cambio de clima, nuevamente abrupto, tuvo lugar ante la noticia de la rendición argentina. Las calles se poblaron de manifestantes que vociferaban contra el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y principal adláter de “la recuperación” insular, el General Leopoldo F. Galtieri. La reacción se sintetizó en una consigna que lo tenía como blanco principal: “Galtieri, borracho, mastate a los muchachos”. Desde entonces la Guerra de Malvinas se transformó

Bonzo sostiene que la Marina tuvo 375 muertos (Bonzo 1992:343). El historiador militar británico Martin Middlebrook (1989), calcula que las muertes argentinas fueron: 399 en la Marina (incluyendo un 30 % de conscriptos (103)), 199 en el Ejército (de los cuales el 74 % (148) eran conscriptos), 55 en la Fuerza Aérea (con un 11 % de conscriptos muertos (6)) y 35 en la Infantería de Marina (con un 88 % de conscriptos fallecidos (31)). En sus guarismos, Middlebrook ratifica las proporciones incluso de manera más marcada.

Como se infiere de estas cifras, los conscriptos jugaron papeles bien distintos en el Sur; como enseñan los manuales de guerra, la guerra de infantería es muy diferente de la que encara la artillería, y la de los infantes de marina, de la de la tripulación de buques. Por eso, las cifras también muestran que aquellos jóvenes civiles se convirtieron en soldados en una institución altamente estructurada y segmentada. Hasta cierto punto, la supervivencia y la experiencia bélica de los soldados dependía de la institución militar y del arma en la cual fueron enrolados.

3 Desde que terminó la guerra, este apoyo suele ser negado en términos individuales, diciendo “Yo no lo apoyé”, “Yo sabía que era una locura”. Sin embargo, cada hablante alude indefectiblemente al mar de consenso que rodeaba su posición personal.

en pasado, pero lejos del olvido, se convirtió en un nuevo campo de batalla con final abierto. Parte de este campo ya no insular sino continental, se pobló con personajes que fueron apareciendo en los medios, y en menor medida en la literatura analítica: uno de ellos fueron los “ex-soldados”.

II. ¿VÍCTIMAS, PATRIOTAS O INÚTILES?

La literatura suele presentar a los conscriptos en varios formatos que pueden sintetizarse en tres: como protagonistas no entrenados del evento bélico y, por lo tanto, como voces no autorizadas sobre lo sucedido en el sur; como retrato del patriotismo de los argentinos; y como víctimas del autoritarismo del PRN.

Las revistas militares especializadas en combate terrestre, marítimo y aéreo, y en táctica y estrategia⁴ hablan de ellos para señalar el gran número de jóvenes inmaduros, inexpertos y sin conducción que sucumbieron ante los británicos. Analistas británicos y norteamericanos, y muy pocos argentinos, toman a los conscriptos como ejemplo de un ejército no profesional y como víctimas de deficientes condiciones de organización y logística de sus conductores (Bilton y Kosminsky 1989/1991; Burns 1987; Costa 1988; Hastings y Jenkins 1984; Kinzer Stewart 1988; Middlebrook 1989).

En la Argentina se observan las otras dos tendencias. Una, protagonizada especial pero no exclusivamente por autores militares, y defensora de la iniciativa del PRN por la “recuperación”, aplica los testimonios y anécdotas de los ex-soldados para ilustrar batallas y situaciones del campo y, también, para destacar la bravura del pueblo argentino (Balza 1989; Carballo 1984; Farinella 1985; Kasanzew 1982; Túrolo 1982/1985).

Otra, la que ha ganado mayor consenso en círculos militares y políticos en la postguerra, cita a los ex-soldados para puntualizar las deficiencias, abusos y obsecuencias de la comandancia argentina en una relación de dominación absoluta y unilateral (Costa 1988 CITAS). Esta perspectiva encuadra a los conscriptos en un marco interpretativo más general sobre la guerra y el apoyo popular a la causa nacional como efectos de la manipulación política de los comandantes. Sus autores entienden que la sociedad civil, y por lo tanto los conscriptos y sus padres, no eran actores con decisión política sino que integraban una masa homogénea e ingenua subordinada a una devoción nacional irra-

4 Ver US Naval Institute Proceedings, Army Quarterly and Defence Journal, Field Artillery Journal, RUSI, Aerospace, Survival, Naval War College Review, Defence Update International, Marine Corps Gazette, Army, Aerospace Historian, Strategic Review, Asian Defence Journal, Pacific Defence Reporter.

cional. El conflicto del Atlántico Sur es degradado--simplificadamente--a una “guerra absurda”, una “aventura” y un “fiasco”, al fusionar la reivindicación territorial de Malvinas con el conflicto bélico, y a ambos con los objetivos del régimen. Malvinas aparece entonces como un hecho extraordinario resultante de las decisiones de generales y almirantes genocidas, mientras el pueblo y la sociedad política son presentados sea como víctimas del engaño, la propaganda y la coerción, sea como cómplices del autoritarismo. Los conscriptos, entonces, emergen como víctimas de un régimen omnívoro que actuaba en nombre de la Patria mientras explotaba y oprimía cruelmente al pueblo.

Esta línea de argumentación, usualmente formulada más en términos morales que de investigación empírica, presenta algunos puntos oscuros y de difícil resolución. O bien releva de toda responsabilidad en la empresa bélica a civiles y políticos (como puras “víctimas de la manipulación”), o bien los demoniza como si fueran una y la misma cosa que los comandantes. Ni de un modo ni de otro se reconocen las complejidades que condujeron a muy distintos sectores a converger en acuerdos históricos y culturales como los usos de la nación que se plasmaron en 1982. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que la misma gente que hasta el 13 de junio donaba sus bienes y trabajo para los soldados en el frente, reaccionara repentinamente con virulencia temeraria contra sus manipuladores sólo un día después? Respuestas que apelan al “amor propio herido por la derrota” o al “exitismo de los argentinos”, incurren en gruesas simplificaciones que son desmentidas una y otra vez por los estudios sobre los modos en que se recuerda una guerra. Dichos estudios muestran que esas simplificaciones confirman las premisas de lo que supuestamente pretenden combatir.

Las dos guerras “mundiales”, por ejemplo, han sido consagradas por los analistas como la conflagración entre estados nacionales de Occidente, con algunos agregados como Rusia/Unión Soviética y Japón. En esta “memorias consagradas”, como siempre, se despliegan palabras y silencios que contribuyen a sustentar la imagen de que quienes se enfrentan en una guerra son Naciones y Estados Nacionales, no cuerpos y personas, no hombres y mujeres, no miembros de minorías culturales, raciales, religiosas, o habitantes de las regiones. La reificación o personalización de los estados y las naciones es, en efecto, una de las mayores contribuciones de las guerras modernas a la consolidación y naturalización de las naciones. Entre tanto, todo aquello que no pueda interpretarse como la “voz oficial” de los poderes en guerra se considera “contexto”, “telón de fondo”, “teatro bélico” o “masa”. Esta perspectiva debe su longevidad al hecho crucial de que en una guerra de mata o se muere; el ángulo dualista del todo o nada invade toda interpretación y el conflicto aparece como efectivamente polarizado por las fuerzas (estatales) en pugna. Sin embargo, esta visión no sólo confirma la mirada nacionalista de la guerra; ignora, además, la enor-

me complejidad que hace a una guerra posible, permitiendo digerir el evento bélico como si en sus bandos y trincheras habitaran los pequeños miembros de un organismo mayor, el estado nación. El estado nación se naturaliza así, como un ser biológico sin más opción que la muerte, presentándose la guerra internacional como su única forma de salvación. En suma, reducir la historia bélica a la confrontación entre estados nacionales y decisiones individuales de sus cúpulas políticas, castrenses, etc., es una simplificación belicista y antipopular, que además no tiene correlato en la realidad. Sobran los ejemplos—ciertamente silenciados—sobre sectores sociales que han colaborado con el “enemigo de la nación” para resistir la opresión del propio estado. Sobran los ejemplos de los grupos e individuos que traspasan las filas según convenga no a sus intereses “patrióticos” sino materiales (Lagleyze). Leer estos ejemplos como anti-patrióticos o inmorales cabe dentro de la reflexión filosófica, no de la investigación social. El patriotismo, como todo sentido de pertenencia, se construye y cuestiona, se ratifica y rectifica de manera constante. Por eso, tanto su ostentosa presencia como su vergonzante ausencia deben ser materia de análisis empírico, más que de ponderación moral.

En suma, las perspectivas críticas sobre Malvinas no se interrogan en qué consistió el extraordinario acuerdo entre la sociedad civil, la sociedad política y el estado militar, dónde residía el misterioso poder convocante de aquella “causa nacional” porrecuperar un archipiélago “que en la mente del argentino y británico promedio no tenía valor práctico en término de recursos o estrategia, que se correspondiera a la escala del conflicto” (Taylor 1988:229, mi traducción). En forma análoga, quienes destacan el patriotismo argentino tampoco problematizan estas cuestiones, pues todo parece resolverse en un sentimiento unánime que, sin matices, corresponde a la esencia de los argentinos por el mero hecho de haber nacido en este país. Desde esta postura, los cambios abruptos del ánimo patriótico después de Malvinas tampoco pueden explicarse sino a través de calificativos como “oportunismo”, “exitismo” y “víctima de la propaganda anti-militar o anti-argentina”.

Ambos enfoques—pro- y anti-Malvinas, pro-patriotismo y pro-manipulación—son, además, cuestionados por las pocas autobiografías de ex-soldados que llegaron a publicarse. Sus narraciones no proclaman el gesto heroico y patriótico, pero están lejos de la ignorancia y la obsecuencia. Sus autores suelen presentar escenas y trayectorias atravesadas por el dilema, la contradicción y la paradoja de una guerra que sólo una pequeña porción de argentinos vivió de manera directa (e.g, Kon 1982, Terzano 1985, Esteban y Romero Borri 1993). En esta línea, las interpretaciones usuales sobre la presencia de los soldados en el campo sudatlántico pierden de vista el hecho fundamental de que dicha presencia fue la concreción de un acuerdo básico, y bastante naturalizado, de

incluir a un extenso grupo de civiles “bajo bandera” como “soldados”, o como “carne de cañón”, o como “camaradas”, o como testigos de la performance de sus Fuerzas Armadas ya no en una guerra antiinsurreccional, sino confrontando una fuerza regular de primer orden. 1982 fue la única instancia de la moderna Argentina en que el consenso público y prácticamente incuestionado sobre el casi centenario servicio militar obligatorio se plasmó concretamente en la incorporación de civiles a un campo de batalla internacional. Que los conscriptos fueran, pues, a una guerra no era en la época un exabrupto inaceptable. Si se leía como una extensión de la lógica por la que cada año se entregaba un hijo al dominio militar para prepararlo para defender a la Patria, y más aún, para “recuperar las Islas Malvinas”, entonces el momento había llegado.

Este libro muestra que las formas en que los argentinos de sectores y orientaciones diversas se encontraron con el legado de Malvinas, es decir, sus trabajos sobre la memoria de su única guerra internacional, profundizaron la misma lógica del acuerdo que la había hecho posible. La punta visible del gigantesco témpano que podríamos llamar “la paradójica integración nacionalitaria de los argentinos” fue, precisamente, las identidades que fuimos asignando y que se asignaron los ex-soldados que participaron en las operaciones armadas del Atlántico Sur.

III. El plan del libro

Este volumen está organizado en ocho capítulos que muestran cómo conceptualizaron los hechos de Malvinas en la construcción de la identidad de los ex-soldados, ciertos sectores de la sociedad y la política argentinas durante la llamada “transición democrática” iniciada a mediados de 1982, y la consolidación del régimen en la década siguiente. Por lo tanto, estas páginas comprenden el último gobierno del PRN (1982-83) y las dos administraciones democráticas que le siguieron—la del presidente *Radical* Raúl Alfonsín (1983-89) y la del primer período presidencial del *Justicialista* Carlos S. Menem (1989-95). Los capítulos siguen un orden cronológico por dos razones: primero, porque el proceso de construcción de la identidad de los ex-soldados fue secuencial en un pasaje, como se señala en el título, “de *chicos* a *veteranos*”; y segundo, porque este proceso influyó en, y estuvo influenciado por la creación de un espacio común de conmemoración de la guerra de Malvinas en la Capital Federal argentina, donde se dieron cita diversos sectores para debatir y disputar las definiciones del pasado bélico, del destino de la nación y de la identidad de los ex-soldados.

Los capítulos 1 y 2 tratan sobre el lugar social que los militares, la población, los parientes de los soldados sobrevivientes y muertos, y los mismos ex-soldados comenzaron a construir para aquellos jóvenes civiles ni bien llegaron de las islas. Estas elaboraciones corresponden a las memorias de Malvinas del primer período de postguerra. El capítulo 1 (“Guerreros en las islas, menores en el continente”) señala que los militares y los civiles le asignaron a los ex-soldados un status de menores, sea como subalternos o como hijos adolescentes que merecían un trato especial de parte del estado y la sociedad, en compensación por haber estado en Malvinas. A través del análisis de los dichos, las iniciativas y las acciones con respecto a los ex-soldados, de civiles y militares en este período, muestro que los argentinos transformaron su perplejidad inicial en intentos variados de recrear sus lazos de filiación con aquellos jóvenes varones que eran presentados en forma ambigua, ni como militares ni como civiles, ni como menores ni como adultos. También muestro que esta posición le permitió a los argentinos exponer sus propias posiciones con respecto a la nación argentina y al conflicto de Malvinas.

El capítulo 2 (“*Los chicos de la guerra* y el nacimiento de una generación”) analiza dos obras pertenecientes a dos jóvenes intelectuales, un periodista y un director de cine. El libro de Daniel Kon, publicado en 1982, y el film de Bebe Kamin, lanzado en 1984, comparten el mismo título, *Los chicos de la guerra* retomando la expresión que los argentinos adoptaron en su lenguaje corriente para referirse a los conscriptos que marcharon a Malvinas. Tanto el libro como la película expresan una perspectiva crítica al autoritarismo, vastamente compartida por amplios sectores de la clase media y de los intelectuales, y también por buena parte de la juventud argentina politizada de entonces. En efecto, libro y film estaban basados en los testimonios de los ex-soldados a su regreso del sur, sus primeras reflexiones sobre la guerra, las Fuerzas Armadas, sus superiores, sus camaradas, la fuerza de tareas británica, sus padres y la sociedad argentina, el regreso y la batalla de postguerra contra la trivialidad, la apatía y el olvido. A través de las visiones críticas de la juventud—ex-soldados e intelectuales periodista y cineasta—sobre la sociedad, la política y el estado, este capítulo analiza la reacción de los ex-soldados a la memoria que los argentinos elaboraron sobre la Guerra de Malvinas. Esa reacción consiste en presentarse a sí mismos como jóvenes varones pertenecientes a una generación auto-contenida y auto-referenciada.

Los capítulos 3 y 4 tratan de las conmemoraciones públicas del primer aniversario de la “recuperación” de las islas. Analizaré allí cómo los “mayores de Malvinas”—militares y civiles—y los jóvenes—las juventudes políticas y los ex-soldados—actuaron la incorporación de los ex-conscriptos a la sociedad y a la política a través de la filiación y la generación, respectivamente.

Mostraré entonces que estas dos avenidas conllevaban distintas memorias sobre la guerra y también, diferentes articulaciones entre el pasado y el presente de la nación.

En el capítulo 3 (“Las condecoraciones: disputas políticas por el parentesco”) analizo las formas en que las ceremonias oficiales y semi-oficiales enfrentaron las contradicciones de recordar una reivindicación nacional y una derrota de la Argentina, mientras construían un lugar social para los ex-soldados, vivos y muertos, y le daban sentido al pasado malvinero. Describo con mayor detalle las ceremonias de condecoración a los muertos, los heridos y los protagonistas de acciones destacadas en combate, en algunas unidades de las Fuerzas Armadas. Estas ceremonias muestran la transformación de un evento nacional en parte de un pasado controversial, donde los mayores se disputaban el sentido del conflicto anglo-argentino, poniendo en juego la paternidad sobre los muertos, los jóvenes sobrevivientes, y la causa nacional de Malvinas.

El capítulo 4 (“La guerra de los *ex-combatientes* contra Lord Canning y el ejército de ocupación”) se centra en el acto llevado a cabo conjuntamente por las organizaciones de ex-soldados, los *Centros de Ex-Soldados Combatientes de Malvinas*, y las ramas juveniles de los partidos políticos populares. La identidad de los ex-soldados como *ex-soldados combatientes de Malvinas* se despliega tanto en las expresiones y el clima del encuentro, como en el sitio elegido para la ceremonia, la *ex-Plaza Britannia*, luego *Plaza Fuerza Aérea Argentina*, en un espacio céntrico de la ciudad de Buenos Aires. Aquí considero a la ceremonia como una instancia donde los ex-soldados y otros jóvenes despliegan la identidad de los ex-soldados como una generación de jóvenes, y como representantes de una comunidad de soberanía política igualitaria y joven.

El capítulo 5 (“Desmalvinización, olvido y la guerra de la postguerra”) trata sobre la perspectiva de los ex-soldados sobre su propio proceso de construcción identitaria. La misma se plantea dilemáticamente como fundada en un reclamo territorial legítimo llevado a cabo por un gobierno ilegítimo y sangriento, y por el emp rendimiento más discutible de las Fuerzas Armadas en un conflicto regular contra fuerzas de otra nación. Este capítulo muestra que los ex-soldados transformaron un hecho de alcance y sentido nacional ocurrido en el pasado, en el eje de su identidad presentada como “memoria”, y a sí mismos en guardianes de la memoria de los argentinos sobre Malvinas y la Nación Argentina. La identidad de los ex-combatientes se plantea, entonces, como reacción contra los usos argentinos de la memoria y el olvido como medios de lucha política que, en el caso de la guerra de 1982, toma el nombre de “desmalvinización”.

Los capítulos 6 y 7 reúnen a la mayoría de los actores de Malvinas en el mismo sitio y ocasión conmemorativa en 1990 y 1991. Aquí muestro los sentidos

que civiles, agentes del Estado Nacional y las Fuerzas Armadas asignan a la nación, al conflicto internacional, y a la imagen de los ex-soldados, a través de la memoria urbana, las conmemoraciones y la identidad social, a una década de la guerra.

El capítulo 6 (“*El Monumento a los Caídos: Malvinas en el continente*”) analiza los debates que rodearon al levantamiento del monumento a los caídos en el Atlántico Sur, en el centro porteño de Buenos Aires. Esos debates muestran las formas en que el gobierno nacional, municipal, la oposición y las asociaciones civiles, buscaban recordar la guerra. El capítulo también presenta la ceremonia inaugural del Presidente Menem en junio de 1990, mostrando las formas en que el Poder Ejecutivo, las Fuerzas Armadas y algunas organizaciones de ex-soldados actuaron la memoria de Malvinas en el área del monumento.

El capítulo 7 (“*Veteranos de guerra. Envejecer en el campo de batalla*”) introduce la principal división del movimiento de ex-soldados y da cuenta de sus diversas perspectivas sobre la guerra y la nación. Luego analizo las ceremonias que tuvieron lugar en el monumento durante el noveno aniversario de la recuperación. Por primera vez desde 1982 se dispone de un espacio público reconocido donde conmemorar Malvinas y el 2 de abril. Pero este capítulo muestra que, en vez de convertirse éste en un territorio común para recordar a los muertos, según la intención de su erección como cenotafio, el monumento se constituyó en un arena donde actuar luchas políticas del pasado y, en continuidad con lo presentado en los capítulos anteriores, que el pasado no sólo corresponde al conflicto sudatlántico. El monumento se transforma, así, en el escenario donde se expresan definiciones contendientes de la nación a través de memorias opuestas de la Guerra de Malvinas y también de la identidad de los ex-soldados. Para mostrar esto analizo dos actos que se realizaron en la tarde del 2 de abril de 1991, uno conducido por el Circulo de Oficiales Retirados de las Fuerzas Armadas, y el otro por una organización de “veteranos de guerra”. En las dos ceremonias, Malvinas se revela como un conflicto entre argentinos, los ex-soldados como un movimiento dividido, y un evento nacional como un pasado partidario. En el período de diez años que cubre este libro, los “chicos de Malvinas” se han transformado en mayores (veteranos) dispuestos a ganar legitimidad política, y así convertirse en la máxima autoridad moral de la nación. Sin embargo, y contra sus intenciones, la sociedad, el estado y las Fuerzas Armadas, los consideran como sujetos nacionales que deben mantenerse al margen de un dudoso pasado político.

Finalmente, en las conclusiones comparo el proceso político argentino con el del Cono Sur y reflexiono acerca de las formas en que los argentinos hemos enfrentado la continuidad y la discontinuidad en nuestra cotidianidad social y política, especialmente en cuanto a los sentimientos de pertenencia nacio-

nal. Al respecto muestro que la identidad de los ex-soldados se plantea como un actor liminal exhibiendo definiciones contra-oficiales de nacionalidad, con dos importantes efectos: por un lado, permite ocultar el involucramiento de la sociedad civil en el fervor por una causa emprendida y concretada por el autoritario PRN; por otro lado, oscurece los usos políticos de la nación y las memorias del pasado nacional, asegurando la continuidad del autoritarismo en la democracia.

Capítulo 1

GUERREROS EN LAS ISLAS, MENORES EN EL CONTINENTE¹

¹ Parte de las secciones I y II de este capítulo ha sido publicada en Guber 2001a.

14 de junio de 1982. Final de la única guerra internacional protagonizada por la Argentina en el siglo XX. La única derrota, según los manuales escolares, de la historia nacional. Demasiadas incógnitas para resolver, ahora, en el frente interno: por lo pronto, el destino de las tropas, del gobierno y del régimen de las Fuerzas Armadas. Y la reacción de los argentinos desde el Estado y la sociedad civil fue similar a la de coyunturas previas y bastante próximas.

En la tarde del 14 de junio de 1982, poco después de que el presidente General Galtieri leyera un comunicado a sus compatriotas afirmando que “Las operaciones del Atlántico Sur han llegado a su fin”, transeúntes civiles comenzaron a reunirse en la Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo, en demostraciones espontáneas de descontento. Los manifestantes gritaban “*Galtieri, borracho, mataste a los muchachos*”. Cuatro días después, el 18 de junio, la tercera junta del PRN integrada por los comandantes de las operaciones sudatlánticas de tierra, mar y aire, Galtieri, el almirante Isaac Anaya y el Brigadier General Basilio Lami Dozo, fue reemplazada por un presidente militar, el General retirado Reynaldo Bignone quien, con el Estado Mayor Conjunto, se abocaron a reordenar el Estado militar y a planificar la retirada del Proceso de Reorganización Nacional. Las elecciones generales tendrían lugar el 30 de octubre de 1983, y el cambio de mando el 10 de diciembre de ese mismo año. La apertura democrática que Galtieri había negado cuando comenzaron las hostilidades con Gran Bretaña (desde las esferas oficiales se decía: *Las urnas están bien guardadas*) era ahora veloz e inminente.

No era la primera vez que un gobierno militar y supuestamente refundador de la política y la sociedad, se retiraba del poder en medio de la impopularidad y el vacío político. Así había ocurrido en 1973 con el advenimiento del peronismo. Y sin embargo, en esa oportunidad el ciclo democrático había culminado, también estrepitosamente, en 1975-1976. Los argentinos tenían buenas razones para tener pocas expectativas en los cambios en el Poder Ejecutivo y en el régimen político pues las crisis, siempre rápidas y sin explicación, no habían garantizado cambios reales y duraderos. Entre 1930 y 1983 Argentina fue escenario de seis golpes de Estado. Crisis y escepticismo se yuxtaponían

en 1982 mientras el advenimiento de la democracia se vivía de un modo tan disruptivo como un golpe militar.

Pero la coyuntura de 1982 difería de las anteriores en al menos dos aspectos: la decisión oficial de iniciar la apertura no se debió a presiones de la oposición política ni resultó de una rebelión popular, sino de la decisión de la dirigencia de las Fuerzas Armadas. La dinámica interna de esta decisión ha recibido poca atención de parte de la profusa literatura sobre la transición democrática argentina. El segundo aspecto que condujo a la apertura fue, sin duda, la derrota de Malvinas, esta vez por exclusiva responsabilidad militar. Probablemente el arribo de las tropas, integradas por profesionales y conscriptos, a sus guarniciones y bases haya contribuido a este giro político.

La llegada de los sucesivos contingentes castrenses a los puertos patagónicos entre el 14 de junio y el 14 de julio de 1982, a bordo del HMS Canberra y el HMS Norland, incluía a un gran número de hombres de 19 y 20 años que habían realizado su conscripción, y que en parte estaban por obtener la baja. Pero su destino difería del de otras clases militares anteriores pues, en este caso, sus vidas como civiles ya no serían las mismas, como tampoco las de sus parientes y vecinos. Ciertamente, la situación era similar para los oficiales y suboficiales que regresaban a sus unidades y se encontraban con personal militar que no había participado directamente en el conflicto.

Sin embargo, los jóvenes conscriptos que pronto se convertirían en “ex conscriptos”, eran los actores más novedosos del drama malvinero y argentino. Hasta el 14 de junio, la figura del “ex combatiente” o el “veterano de guerra” era inexistente. Sólo los extranjeros –los paraguayos de la guerra del Chaco (1932-36) o los croatas, alemanes, italianos, franceses, ingleses y rusos, veteranos de la Segunda Guerra Mundial– habían traído sus guerras junto a su emigración. Ahora correspondía a los argentinos, y particularmente al Estado, resolver qué hacer con estos soldados “nativos”, quiénes serían sus responsables, cómo se cubrirían sus necesidades físicas y espirituales, y cómo reestablecer, de ser posible, la “vida normal”.

Los argentinos afrontaban la evidencia de la continuidad nacional –hombres jóvenes que habían ido y regresado– en medio de la discontinuidad política –el final de la guerra y también del régimen. Otra vez los civiles y un nuevo gobierno levantarían la pesada carga dejada por el gobierno y el régimen anterior. En 1982-83, el legado del PRN incluía una deuda externa de US\$ 32 millones (P.Lewis 1993:558, W.Smith 1989:244-ff.), 30.000 personas reconocidas como *desaparecidos*, y relaciones diplomáticas seriamente dañadas con los EE.UU. y Europa occidental, e interrumpidas con Gran Bretaña y el Commonwealth. Fue en este contexto que los argentinos empezaron a interpretar el resultado del conflicto sudatlántico como de exclusiva responsabilidad de

las FF.AA. en retirada, más que como una derrota de la Royal Task Force a la Nación Argentina. El lugar social que militares y civiles comenzaron a forjar para los ex soldados difería según la orientación y el marco institucional, pero pese a la contundencia de la antinomia cívico-militar de entonces, presentaba también importantes coincidencias. El resultado fue una imagen pública del ex soldado y una memoria de la guerra que gozarían de extraordinaria vigencia.

Hijos subALTERNOS

Durante los 74 días del conflicto los argentinos regresaron al continente principalmente de tres formas: por recambio de tropas, como sucedió con el personal implicado en la Operación Rosario del 1 y 2 de abril; por heridas en combate o por enfermedad; y como prisioneros de los británicos. Los primeros en esta última condición fueron los miembros del Batallón de Infantería de Marina 1, desalojados de las Georgias del Sur por los británicos el 25 de abril. Una semana después llegaron los sobrevivientes del Crucero ARA *General Belgrano*,² hundido el 2 de mayo por dos torpedos del submarino nuclear H.M.S. *Conqueror*, y que alcanzaron la costa patagónica entre el 3 y el 4 de mayo, tras un penoso rescate. Posteriormente llegaron los prisioneros resultantes de los combates de San Carlos y Goose Green (traducido inicialmente por la prensa argentina como “Ganso Verde” y no como “Pradera del Ganso”). Los heridos en enfrentamientos diversos –incluyendo a las acciones comando– que no caían prisioneros, eran atendidos en hospitales de campaña, en el hospital de Puerto Argentino y en el buque hospital Bahía Paraíso. Hubo, además de los reales, heridos fingidos y víctimas de daños premeditados. El traslado de enfermos y heridos al continente era operado por los Hércules C-130 y KC-130 con que la Fuerza Aérea estableció y mantuvo el puente aéreo entre las islas y el continente durante todo el conflicto, pese a las 200 millas de exclusión impuestas unilateralmente por Gran Bretaña, y al consiguiente bloqueo en torno al archipiélago (Costa 1988, Matassi 1990, Moro 1985, Ceballos y Buroni 1992).

Cada arribo daba lugar a coberturas de prensa que aspiraban a mantener en alto la moral patriótica de los argentinos. En efecto, los regresos previos al 14 de junio no estaban asociados con la rendición y la pérdida de las islas. El periodismo se empeñaba en localizar a los heridos en los hospitales militares para presentarlos como héroes. Aunque distante, el campo de batalla todavía estaba cerca del continente, en buena medida por las incesantes remesas que

2 “ARA” significa “Armada de la República Argentina”. El status correspondiente a la marina británica es “HMS” (Her Majesty’s Service, “Al Servicio de Su Majestad”).

los argentinos realizaban, vía el puente aéreo, para las tropas en el frente. Organizaciones oficiales y privadas, junto a los civiles, recolectaban y distribuían víveres: comida, dinero, ropa, máquinas, medicamentos, cartas y golosinas se apilaban en los depósitos a la espera de ser enviados a las islas, a “nuestras tropas”, “nuestros soldados” y “nuestros héroes” (Burns 1987, *Clarín* Abril 2–Junio 14, 1982, Archivo Rodríguez Arias, Archivo Urioste, Guber 2001a). La prensa y los voceros del PRN propagandizaban un escenario entusiasta que debía recibir a los “defensores de la soberanía argentina” en el Atlántico Sur.

El panorama se modificó después de la rendición. La derrota argentina alteró el espacio y el tiempo nacional y modificó también las definiciones de sus actores principales. Una vez que los británicos pasaron la línea de defensa de las elevaciones circundantes a Puerto Argentino (Longdon, Wireless Ridge, Dos Hermanas “Two Sisters”, Harriet, Williams, Tumbledown y Sapper Hill) entre el 11 y el 13 de junio, y una vez que cayeron Puerto Argentino y su base aérea, el 14 de junio³, las islas se convirtieron en un gigantesco campo de prisioneros bajo, nuevamente, el pabellón británico. De ahí en más, y hasta el primer viaje de familiares de muertos realizado por la Cruz Roja y el gobierno argentino en 1991, ningún argentino podría pisar el suelo de las Falklands⁴. Las islas se convirtieron en un lejano territorio, y la guerra en un hecho del pasado. Sin embargo, la presencia de las tropas desafió estas percepciones.⁵

El Estado militar debía enfrentar una demanda masiva que resultaba de la guerra internacional, consistente en servicios médicos y sociales, compensaciones por heridas e incapacidades de varios grados, compensaciones por muerte o desaparición. Los destinatarios de dichos “beneficios” eran los militares profesionales y, por primera vez, los civiles que habían estado en el campo de batalla, además de los familiares de los caídos.

Las organizaciones militares tenían la mejor infraestructura institucional a nivel nacional, incluyendo los recursos financieros y sociales para asistir a los heridos de todos los rangos. Cada unidad militar creó una “oficina de Malvi-

3. Los datos cronológicos fueron tomados de distintas fuentes históricas sobre el conflicto y, particularmente, de las crónicas siguientes: los informes oficiales y comparados del *Latin American Newsletters* (1983), la revista de la Infantería de Marina *Desembarco* (1991), la “Cronología Diaria” de Larra, la “Cronología de la Guerra de Malvinas” del diario *La Nación* (2 de abril, 1983), y el “*Diary of the Falklands Campaign*” de la revista *The Army Quarterly & Defence Journal* (1982).

4 La apertura de las Islas a la visita de ciudadanos argentinos se dispuso a partir de octubre de 1999, previa presentación de los pasaportes argentinos.

5 Antes de que el proyecto Malvinas fracasara, algunos miembros de la conducción del Estado argentino de entonces, como el General Galtieri y altos oficiales de la Armada, esperaban que los ex soldados y muchos otros civiles se convirtieran en su clientela política. Algunos ex soldados cuentan que después de su regreso fueron invitados a reuniones y cenas en las cuales militares y civiles daban charlas acerca de temas “nacionales” y sobre el nuevo “Movimiento Nacional”

nas” para hacer el seguimiento del personal que había participado de las operaciones australes. Cada fuerza reunía información sobre el año de nacimiento, la fecha y la unidad de reclutamiento, la fecha de la baja y otras observaciones de tipo médico y psicológico, asignación de subsidios por incapacidad total o parcial y compensación a los familiares. Asimismo, el Estado militar dio empleo a numerosos ex soldados en las compañías públicas de servicios, tales como la telefónica ENTEL, *Gas del Estado*, de electricidad (SEGBA en Buenos Aires), *Obras Sanitarias de la Nación*, en la burocracia nacional, provincial y municipal, y en las policías provinciales y federal. Los ex soldados se incorporaban en la escala más baja del escalafón, pero se convertían al mismo tiempo en beneficiarios de los derechos sociales del trabajador permanente.

Así, tras la baja, los ex soldados en su nueva cotidianeidad pasaron a depender del Estado en una serie de aspectos. Si bien esto no era novedad en un país con un poderoso Estado benefactor establecido a mediados de los años 1940, cuando se había hecho cargo de la educación, la salud, la recreación, la vivienda y el empleo, la medida contradecía la supuesta tendencia neoconservadora del régimen del PRN cuya mira político-económica era la privatización de las empresas del Estado y el retiro del Estado del gasto social. El brazo armado del Estado Argentino hizo todo menos suspender la incorporación de personal, la compra y fabricación de armamento. La guerra contra “la subversión marxista y apátrida”, primero, el conato de guerra con Chile en 1978 y, finalmente, la efectiva movilización de Malvinas, requirieron más dinero para la industria bélica y la compra de equipos a Europa Occidental, los EE.UU. e Israel. En suma, un pequeño Estado era incompatible con el que imaginaban, y en efecto practicaban los conductores del régimen.⁶

La novedad de 1982 era la dependencia masiva de personal civil del sistema social militar. La razón oficial de incluir a los ex soldados en los servicios sanitarios y sociales de las FF.AA. era obvia: sus desórdenes mentales y físicos eran consecuencia de una guerra; la institución castrense supuestamente contaba con los mejores expertos en daños de guerra, y las Fuerzas Armadas habían llevado consigo a los civiles conscriptos. Pero había otras razones para ofrecer cobertura militar.

Con respecto a las muchas cuestiones que las FF.AA. debían negociar con las dirigencias partidarias en la veloz apertura política, Malvinas no era un tema prioritario. Los temas más urgentes eran las acusaciones por la “vio-

⁶ Antes de que el proyecto Malvinas fracasara, algunos miembros de la conducción del Estado argentino de entonces, como el General Galtieri y altos oficiales de la Armada, esperaban que los ex soldados y muchos otros civiles se convirtieran en su clientela política. Algunos ex soldados cuentan que después de su regreso fueron invitados a reuniones y cenas en las cuales militares y civiles daban charlas acerca de temas “nacionales” y sobre el nuevo “Movimiento Nacional”.

lación a los derechos humanos” y el incremento de la deuda externa con la nacionalización de las deudas privadas. La respuesta oficial a las demandas por la desaparición forzada de argentinos y extranjeros a manos de personal policial y militar era, en general, la simple negación. La única “guerra anti-subversiva”, con sus heridos y muertos, que el Estado militar admitía era la llevada a cabo en la provincia de Tucumán contra el grupo guerrillero *Ejército Revolucionario del Pueblo-ERP*, la cual supuestamente había culminado antes del golpe de 1976 contra María Estela Martínez (Acuña y Smulovitz 1995).

A diferencia de la negativa oficial en ese tema, las Fuerzas Armadas no podían negar su responsabilidad en el resultado de Malvinas, el cual pertenecía, en sentido estricto, a la órbita de decisión castrense. En esta línea, las FF.AA. eran las más damnificadas por la derrota inglesa. Pero, para complicar las cosas, esa derrota había afectado en forma directa a un gran número de civiles, los conscriptos y sus parientes.

Las FF.AA. argentinas tenían, pues, buenas razones para proveer a los soldados de una asistencia psicológica y médica básica, así como contención moral. Estas razones tenían que ver con el replanteo de las relaciones entre militares y entre militares y civiles, tras la rendición. El temor a actos de insubordinación de parte de quienes fueran los subalternos en el campo de batalla, estaba a la orden del día. Como en toda guerra, Malvinas había dado lecciones de valor y cobardía, atributos que no siempre corresponden al grado militar y que no suelen advertirse en el desempeño rutinario en tiempos de paz. Soldados, suboficiales y jóvenes oficiales recordaban, primero en privado y luego públicamente, los abusos de autoridad y actos injustos, el miedo y la depresión que cundía entre los superiores ante la mirada perpleja de sus subordinados en las islas. Al regresar a sus unidades, los suboficiales y oficiales inferiores y medios traían el sabor amargo de la derrota para, otra vez, someterse al principio de antigüedad y jerarquía aún ante quienes no habían pisado Malvinas, o ante quienes no habían estado a la altura de las circunstancias. Las nociones de autoridad y obediencia que sustentan la cadena de mandos en una institución militar estaban en seria crisis. En las islas, algunos militares habían sido “probados en combate”, otros habían huido, y otros nunca llegaron a “cruzar el charco” (como suele llamarse al estrecho oceánico entre la Patagonia y las islas). Los actos de insubordinación eran tan frecuentes que parte de los oficiales y suboficiales que llegaban de la guerra fue reasignada a otras unidades y así separada de superiores o subordinados que pudieran generar controversias.

Pese a que todos habían sido miembros de las FF.AA. argentinas, había una gran diferencia entre los cuadros regulares y los conscriptos. Estos eran “militares temporarios”, por así decirlo. Esto quería decir que después e incluso antes de su baja, regresaban a sus hogares en las provincias, pueblos y ciuda-

des, llevando consigo la única experiencia de haber atestiguado el desempeño de las FF.AA. argentinas en un campo de operaciones internacional sin ser orgánicamente parte de ellas. Dado el grado de crisis política y de sentimientos antimilitares, los comandantes temían que estos jóvenes hicieran alardes de su presencia en la guerra a través de anécdotas sobre lo ocurrido en el frente. Ciertamente muchas de esas narraciones no contribuirían a restaurar la paz tan frágil a nivel institucional y nacional, que siguió a la rendición argentina, ya que podían “ser usadas políticamente” para manchar aún más la imagen ya poco feliz de las FF.AA. Los ex soldados, que estaban ahora diseminados por todo el país, eran un grupo demasiado extenso para mantener bajo control en el contexto de la caída del Proceso (Solanas Pacheco 1996).

Por eso, al regresar a las unidades, los conscriptos debían firmar una declaración donde se comprometían a no revelar ni difundir información acerca de lo atestiguado del lado argentino en las islas. Sin embargo, en poco tiempo serían dados de baja y ninguna autoridad podría, en el tumultuoso clima político, restringir esos secretos. Esta masa de jóvenes varones sin conducción ni autoridad institucional andaría vagando en medio de un vacío político y, peor todavía, en plena campaña electoral, donde sus testimonios podían convertirse en denuncias relevantes a los cargos pendientes contra los militares por “derechos humanos” y por corrupción. Más aún, otros ejércitos de regreso, como los norteamericanos “Vietnam Vets” popularizados en las películas de Rambo, no contribuían a calmar la ansiedad militar.

Por eso, al recurrir a sus propias instituciones para dar tratamiento médico a los soldados, el Estado Mayor Conjunto comenzó una política mediante la cual poder mantener las memorias de Malvinas “hacia adentro”, esto es, dentro del dominio militar. Trataban así de evitar que las debilidades internas alcanzaran la piel sensible del público argentino. De este modo, los comandantes recurrieron a viejos y nuevos recursos. Después del 14 de junio algunas asociaciones civiles, particularmente aquéllas que trabajaron cerca de las FF.AA., todavía no habían sido desactivadas. Dichas organizaciones fueron conducidas principalmente por mujeres de clase alta o media alta, algunas casadas con altos oficiales o provenientes de familia militar. Durante la guerra estas mujeres organizaban campanas para recaudar fondos y recolectar comida, ropa y medicamentos para enviar a las islas. Por iniciativa del Estado Mayor, junto a estas organizaciones de caridad, intendentes y gobernadores, se estableció un programa de tutorías o “madrinazgos” de guerra. Las “madrinas”, por lo general mujeres en buena posición económica, adoptaban uno o más soldados, generalmente de humilde condición. La adopción comenzaba mientras el soldado, a quien seguramente no conocían, estaba en el frente. Durante la guerra, los protectores obtenían información de fuentes militares

acerca del reclutamiento, la situación y destino en el frente, y la transmitían a la familia del conscripto. Si había sido herido, lo visitaban en el hospital y le proveían entretenimientos, medicamentos y dinero, o pagaban a sus padres el pasaje a la localidad donde se encontraba el hospital. Cuando terminaron las hostilidades, las madrinas se abocaron a la “integración social” de los soldados, facilitándoles lo que estuviera dentro de sus posibilidades para asegurarles una beca de estudio, una vivienda o un trabajo. Muchas madrinas fueron asignadas después del 14 de junio, y ayudaron a los heridos a obtener sus pensiones por incapacidad. Otras terminaron sus funciones en esa fecha ofreciendo, en ocasiones, una ceremonia honoraria, una cena de recepción o una distinción para el soldado que volvía a casa⁷.

Algunas madrinas de guerra pertenecían a asociaciones de moralidad familiar o de protección al consumidor. La *Liga de Amas de Casa* encabezaba las actividades de apoyo a los soldados durante las hostilidades y después de la guerra crearon CONAMA, *Consejo Nacional de Ayuda para Malvinas* que ofrecía ayuda material y espiritual a los ex soldados y sus familias.⁸ Una de las contribuciones principales de la Liga fue su donación de una vieja casona en la ciudad de Buenos Aires, para servir como hogar cívico-militar: *La Casa del Veterano de Guerra*⁹. Tres altos oficiales, uno por cada fuerza, que hubieran desempeñado altos cargos en el Teatro de Operaciones, estarían a cargo de su conducción. En 1989, por ejemplo, presidía “la Casa” el Brigadier Antonio Destri, comandante del Aeropuerto de Puerto Argentino, seguido por el Coronel Ramón Mabragna, comandante del 5 Regimiento de Infantería con asiento en la Isla Gran Malvina (Bahía Fox), y el Contraalmirante Carlos Busser, comandante del Operativo Rosario. Los tres ya estaban retirados. El secretario y el tesorero eran un coronel y un teniente coronel del Ejército.¹⁰

La Casa del Veterano era un lugar para reunirse y hablar de la guerra y sus consecuencias personales, y para hospedar a soldados que tuvieran que ir a la Capital Federal desde sus respectivas localidades, sea para realizar algunos

7 Los madrinazgos de guerra fueron en algunos casos iniciativas oficiales, como en la provincia del Chaco, cuyo gobernador era un coronel del Ejército. En localidades del interior chaqueño las madrinas eran esposas de empresarios y comerciantes, y, en general, notables de la localidad, o lo que suele denominarse, parte de las “fuerzas vivas” que participan en cooperadoras escolares, organizaciones de bien público y de sociedades vecinales.

8 La CONAMA se financió con distintas fuentes, tales como las provistas por la empresaria del cemento Amalia Lacroze de Fortabat (Somos, 17 de diciembre, 1982).

9 Según algunas versiones, el edificio fue donado por Lacroze de Fortabat, y según otras, fue comprado con dinero resultante de las expropiaciones que los oficiales del Ejército realizaban a los prisioneros “subversivos” en los allanamientos y diversos actos de extorsión a sus familiares, entre 1976 y 1980.

10 “La Casa del Veterano de Guerra en la prensa” en *Nuestras Islas* (1989) 1(5):11.

trámites, sea para gestiones referidas a pensiones, atención médica y psicológica, etc. A su vez, las donantes de la Casa y sus autoridades militares ofrecían algunos trabajos temporarios a través de empresas o de conocidos, para tareas de mantenimiento, pintura y construcción. Pero todo esto era parte de un objetivo mayor dirigido fundamentalmente a los ex soldados, a los veteranos profesionales y a la sociedad en su conjunto. Ese objetivo era triple: asegurar la integración de los ex soldados a la sociedad; promover la comunicación fraterna entre veteranos de guerra de todos los grados; y finalmente, crear una imagen positiva de Malvinas ante la población. Para ello, la Casa ayudaría a reconstruir la comunidad malvinera en la forma y el espacio de un hogar.

La Casa del Veterano de Guerra estaba dirigida principal pero no exclusivamente, a los ex soldados. Como me dijo el Clte. Busser, “la Casa del Veterano se creó para dar soporte a los veteranos, para ayudarlos en su reinserción en la sociedad”. Los suboficiales y oficiales ya tenían medianamente aseguradas sus carreras, y con ello la asistencia médica, los beneficios sociales y la vivienda en sus respectivos destinos. Su “reintegración” estaba así garantizada dentro de la estructura militar. Pero la situación de los soldados era diferente. Su transición a la vida civil tras un año de servicio sería mucho más dura que la de clases anteriores, pues volvían de la experiencia traumática de guerra. Proveer servicio médico, empleo y vivienda no era suficiente; la contención moral y la producción de un sentido “constructivo” a lo que habían atravesado resultaba crucial para asegurar una pronta transición a la “vida normal”.

De acuerdo a las FF.AA., contención y sentido constructivo de Malvinas sólo podían garantizarse en el seno de las relaciones entre los ex soldados y los profesionales militares, lazos que debían permanecer más allá de la conscripción. Al experimentar una atmósfera de camaradería los veteranos se sentirían en casa con camaradas con los que habían compartido aquella única experiencia. Pero al establecer una Casa, el Estado Mayor no sólo apelaba a la camaradería sino que recreaba una relación jerárquica, ahora en el idioma de la familia donde, por primera vez, ingresaban las mujeres.

Aunque estuvieron ausentes del Teatro de Operaciones, las mujeres habían contribuido con las tropas juntando diversos enseres e inventando recursos, durante los 74 días de ocupación argentina de las islas. Este lugar correspondía al lugar que tradicionalmente ocuparon las mujeres, “damas”, adultas y respetables, en las instituciones de caridad y moral pública. Las dirigentes de la Liga de Amas de Casa pertenecían a clases acomodadas, eran “madres de familia”, contaban con 50-60 años de edad y podían encarnar el ideal de devoción católica y moralidad. A través de esta imagen, las damas aseguraban un ámbito de rectitud y contención a los jóvenes. Y los jóvenes eran, en la Casa, los ex soldados, un grupo de características únicas entre los demás civiles.

Los esfuerzos hacia su “integración” y “reinserción” no sólo implicaban que la transición se avizoraba difícil, por el hecho de haber atravesado una guerra, sino también y fundamentalmente, por alentar potencialmente el rechazo a cuanto oliera a “milico”. La vida y la muerte en las islas sólo podían ser entendidas por quienes “estuvieron allí”. Un hogar-casa operaría como un refugio en una sociedad cuyas redes con las instituciones armadas estaban seriamente dañadas. Al respecto, la Casa también daría apoyo a aquellos jóvenes que volvían a sus familias y vecindarios, difundiendo anécdotas e historias de la guerra. “Los sentidos constructivos” de Malvinas serían promovidos al interior de las paredes de la Casa a través de la conversación informal y las conferencias, bajo supervisión de hombres mayores, de modo tal de que los ex soldados no tomaran parte en actividades consideradas contaminadas como “la política” y “la subversión”. Malvinas debía quedar a salvo de la política, y en la memoria de los argentinos.

Otra forma de producir “sentidos constructivos” era alentar a los ex soldados a ir a la calle, estaciones de tren y el transporte público a pedir ayuda a los transeúntes y pasajeros mientras presentaban a Malvinas como una cuestión de orgullo, no de vergüenza. Así, una de las primeras actividades para obtener algún ingreso mientras difundían y clarificaban sobre lo ocurrido y su sentido a civiles, era vender bolsas de residuos y calcomanías con las Islas Malvinas y un dibujo de un helicóptero, un avión o un cañón. Vestidos en ropa de fajina y mostrando su documento identificatorio de la Casa, los ex soldados iban y venían por los centros de la ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires contando de sus necesidades (muletas, sillas de ruedas, prótesis, etc.). Con el tiempo, las bolsas de residuos cedieron a la venta del periódico de la Casa *Nuestras Islas*, dirigido y compuesto por los mismos ex soldados.

En suma, las damas de la *Liga de Amas de Casa*, muchas de las cuales habían sido madrinas de guerra, y los oficiales superiores apodados por los ex soldados “los viejos”, que en la Argentina es también el término coloquial para referirse a los padres, esperaban contribuir a la reintegración de los ex soldados ofreciéndoles un ámbito de tipo familiar en medio del más vasto descreimiento, la frustración y la sospecha. Esta nueva familia adoptiva les proveería quizás de un hogar, donde los soldados como “hijos adoptivos” recibirían contención moral y guía como no podrían obtener en ninguna otra parte; los militares suponían (y los ex soldados pronto aprenderían) que la “sociedad” jamás entendería la experiencia de la guerra.

Pero la Casa del Veterano también estaba destinada a los cuadros profesionales, cometido implicado en la expresión de Busser “ofrecer apoyo a los veteranos”. La palabra “veterano de guerra” incluye en la jerga militar a soldados civiles y a los profesionales, pues ambos compartían la experiencia bélica

en contraste con la mayoría de los civiles y de otros militares. Después de la derrota, las FF.AA. estaban infectadas por la ruptura de la cadena de mandos y por actos de insubordinación, mezquindad y cuentas no saldadas entre las tres fuerzas, entre superiores y subordinados, entre rangos más viejos y más nuevos, y entre veteranos y no veteranos. La Casa era, entonces, considerada un lugar de reunión para cuadros y conscriptos, para revisar aquella guerra controversial, para clarificar eventos confusos y, eventualmente, dejar atrás las enemistades ayudando a restablecer la cadena de mandos y el viejo sentido del deber, la carrera y la confraternidad. Los días excepcionales de Malvinas podrían quizás revivirse en la camaradería que se proyectaría, alguna vez, a toda la sociedad y las instituciones armadas. Los desfiles militares en que aparecieron veteranos de la Casa sin distinción de rango, detrás del abanderado, generalmente un ex soldado, y detrás de la misma bandera, cumplían precisamente con este objetivo.

En suma, desde el punto de vista del Estado Mayor y de los comandantes de Malvinas, los ex soldados debían ser “reinsertados” o “integrados” a la sociedad de la cual habían sido separados durante la guerra. La “integración” estaría mediada por una jerarquía militar y por una familia patriarcal que deberían restaurar los lazos rotos entre la sociedad y las instituciones armadas tras la guerra. Sólo restaurando la unidad de esta familia ficcional malvinera, podrían los militares asegurar que estos jóvenes guerreros serían “reinsertados completamente”. Para las FF.AA. estar completamente reinserto en la sociedad significaba transformarse en civiles pacíficos, como lo habían sido en el período prebélico, sin resentimientos ni intenciones subversivas que pudieran profundizar la brecha y el dolor natural de la guerra.¹¹ La búsqueda de una familia malvinera unida era factible, pensaban los jefes militares, dada la unidad de los argentinos durante el conflicto.¹² Así, en la primera posguerra, las FF.AA. presentaban la iniciativa de Malvinas como una empresa nacional que no era adecuadamente entendida por la mayoría de los civiles o que era recordada con resquemores por la propaganda subversiva. Las FF.AA. presentaban el período de posguerra en continuidad con

11 La idea de financiar otras Casas del Veterano en las capitales provinciales, también buscaba reestablecer la unidad entre las provincias y la Capital, mientras las anécdotas de una población escéptica y pesimista alentaba el rumor de que los “chicos” del área subtropical de Corrientes y el Chaco, que servían en unidades especializadas en la guerra rural de monte, no en combate subantártico, habían sido llevados a las islas como carne de cañón.

12 El 2 de abril, el General Galtieri se dirigió a los argentinos en un tono paternalista, interpellándolos como “Compatriotas”. En cierto punto de su discurso explicó las razones para recuperar las islas, diciéndole a sus interlocutores “Yo creo en vosotros”, como un Padre puede decirle a sus hijos ante una difícil circunstancia o misión. (Clarín, 3 de abril, 1982. Mensaje emitido por Cadena Nacional de Radio y Televisión, Salón Blanco de la Casa Rosada, Viernes 2 de abril, 1982, 14:30).

la guerra, pero sólo dentro del dominio institucional militar. Los ex soldados jugaban en ese contexto el rol de hijos subalternos que requerían la asistencia de sus superiores. Entre tanto, los civiles adultos construyeron una imagen específica de los ex soldados que replicaba la de las autoridades militares, aunque con distintas connotaciones y matices.

Muchachos civiles

El apoyo de los civiles en la posguerra a los ex soldados se parecía al de las FF.AA. en varios aspectos. Los civiles también hablaban de “reintegrar” a los soldados para lo cual solían basar sus actividades en iniciativas y organizaciones del período bélico; incluso recurrían a la metáfora familiar para canalizar la incorporación de los recién llegados. Pero el sentido de esas metáforas e iniciativas difería del de la Casa, principalmente en el lugar que asignaban a los ex soldados en la sociedad y en el Estado de las FF.AA.

Los conscriptos habían sido llevados a la guerra desde todos los puntos del país, y cuando la guerra terminó regresaron a sus casas. Familia y Estado se suponía que mantenían una cierta reciprocidad a través de la vida de los civiles. De acuerdo al modelo ciudadano de nacionalidad, que los estadistas argentinos decían seguir, las familias entregan a sus hijos a las instituciones del Estado –la escuela, las FF.AA.– para su instrucción y nacionalización. Así, los jóvenes civiles –y en la escuela también las mujeres– se convierten en hijos e hijas temporarios del Estado. La guerra constituye, en efecto, la donación máxima de un familiar y la expresión más evidente de la desigualdad implícita en esta reciprocidad supuestamente igualitaria entre el Estado y la sociedad. Pero el Estado debe compensar al ciudadano herido o a los parientes del muerto por haber tomado un hijo, un esposo o un padre de esa familia. Y si se trata de un herido, las FF.AA. tienen la obligación de garantizar tratamiento médico y psicológico por el tiempo que sea necesario. Si en lugar de ello fue la vida lo que se ha entregado en la guerra, se requieren otras compensaciones, como veremos en el capítulo 3. En este contexto, y más aún según el Estado benefactor argentino, con sus cuatro décadas de existencia, la reintegración a la sociedad se planteaba en una doble dirección: en las familias nucleares (y civiles) de los soldados, y en las instituciones asistenciales de las FF.AA. (como ex conscriptos).

Ahora bien, si las FF.AA. intentaban ejercer algún control sobre sus subalternos de otros tiempos, principalmente por razones políticas, a través de su dependencia casi total de la asistencia militar, el aparato castrense se vio desbordado. Mientras la crisis político-militar hacía más problemático el control político, el

sistema de salud de las FF.AA. demostró no estar preparado para absorber tanta demanda. Distintos órdenes de deficiencia podían haber permanecido dentro del dominio institucional si no hubieran estado involucrados los ex soldados que, dada su minoridad jurídica, debían ser representados por adultos civiles.

En la primera posguerra, algunos individuos empezaron a hablar “por los *ex combatientes*” y por “los *chicos*”, pidiendo asistencia adecuada al Estado. Los ex soldados con pocos o ningún recursos financieros que viajaban desde las provincias a los centros asistenciales militares de mayor complejidad, solían ser hospedados por civiles conocidos o conocidos de conocidos. La operatoria era similar a la de la Casa. También los adultos civiles los asistían para conseguir un trabajo, les ofrecían sus contactos y recomendaciones. En estricta continuidad con las actividades de guerra y siguiendo el sentido común sobre las responsabilidades de género, la prensa bautizó a las mujeres consejeras como “protectoras” de los ex combatientes y como “madrinas”, igual que a las damas de la Liga de Amas de Casa.

La protección y el consejo de los civiles, sin embargo, difería del que ofrecía la Casa, creaba un espacio social para los ex soldados y un rol diferente para los civiles en la posguerra. Mientras que la Casa se proponía limar las asperezas suscitadas por la perplejidad pública y los cuestionamientos sobre la guerra, los representantes civiles protestaban por la interrupción de la reciprocidad entre el Estado y la sociedad, esto es, por las necesidades insatisfechas de sus representados. En contraste con la discreción o llano silencio de las FF.AA., algunos civiles eligieron el medio más público, aunque individual, para difundir su protesta: escribían cartas de lectores a los periódicos locales y nacionales. Para los civiles, las cartas eran un vehículo para protestar y pedir ayuda; para las FF.AA. eran muy inconvenientes tanto en su forma como en su contenido.

En su carta a un diario capitalino, Nélide Oviedo de Díaz explicaba que a uno de sus protegidos le habían prescripto anteojos en el hospital militar de *Campo de Mayo*¹³; “para conseguir esos lentes tuvo que recurrir a sus escasos recursos. Todas las gestiones en Campo de Mayo fueron inútiles”. A continuación reflexionaba:

Es lamentable que esto suceda con quienes estuvieron setenta y tres días en Malvinas defendiendo a la Patria. Quienes dieron todo por ella hoy están olvidados (Nélide Oviedo, *Clarín* 3 de setiembre, 1983. Cartas al país).

13 Campo de Mayo era la guarnición más extensa del Ejército, y se ubicaba en el norte del Gran Buenos Aires. Varias escuelas y campos de entrenamiento se alojaban en su interior, incluyendo un sitio llamado “la tosquera” donde fueron volados numerosos presos “subversivos” –desaparecidos– entre 1976 y 1980.

Al final de la carta daba su dirección para quienes pudieran ofrecer empleo “ya que varios que se albergan en mi casa necesitan trabajar” (Ibíd.). En su gabinete cosmetológico, la correntina Sra. Oviedo contó luego a un periodista que había alojado sucesivamente hasta a cuarenta soldados de Corrientes y Chaco en busca de trabajo, atención médica y un lugar para vivir (*Clarín*, 8 de setiembre, 1983. “*Ayer héroes, hoy parias*”).

Hago esto porque quiero que haya justicia para los ex combatientes [...] Que quede claro que no respondo a ninguna organización y no tengo otro interés más que ayudar a mis coterráneos, y para lograr que se les haga justicia a todos los chicos. Es una tarea que hago sola, con el apoyo de algunos vecinos y comerciantes (Ibíd.).

Oviedo afirmaba su deseo de justicia para “todos los chicos”, implicando que no deberían ser tratados como héroes ni como parias sino como ciudadanos que habían servido a la patria “bajo bandera” en la conscripción. “Justicia” quería decir aquí cumplir con las obligaciones recíprocas entre partes de la Nación. Al señalar que ella no pertenecía a “ninguna organización” trataba de establecer el carácter estrictamente apolítico de su ayuda, la cual podía ser sospechada, en vez, de subversiva o antimilitar. En efecto, su distinción entre “nacional” y “político” la llevó a denunciar llamadas telefónicas y visitas intimidatorias de hombres que se presentaban como “oficiales” y “policías”, que la conminaban a abandonar sus actividades (Ibíd.).

Un supuesto capitán del Ejército se presentó para advertirle: “Señora, usted por ahora salió en las páginas blancas de los diarios, pero si por casualidad se encuentran drogas en su casa saldrá en las páginas negras” (Ibíd.).

El periodista concluía su artículo diciendo que

Después de la guerra (los chicos) no tienen porvenir. Aunque quizá su destino hubiese sido también de penurias, de no haber existido el conflicto, aquellas llamas, aquella sangre, les hicieron ver claro que no tienen chances (Ibíd.).

La carta de Oviedo y el artículo periodístico sobre su caso revelan varias cosas. Primero, muestran la fractura que había causado la guerra en la vida de jóvenes chaqueños y correntinos, probablemente enrolados en la III Brigada de Infantería durante el conflicto, debían pasar largos períodos en otras ciudades, alejados de sus familias, quizás preparando el terreno para su emigración definitiva; esa fractura también afectaba a Oviedo, quien al erigirse en madrina se la amenazaba con la desaparición o la prisión. Así, y en segundo lugar, el caso

Oviedo muestra el uso habitual que se venía haciendo en la Argentina del símbolo “Nación” bajo regímenes autoritarios. Este uso solía fundar las demandas sociales y políticas de manera que no fueran sospechadas de políticas, esto es, de partidarias y parciales. Por demasiado tiempo ya, quizás desde 1955, quizás antes, las sucesivas exclusiones y proscripciones políticas acompañadas por discontinuidades institucionales forzaron a los argentinos a imaginar un idioma legítimo común para hacer sus demandas. Sólo las presentadas en nombre de la Nación podrían ser reconocidas o, en todo caso, intervenir en la disputa política entre contendientes proscriptos.

Tercero, la respuesta de Oviedo a las amenazas muestra que las FF.AA. no podían satisfacer las necesidades de los ex soldados de manera adecuada, como muchas otras cartas de lectores lo confirmaban al solicitar cuidado médico y psiquiátrico, prótesis, beneficios sociales, empleo y becas de estudio (*Clarín*, 13 de julio, 1982; 26 de agosto, 1982; 14 de octubre, 1982; 31 de marzo, 1983; 2 de junio, 1983; 3 de septiembre, 1983). Oviedo y muchos otros civiles traducían esa ineficiencia institucional –que, digamos de paso, afectaba también a los cuadros profesionales– como “apatía” y “olvido”, y debido a esto, como “injusticia”.

Por último, dado que Oviedo no era pariente directo de sus protegidos, las amenazas muestran que la restauración de las redes civiles era altamente sospechada de subversión contra el régimen de las FF.AA. mientras sugería que sólo la familia nuclear o parientes de sangre podían representar a sus hijos. Las tensiones que subyacían a la mayoría de los pedidos civiles y a las reacciones desde el Estado y los Estados Mayores terminaron siendo leídas como disputas entre militares y civiles por la autoridad parental sobre los ex soldados. En principio, la reacción oficial y del Servicio de Inteligencia del Ejército parecía suponer que la atención de los ex soldados era una cuestión estrictamente militar, como ya señalé en la sección anterior; también parecía implicar que las cartas de protesta podían constituir el germen de actividades subversivas contra el gobierno. Pero toda esta preocupación oficial era una reacción de aquellos civiles que cuestionaban la paternidad esperada del Estado militar sobre los ex conscriptos. Y en efecto, la mayoría de las cartas eran eso, denuncias del fracaso paterno, leídas por las FF.AA. como un intento de separar a los ex conscriptos de su familia militar, y de inmiscuirse en cuestiones estrictamente militares. Veremos en la próxima sección algunos indicios al respecto en el caso de los desaparecidos en acción. Pero esto era también evidente en las numerosas cartas que pedían la baja de la clase 63, que para julio del 82 sólo había atravesado la mitad del período obligatorio de servicio.

Esas cartas hacían ostensible la ineptitud de la FF.AA. para cumplir con la responsabilidad del Estado con sus ciudadanos y por lo tanto la desigualdad cívico-militar que los autores de las cartas descifraban como “injusticia” y

también como “olvido”. Estos calificativos a los que se sumaba necesariamente el tema de la edad, resultaron cruciales para comprender el lugar social que los ex soldados iban cobrando en la sociedad y la política argentinas.

La primera carta fue escrita por la hermana mayor de un ex conscripto:

Señora Directora:

Mi hermano, ex soldado de Malvinas, está siendo tratado todavía por una afección sufrida en la guerra.

Días pasados tuve que acompañarlo al Hospital Militar Central, donde debimos aguardar dos horas a que llegara nuestro turno. Antes que nosotros, civiles, eran otros los atendidos.

El 2 de abril no fue así: él, que era un simple estudiante, fue llamado en primer lugar a defender en primera línea nuestra soberanía con su fusil MAG. Ahora, después de toda su valentía, pasa a ser el último, perdiendo, tanto él como yo, horas de trabajo [...].

Neli Marinistian de Sosa. Capital Federal.¹⁴

(*Clarín*, 31 de marzo, 1983. “*Cartas al País*”).

Marinistián se refería a la fractura en la vida de su hermano –“Él, que era un simple estudiante, fue llamado en primer lugar”– y en la vida de su hermano y la suya propia –“perdiendo tanto él como yo horas de trabajo”–. También marcaba la evasión estatal de sus obligaciones, concluyendo que el *status* de los soldados civiles era inferior al de los militares profesionales, ya que “eran otros los atendidos”. Los civiles aparecían entonces como víctimas de los militares que habían usado a los chicos para ir a la guerra, pese a que ahora el Estado militar se negaba a atender sus prolongados efectos. El *status* civil de los soldados se reforzaba con el de sus tutores y representantes: Marinistián como una hermana, y Oviedo como una cosmetóloga y correntina hacia sus comprovincianos.

Pero la carta presentaba otro matiz: la juventud e inexperiencia de los soldados manifiesta precisamente en la representación o tutela ejercida por otros adultos. Marinistián salía en defensa de los derechos de su hermano, como hermana mayor y casada; Oviedo daba refugio a ex soldados e intentaba conseguirles un empleo, llegando a poner su propia persona en peligro. Sin embargo, esta marca era puesta en cuestión cuando se contrastaban los derechos de los ex soldados ante el Estado.

Señora Directora:

Mi intención de colaborar con dos chicos ex combatientes que permanecen internados en el hospital de Campo de Mayo tropieza con

14 “Cartas al País, Tratamiento y espera” en *Clarín* 31 de marzo, 1983.

problemas. Hace pocos días recibieron de manos del Ejército algo así como un adelanto de indemnización. [...] hemos decidido [...] comprar una propiedad a cada uno, ambas escrituradas a sus nombres. [...] Pero el inconveniente con el cual tropezamos [...] consiste en que adquirir inmuebles a nombre de ellos trae aparejados impedimentos por tratarse de menores de edad. Para contribuir a la emancipación de estos dos chicos encuentro la valla de que se trata de huérfanos o de hogares mal constituidos (o destruidos, como se los quiera llamar).

¿Cómo se los emancipa entonces? Si son mayores para ir a la guerra, podemos considerarlos menores para adquirir un inmueble o para llegarse hasta un banco a poner unos pesitos a plazo fijo? Todos ellos han adquirido la mayoría de edad ante la Nación entera. Dejaron de ser chicos. Son hombres.

Julio L. Novoa.

San Justo.

Provincia de Buenos Aires (*Clarín* 15 de enero, 1983. Cartas al país. Paréntesis originales).

Novoa pedía que el Estado, y más específicamente el Poder Ejecutivo, el único con capacidad de modificar la legislación en un régimen no parlamentario, resolviera resolver esta flagrante contradicción. La mayoría de edad establecida a los 21 años no había sido modificada cuando la edad de reclutamiento militar descendió desde 1973 de 21 a 18. El hecho de que los ex combatientes fueran menores legales los afectaba en su aptitud para disponer de su propiedad y su capital, ya fuera por herencia o por compensación. Herencias y transferencias a menores deben ser supervisadas por un juez de menores y se suelen delegar a un tutor legal –generalmente un padre biológico o pariente próximo– que asume la completa responsabilidad ante el Estado en preservar los bienes del menor. El conflicto al que se refería Novoa surgía cuando los padres del menor habían muerto o evadían sus obligaciones o residían lejos. Los “hogares rotos” generalmente referían a unidades domésticas de origen humilde encabezadas por uno de los hijos mayores o por adultos sin derechos legales o lazos de sangre con los menores. Los protegidos de Novoa no tenían padres vivos o adoptivos.

El punto central de la carta era que la minoría legal contrastaba con la enorme responsabilidad que “la Patria” les había asignado a esos chicos, por ejemplo, al manejar armas de guerra. Mucho tiempo después, los ex soldados recordarían que ya reintegrados a la vida civil no podían comprar armas por ser menores de 21 años. Novoa advertía que la responsabilidad de la guerra había “truncado ilu-

siones, anhelos, interrumpido estudios, trabajo y, sobre todo, el derecho a la vida plena en una edad que oscila entre los 18 y los 20 años” (*Clarín*, enero 15, 1983). La guerra había fracturado sus vidas al punto que una vez cumplida la conscripción ni siquiera tenían el derecho de transformarse legalmente en “hombres”.

En suma, los civiles asignaban al Estado la principal responsabilidad de velar por el bienestar de los ex conscriptos, ya que la institución militar los había llevado a una guerra. A través de las FF.AA., el Estado emergía en las demandas de los civiles como en deuda con la sociedad, deuda corporizada en estos jóvenes civiles tenidos todavía como menores. La minoría implicaba no sólo poca experiencia o advertencia en tratar con cuestiones administrativas sino también carecer de leyes para salvaguardarlos; implicaba también que la mayoría de los conscriptos era legalmente incapaz de disponer de su propiedad.¹⁵ La carta de Novoa y la mayoría de los pedidos de los civiles invocaban la minoridad como preámbulo para requerir el reconocimiento oficial hacia aquellos jóvenes como adultos por haber estado en la guerra o, lo que es lo mismo, para exigirle al Estado que recordara la guerra. A través de su apelación a la memoria, pues, los civiles demandaban asistencia efectiva e igualitaria, y también reconocer a los ex soldados como ciudadanos completos y adultos. Así, mientras los dirigentes de la Casa consideraban a los civiles como ignorantes en materia bélica, los civiles argumentaban que la guerra había transformado a esos chicos en verdaderos hombres y que el Estado ya no podía ejercer sobre ellos tutela alguna. Y esto no sólo porque los ex soldados no eran ya menores.

La brecha en la vida de los ex combatientes debía ser subsanada siquiera mejorando sus condiciones de vida. Ese derecho los asistía independientemente del desempeño militar argentino en el campo de batalla, pues correspondía a sus superiores la responsabilidad de la derrota y la pérdida de las islas. Los soldados sólo habían servido a su país. Esto significaba que ni los adultos ni los jóvenes civiles aceptaban la autoridad de las FF.AA. como padres adoptivos ya que éstos habían probado su incapacidad para crear y mantener una familia argentina en el campo de batalla. La consigna callejera “*Galtieri, borracho, mataste a los muchachos*” (*Clarín*, 15 de junio, 1982; Archivo Urioste 1982) imaginaba al General-Presidente como un padre irresponsable entregado a la bebida. Novoa podía estar aludiendo a toda la Nación Argentina cuando hablaba de un “hogar roto”. Esta imagen ganaba actualidad con dos anécdotas,

15 Al finalizar la guerra la mayoría de los soldados tenía 19 ó 20 años de edad. Sólo unos pocos, llamados “los viejos” por sus compañeros, tenían más de 21 cuando comenzaron su conscripción. Estos casos correspondían, generalmente, a quienes habían pedido la prórroga del servicio, frecuentemente por razones de estudios universitarios. La mayoría de los soldados de mayor edad provenía, entonces, de las grandes ciudades, como es el caso del Regimiento 7 de Infantería de la ciudad La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires.

una del dominio civil y otra del militar, que se convirtieron en la conclusión que los civiles argentinos elaboraron y mantuvieron por largo tiempo sobre la guerra de Malvinas.

Poco después del 14 de junio de 1982, los argentinos se enteraron de que parte de las provisiones que habían reunido para las tropas en las islas durante los 74 días de fervor patriótico, había sido vendida en forma privada en el continente, y jamás había llegado a destino. El personal militar era, obviamente, el principal sospechoso de tal desvío. Una de las historias que abonan esta conclusión cuenta que los chocolatinos que enviaban los escolares a los soldados, podían comprarse en los kioscos patagónicos; el hecho de que aquellos chocolatinos estuvieran destinados a las tropas y no a la venta privada, era evidente en que algunos de ellos contenían una breve carta dirigida a un soldado anónimo. La otra historia habla del hambre de los soldados en el frente, mientras los depósitos de Puerto Argentino rebozaban de comida. El contraste entre soldados hambrientos en el frente y oficiales superiores comiendo regularmente en la seguridad de Puerto Argentino, encajaba con la imagen de esos padres irresponsables que despilfarran los recursos nacionales en beneficio propio (como en la imagen del padre borracho) mientras matan de hambre a sus hijos. En contraste, los civiles adultos argumentaban que se habían dedicado a “los chicos” de manera desinteresada, pese a sus escasos recursos, y por propia iniciativa, movidos por el deseo de justicia en el nombre de la nación, ya que “todos somos argentinos” (Marinistían de Sosa, *Clarín*, 31 de marzo, 1983).

La metáfora familiar para referirse a la Argentina que empleaban los civiles confirmaba la brecha entre civiles y militares; había un matrimonio roto en un hogar destruido, la nación. Los civiles entonces parecían dirigirse al Estado como si se tratara de un padre irresponsable a quien deben recordársele sus deberes paternos. Dado que, desde esta lógica, las familias civiles habían ofrecido a sus propios hijos a la “familia” militar en las islas, y luego el máximo padre militar, el presidente-General, era echado por ineptitud y alcoholismo, el Estado no podía ostentar ninguna autoridad moral ni frente a los civiles ni frente a sus “hijos”. El pedido de los civiles de “no olvidar” reflejaba, por un lado, el esfuerzo de los civiles por mantener la continuidad con el pasado malvinero, esto es, la responsabilidad del Estado por lo sucedido y actuado. Por el otro lado, la alusión a la memoria cabía como “nacional” sólo cuando se refería al servicio de los ex conscriptos. Así, el olvido de las autoridades significaba su desigual responsabilización hacia quienes fueran sus subalternos. Sin embargo, en un mismo movimiento y simultáneamente, los civiles comenzaban a olvidar su propio involucramiento en el fervor nacional y en la recuperación de Malvinas como una empresa nacional confiada a las FF.AA., tema sobre el que volveré más adelante.

De todos modos, los reclamos civiles apelando a la memoria fueron cruciales para construir a la guerra de Malvinas como de responsabilidad exclusiva del Proceso, y a éste como un agente primario de fractura y olvido nacional. El eslabón entre el Proceso y Malvinas se recordaba, nuevamente, a través de la metáfora de la familia y, más específicamente, a través de la filiación, a medida que un nuevo actor entraba en escena, los padres sin hijos.

LOS PADRES DE PLAZA DE MAYO

Hacia fines de 1982 algunos editoriales y artículos en diarios nacionales y revistas empezaron a referirse a grupos de padres de soldados, oficiales y suboficiales que intentaban dilucidar el destino de sus hijos. El mayor número de “desaparecidos en acción” correspondía a las víctimas del hundimiento del Crucero ARA *General Belgrano*. Parte de los 300 muertos y desaparecidos del buque se alojaba en las secciones que fueron directamente impactadas por los dos torpedos y habían, seguramente, muerto por asfixia o ahogados en el mar.¹⁶ Pero otros habían sido vistos con vida en las balsas aunque, tras la larga espera del rescate, se había perdido contacto con ellos. Otros argentinos también habían desaparecido de las islas, sea porque sus cuerpos no pudieron encontrarse, sea porque no pudieron identificarse después del combate; tripulaciones aéreas se habían estrellado, o habían logrado eyectarse pero no llegaron a ser rescatados y se los consideraba desaparecidos.

Por iniciativa del padre de un aviador desaparecido con el grado de Teniente primero,¹⁷ la *Comisión Nacional de Padres de Combatientes Desaparecidos en Malvinas* reunió cerca de cincuenta familiares que demandaban información oficial sobre lo ocurrido. Dicho reclamo, se decía, podía haberse originado en una carta enviada supuestamente desde Rusia (por entonces, todavía la Unión

16 El comunicado oficial argentino n°108 reportaba que el 30 de mayo las pérdidas argentinas ascendían a 82 muertos, 106 heridos y 342 desaparecidos en acción (1983). En 1992 el capitán del Crucero General Belgrano, Héctor Bonzo, publicó 1093 Tripulantes del Crucero ARA General Belgrano, donde establecía el número de muertos en 323. 300 de ellos estaban desaparecidos y 23 fueron enterrados en el continente; la mayoría de ellos falleció en las balsas mientras esperaba el rescate (Bonzo 1992:469-ss.).

17 Isaías Giménez, padre de un piloto de Pucará, Lt. M. A. Giménez, escribió un libro en honor a su hijo. Giménez conducía uno de los dos IA-58 del escuadrón “Sombra”, en una operación sobre Darwin el 28 de mayo. Cuando su avión fue dañado, Giménez debió volar por instrumentos en un área sin visibilidad. Aparentemente habría perdido el rumbo (Matassi 1990:186-187, 308). Su avión, se supo años después, se estrelló en las Montañas Azules, entre Darwin y Puerto Argentino, y sus restos finalmente fueron encontrados.

Soviética), diciendo que algunos “desaparecidos” habían sido rescatados por un pesquero ruso. También se hablaba de un operador de radio argentino, Fabián Edgardo Siri, radiooperador del Belgrano dado por desaparecido, que habría sido interceptado por la BBC. El presunto Siri decía ser uno de los varios sobrevivientes retenidos en las islas por las fuerzas británicas, en calidad de prisioneros-rehenes (*Siete Días*, 24 de noviembre, 1982).

Los parientes empezaron a indagar el destino de sus maridos, hijos y hermanos en las embajadas y guarniciones militares.

No es la primera vez que se reúnen. Ya han transcurrido (sic) más de cinco meses y todavía mantienen intactas sus esperanzas. Ellos son los padres de la guerra. Ellos son los padres de los “desaparecidos” y de los “muertos administrativos” que tuvo la guerra de las Malvinas (*Tiempo Argentino*, 30 de noviembre, 1982).

La Comisión sometió sus casos a los comandantes de las tres FF.AA. y al Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, él mismo un desaparecido, aunque de “otra guerra”. No casualmente una revista encabezó un artículo identificando a la causa de la Comisión Nacional de Padres con las organizaciones argentinas de derechos humanos.

Los padres de Plaza de Mayo

Los padres de más de cien soldados desaparecidos en las Malvinas le piden explicaciones al gobierno (*Siete Días*, 24 de noviembre, 1982).

El titular implicaba a actores bien conocidos a esa altura del régimen: uno se refería a los Padres de la Guerra, en contraste con un popular libro de testimonios de ex soldados, *Los Chicos de la Guerra*, que se publicó con gran resonancia en 1982. Volveré sobre esto en el próximo capítulo. El segundo actor del PRN era más evidente, las *Madres de Plaza de Mayo*, que seguían pidiendo información acerca de sus hijos desaparecidos entre 1976 y 1980 en manos de fuerzas armadas y de seguridad, marchando cada jueves alrededor de la Pirámide de Mayo. Y ahora, a fines de 1982, la prensa explotaba la analogía de aquellas mujeres con los familiares de los desaparecidos en el Atlántico Sur. En el mismo espacio que las Madres habían ocupado desde 1977 en la Plaza de Mayo de la Capital Federal, la foto de la revista presentaba a veinte hombres y mujeres entre 40 y 50 años de edad, de espaldas a la Casa Rosada, mostrando fotos de sus seres queridos, como solían hacer las madres cuando pedían “*Aparición con vida*”. Cinco meses después de finalizar la guerra, esos familiares seguían esperando una respuesta oficial.

Ambas analogías explotaban las ambigüedades del término castellano “padre” que podía significar “pariente ascendente” o progenitor masculino —en contraste con “chico” y con las Madres. Aunque el calificativo de Padres de Plaza de Mayo no debe haber sido del agrado de muchos de los miembros de este grupo, la retórica periodística explotaba varias semejanzas y contrastes que, por lo menos, reunían los dos legados políticos más significativos del PRN: la guerra contra la subversión, llamada por los activistas de derechos humanos “terrorismo de Estado” y por las FF.AA. “guerra sucia”, por un lado, y la guerra internacional de Malvinas que algunos irónicamente comenzaron a llamar “la guerra limpia”, por el otro (Rozitchner 1983, Mántaras 1988).

En efecto, las *Madres* y los Padres de los *desaparecidos* habían surgido durante la misma etapa y bajo el mismo régimen político. Ambos definían a sus hijos como víctimas directas o indirectas de ese Estado. Sus víctimas eran explícita o implícitamente “jóvenes”, pues sus edades oscilaban entre los 17 y los 40 años: jóvenes guerrilleros, jóvenes delegados gremiales y activistas, jóvenes oficiales, jóvenes suboficiales y jóvenes soldados. Las demandas de los *Padres* y *Madres* exponían lazos de filiación cortados prematuramente. Esta fractura se hacía pública en el mismo acto del reclamo al Estado y, más particularmente, al Poder Ejecutivo simbolizado por la Casa Rosada, ocupada por las FF.AA. desde 1976. La Plaza de Mayo representaba el centro del poder político de la República, y era a este poder que se dirigían por separado Madres y Padres, por la aparición de sus familiares. Así, implicaban la obligación del Estado en la desaparición de sus seres queridos o, al menos, su responsabilidad en clarificar las circunstancias bajo las cuales habían desaparecido. La resistencia de los Padres a la “muerte administrativa” de sus hijos, decretada por agentes del gobierno, era bastante similar a la de las Madres. Argumentaban, como se había hecho durante la Guerra Sucia, que una persona muerta debe ser reconocida por sus parientes directos, y enterrada o inhumados sus restos por un procedimiento formal y decente. De otro modo, la persona desaparecida y sus parientes permanecerían quizás para siempre en un limbo de incertidumbre.

Al referirse a Padres en vez de Madres o Familiares, el periodismo también reportaba interesantes contrastes. En su reclamo las Madres acusaban al Estado de arrebatarle a sus hijos e hijos de sus casas y familias. En vez, los Padres habían perdido sólo descendencia masculina en un campo de batalla al cual habían ido cumpliendo con los deberes del ciudadano o con su carrera profesional. En efecto, el dirigente de Padres era un hombre, el padre de un aviador profesional, no una mujer como las dirigentes del movimiento de las Madres de Plaza de Mayo.

Los informes de los medios destacaban la experiencia de las familias dejadas sin hijos por la represión o por la guerra. En ambos casos, el Estado había

sido su brazo ejecutor y agente principal. La prensa parecía esmerarse particularmente con los ex soldados, a quienes presentaba como víctimas directas o indirectas del Estado argentino, igual que sus familiares. Estado, nación, memoria y familiares estaban atados a los dos hechos políticos principales del Proceso. Mientras que las FF.AA. consideraban a ambas como “guerras”, muchos civiles habían empezado a identificarlas con liso y llano autoritarismo, dato evidenciado en el tono crítico de las cartas. Qué hacía a estas dos “guerras” similares y diferentes, y en qué términos se discutía su similitud y diferencia es evidente en la comparación de los tres grupos de adultos malvineros –los *Padres* de los soldados desaparecidos, los protectores oficiales (la Casa y la Liga de Amas de Casa) y los tutores civiles– y las Madres. Fue en este juego de contrastes, generalmente implícito que se preparaba el espacio social para una nueva identidad pública, la de los ex soldados de Malvinas. Los ex soldados llegarían entonces a un terreno que en parte ya había sido trazado.

Padres adoptivos y sin hijos

Los *Padres* de los *desaparecidos* en el Atlántico Sur y las Madres de la Guerra Sucia y el terrorismo de Estado diferían de los grupos de civiles que representaban a los ex soldados y también de las organizaciones ligadas al ámbito oficial, como la Casa. Mientras que estos últimos dos grupos se establecieron como madres y padres adoptivos de ex soldados que habían sido considerados legal e informalmente como menores, los *Padres* y *Madres* se ubicaron como familiares directos cuyos lazos de sangre habían sido cortados. Esto es, los primeros dos grupos se presentaban como *Padres* y *Madres* que habían quedado sin hijos mientras que los otros dos grupos se presentaban como padres adoptivos.

Los cuatro grupos, empero, compartían tres rasgos importantes que serían recreados por los ex soldados: hacían sus pedidos posicionándose en reclamo al Estado en nombre de la “Nación”, y apelando centralmente a “la memoria”. Con respecto al primero, expresaban sus demandas y derechos paternos no en términos partidarios, étnicos o raciales, sino en algún tipo de filiación que esgrimían frente al Estado argentino, por ejemplo, solicitando asistencia e información sobre los desaparecidos. A veces el Estado era el interlocutor y receptor de las demandas, como ocurría con los tutores civiles, los representantes, las madrinas, y los *Padres* y *Madres* de *Plaza de Mayo*; en otras ocasiones el Estado era el principal agente de representación y asistencia, como con los jefes de la Casa.

Segundo, en sus demandas al Estado, la nación siempre era invocada como un “reclamo de homogeneidad”¹⁸ buscando dar legitimidad al reclamo en virtud de una filiación nacional. Excepto las Madres que invocaban a la nación para afirmar sus derechos de demandar –como se manifiesta cuando caminan alrededor de la Pirámide de Mayo cada jueves o en sus consignas durante la guerra “las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”– los padres adoptivos, los representantes de ex soldados, y los Padres apelaban a la nación como la razón principal de que sus hijos de sangre se hubieran alistado en las FF.AA., hubieran ido a la guerra, y como razón para pedir información sobre los desaparecidos en acción. La nación emergía en primer lugar en el argumento de que los ex soldados y los desaparecidos en el Atlántico Sur hubieran ido al campo de batalla para defender un territorio nacional. Las FF.AA. basaban su afirmación por la autoridad paterna sobre los ex soldados, en haber participado de una guerra internacional contra los invasores británicos, y los civiles basaban sus reclamos para representar a los ex soldados en que los soldados eran jóvenes civiles que habían cumplido su deber con la nación; y los Padres de los desaparecidos basaban sus demandas de información en haber entregado un pariente directo al Estado en defensa de la nación.

Tercero, los cuatro grupos exigían la responsabilidad de parte del Estado argentino y/o la sociedad, y en este sentido, fundaban sus reclamos de reconocimiento por pertenencia a la Nación en la memoria. Esta invocación demandaba alguna respuesta en el presente, en relación al pasado y como consecuencia de una guerra y una iniciativa de violencia estatal. En esta lógica la apelación a la “memoria” tenía, aparentemente, orígenes distintos aunque con un mismo destino. Los reclamos de las Madres diferían de los de los otros tres grupos en que sus experiencias de guerra-violencia estatal estaban mucho más mediatisadas en el ámbito público pues mientras el conflicto internacional de 1982 fue lanzado por el Estado y reconocido como tal por la sociedad, las circunstancias de la desaparición de sus hijos e hijas sólo podían ser recordadas –en el sentido estricto y vivencial– por sus progenitores cuando habían tenido lugar en sus respectivos hogares. Precisamente el terror de Estado fue un rótulo que se consolidó después de los peores años de represión. El Estado del PRN pudo negar la existencia de “desaparecidos” por su operatoria clandestina consistente en el secreto y el silenciamiento. Una lógica exactamente inversa puede aplicarse a los Padres: que sus hijos hubieran desaparecido en el Sur correspondía a un hecho público y admitido por el mismo Estado, una guerra internacional; ahora bien, cuál había sido su destino, era información que no siempre estaba bajo

18 Michel Rolph Trouillot, precisamente, define a la nación como “una construcción cultural que opera en el dominio de la política [...] que ofrece alguna reivindicación de homogeneidad en relación con el poder político” (1990:25).

control oficial. En este caso, el Estado argentino no podía ser acusado de las desapariciones, pero sí podía serlo por no proveer información a los familiares de los desaparecidos. En cuanto a los tutores civiles, éstos no reivindicaban ante el Estado su reconocimiento de que los conscriptos hubieran estado en el teatro de operaciones, sino que dicha presencia no se materializara en una atención (sanitaria) concreta por parte de las organizaciones oficiales. La falta de ayuda adecuada a los ex soldados se interpretaba como “olvido”, más que como ineficiencia del Estado en cumplir con los derechos de todos los argentinos, militares y civiles por igual.

Los tres grupos civiles –representantes, Padres y Madres– aludían entonces a la sociedad en su conjunto para demandar al Estado su responsabilidad por la asistencia a los ex conscriptos o para informar sobre el destino de los desaparecidos en acción. Los tutores relacionados con el Estado, como los jefes de la Casa, necesitaban la memoria de la sociedad para restaurar a Malvinas como un sentimiento compartido de unidad nacional, y la memoria de las FF.AA. sobre el reclamo nacional que llevó a la guerra para restaurar la jerarquía y la camaradería dentro y entre los rangos militares y las fuerzas. Así, todos necesitaban de “la memoria” como una figura de responsabilidad del Estado pero también para restaurar los lazos sociales rotos.

En suma, el Estado era el principal interlocutor de todas las demandas cuya legitimidad se basaba en que se formulaban en nombre de la nación. Todos los reclamantes reconocían su pertenencia nacional común bajo el mismo Estado al cual se dirigían. Pero la noción de “pertenencia nacional” que invocaban no estaba relacionada con el grupo étnico, la raza o la tradición; se basaba en la “memoria”, que permitía vincular hechos pasados con responsabilidades presentes del Estado con respecto a los ex soldados y sus familiares. La guerra cobraba sentido en virtud de la pertenencia nacional, pero la actualidad de esa guerra por una causa nacional se esgrimía en el lenguaje de los lazos de parentesco y, más específicamente, de la filiación.

Los demandantes destacaban la responsabilidad del Estado: para las Madres, había sido el agente principal de la desaparición de civiles desde 1976 hasta 1980; para los grupos restantes, tuvo la responsabilidad bélica y además, la conducción de sus subalternos civiles en el campo de batalla. Llamativamente, y en su veloz retirada, el régimen no sólo negó como propios los hechos de terrorismo estatal, lo cual era por demás lógico dada su operatoria clandestina. Además, y después del 18 de junio, el nuevo gobierno trató de distanciarse del conflicto armado, reemplazando a la Junta y lanzando la apertura electoral. Fue precisamente el PRN, con Galtieri primero y Bignone después, el que hizo firmar a los conscriptos un documento por el cual silenciaran su experiencia de guerra. Fue también el PRN el que prohibió los desfiles militares y eludió las reuniones

públicas para dar la bienvenida a las tropas, temiendo disturbios contra el régimen. Hasta hoy, los cuadros militares y los ex conscriptos se lamentan por haber entrado al continente por “la puerta trasera”, “a escondidas”, “por la noche, como si fuéramos ladrones”. Ese ocultamiento conllevaba el silencio sobre un pasado demasiado reciente, como si los argentinos pudieran olvidar los efectos de la guerra y retomar la cotidianeidad premalvinense. Pese a que el olvido y el ocultamiento fueron promovidos oficialmente en la arena pública –aunque no en la Casa– para disminuir la carga política de la guerra perdida, esta vez el Estado de las FF.AA. debía enfrentar una nueva situación.

Pese a que algunos familiares de altos oficiales de las fuerzas habían desaparecido durante la Guerra Sucia, estos fueron pocos y quedaron sepultados por el silencio corporativo militar. Pero con Malvinas era diferente: fue la corporación militar la involucrada en el Teatro de Operaciones y esto a la vista de todos los argentinos y el mundo, frente a otro Estado nacional. Las denuncias de ex soldados y suboficiales por abusos de autoridad y por mala conducción, caían no sólo al interior de la misma institución sino, fundamentalmente, dentro del mismo bando. Así, el dilema memoria-olvido caía ahora de lleno dentro de las FF.AA. y, dado que éstas ocupaban el Estado, también dentro del Estado mismo. De este modo, Malvinas había sido, con apoyo civil, una empresa íntegramente militar que terminaría en una derrota militar y también política. Sus principales damnificadas, las FF.AA. en el poder, tomaron a Malvinas como una cuestión propia y en principio exclusiva, aunque gran parte de las comandancias sucesoras se lamentara que Malvinas hubiera ocurrido. El punto de la memoria tenía para ella un sentido muy particular: al interior de sus filas debería servir para restaurar los lazos rotos entre militares durante y después de Malvinas, basados en la jerarquía por rango, edad y antigüedad en la fuerza. Restaurar la jerarquía de los rangos superiores sobre los inferiores significaba restaurar el principio de senioridad, de los más viejos sobre los cuadros más jóvenes, principio sin el cual las FF.AA. no podrían funcionar en su organización vertical.

Mientras las Fuerzas apelaban a la memoria contra el olvido civil, y fundamentalmente contra el quiebre interno de la autoridad, los civiles lo hacían contra el Estado reivindicando la restauración de los quebrados lazos familiares en una filiación nacional trunca. Por ejemplo, doña Oviedo se autodefinía como argentina, no como subversiva o como políticamente orientada. Esa filiación nacional podía ser adoptiva como en la Casa, las madrinas de guerra y los representantes y tutores civiles, o de sangre, como en el caso de los *Padres y Madres de Plaza de Mayo*. Tanto adoptivos como sanguíneos referían una fractura en la descendencia argentina, es decir, apelaban a la memoria como principal vehículo para reconocer lazos quebrados; su reestablecimiento era

imprescindible si, como sugerían los *Padres y Madres*, se trataba de evitar que la descendencia cayera en un limbo eterno. Este punto resultó central para ubicar los hechos del pasado y a sus protagonistas en el presente.

La mayoría de las sociedades humanas da un tratamiento sumamente cuidadoso a sus muertos de modo tal que los cuerpos no amenacen a los vivos (Bloch y Parry 1982, Feeley-Harnik 1991, Hertz 1990, Maschio 1994). Durante el terrorismo de Estado argentino, quienes desaparecieron como personas vivas quedaban confinados en un lugar intermedio entre la vida y la muerte, debido a la ausencia de un paso ritualizado o formalizado de uno a otro estado, como ocurre con los funerales. Sin ellos la tristeza e incertidumbre de los parientes se traduce en un pasado pendiente que se prolonga en el presente. Esto fue claro en los Estados Unidos. Después de concluida la Guerra de Vietnam, un sector político comenzó a alentar la sospecha de que los MIA (*Missing in Action*, “Desaparecidos en Acción”) estaban vivos como POW (*Prisoners of War*, “Prisioneros de Guerra”) de los vietnamitas. El involucramiento de lo familiares de los MIA, primero, y del resto de una sociedad devastada por la pérdida de jóvenes vidas durante más de una década, luego, sirvió para mantener vivo el sentimiento anticomunista y antisoviético (Franklin 1992).¹⁹ Si el pasado podía sobrevivir en el presente, era gracias a que los vivos seguían atados a una herida abierta por la inconclusión de la desaparición. Los *Padres* de Malvinas abrigaban esperanzas de que sus hijos estuvieran a bordo de un buque ruso o en las islas como prisioneros de los británicos. Aunque con otro giro político, la demanda de las *Madres de Plaza de Mayo* opera sobre la misma lógica que ciertamente no se limita a los parientes de los desaparecidos. También, y esa era en verdad parte del cometido de la mecánica, acosan al resto de la sociedad que debía aprender a temer otras desapariciones. Pero tampoco se limitó a ésta. Inesperadamente, los desaparecidos comenzaron a rondar a las autoridades militares en retirada y a los subalternos de las instituciones castrenses, cuando debieron enfrentar acusaciones y juicios en la Argentina y en el exterior, como veremos más adelante.

19 La reivindicación de las Madres difería de las realizadas por la National League of Families of American Prisoners and Missing in Southeast Asia (Liga Nacional de Familiares de prisioneros y desaparecidos americanos en el Sudeste asiático) y por la National Alliance of Families for the Return of Missing Servicemen (Alianza Nacional de familiares por el retorno de hombres de servicio desaparecidos), en que el grupo argentino no creía que sus hijos e hijas estuvieran con vida. La consigna “Aparición con vida” estaba destinado a afirmar la responsabilidad del PRN en devolver los cuerpos que las FF.AA. habían sustraído (como reza otra consigna, “con vida los llevaron, con vida los queremos”). El movimiento de los POW/MIA en los EE.UU. creía fuertemente, aunque sin evidencia suficiente, que había Americanos vivos y esclavizados en Indochina. Esta creencia fue alentada por el Poder Ejecutivo y por algunos políticos de la derecha, en el supuesto de que los Desaparecidos en Acción eran, también, Prisioneros de Guerra. De ahí la unificación de las siglas MIA/POW como una sola (Franklin 1992).

La permanencia del pasado en el presente es difícil de tolerar en un sistema político cuyos actores están constantemente tratando de refundarlo. Emblematicada en los nombres de diversas administraciones argentinas desde, al menos, 1955 –Revolución Libertadora, Revolución Argentina, Proceso de Reorganización Nacional– en cada nuevo comienzo, las autoridades intentaron borrar los restos del pasado y generalizar el olvido de lo realizado por el último gobierno, exceptuando, claro está, sus desaciertos. El caso paradigmático fue el de la primera década peronista.

Así, y contrariamente a lo esperado, la desaparición de argentinos y extranjeros entre 1976 y 1980 no redundó en su olvido sino en su supervivencia fantasmal desde las demandas actualizadas de sus familiares. Lo contrario, esto es, el silencio y la indiferencia hubieran resultado efectivamente en su desaparición.

Dado que después de Malvinas el PRN no podía ser más impopular, los argentinos buscaron dejarlo atrás tanto como les fuera posible. Pero ese olvido se encontró con dos limitantes: las demandas de las organizaciones de derechos humanos y las mucho menos orgánicas de asistencia a los ex soldados.

En efecto, los ex soldados también corrían el riesgo de desaparición. Mientras las FF.AA. necesitaban dejar atrás la derrota en las islas para facilitar la transición política, los políticos preferían destacar otras cuestiones en su campaña electoral, como los temas humanitarios y los económicos, ¿por qué no Malvinas? Porque ciertamente el intento refundador era una ficción: prácticamente todos los partidos políticos, incluyendo a sus dirigentes de primera y segunda línea, habían apoyado explícitamente la causa de soberanía territorial, aunque ello no conllevara un respaldo a la Junta ni al Proceso, los colocaba detrás del frente nacionalmente unificado por las FF.AA. (Guber 2001a). La campaña del 82-83 fue atravesada por un clima de polarización no necesariamente entre los partidos candidatos al gobierno sino entre civiles y militares, que permeó todo el discurso político. Los candidatos parecían no encontrar margen para sutilezas; también ellos transformaron a Malvinas en una asignatura militar, autoexcluyéndose de su devenir y culminación.

Paralelamente, los civiles necesitaban “olvidar” o mejor dicho silenciar su propio involucramiento en la guerra perdida. Este olvido, traducido por Oviedo en una deuda incumplida hacia los ex soldados –“El gobierno les debe algo, la sociedad les debe algo” (*Clarín*, 8 de setiembre, 1983)– tuvo muchos matices y adoptó distintas formas, que se valieron de una observación que todos los adultos, civiles y militares, dejaron entrever: la ambigua posición de los ex concriptos fundada en un *status* legal de “menores” o “incapaces” que habían peleado en un campo de batalla internacional. No podían disponer de sus compensaciones de guerra, pero venían de emplear armamento pesado y

quizás matado o herido de gravedad al enemigo. Jóvenes hombres reconocidos por la sociedad y el Estado como “soldados argentinos”, mientras estaban en las islas, se convirtieron en civiles ni bien volvieron al continente y al tiempo de paz en civiles extraordinarios que dependían de la asistencia militar, que sabían de guerra, pero que no seguirían la carrera militar. Esta condición intermedia y ambigua de ni niños ni adultos, ni militares ni civiles, era evidenciada en la identificación de los ex soldados con la figura ficcional de los Rambos, veteranos civiles convertidos en francotiradores sin control sobre su violencia y rencor. Desde esta ambigüedad los ex soldados también podían atosigar a los argentinos. El proyecto de “reintegración”, tan extendido en los años de posguerra, debía servirles a los ex soldados, a la sociedad y al gobierno para encuadrar a esos jóvenes en algún sistema claro de categorías. Retomando el marco del período bélico, esa “reintegración” se acometería en términos de filiación. Esta imagen comunicaba, primero, una organización vertical de filiación entre generaciones vinculadas entre sí por edad y precedencia. Los soldados ocupaban siempre el lugar de menores. Segundo, evidenciaba que la familia, cualquiera ella fuera, era el refugio de los ex soldados pero también el legítimo sujeto reclamante de los derechos de estos menores. Tercero, la imagen de familia sugería a la filiación como garantía de continuidad entre el pasado y el presente, siempre referida a los lazos nacionales como telón de fondo de toda reivindicación. Parientes, madrinas, protectores y comandantes de la Casa ponían todo su esfuerzo para “reintegrar” a los sobrevivientes de Malvinas en la sociedad, restaurando lazos de parentesco cortados, forjando un lugar social para los ex soldados que fuera insospechado de antinacional, esto es, de subversivo. En este procedimiento cada sector silenciaba distintos aspectos del pasado: los militares relativizaban la derrota y la mala conducción, en bien de la justicia de la causa, y los civiles su propio fervor nacional durante la guerra.

La causa nacional se separaba del conflicto armado, y “Malvinas” se convirtió por un lado, en una vergüenza, y por el otro, en una demanda de asistencia social y de reconocimiento de *status* con fundamento nacional. Sus beneficiarios serían aquellos que habían peleado por la Patria. Esta segunda connotación imaginaba para los ex soldados un sitio de minoría e inexperience para adolescentes crecidos o jóvenes necesitados de “ingresar” a una sociedad a la cual, ciertamente, habían pertenecido. Se suponía que iniciativas como las becas, la asistencia médica y la guía moral, contribuirían a poner en caja la violencia potencial atribuida al efecto traumático de la guerra y también de la juventud. En la mayoría de sus declaraciones públicas los adultos dejaban en claro que, de un modo u otro, los ex soldados o “ex combatientes” tendrían su lugar en tanto que juventud necesitada de ser instruida en cuestiones de la

vida y del sentido de su experiencia vivida en el sur. Sin embargo, ese *status* de minoría se convirtió en un terreno de disputa. Los comandantes de la Casa afirmaban que los menores eran sus soldados-subalternos, mientras que los civiles los querían de vuelta a sus hogares de preguerra, como chicos crecidos y civiles. De este modo, los adultos se resistían a admitir que los ex soldados no volverían a ninguna condición anterior.

Precisamente, los ex soldados decidieron cuestionar la reintegración sugerida por sus mayores. El próximo capítulo analiza dos representaciones sobre el ingreso de ex soldados al arena malvinera de posguerra: un libro de relatos de soldados y una película basada en ese libro. Ambos llevaban por título *Los chicos de la guerra*, la expresión con que la mayoría de los argentinos llama corrientemente a esos jóvenes conscriptos y, también, con que sintetizó su experiencia de Malvinas. A pesar de que el libro y la película mezclan las voces de los ex soldados y las de jóvenes intelectuales, sus realizadores, los ex soldados comenzaban aquí a visualizar un argumento y una posición alternativos para entrar en el pasado de los argentinos.

Capítulo 2
Los chicos de la guerra
y el nacimiento de una generación

*“la juventud debe ser como la semilla,
permanecer bajo la tierra, en la oscuridad,
hasta que le llegue el momento de convertirse en árbol”*

(Kon 1982:10).

Un libro y, dos años después, una película, parecen trivialidades frente al baño de sangre de una guerra. Pero estas dos expresiones, una escrita y otra visual, sirvieron para ratificar un nombre y proyectar una existencia objetiva a lo que muchos argentinos interpretaban sobre aquella novedosa entidad, los ex soldados. El autor del libro y los productores de la película presentaban un sentido de la guerra y del involucramiento cívico-militar argentino que, por esta vez, no se limitaba a una lectura de adultos. Por presentar, en proporciones distintas, los relatos de ex soldados, el libro y luego el film mostraban en parte los nuevos sentidos que los ex soldados estaban forjando sobre sí mismos, y también sobre la guerra, la sociedad y las Fuerzas Armadas de la Argentina. ¿Cuáles eran esos sentidos y en qué diferían del de sus mayores, expuestos en el capítulo anterior?

El libro: RELATOS DE UNA GENERACIÓN DE GUERRA

Sólo diez días después de la rendición, el joven periodista Daniel Kon (25 años), empezó a entrevistar a soldados que acababan de volver del frente. Pese a los muchos artículos de revistas y diarios que ya habían publicado testimonios semejantes, el suyo era el primer intento de obtener relatos de la experiencia bélica en las palabras de los protagonistas. El libro, tolerado por la censura, salió en agosto de 1982.

Los ocho relatos de estos soldados clase 62 fueron un éxito editorial.²⁰ En sus 220 páginas los entrevistados recuerdan hechos bélicos, la evolución de sus sentimientos a través del conflicto, hechos de camaradería y de subordinación, comparaciones entre las fuerzas británicas y argentinas, su relación con los padres y el contenido de sus cartas, la batalla y los bombardeos, la espera y la caída, la rendición y el regreso a casa, sus ideas de la muerte y el destino, y la transformaciones que sufrieron durante la estadía en Malvinas. Sus personajes, sus cuerpos, sus mentes habían cambiado por completo y distaban ya de lo que habían sido alguna vez.

Aunque no lo fueran, Kon presenta a sus entrevistados como “los primeros combatientes” que regresaban al continente. En realidad integraban uno de los últimos contingentes de prisioneros de los británicos. Estos ocho reclutas habían tomado parte en la defensa de Puerto Argentino, en las colinas que circundan la capital isleña por el oeste, el norte y el sur,²¹ y en la rendición final. Salvo en un caso que no queda claro, las unidades a las que habían servido pertenecían al Ejército: el Comando de la Xma Brigada,²² la Compañía Mecanizada 10, la Compañía de Comunicación, y el Regimiento 7 de Infantería.²³ Dichas unidades estaban asentadas en el Gran Buenos Aires y en la Provincia de Buenos Aires.²⁴ Por eso, excepto en un caso, los siete jóvenes restantes eran bonaerenses y porteños que habían cumplido su conscripción en su correspondiente distrito militar. Sin embargo, en sus relatos, las unidades militares en las que habían servido aparecen como secundarias con respecto al lugar de nacimiento, al puesto de combate y a la clase social.

20 Los Chicos de la Guerra tuvo siete ediciones entre agosto y diciembre de 1982. Para la séptima, ya se habían vendido 35.000 ejemplares.

21 El Regimiento 4 de Infantería también peleó en estos montes (Two Sisters Dos Hermanas, y Harriet). Este regimiento estaba compuesto por jóvenes que en su mayoría provenientes del Nordeste argentino. El Batallón de Infantería de Marina 5 peleó en el Monte Williams, Tumbledown y Sapper Hill.

22 En adelante presentaré la denominación de las unidades por su abreviatura militar.

23 Las posiciones en las islas generalmente indicaban la unidad de servicio y con cierto grado de precisión, el lugar de residencia de los conscriptos cuando eran convocados. Así, la mayoría de los soldados de la III Brigada venían del nordeste y los de la Xma Brigada venían de la Provincia de Buenos Aires y la Capital Federal.

24 Las unidades asignadas al área donde operaba la Agrupación Ejército Puerto Argentino fueron: los comandos, los comandantes de las brigadas X y IX (Regimiento de Infantería 25, de General Sarmiento, Chubut) y III (Regimientos de Infantería 4, 5 y 12 de la Provincia de Corrientes), y las compañías de los tres regimientos de la Brigada Mecanizada de infantería X (Br I Mec X) - Reg. 3 (IR Mec 3) de La Tablada en el Gran Buenos Aires; Reg. 6 (RI Mec 6) de la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires, y el Reg. 7 (RI Mec 7) de La Plata. Los regimientos estaban asentados en el norte y oeste de Puerto Argentino, en Mount Longdon y Wireless Ridge (RI Mec 7), Dos Hermanas [Two Sisters] (RI Mec 6) al sur de la capital de Malvinas (RI Mec 3 y 6).

Kon presenta a Guillermo, Jorge, Juan Carlos, Carlos, Fabián E. y Fabián como muchachos de clase media, a Ariel como de clase trabajadora, y a Santiago de origen humilde aunque, más precisamente, de clase media en una provincia pobre (su padre era suboficial de la policía provincial y su madre ama de casa). Pero estos datos sobre extracción social y localización en Malvinas no son, en verdad, lo que interesa a Kon, ni probablemente lo que inquieta al lector.

Según explica, Kon estuvo guiado por

[...] la curiosidad, las ganas de saber. Quería saber algo más de la guerra y, fundamentalmente, sobre quienes habían sido unos de sus protagonistas principales, esos bisoños combatientes, de 18 o 19 años, a los que todo el mundo, desde el comienzo de las hostilidades en el Atlántico Sur bautizó como ‘los chicos’ [...] (Kon 1982:10).

Según él, esos “bisoños combatientes” son una

[...] generación nueva, ignorada, que no tiene, siquiera, la menor experiencia política; una generación sin pasado, que ha transitado toda su adolescencia en un país conmovido por una de las crisis más serias de su historia; una generación a la que, hasta el 2 de abril, ningún gobernante recordaba en sus discursos (uno de ellos, pocos años atrás, llegó a decir que la juventud debe ser como la semilla, permanecer bajo la tierra, en la oscuridad, hasta que le llegue el momento de convertirse en árbol) [...] (Ibíd.).

El libro explora la identidad de esos “chicos”, que Kon revela como contradictoria y paradójica. Por eso sus preguntas son: ¿quiénes eran esos chicos que fueron llevados a una guerra? ¿Quiénes fueron durante la guerra? ¿Y quiénes son ahora que han vuelto y que la guerra quedó atrás? Las respuestas a estas preguntas provienen de la elaboraciones de Kon y, ciertamente, de los recuerdos de los ocho entrevistados ante el entrevistador. Pero, como será evidente, hay importantes diferencias entre los relatos de Kon y los de los chicos.

Para empezar, Kon responde desde el comienzo que esos chicos eran actores principales del conflicto de Malvinas, “bisoños combatientes, de 18 ó 19 años” y una “nueva generación” ignorada y negada, crecida bajo un gobierno autoritario, sin experiencia política. En su respuesta, Kon establece un rango de sentidos plausibles para la identidad de esos ex soldados, implícitos en el rótulo que la sociedad les asignaba. Los “chicos” refieren tanto a un grupo de edad (entre 18 y 20 años) como al término informal con que los argentinos

designamos a los soldados que fueron a Malvinas. El término es ambiguo: literalmente significa “pequeños”, pero también un grupo o “barra”. Estas dos acepciones –niños y grupo de iguales, compañeros o camaradas– se ponen en tensión cuando Kon se refiere a una categoría de uso frecuente en la sociedad, la política y la cultura argentina: la generación.

La generación puede ostentar distintos significados. En el contexto militar, una generación es una cohorte o promoción que descansa en una temporalidad lineal y cronológica propia de las formas de organización basadas en la jerarquía por antigüedad, como son las clases de la conscripción y las promociones militares. Tal como se trasluce en la jerga castrense, todo militar es “más antiguo” o “más nuevo” que los demás. Del mismo modo, una generación precede y sucede a las demás como ocurre en las sociedades llamadas “primitivas” basadas en grupos de edad (Bernardi 1985, La Fontaine 1978). Las generaciones, entonces, están ordenadas secuencial y jerárquicamente, de manera que una generación joven es inferior a la de sus mayores. Así las generaciones se definen en relación a aquéllos que las preceden, generalmente las de sus padres (Baxter y Almagor 1978, Lisón Tolosana 1966). Ahora bien: no es éste el sentido que Kon le da a la generación.

Los chicos comprenden “una nueva generación” de “bisoños combatientes” que es “ignorada, que no tiene, siquiera, la menor experiencia política; una generación sin pasado”. Por consiguiente, no existe aquí la temporalidad secuencial necesaria para que una generación reemplace a la siguiente; según Kon, la generación de los ex soldados no tiene pasado y, más aún, es ignorada por las generaciones previas (“ningún gobernante la recuerda en sus discursos”). El autor busca superar la ignorancia y la des-consideración de los mayores dirigiendo este libro a “todo el mundo” y a los “gobernantes” que llevaron a esos chicos a la guerra. Y para ello se propone indagar con los miembros de esta “generación sin pasado” en su experiencia, es decir, en su pasado.

“Sin pasado” puede tomar, pues, distintos significados: carecer de todo pasado, y entonces ser tan joven que uno no pueda ser responsabilizado por la situación presente; o bien tener un pasado ignorado por desconocimiento; tener algún pasado que sea despreciado por uno mismo y/o por los demás, esto es, un pasado no “reconocido”; por último, y cuando se aplica a generaciones sucesivas, “sin pasado” puede significar que se carece de generaciones previas. Kon plantea los distintos aspectos de un típico dilema relativo a los misterios del crecimiento y la adultez, que él resume citando las palabras de aquel “gobernante”: el pasaje de semilla a árbol no está dado ni garantizado, no es gradual ni natural; y si ese pasaje permanece ignorado, no sabremos si la semilla seguirá por siempre siendo semilla, o si alguna vez devendrá en árbol.

Los ritos de paso como el bautismo, el matrimonio, los funerales, la comu-

nión, el bar-mitzvá, la graduación profesional, la conscripción, etc., sirven para garantizar transiciones socialmente planificadas y controladas en el *status* (Van Gennep 1960). Más recientemente, Pierre Bourdieu (1993) ha señalado que los ritos de paso sirven, además, para instituir la segregación de quienes jamás efectuarán la transición, como las mujeres con el servicio militar masculino. Pero hay una tercera posibilidad sugerida por los temores de los mayores analizados en el primer capítulo: que quienes están realizando el pasaje queden varados en algún punto intermedio, sea por propia decisión, sea por razones externas, principalmente por la desaparición o el olvido.

Hasta 1996, cuando culminó su obligatoriedad, el servicio militar en la Argentina fue un rito oficial de pasaje masculino a la adultez, a la ciudadanía argentina y a la nacionalidad. Pero las clases 62 y 63 presentaban la novedad de haber sido llevadas a un teatro bélico internacional. Como vimos, los adultos creían que los ex soldados, a quienes aún concebían como menores, se “reintegrarían” a la sociedad (o se socializarían con sus camaradas superiores de las Fuerzas Armadas) completando así su pasaje a la adultez en debido tiempo, bajo supervisión militar o civil. Ahora bien: tanto Kon como sus entrevistados se preguntan si estas expectativas se cumplirían algún día. Lo llamativo es que en vez de confirmarlo sobradamente por ser la prueba última de valor militar y viril, haber estado en una “guerra” ponga en peligro el pasaje.

La urgencia de Kon en conocer el pasado de esta “nueva generación sin pasado” apunta a Malvinas como el lugar donde “los chicos” comenzaron a surgir (el brote que nace de la semilla). La guerra representa un pasado a ser recuperado y que, por eso, merece contarse, conocerse y reconocerse (primera y segunda acepción de generación “sin pasado”). Pero, como mostraré ahora, la guerra es también la razón por la cual un grupo de hombres jóvenes de aproximadamente la misma edad puede también carecer de generaciones pasadas (tercera acepción de una generación “sin pasado”). En las próximas páginas desarrollaré estas ideas en mayor detalle desde los testimonios de “los chicos” de Kon.

Sus relatos siguen una cronología lineal. Comienzan recordando el telegrama de llamada a incorporarse en las unidades donde habían cumplido el servicio militar; siguen con el viaje al sur, el cruce oceánico en avión, el arribo al aeropuerto de Puerto Argentino y los traslados a los puestos de combate. Allí la espera de la llegada de la *Task Force* mientras se socializan con sus superiores y con otros soldados de la sección, el grupo y el pozo de zorro que construyeron para dormir y guarecerse en un eventual ataque; aquí, la falta de experiencia de los “clase 63” y la ayuda de los “viejos” es una anécdota recurrente. Le sigue el 1 de Mayo, el bombardeo británico, las alertas roja y gris que resuenan en toda la isla. El acostumbramiento de los soldados al sonido de las bombas y

el aprendizaje para predecir dónde harán impacto; el pie de trinchera, el hambre, el robo de comida de los depósitos de la capital y la caza de ovejas con el subsiguiente castigo de parte de los superiores argentinos (Kon 1982:89-91); la llegada de los británicos, ahora a sus propias posiciones y pozos, a merced de la artillería enemiga; el caos del combate, soldados y fusiles volando por los aires, esquivadas enterrándose en la carne, destruyendo estómagos, arrancando brazos y piernas, al compás de los gritos desgarradores de los heridos; el enemigo avanza “como una furia”, “como si estuvieran drogados” (Ibíd.:102), en forma de exóticos Gurkhas e ingleses todopoderosos, seguros de sí mismos, armados hasta los dientes, “con unos trajes bárbaros” (Ibíd.:36-38).; luego la retirada argentina (Ibíd.:40-41), convertirse en prisioneros, entregar las armas y volver al continente a encontrarse con los seres queridos y enfrentar el abismo de la paz y el futuro de la posguerra.

Kon se pregunta por qué han sido llevados a una guerra, lo que para él es el signo más evidente de una dictadura que los llevaba a morir. Pero...

K -Después de una situación como ésta, ¿no se sentían resignados a la guerra, a vivir en la guerra?

E -No creo que resignación sea la palabra justa. Lo que sentíamos era que no nos quedaba otra posibilidad, no se podía hacer otra cosa que quedarnos ahí y esperar. Por un lado teníamos fe, incluso ganas de pelear, si era necesario; pero el combate frontal no llegaba... Y, por el otro lado, al mismo tiempo queríamos que todo se definiera de una vez, cuanto antes. Si vos hablás de la resignación como una forma de abandono ése no era mi caso. Claro, te resignabas de algún modo, a no estar con los tuyos, a no ver a la gente que querías, pero en ningún momento sentías un abandono total. ... nos sentíamos, sí, abandonados en las manos de Dios. Yo siempre dije: “que sea tu voluntad, y no la mía Señor” (Ariel, en Kon 1982:63).

Para Ariel, la resignación es similar al estado de depresión; para él se trató más bien de un estado de crisis y, simultáneamente, de cruda realidad y excitación. La visión de Kon contrasta con la de Ariel, enfrentado a su destino, un subalterno pero dueño de sí mismo.

Los ejércitos en general y los ejércitos regulares modernos en particular, contemplan el abandono inherente a la batalla como una cuestión central de la profesión militar (Clausewitz 1968, Fried et al. 1968, Haas 1990, Harrison 1973, Midlarsky 1989, Ropp 1962, Sohr 1990). Por eso los ejércitos recurren a entidades sobrenaturales –deidades propias de la guerra, talismanes, espíritus, etc.– y formas organizativas, generalmente ligadas a la jerarquía, que conten-

gan a sus miembros y aseguren la disciplina entre los rangos ante la última instancia de matar o morir. Quienes esto más requieren son los que carecen de entrenamiento suficiente. La protección surge de la organización vertical de los profesionales; ellos son quienes toman las decisiones cuando hay “una nube de balas sobre la cabeza” (Fabián E., en Kon 1982:183).

El ejercicio de la jerarquía, sin embargo, cubre un amplio espectro de situaciones. Después de perder conciencia, Ariel fue llevado al hospital de Puerto Argentino. Pese a los dudosos resultados de sus pruebas, “algunas pequeñas alteraciones” (Kon 1982:68), fue enviado de vuelta a su puesto. Otro soldado, un médico, trató la cuestión con un oficial.

El capitán vino y me dijo: “¿Qué te pasa negro?”. Le expliqué mi problema y al día siguiente me vino a avisar que me iba al continente. Le pedí por favor que me dejara un par de días más, a ver si mejoraba. Me sentía muy mal, teniendo que dejar a mis amigos allí, ahora que los ingleses ya habían desembarcado, y comenzaban a avanzar. Pero no hubo caso; a los tres días vino de nuevo el capitán y me dijo: “Negro, vos te vas al continente. Ya cumpliste; a otra cosa”. Al final lloramos abrazados los dos, ese capitán y yo. Ves, ése es un tipo genial que sabe cómo tratar a los soldados, y logra que le respondan; es un tipo humano. A soldados como nosotros, que no somos profesionales, hay que incentivarlos, demostrarles que los oficiales están junto a ellos, sino (sic) se vienen abajo. Lástima que muchos no se portaron como ese capitán” (Ariel, en Kon 1982:68-69).

Supuestamente quienes dejaban sus puestos y no cumplían con sus roles de mando, sí estaban deprimidos o eran cobardes. Por eso no eran buenos modelos.

E -Hubo gente que actuó así, gente... muy militar. Pero allá (en Malvinas) ya estaban acobardados. Hubo suboficiales que se pasaron dos semanas metidos adentro de un pozo y no querían salir ni para comer; estaban muy desmoralizados, con las caras muy largas, ya habían bajado los brazos completamente (Jorge, en Kon 1982:115-116. Mis paréntesis).

En Malvinas, la cobardía estaba más allá del rango. Cada entrevistado tenía un ejemplo a mano pero era renuente a la burda generalización de “todos los suboficiales”, “todos los oficiales” y, mucho menos, “todos los militares”. En contraste con su propia falta de experiencia, un soldado se sorprende de encontrar desesperación entre profesionales, y en particular entre los oficiales.

A muchos suboficiales yo les vi más guapeza que a los oficiales. Algunos oficiales jóvenes tenían ánimo para afrontar las cosas, pero la mayoría de los oficiales grandes que veía estaban más desanimados, apesadumbrados (Ariel, en Kon 1982:68).

El fracaso no se debe sólo a la cobardía. Para Ariel, Malvinas era algo “tan mal organizado, tan mal conducido” (Kon 1982:73) que la edad parecía estar directamente relacionada con la responsabilidad, la presencia y el estado de ánimo. En contraste con los recuerdos de Ariel sobre el capitán, otros entrevistados afirmaban que al momento de la batalla, los oficiales estaban ausentes y dejaban solos a sus subalternos.

Esperábamos alguna orden, no sabíamos qué hacer. Estábamos solos y ya teníamos una nube de balas sobre la cabeza (Fabián E., en Kon 1982:183).

A veces un suboficial quedaba a cargo de los soldados, pero se trataba de un suboficial que era tan joven como ellos, otro “chico”.

Yo estaba con el cabo primero N., un chico de 24 años al que conocía de la conscripción. Era muy buen compañero ese chico; nos trataba de igual a igual. Por supuesto, si venía y daba una orden nosotros la cumplíamos, pero quiero decir que no nos trataba como un suboficial a un soldado; nos hablaba de igual a igual (Fabián E., en Kon 1982:179).

En medio de la guerra y de la huída de algunos superiores, lo peor llegaba con la muerte de un camarada. La experiencia del destino tenía un solo lugar: el pozo; un tiempo: el combate; un nombre: el compañero.

Perder a un compañero, después de pasar tantos días juntos, metidos en un pozo chiquito, sufriendo, compartiendo cada pedacito de comida, ayudándonos a no llorar entre nosotros, es tan horrible como perder a la madre. Algunos pibes lloraban desconsolados sobre el cadáver de un amigo. Por ahí era un pibe que no era amigo de ellos fuera del servicio militar. Pero en la guerra los compañeros son más que hermanos (Santiago, en Kon 1982:101).

El camarada/amigo es incluido, vía la sangre derramada en el campo de batalla, en el vínculo de la hermandad entre militares no profesionales; los chicos entendidos como “la barra” aparecen ahora claramente.

Creo que lo que más me conmovió fue escuchar los primeros gritos de un herido, cerca mío. En el momento en que el cañoneo de ellos era más intenso, cuando nos estaban destruyendo morteros y cañones uno atrás del otro, empecé a sentir los gritos de un soldado. Era Braturich, un compañero de la compañía comando al que le habían pegado varias esquirlas en el estómago. Los gritos de socorro eran desgarradores. Y ahí comprendí, otra vez, la diferencia entre nosotros y los ingleses. Cualquier soldado profesional sabe que no tiene sentido exponer la vida de dos o tres hombres para salvar la de un herido que ha caído en una zona peligrosa. Pero nosotros no pensamos en nada, y salimos todos a ayudarlo... quedamos desprotegidos, pero no lo podíamos dejar ahí, sufriendo (Guillermo, en Kon 1982:37-38).

La vuelta al continente implicaba haber sufrido una profunda transformación en tiempo y espacio. Malvinas se convierte en un lugar distante, un “*allá en Malvinas*” (Kon 1982:59), casi del mismo modo que civiles y militares referían a la guerra después de la derrota. Pero la distancia también es tiempo, y Malvinas es presentada como un viaje de la vida (Kon 1982:175). Como en los rituales, estos soldados viajeros “retornaban” al continente, no a su condición anterior. En los ritos de pasaje el iniciado regresa como otro en persona y en cuerpo.

K -... qué otros cambios notás en tu personalidad?

E -Ante todo, un gran cansancio físico; las piernas cansadas y bastante flojedad en el cuerpo. Debe ser porque me estoy empezando a aflojar. Y en cuanto a la personalidad, creo que estoy mucho más maduro. Creo que la mayoría de los que estuvimos allá maduramos de golpe. Y ahora somos más maduros, a pesar de nuestros 18 ó 19 años, que muchos hombres de 30 ó 40 años (Carlos, en Kon 1982:162).

E -... después de tantos días de tensión, la juventud que teníamos y que en ese tiempo casi habíamos perdido.

K -Volvían a ser adolescentes, después de la guerra.

E -Sí, queríamos volver a ser adolescentes. Pero te aseguro que ya no era lo mismo (Jorge, en Kon 1982:123). /.../

E -Hasta la guerra yo era todavía un poco nene.

K -Y después de la guerra?

E -Ahora comprendo que empecé a ser un poco hombre (Ibíd.:131). /.../

En el barco noté que algunos chicos de la '63 estaban muy cambiados, parecía que habían crecido mucho (Ibíd.:126).²⁵

Estos jóvenes que han devenido en “más hombres” no se reconocen a sí mismos como adolescentes. Malvinas concretó un pasaje que no era el del servicio militar cumplido por otros argentinos, un viaje que los separaba del resto de sus compatriotas.

No creo que no tenga nada que aprender, pero sí creo que tengo algunas experiencias que la mayoría de la gente desconoce, como por ejemplo haber estado tan en el límite entre la vida y la muerte. Y ahora veo que mucha gente de la que se quedó acá no se da cuenta de lo que puede llegar a significar la muerte. En ese sentido, creo que *nosotros* maduramos, nos sentimos más responsables frente a la vida (Guillermo, en Kon 1982:43. Mi énfasis).

Esos “nosotros” son jóvenes maduros, “un poco más hombres”, no simples civiles. La sociedad argentina nunca había estado en guerra y aún en 1982 la mayoría había permanecido lejos de los bombardeos y de la muerte en la guerra. Ser joven se convertía aquí en un punto de crítica hacia la sociedad: no sólo porque esos jóvenes habían salido de “una de las crisis más serias en su historia”, como decía Kon, sino también porque habían probado que se puede aprender a convivir en un “estado de crisis total” (Fabián) y luego regresar. Ahora, retrospectivamente, los ex soldados podían buscar atrás el fracaso que Kon le atribuía a esa juventud (sin experiencia política) y detectar a los verdaderos responsables.

Muchas veces yo escuché decir que los jóvenes no nos interesamos por el país, pero creo que se habla mucho por boca de ganso. No se sabe lo que se está diciendo. Se critica a la juventud por superflua, por descreída. Pero qué otros elementos nos han propuesto? En el país que nos han dejado a nosotros no hay demasiado para elegir. Sí, es cierto que muchos chicos piensan sólo en ir a bailar o en una moto. Pero los que venden las motos, los que nos quieren convencer de que con esa moto vamos a ser más felices no son jóvenes. Dicen que la juventud se mete en la droga, pero los que venden las drogas y se lle-

25”Me siento bastante cambiado. ‘En la guerra se ven los verdaderos machos’, nos decían a nosotros. Y yo la verdad que ahí a los machos no los vi. Vi tipos con cosas buenas y tipos malos, gente que lloraba, o que tenía miedo. Igual, yo siento que ver eso me hizo más fuerte. Me siento más duro, más hombre” (Santiago, en Kon 1982:97).

nan de plata con eso no tienen 19 años (Carlos, en Kon 1982:163). Esta generación se formó, o se deformó, como pudo; no tuvo orientación política, no se la educó políticamente, no se le enseñó a preocuparse por los problemas del país. Y, por supuesto, es lógico que algunos chicos estén interesados solamente en la moto, o en los auriculares... (Guillermo, en Kon 1982:45).

Los jóvenes son víctimas de un mundo adulto que los ignoró o abusó de ellos, pero ese mundo de adultos está repleto de limitaciones. Los entrevistados de Kon admiten que han crecido de golpe, pero también que son parte de una generación formada o deformada sin modelos, de cualquier manera, es decir, sin adultos y sin iniciadores. Esta falta de guía surge claramente en las referencias a los padres, como vimos antes con respecto al combate.

Creo que es una generación muy conflictuada, siempre fueron avasallados por alguien. Y ellos casi siempre se callaron la boca, y ahí se quedaron. Los veo muy dóciles, como si siempre se resignaran a lo que pasa, sin interés (Guillermo, en Kon 1982:45).

K -Y de la generación de tus padres qué pensás?

E -No sé si será un poco duro lo que voy a decir, pero creo que muchos de ellos no pensaron demasiado en el país. Claro, también es cierto que muchos se vieron frustrados, no pudieron hacer lo que alguna vez soñaron (Juan Carlos, en Kon 1982:151).

En el campo de batalla, los adultos renuentes son los oficiales que se rendían; en el continente son padres “frustrados”. La resignación no corresponde, como esperaba Kon, a “los chicos” en el sur, sino a sus mayores escondidos en el pozo o callándose la boca.

En este panorama los chicos adquieren un nuevo lugar y una nueva misión.

K -Cómo fue, finalmente, el momento del reencuentro con tu familia?

E -Fue muy emocionante. Apenas nosotros llegamos al Comando de la Décima Brigada, mis viejos fueron de los primeros en entrar. Lloraban los dos a la vez, me abrazaban uno de cada costado. Yo trataba de tranquilizarlos, les decía que estaba bien, que estaba entero [...] (Jorge, en Kon 1982:128).

Los chicos consuelan a sus padres y la relación de filiación se invierte; como toda otra inversión, implica el siguiente riesgo.

Yo veía que algunos pibes ya estaban un poco “tocados” (locos). Muchos de la clase 63, por ejemplo, habían entrado a la conscripción, habían hecho la instrucción y, sin volver a ver a sus padres, los habían llevado a las Malvinas. Y allá se preguntaban cosas raras. Preguntaban, por ejemplo, si ellos cuando volvieran iban a reconocer a sus padres (Santiago, en Kon 1982:106. Mi paréntesis).

Los soldados clase 63 no temían que sus padres no los reconocieran debido a la obvia pérdida de peso, cambios físicos, mutilaciones o el shock del regreso.²⁶ Su temor era no poder reconocer (en el sentido de *desconocer*) a sus padres, aún cuando sus padres se hubieran quedado en casa mientras ellos viajaban y cambiaban.

La posibilidad de no reconocer (*desconocer*) a sus padres cae dentro de los testimonios de una madurez súbita, el abandono en situaciones críticas, y el crecimiento sin modelos. Esta falta de reconocimiento (o *desconocimiento*) podía interpretarse de dos maneras: “No recordar la idea que uno tiene de algo” o alguien, y “negar que algo le pertenece”, como por ejemplo, algún lazo social (*Real Academia Española*, 1984). Ambas interpretaciones, una como olvido y la otra como negación, se extienden a la sociedad; los ex soldados tienen el sentimiento de nostalgia hacia la comunidad que imaginaron y que ya no fue. “Sin pasado” significa aquí que una posibilidad real en el pasado (el fervor nacional durante el conflicto de Malvinas) ha quedado invalidada. Así, por ejemplo, algunos entrevistados esperaban “que la gente habría cambiado un poco su manera de ser, que serían menos egoístas...” (Kon 1982:57). Pero la realidad era otra.

K - ... El teniente primero Esteban, uno de los hombres que defendió con valor la posición de San Carlos, hasta caer prisionero de los ingleses, fue entrevistado el día 21 de junio en un programa de televisión. Cuando el conductor... le preguntó qué cosas cambiaría él de los argentinos, Esteban contestó: “- la pasión por el fútbol”. Y explicó que, en muchas oportunidades, estando un sábado o un domingo en la trinchera, esperando un ataque del enemigo, intentaban escuchar por la radio algunas informaciones y descubrían, desilusionados, que el 70 ó el 80 por ciento de la información estaba relacionada con el

26 Esto también constituyó una preocupación evidente en una anécdota que los ex soldados suelen contar. A su regreso, un joven soldado llamó a su madre y le dijo que él estaba bien, pero que tenía un camarada que había perdido sus piernas. Su madre le dijo que sólo recibiría a su hijo, no a su tullido amigo, pues no había lugar en la casa para un discapacitado. Su hijo cortó la comunicación y se suicidó, pues era él y no un camarada, a quien le faltaban las piernas.

fútbol. ... Te pasaba algo parecido, Guillermo?

E -Sí, es cierto lo que dijo el teniente Esteban. Yo tenía una radio y eso lo empecé a notar cuando se acercaba el comienzo del campeonato mundial de fútbol. Todas las noticias comenzaron a ocuparse de ese tema, y cada vez se hablaba menos de Las Malvinas (Guillermo, en Kon 1982:32).

El regreso puso a los ex soldados de frente a “mucha falsedad” (Kon 1982:56), “como si nada hubiera pasado”.

“mucha gente [...] hacía las cosas como por obligación o estaba en otra cosa. Para ellos, la guerra no era lo más importante, seguían viviendo como siempre, haciéndose problemas por estupideces, discutiendo por cosas absurdas (Ariel, en Kon 1982:56).

Confrontados por esa falta de reconocimiento (*desconocimiento*) como “olvido” y “negación”, su esperanza radicaba en un mundo de unidad entre iguales.

[...] lo que pasó en Malvinas fue caridad, los estudiantes armando raciones, los maestros donando parte de sus sueldos, eso nunca se había visto en la Argentina, y ahora no podemos tirarlo por la borda. Ese esfuerzo tiene que seguir, no ya para las Malvinas, sino para la Nación toda, para levantar al país. Creo que en Malvinas la gran mayoría de los soldados pensábamos así (Carlos, en Kon 1982:159).

Es la generación de soldados la que imaginaba que era posible otro país surgido del campo de batalla. Pero frente a un mundo de adultos con poco o ningún compromiso o iniciativa y sin memoria ni consecuencia, quedan sólo los compañeros en un mundo de hermanos, una generación de iguales, donde las clases 62 y 63 tienen el primer lugar, quienes regresaron y quienes no pudieron hacerlo. Los chicos son la barra de adolescentes que crecieron de golpe en la guerra. Y el temor de Carlos relaciona Malvinas a un dilema temporal que simbolizan esencialmente la generación y los muertos.

La lealtad al compañero, y en particular hacia aquéllos que perdieron sus vidas, impone una temporalidad estratificada, quedar encerrados en la generación y la guerra. “Los chicos que estuvimos allá vamos a estar siempre unidos por el dolor, por ese recuerdo de lo que nos tocó vivir” (Jorge, en Kon 1982:128).

Al presentar el tiempo de guerra como el hecho fundacional de su generación, estos camaradas confrontan a sus mayores ignorando sus luchas y pérdidas, esto es, su pasado. Juan Carlos lamenta que “muchos de la generación de sus padres no pensaron demasiado en el país”, mientras Guillermo deplora que “siempre fueron avasallados por alguien” y “se callaron la boca”. Ahora esta “generación sin pasado” de los ex soldados niega su involucramiento en el baño de sangre del Proceso, el terrorismo militar, en la apatía y la trivialidad. Esos jóvenes ignoran, es decir, no reconocen a sus generaciones pasadas, mientras que las generaciones mayores parecen ignorar el pasado de Malvinas cuando discuten acerca de trivialidades. En tanto y en cuanto la carencia recíproca de reconocimiento sea mantenida por los ex soldados, la sociedad y los agentes del Estado (los “gobernantes”), tanto como por los adultos civiles y militares, el pasaje de los ex conscriptos a la madurez no está garantizado; más bien, se pone en riesgo.

Las reglas para el pasaje deben ser observadas por todos los grupos de la sociedad, bajo la supervisión de algunos grupos y roles como los iniciadores, oficinistas, maestros, etc. Pero en el vacío político y la subsiguiente crisis de autoridad de la posguerra malvinera, pocos ex conscriptos parecen dispuestos a aceptar tutores externos a su grupo generacional; desde el punto de vista de la sociedad de los adultos, los ex soldados podían permanecer como una generación de “menores”, pese al paso del tiempo y al crecimiento formal. Los ex soldados no podían hacer la transición a la adultez, al menos del modo esperado por las generaciones que los habían precedido.

Los lazos sociales y la responsabilidad social aparecen de este modo atados a la memoria como *reconocimiento*. En los primeros meses tras su arribo, los ex soldados todavía eran optimistas.

K -Y ahora tenés miedo de que se intente olvidar todo? Temés que el esfuerzo de ustedes quede en el olvido?

E -Que la gente diga “esto ya pasó” y listo? No, no, yo no creo. Esto va a traer consecuencias, la gente no lo va a olvidar así nomás ... (Guillermo, en Kon 1982:33).

“Mirá, no quiero que la gente se olvide de la guerra, espero que sirva de lección” (Ariel, en Kon 1982:73).

Pero las preguntas de Kon sobre el olvido de los argentinos están bien fundadas: los recuerdos del campeonato mundial de fútbol, la gente discutiendo sobre “trivialidades” e incluso algunas reflexiones de los entrevistados, parecen advertir en contra del extrañamiento que la gente produjo sobre Malvinas, y de

un pasado negado (segundo sentido de “sin pasado”). Desde esta perspectiva, los ex soldados se convirtieron en sujetos exóticos:

Empecé a no soportar a la gente, no quería que vinieran a visitarme otras personas que mis familiares. Sentía que venían por curiosidad, a verme como si fuera un bicho raro (Ariel, en Kon 1982:72).

Mirá, no quiero que la gente se olvide de la guerra... Pero sí espero que se olviden un poco de nosotros. Hay gente que parece que quisiera lucirse con uno. “Una amiga mía tiene un hijo que fue a la guerra” o “un chico amigo mío estuvo en las Malvinas” andan diciendo. Yo la verdad no veo qué ganan con eso. Me gustaría que nos empiecen a tratar normalmente, como antes (Santiago, en Kon 1982:93).

Como en el reconocimiento mutuo del pasado del otro, el extrañamiento funciona en dos sentidos: los civiles tratan a los ex conscriptos como una curiosidad, mientras que los ex soldados no puede tolerar el absurdo de la rutina civil (y, como bien saben los jefes de La Casa, los veteranos profesionales también encuentran difícil tolerar los rigores inútiles de la rutina militar dentro de la guarnición). Así los ex soldados temen ser incapaces de reconocer a sus propios padres, pero al mismo tiempo no reconocen, es decir, no “recuerdan” las luchas de la generación de sus padres. Hay una poderosa razón para que estos ex conscriptos y Kon no recuerden, por ser demasiado jóvenes, importantes pasajes del pasado argentino que tienen prolongados efectos en la memoria de los argentinos.

Los años pos 1955 fueron cruciales para el desarrollo de una juventud argentina como sujeto político. Pero más específicamente, fue en 1958 cuando la politización de la juventud empezó a difundirse “hacia abajo”, esto es, a involucrar no sólo a estudiantes universitarios, sino también secundarios. Esto obedeció a dos razones. Hasta 1958 las universidades privadas estaban prohibidas por la ley, inspirado este principio en el liberalismo anticlerical de la Organización Nacional. Todas las universidades argentinas eran estatales y públicas, y su autonomía intelectual y política estaba garantizada por la Reforma Universitaria de 1919. En 1958, el radical Arturo Frondizi fue electo presidente con la ayuda del peronismo, aún proscripto. En ese año, y contrariamente a las expectativas de sus votantes de clase media progresista, Frondizi propulsó la creación de universidades privadas. Como la única institución que estaba en condiciones financieras para crear universidades en la Argentina era la Iglesia Católica, los debates provocaron una división entre los promotores de la enseñanza laica y los de la “libre enseñanza”, como cada sector se autodenominó.

Dado que por entonces no había universidades católicas en la Argentina, la mayoría de las escuelas secundarias católicas movilizaron a sus estudiantes para defender la “libertad”; asimismo, las escuelas públicas secundarias y las universidades movilizaron a sus estudiantes, quienes organizaron movilizaciones a favor de la enseñanza secular. Como resultado, la “laica o libre” se convirtió en una cuestión central en los primeros años del involucramiento juvenil en la política universitaria (Saltalamacchia 1986).

Hubo además otros dos factores que contribuyeron a la politización de la juventud argentina. El movimiento tercermundista católico se desarrollaba en la estructura de la Iglesia, mientras que la juventud argentina de clase media buscaba entender el “fenómeno del peronismo” y su apelación a las masas. Esta búsqueda tuvo lugar incluso al nivel institucional de las universidades, como sucedió con la teoría de la modernización de Gino Germani desde el Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Neiburg 1997, Sigal 1991, Terán 1991). Monjas y curas tercermundistas, sociólogos, historiadores, abogados, filósofos y economistas solían dar clases en las escuelas secundarias, difundiendo sus orientaciones políticas entre los estudiantes. A través de esta cadena de memoria el pasado peronista podía ser recreado e indagado, primero en el contexto de la democracia limitada de 1955 a 1966, y desde entonces, en el marco del autoritarismo hasta 1973.

La politización de la juventud alcanzó el clímax después de 1969, lo cual tuvo sus efectos en toda la sociedad (Gillespie 1987). La juventud se convirtió en un actor primario de este drama que empezó a llegar a su fin en 1975, con la intervención fascista de las universidades, respaldada por el gobierno de la viuda de Perón y la creciente actividad de la autodenominada “Alianza Anticomunista Argentina” o “Triple A”, grupo paramilitar integrado por civiles y militares dedicados a secuestrar, torturar y matar a intelectuales, profesionales, estudiantes y gremialistas de real o presunta militancia izquierdista (González Janzen 1986). Cuando el Proceso llegó al gobierno en 1976, el plan de represión masiva montado en la desaparición ya estaba en funcionamiento. Curas y monjas progresistas, católicos laicos (como el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel) y activistas de izquierda desaparecían o debían exiliarse. Quienes permanecieron en el país y siguieron dando clases como profesores de secundaria, no podían arriesgar una opinión que revelara sus inclinaciones políticas. La cadena de la memoria se cortó, y los estudiantes de secundaria fueron privados de recrear nuevas aproximaciones al pasado argentino basadas siquiera en la tradición oral. Sólo quedaba el “desinterés” motivado en la autopreservación. Precisamente en 1975 y 1976 los nacidos en 1962 y 1963 ingresaban a la escuela secundaria, que transcurrieron bajo el terrorismo

de Estado y, además, sin referencia a la historia de sus mayores.

No es extraño, pues, que los *chicos* convirtieran a la guerra de Malvinas en el mito fundacional de su generación. Malvinas era su único pasado significativo y además, el único pasado que les quedaba tras la “limpieza” del PRN.

Los chicos que estuvimos allá vamos a estar siempre unidos por el dolor, por ese recuerdo de lo que nos tocó vivir. Y creo que dentro de nuestras posibilidades, vamos a empezar a luchar por la Argentina. Si los problemas de este país no se resuelven pronto, vamos a ser nosotros los encargados de resolverlos... Estas cosas son contagiosas. Yo tengo confianza en que nosotros, los que estuvimos en Malvinas, si nos decidimos, podemos contagiar a los otros chicos de nuestra misma edad (Jorge, en Kon 1982:130).

K -Cómo ves tu futuro y el de los chicos de tu edad?

E -Yo supongo que, al menos los que estuvimos en Malvinas, nos vamos a tener que preocupar un poco más por el país. Si es cierto, como dicen, que nosotros estuvimos en las Malvinas para defender al país, tenemos que preocuparnos por eso que defendimos. Vamos a ver qué pasa con las islas. Eso es algo fundamental para ver cómo nos vamos a sentir nosotros. Si las Malvinas, no digo por medios bélicos, sino diplomáticos, llegan a recuperarse, pienso que nosotros nos vamos a sentir satisfechos, vamos a sentir que no todo fue en vano. Pero si no las recuperamos, si lo que nosotros hicimos sirvió para que los ingleses reafirmaran sus pretensiones sobre las islas, yo, al menos, me voy a sentir muy mal. Voy a pensar que por culpa de nosotros, que fuimos a las Malvinas, las perdimos definitivamente...

K -Parece que lo asumís casi como una cuestión personal.

E -Sí, claro que sí. Creo que esto fue una de las cosas fundamentales de mi vida, algo que me va a dejar huellas para siempre. Por eso, también, digo que lo que pase con estas islas es fundamental. Sí, es algo personal (Juan Carlos, en Kon 1982:151-152).

Malvinas se convirtió en algo personal porque había marcado a un grupo de hombres haciéndolos distinguiéndolos de los demás. Las huellas de la guerra aparecían como producto de un pacto de lealtad entre ex conscriptos, los de la misma edad, con los hermanos adoptivos en el campo de batalla, y con quienes perdieron la vida “allá”. Por este pacto esos jóvenes se auto imponían a Malvinas como una misión en la Argentina de posguerra. En suma, esos jóvenes-hermanos recurrían al pasado malvinero como un marco fundacional para la

identidad de una generación sin modelos y sin un pasado generacional al cual reconocer como positivo y propio.

¿Quiénes son esos chicos? Kon cree, junto a los protectores adultos, que los “chicos” son menores, “bisoños”, inmaduros y sin experiencia, demasiado jóvenes para tener un pasado propio. Sin embargo, difiere de ellos en dos puntos: primero, en su escepticismo sobre la guía adulta, ya que la mayoría ha ignorado a esos muchachos antes de la guerra (“ningún gobernante recordaba en sus discursos”, Kon 1982:10); segundo, Kon cree que la guerra es el pasado fundacional de esos jóvenes; tal es la matriz de sentido implícita en el título del libro *Los chicos de la guerra* y tal es también el marco temporal de sus preguntas. Si la guerra les ha conferido una identidad específica, “sin pasado” no significa “carecer de todo pasado” sino disponer de un pasado que debe ser conocido y también reconocido. Por eso, Kon alienta a esos *chicos* a contar su experiencia, esto es, a recordar, como un medio para explorar y afirmar la identidad de los ex soldados contra la “falta de reconocimiento” –como “negación” y como “olvido”– de la guerra por parte de los adultos. En esta línea, otros “chicos” harán lo propio con el tiempo (e.g., Esteban y Romero Borri 1993, Terzano 1985).

Por su parte, los ex soldados recuerdan en la palabra *chicos* a la “barra”, a los *compañeros*, a los *hermanos*. Debido al frecuente abandono y abusos de sus superiores en el frente, y debido también a la frustración de la generación de los padres que los mandaron al sur pero ahora se preocupan por “boludeces” y los tratan como “rarezas”, esta “generación de los chicos” no tiene pasado, esto es, no tienen generación previa a la cual apelar como modelo. Su lazo generacional se basa en el recuerdo de los chicos en combate y del sufrimiento que sólo ellos han padecido.

Esta posición tiene efectos interesantes en la construcción de la identidad de los ex soldados en relación al trabajo de memoria de la nación. Como ya dije, los entrevistados de Kon sienten que han sido ignorados, no tenidos en cuenta, desconocidos, mientras que, a su vez, ignoran el pasado de sus mayores. Por esta falta de reconocimiento recíproco, los chicos se han sustraído de la filiación, y han presentado a la suya como una generación auto-contenida y auto-referenciada, separada de una sociedad superficial y de comandantes cobardes, corruptos y vanamente autoritarios. De este modo, los chicos transforman la temporalidad secuencial –una generación entrenada por sus mayores– en una temporalidad estratificada –una generación formada a sí misma y por sí misma. Los chicos, apartados de sus mayores, no pueden ser culpados por “algo tan mal dirigido”, como dijo Ariel; su *status* es lo suficientemente ambiguo como para pertenecer a una generación que no es ni adulta ni infante, sólo “un poco más hombres”. Aún

cuando los entrevistados de Kon niegan el paso completo a la adultez, no se presentan a sí mismos como niños civiles; al negar la concreción de ese pasaje, se presentan lejos de sus camaradas militares profesionales. Al permanecer como “chicos de la guerra”, los entrevistados no sólo focalizan su memoria en los eventos de 1982, sino que además rechazan otros pasados argentinos como débiles y parciales –es decir, no totalmente nacionales– fundando así una capa propia. Al hacerlo, traen los días de la guerra al presente y las islas al continente.

La mayoría de las posturas presentadas en el libro de Kon fueron simplificadas en lecturas y reelaboraciones ulteriores. Su éxito editorial se debió a la simpatía que despertaban esos “chicos” representados como “inocentes”, menores no responsables de la derrota, a su postura crítica con respecto a la guerra que perdió el Proceso, y a retomar el punto de vista de los únicos que, pese a haber estado en el sur, no cargaban con el peso de la derrota. Pero quizás, el mayor acierto de Kon fue darle estatuto de testimonio válido al pasado de ocho jóvenes. Esta validez descansaba no sólo en la ausencia de golpes de efecto, sino también y principalmente en la ecuanimidad de las respuestas, dando toda la idea de que éstos eran los únicos civiles que conocieron la guerra y a las Fuerzas Armadas desde adentro. Sin embargo, *Los chicos de la guerra* fue recibido como el retrato de “menores como víctimas” de una aventura irresponsable. Esta lectura se debió, en parte, a la necesidad que tenía la mayoría de los adultos civiles de negar la legitimidad política de la guerra, pero también se debió a la aún más extraordinaria repercusión del film homónimo que subrayaba el *status* de “menores” como una forma de victimización más encuadrada en las interpretaciones que habían elaborado las organizaciones de derechos humanos sobre el destino de la juventud argentina. En la próxima sección examinaré la construcción del cineasta Kamin y en el Capítulo 5 me referiré a cómo interpretaron los ex soldados al libro y al film.

LA PELÍCULA: LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA

La luz penetra tenue en el pozo. Apenas se distinguen dos borceguíes militares apretados uno contra otro; después los pantalones, la chaqueta, el casco y, por último, la mirada temerosa y sin esperanza.

La tapa del pozo, camuflada con turba y pasto, se abre lentamente; Fabián sale con los guantes en alto. Es ahora otro prisionero de los ingleses. A punta de fusil, Fabián camina hacia donde está el resto de los sobrevi-

vientes, todos de su misma edad, probablemente de su grupo y su sección; algunos están sentados; otros caminan; Fabián deberá cavar fosas... para sus muertos.

La escena final de la guerra es el comienzo de *Los Chicos de la Guerra*, el primer film argentino sobre el conflicto del '82, estrenado en 1984. Basado en el libro de Kon, que lo contó para la redacción del guión, el director "Bebe" Kamín cuenta la historia de Fabián, Pablo y Santiago, tres jóvenes de distinto origen social que convergen en el mismo campo de prisioneros y que tienen la dudosa suerte de regresar.

Sus vidas se suceden en cronologías paralelas cuyo vértice es la transformación de los jóvenes soldados en prisioneros. A diferencia del libro, el argumento del film se centra en sus pasados pre-bélicos: una infancia que ronda 1968, los juegos de pibes, la escuela primaria, la disciplina de los adolescentes en la secundaria, el primer noviazgo. En 1982 la cotidianeidad de Fabián, Pablo y Santiago es interrumpida por el telegrama de convocatoria; luego la partida al sur, algunas situaciones en el campo de batalla; la víspera del 1 de mayo y el bombardeo enemigo; el ataque final a las posiciones y una voz anunciando, en flemático inglés, la rendición de las fuerzas argentinas. Por último los regresos y los tres destinos.

Fabián es el personaje que el director más conoce: un muchacho de clase media, una madre ama de casa y un padre, probablemente empleado público. Su primer traspie con la autoridad sucede en el primer día de clase en la escuela, cuando al llamado de su maestra no puede responder "Presente señorita". "Pibe de barrio", sale a jugar con sus amiguitos fingiendo haber terminado la tarea escolar. Fabián crece y va al gimnasio. Su instructor, con típico modo militar, alienta a los esbeltos y aptos, y pone en ridículo a los fofos y torpes. Una tarde, a la salida, un par de motociclistas arrojan volantes y desaparecen por una calle de barrio; la policía de guardia les grita "¡Alto!" y les dispara sin alcanzarlos. Fabián tiene su grupo de estudio de la secundaria: su amigo de la infancia y sus respectivas novias. Pero más que estudiar escuchan rock nacional. Una noche sentado en la calle esperando el colectivo con su amigo, es sorprendido por un procedimiento policial: tres hombres "de civil" descienden de un automóvil y los obligan a ponerse boca abajo contra el suelo. El grupo de tareas los insulta, los patean, les pide documentos, los amenaza, los aterroriza y los obliga a correr en direcciones opuestas en medio de la noche. Fabián llega a su casa mientras sus padres ven un programa de televisión; el locutor advierte sobre los riesgos que acechan a la juventud y la necesidad del control paterno. Mientras su madre le pregunta si comió y qué le pasa, el periodista le pregunta al televidente: "¿Usted sabe con quién está su hijo ahora?". Como todos los jóvenes, Fabián es un sospechoso natural de delincuencia subversiva. En

su cuarto llora aterrado e impotente. Su madre entra, lo abraza y llora con él. El motivo se sobreentiende.

Abril de 1982: la Argentina ya ha recuperado las islas. Llega el telegrama del regimiento. Hace un mes y medio obtuvo la baja. Su madre se pregunta llorando “por qué llevan a chicos como Fabián”. Su padre, apenas disimulando la angustia, le contesta con un reproche: “¿Qué querés, que tu hijo sea un desertor?” Su novia alcanza a verlo partir en un camión repleto de conscriptos. Ya en Malvinas, Fabián comparte el pozo con otros dos soldados, en las afueras de Puerto Argentino. Mientras tanto, su madre se ha integrado a una comisión de padres y madres de soldados, que mantienen reuniones semanales e intercambian información sobre la situación y las necesidades de sus hijos.²⁷ Un padre explica que “El comando desmiente rotundamente que se esté pasando hambre”. La novia de Fabián es una de las primeras en enviarle un mensaje radial por un programa que emite diariamente la comisión de padres a sus hijos en Malvinas. Momentos antes del ataque final, su amigo y compañero de pozo sale, quizás, a robar comida de un depósito cercano. Las bombas comienzan a caer y Fabián sale desesperado a buscarlo; se escuchan gritos y voces pidiendo “Médico”. Fabián, cuyo fusil ha dejado de funcionar, regresa a su pozo arrastrándose por la turba bajo una lluvia de proyectiles; allí permanece hasta que terminan los combates. Tomado prisionero, se le asigna la tarea de enterrar a los caídos, uno de ellos su amigo entrañable. Tras su regreso comienza a reincorporarse a la cotidianidad, a la familia, y también a salir; en octubre asiste a un recital de rock nacional por los “chicos de Malvinas”. El músico Juan Carlos Baglietto entona una canción que llama a “Multiplicar”, proponiendo tratar “de crecer y no de sentar cabeza”.

Pablo también fue llevado al campo de prisioneros de Fabián, pero no cava; sentado, con una gota colgándole de la nariz y la boca entreabierta, tiene la mirada perdida en una derrota tan personal como inexplicable. Hijo de un alto oficial del Ejército, estudia piano y ejecuta piezas de música clásica, circundado por trofeos de caza de su padre. Es retraído y obediente, un soldado también en su casa. Su padre lo introduce tempranamente en el manejo de las armas y Pablo lo acompaña a cazar a los campos de los amigos de la familia. A veces va a conciertos, como la noche en que el auto de su padre pasa por la calle donde Fabián y su amigo están de cara al suelo; Pablo queda absorto. Al terminar el concierto, escucha el grito de Fabián “¡Hijos de puta!” y se sumerge en el llanto que su madre consuela en la sala ya vacía y sin comprender.

27 Otra fuente de Kamin es el libro *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas* (Bustos 1982), donde el psicoanalista Dalmiro Bustos, padre de un soldado del Regimiento de Infantería 7, narra la experiencia de un grupo de familiares de la ciudad de La Plata reunidos para darse contención y agilizar la comunicación con la unidad militar y con sus hijos en el frente.

El telegrama convocándolo a presentarse está sobre el piano mientras Pablo toca una pieza, quizás la última. Un camarada amigo de su padre aconseja que Pablo permanezca en una unidad del continente, pero su padre se niega y, ante la perplejidad y el disgusto de su esposa, exige que Pablo figure en las listas de incorporados: “Nos hemos convertido en una nación por primera vez”, le grita vehemente. Pablo va a las islas y su madre a las reuniones de la comisión de padres. En Malvinas Pablo tiene un “buen destino”: suele aparecer bajo techo, en galpones o lugares cerrados, cerca de la comandancia, por donde circula, pensativo, un militar adulto, seguramente un alto jefe. En esos galpones Pablo le enseña a un “clase ‘63” con quince días de instrucción, a limpiar su fusil.

Ya prisionero, Pablo no puede cavar. Después del regreso se encierra en su cuarto; desde trincheras hechas con almohadones, sillas y sillones, inicia un combate encarnizado contra sus nuevos enemigos, el piano y los trofeos de caza. Al otro lado de la puerta sus padres le piden, le exigen, le imploran que cese y les abra. Pablo apunta el fusil a la cámara, o a la puerta, o a los padres, y dispara.

Santiago llega al campo de prisioneros forcejeando con dos británicos que lo llevan a la rastra. Es el personaje que Kamín menos conoce. Este correntino en la gran ciudad, trabaja de lavacopas en un viejo café. Cada tanto le pide a su mezquino patrón un adelanto de sueldo para pagar la pensión o remitirle dinero a su madre que vive en un pueblo de provincia. Santiago es trabajador, humilde, y en la película no tiene amigos ni familia; sólo su trabajo y algún boliche bailable adonde se encuentra con otros jóvenes. En la despedida, antes de reincorporarse a su regimiento, su patrón estalla de euforia; “lo vamo’ a reventar, lo vamo’ a reventar” bailotea con Santiago que lo mira dubitativo, como presagiando el final. “¡Qué suerte que tenés vos, pibe, que podés ir!” le dice emocionado el patrón mientras, por primera y última vez, le regala dinero. Lo admira, lo llama héroe, y después de la euforia y la partida, suelta unas lágrimas de emoción patriótica.

En Malvinas, Santiago comparte el pozo con Fabián y cuenta, en la víspera del ataque del 1 de mayo, en su dulce tonada, cómo pescaba anguilas en un arroyo vecino a su pueblo natal. El episodio central de Santiago ocurre un día en que decide desatar a otro soldado que fue estaqueado en castigo por robar una oveja, y está próximo al congelamiento. La cadena de mandos se pone en marcha: el cabo avisa al sargento y el sargento al capitán, jefe de la compañía. Santiago es llevado a su presencia mientras sus compañeros confirman: “¡Sí, nos están cagando de hambre. Nos tratan peor que si fuéramos el enemigo!”. El capitán no tiene cara; la visera oculta los ojos que cuando asoman, dan la impresión dantesca de dos cavidades en blanco.

Tras su regreso al continente, Santiago vuelve al bar pero su patrón le explica que no ha podido esperarlo en esos dos meses y, ajeno a su euforia inicial,

lamentaba que “Malvinas” haya sido “una locura”, “un cagadón”. Perdido en la gran ciudad y en la desazón de la indiferencia, Santiago se sumerge en la bebida y provoca una pelea en un boliche bailable. En el calabozo de una comisaría, no habla ni espera nada.

Los tres personajes de la película dan cuenta de numerosos episodios bélicos recordados por los entrevistados de Kon, pero su foco es otro. *Los chicos...* difiere de la tradición de *films* bélicos, que se caracterizan por presentar una negociación en los términos de representación, y cuyo objetivo es destacar los ideales de Nación, patriotismo y heroísmo (Dittmar y Michaud 1990:1-2). Las películas de guerra estadounidenses, por ejemplo, suelen detenerse en los campos de batalla, en los regimientos donde se preparan los soldados, en el regreso y en los desórdenes de posguerra, el PTSD (*Post-Traumatic Stress Disorder* o Estrés postraumático). De Vietnam el problema es la locura de la guerra (“*Apocalypse Now*”), la instrucción militar (“*Full Metal Jacket*”), el sinsentido del “*Friendly fire*” (“fuego propio”), la matanza de inocentes (“*Baby killers*”, “*Born on the 4th of July*”), el héroe solitario (“*The Deer Hunter*”) y los dilemas de quienes sirvieron en el frente cuando a su regreso son rechazados por la sociedad bajo pretextos raciales, psicológicos o políticos (los Rambos) (Klein 1990). El eje es siempre la guerra en un campo internacional.

La mayoría de los *films* británicos sobre las Falklands critica la estructura militar, la hipocresía de los políticos y del sistema burocrático, y a una sociedad sumergida en la crisis. Esta perspectiva se expresa en las peripecias de los soldados profesionales cuando regresan a la Inglaterra neoconservadora de Margaret Thatcher. Parcialmente en “*Tumbledown*” de Charles Wood (1988), pero especialmente en “*Resurrected*” de Paul Greengrass (1990) y “*For Queen and Country*” de Martin Stellman (1989), “el conflicto de las Falklands es representado sólo como una influencia histórica velada, vacía de sentido: la verdadera guerra es aquella que está teniendo lugar en las calles” (Walsh 1992:46)

Como su contraejemplo inglés, “Los chicos...” presenta los efectos de la guerra como desencadenados por los mezquinos intereses de la política interna. La justicia de la recuperación de Malvinas no está en discusión. “Los chicos...” es un film sobre una generación que ha padecido la sorda y masiva influencia del autoritarismo en todos los ámbitos de sus vidas.

[...] esta generación, como pocas, refleja nitidamente la historia social y política de la Argentina de los últimos años. Estos chicos entran en el secundario en el 76, transitan toda su adolescencia en un país que no tiene prácticamente nada que ofrecerles, que los frustra en sus potencialidades. Yo diría que la de esta generación es una his-

toria de mutilaciones que concluye con una mutilación más explícita, que es la guerra (Kon, en *La Nación*, 15 de abril, 1984), señalaba Kon sobre el eje argumental de la película.

El libro recogía la historia de la guerra desde un poquito antes hasta un poquito después. [...] La película intenta, en cambio, más que narrar la historia estrictamente bélica, retratar a esa generación de chicos que fueron a las Malvinas (Ibíd.).

De modo que su común denominador es el autoritarismo que los acompañó desde mediados de los años 60 hasta los sucesos de 1982. Los tres protagonistas, cada uno en su medio, viven las mismas vejaciones, la misma represión que acorrala sin piedad a los adolescentes en un control arbitrario donde ser joven es un delito y quizás ser “boleta” (hombre muerto). La generación ha reunido a Pablo, Fabián y Santiago en virtud de tres atributos cuyo sentido está intrínsecamente ligado a la historia política nacional. Los tres son argentinos, son varones, y han nacido en 1962. Nacionalidad, género y ‘clase’/grupo de edad son, más que indicadores sociológicos, datos políticos. Por eso la violencia del procedimiento nocturno contra Fabián y su amigo pudo ser vista por Pablo, quien escuchó la puteada de Fabián desde la pristina sala de conciertos del Teatro Colón. Por eso en Puerto Argentino, Pablo manifiesta su fantasía de matar a un comandante –con cierto parecido físico al General Galtieri– que camina pensativo en el galpón donde monta guardia.

A diferencia de los testimonios de los *chicos* a Kon, el autoritarismo está en el centro del mensaje del film, permeando los lazos con la sociedad, estableciendo la relación entre generaciones y marcando los límites para imaginar la nación. Pero ni la nación ni la reivindicación de Malvinas son cuestionadas por los actores de Kamín, excepto cuando enmascaran al autoritarismo argentino. Esta es la razón por la que Kamín no incluye una lección escolar sobre la soberanía argentina en las Islas, pese a la extendida creencia de que el consenso malvinero proviene de lo enseñado en las escuelas (Escudé 1987, 1990); el sistema escolar se presenta como un lugar de disciplinamiento más que como una institución donde se crece y se aprende a pensar.

Entre tanto, el director dice que la verdadera guerra para estos chicos no fue la del Atlántico Sur sino la de la sociedad que los educó y condujo al campo de batalla. La referencia usual en los ex soldados a sus superiores –“Nos trataban peor que si fuéramos el enemigo”– apunta al hecho de que el enemigo, para el contexto argentino, no es un extranjero sino un connacional que los acosa en las calles, en la escuela, y en las guarniciones militares. El autoritarismo ha transformado a esta juventud en la principal sospechosa, pese a su “inocencia

histórica”, pese a que no perteneció a la generación revolucionaria de los ‘60 y ‘70. En 1976 esos chicos tenían trece y catorce años. Siete años después, las hostilidades internacionales no eran otra cosa que la extensión de la lógica autoritaria implantada en sus cuerpos y sus mentes a través de la disciplina escolar, el control policial, la represión sexual, la falta de debate político, la migración rural a las ciudades, y las escasas oportunidades laborales y de realización personal, como señalaran los adultos civiles y el periodista que entrevistó a doña Oviedo.

Bajo esta luz, la imagen del comienzo de la película con el final de la guerra –jóvenes soldados cavando tumbas y enterrando a los muertos (camaradas del pozo de zorro, de nacionalidad y de generación)– encierra el corazón del mensaje de Kamín: muertos o vivos, esos chicos son víctimas del Proceso y, por eso, de una guerra de las Fuerzas Armadas contra sus connacionales. Los británicos sólo proveen el escenario donde se despliega el drama argentino, un tema al que volveré más adelante.

Sin embargo, según Kamín, Kon y sus ocho entrevistados, hay responsables concretos de la derrota. El peso de la guerra y el período posterior cae, primero, sobre quienes encarnan el autoritarismo argentino, las Fuerzas Armadas dedicadas a vigilar a sus ciudadanos en vez de proteger a la nación, más propensas a estaquear a un soldado argentino que a asegurarles alimento en las duras condiciones del sur, a proteger a los hijos del poder, como Pablo, que a velar por los soldados argentinos en el campo de batalla. Un soldado puede ser estaqueado por sus superiores y ser expuesto al frío y a los bombardeos porque robó una oveja de los kelpers para comer, mientras un sargento acopia comida destinada a las tropas y jamás es castigado. Los comandantes están más preocupados con la disciplina que con la estrategia para defender las islas. Pero los “chicos-soldados” han visto a las Fuerzas Armadas del Proceso rendirse a un pabellón extranjero; los militares ya no pueden sostener su autoridad sobre ellos.

En segundo lugar, la responsabilidad cae sobre la generación de los padres, la cabeza de playa del autoritarismo en la sociedad. Al enviar a sus hijos al sur, reconocen la autoridad de los dictadores. Así, el autoritarismo se nutre del consenso que ofrecen los hogares civiles y, por eso, el padre de Fabián es en el fondo un débil, disfrazando su miedo a la autoridad con una máscara de obediencia moral. Se convierte así en garante de la represión,²⁸ mientras que el padre de Pablo ejerce por sí mismo la vigilancia y la represión sobre su hijo. Las madres parecen ofrecer mayor resistencia a la guerra y a los requerimientos del Estado, pero terminan cediendo a sus maridos, al telegrama de llamada

28 En efecto, se implica esto en muchos recuerdos de los padres de conscriptos desaparecidos entre 1976 y 1978. Cuando sus hijos estaban de licencia y contaban a sus padres que tenían volver a sus unidades, sus padres solían reafirmar sus obligaciones con el servicio militar.

y a las instituciones armadas masculinas. Iniciativas tales como los grupos de madres, padres y novias reuniéndose periódicamente, juntando información y discutiendo cuestiones, son importantes pero no suficientes. También confían en que la comida y sus remesas llegarán a los soldados. Los padres, entonces, tampoco pueden ofrecer ninguna guía moral ni autoridad sobre sus hijos.

En tercer lugar, la responsabilidad cae en la sociedad en su conjunto, en el hombre de la calle encarnado por el patrón de Santiago, irresponsablemente eufórico al comienzo, irresponsablemente crítico después, oscilando entre el nacionalismo, la indiferencia y el “yo no fui”. Así, la gran gesta de los argentinos se convierte de pronto en un “cagadón”, y el empleado al que tanto admiraba por ir a defender a la Patria, es abandonado y despedido del trabajo. Entre tanto, los jóvenes han seguido yendo a bailar los sábados por la noche; los soldados quedan solos velando a sus muertos y llevándolos en su dolorosa memoria. La sociedad, entonces, tampoco puede argumentar inocencia ante los jóvenes ojos de los soldados.

En suma, según Kamín tampoco los chicos admiten padres, o mayores que los guíen, o una sociedad que los cobije, o modelos a seguir. Sus superiores militares los han abandonado a su destino; los civiles adultos se han extrañado de ellos; sus familiares los han entregado. Sólo quedan los camaradas. Las escenas del campo de prisioneros muestran soldados enterrando a soldados, jóvenes enterrando a otros jóvenes. Traicionados y abandonados, esto es, ignorados por el Estado, la familia y la sociedad, la generación de *Los chicos de la guerra*, de los que perdieron su inocencia, está enterrada en las Islas Malvinas o en el continente, como en el suicidio virtual de Pablo y la borrachera de Santiago.

Pero Kamín introduce una idea ausente en el libro de Kon: que el pacto autoritario entre civiles y militares se oculta al olvidar el proceso de toma de decisiones que finalmente condujo a los conscriptos al campo de operaciones. Una vez allí, los jóvenes demostraron una ética solidaria frente al enemigo (interno), como cuando Santiago libera a su camarada estaqueado. Según el director, los conscriptos ejercen su crítica a un mundo adulto arbitrario, cobarde y autoritario, guiados quizás por el instinto juvenil de la justicia.

¿Qué sucedería después? ¿“Tratar de crecer” o “de sentar cabeza”? como decía la canción. ¿Permanecer semilla enterrada para siempre? Munido de sus esquemáticos personajes, Kamín visualiza cuatro destinos posibles en la posguerra de los cuales sólo uno puede efectuar el pasaje, salir de semilla y convertirse en árbol: es Fabián, quien con otros adolescentes asiste a un concierto de música rock con sus ex camaradas. Más aún, y contrastando con la imagen del campo funerario de los comienzos, las tomas documentales de la primera marcha de ex combatientes en el centro de Buenos Aires cierra el film mostrando a Fabián y a otros “chicos” (ex soldados) con banderas argentinas similares

a las de las escuelas y los regimientos. Pero ahora el abanderado no es el mejor alumno ni el mejor soldado; tampoco marchan solos o por rangos, sino entre camaradas, con una vestimenta ecléctica que denuncia un origen mixto, con alguna prenda de la fajina militar, jeans, ropa deportiva, sacos y remeras. Los espectadores no pueden distinguir méritos militares individuales en esos abrazos entre camaradas y hermanos que se reencuentran después de la guerra, en virtud de su pasado compartido.

El segundo destino posible es el de Santiago quien se rebela contra la apatía y la hipocresía de la sociedad argentina; ebrio, pendenciero y finalmente preso, su reacción sólo lo lleva a la frustración. El tercer destino es la muerte autoinfligida, el sugerido suicidio de Pablo.

Resta aún la cuarta alternativa, que tampoco pasará: es la de quienes yacen en las Islas y el Océano Atlántico. Pablo se ha suicidado en el contexto de su casa paterna, y Santiago está preso, es decir, fuera de la sociedad. Sólo Fabián puede concretar el pasaje a la adultez, pero “sin sentar cabeza”. Los cuatro protagonistas del film –los tres protagonistas y los muertos– ostentan un rasgo en común: pasen o no, nunca llegarán a la plena adultez “madura y responsable” valorada por la tan cambiante y superficial sociedad argentina. Frustración, mutilación, interrupción de la vida, o crecer sin sentar cabeza, es decir, sin asentarse dentro de los valores del statu quo, los conduce al limbo de la posguerra expresado en la locura y el suicidio, la bebida y la prisión, la soledad y la apatía, la pertenencia a la generación ante la incompreensión paterna.

Capítulo 3
Medallas, diplomas
y las disputas por la paternidad

A principios de 1983, cuando se acercaba el primer aniversario de la recuperación de Malvinas, algunos argentinos volvieron a experimentar cierta sensación de perplejidad, aunque el contexto difería marcadamente del de 1982. La cabeza de la tercera junta militar del Proceso, el General Galtieri, había sido reemplazado por el General Reynaldo Bignone, un oficial del Ejército que asumió la presidencia cuatro días después de la rendición argentina. El nuevo presidente fue el encargado de levantar la veda política instaurada el 24 de marzo de 1976, y las voces disidentes comenzaron a hacerse cada vez más sonoras. El Proceso dejaría el gobierno el 10 de diciembre de 1983, y los partidos políticos se volcaron de lleno a la campaña electoral nacional para el 30 de octubre de 1983.

En este contexto, Malvinas se transformó en una empresa identificada con el Proceso, y por eso, bastante impopular. La “aventura militar”, como empezó a llamársela, había terminado con aproximadamente 650 muertos y desaparecidos²⁹, 1.100 heridos,³⁰ 57 aviones derribados, diez helicópteros destruidos, tres buques hundidos, cinco dañados y cuatro capturados.³¹ Las relaciones cívico-militares se polarizaban en una competencia política basada en la oposición retórica al régimen de las Fuerzas Armadas. Malvinas cabía perfectamente en el juego político y la ocasión del primer aniversario de la recuperación de 74

29 Moro (1985) da un total de 635 muertos y 1068 heridos, un total de 1703 pérdidas en el Teatro de Operaciones. Costa no acepta los 586 muertos reportados por el Informe Oficial del Ejército y sugiere que la cifra de 746 proporcionada por los británicos es más creíble (Costa 1988:453). Martin Middlebrook suma 655 muertos argentinos (1989:283), que resultan de 238 en la campaña terrestre (incluyendo la breve batalla de las Islas Georgias), y 356 en la campaña marítima (incluyendo a los muertos en el hundimiento del Crucero ARA General Belgrano) (ibid.). Busser estima que fueron 220 los hombres muertos en tierra (1987a:343).

30 Costa dice que según el Foreign Office británico, fueron 1.330 los argentinos heridos (1988:454).

31 Moro 1985, capítulo XIV. Las fuentes difieren ampliamente con respecto a las pérdidas británicas. Moro refiere 35 aviones perdidos, según fuentes británicas oficiales, 63 según cálculos argentinos y 77 según fuentes británicas no oficiales (31 aviones y 46 helicópteros); a ello se suman nueve buques hundidos o destruidos y 33 dañados en distinto grado (Moro 1985).

días forzó a la mayoría de los actores de ese drama a tomar alguna posición con respecto a cómo conmemorar lo ocurrido un año atrás.

El primer punto en cuestión se vinculaba con el objetivo y el tono apropiado de la conmemoración. ¿Acaso la breve presencia argentina en las islas merecía celebrarse como una “recuperación”? ¿O más bien debería recordarse como una incursión armada vergonzosa, una aventura irresponsable del Proceso, o incluso como una invasión? ¿Sería éste un día de duelo por los caídos en combate y por la derrota argentina, o un día de gloria en memoria de la gesta patriótica y la exitosa Operación Rosario? El segundo punto se refería a los agentes. ¿Quiénes serían los encargados de celebrar, o presentar su duelo, o conmemorar? ¿Los ex conscriptos? ¿Las Fuerzas Armadas? ¿La sociedad en su conjunto? ¿Los familiares de los caídos? La tercera cuestión aludía al espacio: ¿estas conmemoraciones deberían localizarse en espacios abiertos o de acceso restringido? ¿En espacios institucionales o públicos? ¿En ámbitos religiosos o laicos? La última cuestión se refería al momento adecuado de la conmemoración: ¿cuándo deberían convocarse estas ceremonias: el 2 de abril, que en 1983 coincidía con el sábado de Pascua, o una jornada laborable? ¿Debería instituirse un feriado sobre la fecha original, o en un día sustituto? ¿La ceremonia debería realizarse por la mañana, por la tarde o al anochecer?

Este capítulo se centra en las formas en que las asociaciones civiles, la última gestión del Proceso y los familiares de los muertos en Malvinas, resolvieron estas cuestiones. En la primera sección describiré brevemente el clima conmemorativo que rodeó al 2 de abril de 1983, y en las tres secciones restantes analizaré las cuestiones que se pusieron en juego en algunas ceremonias oficiales, principalmente en aquéllas en que se condecoró a víctimas y a héroes de guerra.

LA PRIMERA CONMEMORACIÓN DEL 2 DE ABRIL

La incertidumbre de la sociedad y el Estado argentinos frente a qué hacer en el primer aniversario del 2 de abril era obvia. En marzo algunos políticos proponían organizar ceremonias de duelo para homenajear a quienes habían sido ignorados a su regreso de las islas. Un dirigente del Radicalismo pensaba que los argentinos “debemos brindar el reconocimiento a los muchachos que cayeron en la guerra, por encima de los errores de la conducción” (Contín en *Clarín*, 3 de marzo, 1983). Este reconocimiento estaba basado en el compromiso que sentían los argentinos hacia “los muertos y los lisiados en las Malvinas [...] (por) recuperar esas islas irredentas” (Ibíd.).

El Estado Mayor Conjunto presentó una propuesta a su par en la jefatura de gobierno: realizar un acto de “carácter eminentemente castrense ya que el próximo 2 de abril es Sábado Santo y de acuerdo con la liturgia universal ese día no se pueden oficiar misas” (*Convicción*, 3 de marzo, 1983). Mientras que la jerarquía eclesiástica no parecía decidir si conmemorar o no en aquel sábado, el gobierno declaró el 2 de abril como feriado nacional. Por la ley 22769/83 aprobada el 29 de marzo, el 2 de abril sería el “*Día de las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur*”. La medida se fundamentaba en que ésta era “una forma permanente de recordar y reafirmar los legítimos derechos de la nación sobre esos territorios, y de honrar la memoria de quienes cayeron en su recuperación y defensa” (*Clarín*, 30 de marzo, 1983). En sus considerandos la ley destacaba que la acción del 2 de abril había sido “cumplida evitando la pérdida de vidas ajenas a costa de las propias bajas, (lo cual) reconoce escasos precedentes y pone de manifiesto que fue realizado con el sólo fin de rescatar para la Nación el ejercicio de su plena soberanía” (Ibíd.). Aquí las Fuerzas Armadas se referían al hecho de que la Operación Rosario dirigida por el Contralmirante Carlos Busser, mediante la cual la Argentina tomó la Casa del Gobernador, las Islas y los cuarteles de los Royal Marines, en Port Stanley y Moody Brook, no habían cobrado la vida de ningún kelper o militar británico, sino sólo de un infante de marina argentino que cayó por fuego inglés en el asalto inicial. El gobierno argentino enfatizaba que la operación había sido saludada “con emoción y sentimiento por todo el pueblo argentino” pues fue comprendida por “su carácter virtualmente pacífico” por “la totalidad de las naciones de América Latina y por la mayoría de las del resto del mundo” (Ibíd.). En este cuidadoso fraseo, la última administración del Proceso buscaba eliminar de la conmemoración todo sesgo que pudiera interpretarse como nacionalista y belicista por Europa Occidental y los EE.UU., con quienes buscaba abreviar su alejamiento diplomático a raíz del conflicto armado.

Sin embargo, el vocero oficial del gobierno era claro en otro aspecto. Al darle a la ceremonia un “carácter íntegramente militar”, las Fuerzas Armadas también evitaban recrear aquella atmósfera festiva y popular que había predominado un año atrás. En 1982, el 2 de abril había caído un viernes, un día de dispersión y sorpresa, cuando muchos argentinos reaccionaron con marchas de júbilo por distintos puntos de la ciudad. Los transeúntes cantaban consignas celebrando la recuperación. Jóvenes, adultos, viejos y escolares se dirigían a la Plaza de Mayo mientras que los automovilistas hacían sonar sus bocinas a un ritmo exultante jamás visto, excepto en los festejos extáticos de la victoria en el Mundial de Fútbol de 1978 (Burns 1987, Archivo Urioste, Guber 2001a). Ese clima incluyó a las autoridades militares de entonces, pero en 1982 el gobierno, y no un equipo de fútbol, ocupaba el lugar principal.

La fecha de la conmemoración oficial se transfirió al lunes 4 de abril. Se celebraría una ceremonia a las 9:50 horas frente a la iglesia sede del vicariato castrense Nuestra Señora de la Stella Maris; otras ceremonias tendrían lugar por la tarde en las principales unidades militares. Los dos sentidos centrales de la conmemoración, “una forma permanente de recordar y reafirmar los legítimos derechos sobre esos territorios” y “honrar la memoria de quienes cayeron en su recuperación y defensa” (*Clarín*, 30 de marzo, 1983) quedaban confirmados. Sin embargo, las Fuerzas Armadas no invitaban a los políticos ni a otros grupos sociales, como los sindicatos, las asociaciones de extranjeros residentes en la Argentina y demás organizaciones civiles, a los que de hecho había convocado en 1982 para representar la causa argentina en el exterior. Había varias razones para ello, siendo la principal la de mantener el control del evento y evitar cualquier desborde de “los agitadores de siempre” con sus consignas antigubernamentales. Pese a que, como mostraré en el próximo capítulo, algunas reuniones confirmaron los temores de las Fuerzas Armadas, la decisión oficial fue probablemente bienvenida por los políticos. Como resultado de su exclusión, los dirigentes partidarios quedaban liberados del dilema de tener que mostrarse con las Fuerzas Armadas el 2 de abril, como lo habían hecho el año anterior. Ello hubiera significado quedar identificados con la derrota internacional y con el régimen en pleno clima electoral. Si en 1982 los partidos políticos habían apoyado tanto la causa nacional como la ocupación armada a través de acciones concretas, como viajar a Puerto Argentino para asistir a la asunción del gobernador de Malvinas, y visitar países de Europa, América Latina y América del Norte, para “clarificar” o explicar las razones de la ocupación argentina, en el contexto de 1983 semejante identificación era claramente inconveniente. Era más recomendable mantener cierta distancia de lo que se había convertido, en el lenguaje de los analistas políticos, en un “fiasco”.

El gobierno resolvió en parte este dilema organizando ceremonias de carácter exclusivamente militar. Por eso, las autoridades de la Unión Cívica Radical y de la Democracia Cristiana publicaron su posición en los diarios, homenajeando a los caídos y diferenciando la causa justa de la soberanía argentina, de la deficiente conducción militar. Otros políticos, en su mayoría peronistas, se habían reunido el 29 de marzo frente al Obelisco, y apostaron ofrendas florales, leyeron poesías y declaraciones, y encendieron antorchas (*Clarín*, 30 de marzo, 1983). La fecha elegida por los peronistas estaba más cerca de la gran movilización y huelga contra el Proceso realizada el 30 de marzo de 1982, que de la recuperación de las islas. Así, y quizás involuntariamente, la fecha de los peronistas recordaba al pueblo argentino la naturaleza paradójica de la iniciativa de Malvinas: el cruel Proceso (30 de marzo) se hacía cargo de recuperar las islas de sus ocupantes ilegítimos (2 de abril).

Sin embargo, la mayoría de las conmemoraciones públicas estuvo conducida no por los partidos políticos mayoritarios, sino por pequeñas agrupaciones nacionalistas de derecha, y organizaciones cívico-militares vinculadas a las Fuerzas Armadas y a la Iglesia Católica. Ello dio a esas ceremonias un *status* semioficial que se ponía de manifiesto en su ritual patriótico estatal: entonación del himno nacional, bendición de parte de un representante de la iglesia, una ofrenda floral y el homenaje a los caídos con un minuto de silencio; eventualmente, el descubrimiento de una placa conmemorativa.³² Así, un aspecto del duelo siempre emerge en algún punto de la liturgia, relacionando a los muertos con Dios Padre y la Nación. La Guerra de Malvinas fue así incorporada a la clase de “hechos nacionales honorables” y la memoria de Malvinas a la clase de “actos patrióticos”.

Esos encuentros tuvieron lugar en distintos días y lugares. El primero fue el de los empleados del Banco de Londres y Sudamérica, que realizaron un “acto relámpago” o por sorpresa frente a su sede central el 2 de marzo. El acto estaba destinado a “recordar un nuevo mes del desembarco de las tropas argentinas en las Malvinas”. Los empleados cantaron el himno nacional y quemaron una bandera británica bajo un cartel que decía: “Este banco es propiedad enemiga”. Su conductor proclamó que “sólo rompiendo las cadenas de la usura seremos libres” (*La Prensa*, 3 de marzo, 1983). El tono antiimperialista y cuasi subversivo del encuentro, y también su jerga nacionalista, era propia de la conducción gremial peronista de los Bancarios y otros gremios de la CGT. Por su parte, el pequeño grupo “Movimiento de Acción Patriótica Argentina” organizó una misa para conmemorar los diez meses y “el dolor por los que han dado su vida” en el Crucero ARA General Belgrano, hundido el 1 de mayo de 1982 “por la piratería inglesa” (*Ibíd.*). La misa tuvo lugar en la tradicional iglesia de San Ignacio, un edificio del período virreinal (siglo XVIII) y sitio de encuentro habitual de nacionalistas católicos.

El 2 de abril de 1983 dos grupos políticos de poca relevancia electoral y mayor relevancia doctrinaria, el *Movimiento Nacionalista de Restauración* y el *Movimiento Nacionalista Constitucional*, realizaron sus ceremonias en una plaza a pocas cuadras de donde se llevarían a cabo las ceremonias oficiales dos días después (*Clarín*, 2 de abril, 1983). El lugar elegido era el monumento al

32 El intendente de Buenos Aires descubrió una placa recordando a los caídos de las tres fuerzas armadas, en la Plaza Malvinas Argentinas, próxima al Puerto de Buenos Aires (Catalinas Sur) (*La Prensa*, Abril 4, 1983). Un evento similar fue protagonizado por la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (SADAIC) (*Ibíd.*). Un grupo de residentes argentinos se reunió frente al monumento a San Martín en la ciudad de Nueva York, donde hicieron una ofrenda floral y cantaron el himno argentino, mientras un cura pronunció una oración en memoria de los muertos (*Diario Popular*, 3 de abril, 1983). Los diarios reportaron muchas otras ceremonias llevadas a cabo por grupos nacionalistas, asociaciones, círculos patrióticos, etc. en distintos lugares públicos (*La Nación*, 3 de abril, 1983).

General José de San Martín, héroe de la independencia argentina. El monumento, un sitio obligado de homenaje para las delegaciones extranjeras que visitan Buenos Aires, está frente al Círculo Militar, sede social del Ejército, y al Palacio San Martín, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. El área se conoce como “Plaza San Martín”, un vecindario residencial de clase alta y media alta, con edificios de oficina y un centro turístico con negocios de cuero, pieles y hoteles de primera categoría, que se convertiría en el sitio más significativo para las ceremonias de Malvinas, como mostraré luego.

La ceremonia del *Movimiento Nacionalista Constitucional* contó con el apoyo y la presencia de diversas personalidades del pasado político argentino y del Círculo de Oficiales Retirados de las Fuerzas Armadas. Entre ellos había dos miembros prominentes de pasados gobiernos militares: el ex presidente General (Retirado) Roberto M. Levingston (1970-1), y el Almirante (Retirado) Isaac F. Rojas que prestó su adhesión a la ceremonia pero no estuvo presente. Ambos aparecerían años después en otros aniversarios de Malvinas y, junto al Círculo de Oficiales Retirados, en las principales ceremonias analizadas en el Capítulo 7. En 1983, mujeres de la Liga de Amas de Casa y otros grupos de caridad, y delegaciones de Uruguay, Bolivia, Venezuela, Perú y Panamá también participaron del evento, escoltados por un grupo tradicionalista de la localidad granbonaerense de San Isidro, vestidos en tradicionales ropas gauchescas. Se cantó el himno nacional, el presbítero Padre Zaffaroni pronunció un responso por los muertos, el dirigente del Movimiento leyó un discurso pidiendo a las Fuerzas Armadas que “vuelvan a estar íntegramente al servicio del país”, y se hizo una ofrenda floral seguida de “un minuto de meditación” (*La Nación*, 3 de abril, 1983).

Las ceremonias del 29 de marzo y del 2 de abril ilustran la extensión, diversidad y fragmentación del nacionalismo doctrinario argentino. En efecto, quienes lo componen se consideran próximos a la Iglesia Católica y a las Fuerzas Armadas, pero tal cercanía no significa que sean parte formal del gobierno. Para ellos, Malvinas es una causa sumamente cara porque revela el perenne conflicto entre una nación hispana apostólico-romana, y el Imperio británico materialista y protestante. Bajo esta luz, la Iglesia de San Ignacio aparece como un monumento del sustrato hispano de la argentinidad, en continuidad con Malvinas, una causa nacionalista desde 1934. Fue entonces que los historiadores Julio y Rodolfo Irazusta publicaron un libro que presentaba a Malvinas como parte de un viejo reclamo contra la dependencia argentina del Imperio Británico (Irazusta e Irazusta 1934, Muñoz Azpiri 1966). Esta perspectiva, que se conoció como “revisiónismo histórico”, no fue privativa de las agrupaciones nacionalistas. Entre 1934 y 1982 el antibritanismo fue también bandera de parte del socialismo y de las organizaciones sindicales peronistas, como mostraron los empleados bancarios el 2 de marzo (Archivo Ahe, *Revista*

Así 1966, 1967, García 1993, Guber 2000a, b, 2001a).

Las ceremonias nacionalistas muestran su relación ambigua con el Estado argentino. Pese a que la secuencia y la simbología dominante eran las mismas que las de los actos oficiales, y pese a que los participantes habían sido parte de algunos gabinetes, también estaban fuera del poder político. Por eso, sería un error interpretar estas ceremonias de la derecha como ceremonias oficiales. En un tono nacionalista, estos grupos altamente fragmentados y de estricta doctrina apoyaban pero también se oponían a los gobiernos militares. Facciones del Ejército y la Marina agrupaban a los “nacionalistas” contra los “liberales”. Los nacionalistas tenían buenas razones para criticar a los comandantes de Malvinas por haber rendido las islas, según ellos, sin pelear; por su parte, los “liberales” también criticaban el alineamiento internacional argentino resultante del conflicto, ya que el país estaba ahora peligrosamente próximo al bloque euro-oriental y de los Países No Alineados. Cuando el locutor de la ceremonia del Círculo pidió a las Fuerzas Armadas que volvieran a servir a la Patria, estaba adoptando una perspectiva crítica hacia el gobierno saliente.

Es interesante que pese a que la ceremonia del Círculo reunió a oficiales como el General Levingston y algunas Amas de Casa, careció de jóvenes que hubieran participado del conflicto. Asimismo, la metáfora familiar estuvo ausente del despliegue escénico y discursivo. Por su parte, las Fuerzas Armadas recordarían la recuperación de Malvinas como una cuestión institucional de servicio a la Patria, y harían centro en el homenaje a los caídos. Aquí sí el parentesco entraría en escena.

UNA “CEREMONIA CASTRENSE”

Pese a que las ceremonias oficiales de las tres fuerzas se llevaron a cabo dos días después del 2 de abril, el Poder Ejecutivo y dos comandantes, el Almirante Rubén O. Franco de la Armada y el General Cristino Nicolaidés del Ejército, enviaron mensajes a sus unidades y, vía la prensa, a todos los argentinos, en la fecha del aniversario (*Clarín*, 2 de abril, 1983). El comunicado de la Armada tenía un tono dramático y emotivo, y fue dirigido a todos los “combatientes navales” y los “guerreros navales”:

Dios es testigo que cuanto expreso lo hago con profundos sentimientos de piedad y dolor.

Piedad, por mis camaradas, por los hijos de la Patria que han muerto por ella y que fueron mis hermanos.

Y por los que volvieron a nuestro lado, heridos en cuerpo y alma... Dolor, por la batalla perdida, la capitulación que nos afrenta, la impotencia que nos desgarró, pero no obnubila ni la razón ni el derecho [...] (Franco en *Clarín*, 2 de abril, 1983).

El mensaje del Ejército tenía un tono más distante y estaba orientado a la cuestión diplomática que llevó a la guerra “luego de 17 años de infructuosas negociaciones en las cuales se han hecho oídos sordos a nuestras justas reclamaciones” basados en “derechos de toda índole [...] históricos, geográficos y jurídicos” sobre el destino de los archipiélagos sudatlánticos. El General Nicolaidis mencionó también el “innegable valor de nuestros efectivos rayanos en la heroicidad” (Ibíd.). En suma, el tono de los dos comandantes estaba más próximo al dolor, al duelo y la justificación, que al aire triunfal de un año atrás. Una mezcla de derrota, la idea de “guerra absurda”, y de vergüenza también eran evidentes en las ceremonias propiamente dichas.

El primer encuentro oficial se realizó en la mañana del lunes 4 de abril, que fue decretado, también, feriado nacional. El Presidente Bignone, como los comandantes de las tres fuerzas –Gral. Nicolaidis, Alte. Franco y el Brigadier General de la Fuerza Aérea Augusto Hughes– y otros jefes militares en actividad y retirados, se reunieron sobre un palco frente a la Iglesia Stella Maris, rodeada por los edificios sede de la Marina y la Fuerza Aérea, a tres cuadras al norte de la *Plaza San Martín*. Esta ceremonia consistió en un desfile de tropas, una “misa de campaña”, y la entrega de algunas condecoraciones para familiares de los caídos en combate. Las banderas de las unidades militares que participaron en Malvinas fueron bendecidas y desfilaron ante las autoridades militares y nacionales.

Sobre el palco oficial se encontraban invitados relevantes: el presidente de la segunda Junta del Proceso, General (R) Roberto E. Viola, el miembro de la primera Junta por la Fuerza Aérea, Brigadier General Orlando R. Agosti, y su sucesor, Omar R. D. Graffigna, de la segunda administración del Proceso; el segundo jefe de la Marina del Proceso, el Almirante Armando Lambruschini y los comandantes navales y aeronáuticos durante las hostilidades, el Almirante Anaya, y el Brigadier General Basilio Lami Dozo. Algunas ausencias eran no menos notorias, como la de los comandantes de Ejército y Marina de la primera Junta del Proceso, el General Jorge R. Videla y el Almirante Emilio E. Massera, el ex gobernador de las Islas durante la ocupación argentina, el General Mario B. Menéndez, y el presidente y comandante en jefe del Ejército y las Fuerzas Armadas durante la “recuperación”, Galtieri (*Clarín*, 5 de abril, 1983). Los presentes y los ausentes daban la imagen de una fuerza y un régimen igualmente fragmentados. Algunas ausencias podían interpretarse

como expresiones de desacuerdo o abierta enemistad. En efecto, la ausencia de Galtieri y de Menéndez se atribuían a la hostilidad generalizada que había provocado el resultado del conflicto.³³

Así, cuando el vicario castrense Monseñor José M. Medina pronunció la homilía, sus palabras parecían dirigirse tanto a la sociedad, incluyendo a los dirigentes partidarios, como a las Fuerzas Armadas. Medina pidió que “a la derrota bélica no suceda la (derrota) política”, pues la segunda dependía enteramente de los argentinos. Luego señaló que “aceptamos la Argentina postmalvinense, pero rechazamos una Argentina superficial, contestataria y desmalvinizadora”. Con este término, que ganaría popularidad en las organizaciones de ex soldados, significaba tanto el rechazo como el olvido de la guerra y de la causa de soberanía nacional. Este pedido estaba basado en dos premisas: que Malvinas había alcanzado a todos los argentinos pues “los heridos somos todos”, unos moralmente, otros físicamente, y que esas heridas se expresaban en términos de lazos de parentesco. Los heridos eran:

[...] los que derramaron su sangre en el Atlántico sur y sus familiares; los padres que quedaron sin hijos, y los hijos que quedaron sin padre; las esposas que enviudaron cuando empezaban a vivir; los amigos, los compañeros, los vecinos. Todos los argentinos nos sentimos heridos [...] (*Clarín*, 5 de abril, 1983).

Esto, obviamente, “prescindiendo de los desaparecidos, había 66 muertos del personal superior, 304 del personal subalterno y 203 conscriptos”. Para respetar a los heridos y venerar a los muertos, Medina imploró por “que los actuales problemas nacionales no hagan olvidar las heroicidades realizadas” y por que “todas las heridas se cicatricen”; bregó también por que no prevalecieran las ideologías, los intereses particulares y la fricciones y que la evaluación de la guerra pudiera emprenderse con frialdad, “con la verdad y en la verdad”. El 14 de junio había sido “una caída, pero no mortal”; debía hacerse un esfuerzo para que “la pérdida de vidas y la sangre vertida en las Malvinas no hayan sido en vano” (Ibíd.).

El primer medio para recuperar las pérdidas humanas era compensar a los familiares de los muertos y a los heridos por sus pérdidas físicas; a ello se procedería en las ceremonias condecorativas de la tarde, en sitios exclusivamente militares como el Regimiento 1 de Infantería “Patricios”, en la ciudad de Buenos Aires. También hubo una ceremonia de estas características en la Escuela de Mecánica de la Armada, famosa por haber operado como un gran centro de

33 Esta brecha entre el gobernador de Malvinas y el jefe de la tercera Junta del proceso, era ya evidente en una entrevista que diera Galtieri a un diario (*Clarín*, 2 de abril, 1983, “Galtieri habla de la guerra”).

detención entre 1976 y 1980, y en otras unidades militares y bases navales a lo largo y a lo ancho del país (en Buenos Aires, Rosario, Santiago del Estero, La Plata, Bahía Blanca, etc.) (*Clarín*, 4 de abril, 1983). Entre tanto, la Fuerza Aérea condecoró sólo a sus muertos, a través de sus deudos (Moro 1985).

El General Menéndez y otros altos oficiales que participaron en Malvinas asistieron a las ceremonias de condecoración de la tarde. El ritual nacional y militar asigna una jerarquía a las condecoraciones consistentes en medallas, distintivos y diplomas, siendo las más valiosas aquéllas que otorga la Nación, seguidas por las que entrega cada fuerza. Además, las medallas de oro tienen más valor que las de plata, y la leyenda de cada condecoración conlleva un rango moral. La más elevada distinción argentina es la cruz de oro “La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate”, seguida por las medallas de oro “La Nación Argentina al valor en combate”, “La Nación Argentina a los caídos en combate,” “La Nación Argentina a los heridos en combate” y las dos medallas del Ejército y la Armada, la de oro al “Honor al valor y la disciplina” y la de plata al “Esfuerzo y la abnegación” (*Convicción*, 5 de abril, 1983)³⁴.

34 En base al Reglamento “Reconocimientos Honoríficos” y al decreto ley 22.607 “Régimen de condecoraciones militares”, el Ejército establece una diferencia entre las “condecoraciones militares”, otorgadas por el Poder Ejecutivo Nacional, y las “distinciones” concedidas por el Jefe del Estado Mayor General de la misma fuerza. La “condecoración militar” es el “más alto reconocimiento honorífico de carácter individual que otorga el PEN al personal de las Fuerzas Armadas por actos de heroísmo o acciones meritorias, realizados exclusivamente en acciones de guerra”. En la medalla correspondiente figura el escudo de la República Argentina. La “distinción”, en cambio, reconoce un “mérito que se otorga a aquellas personas, sociedades, instituciones, etc. nacionales o extranjeras que hayan prestado señalados servicios de índole espiritual y/o material al Ejército Argentino” y se concede en tiempos de paz o de guerra. En la medalla correspondiente figura el distintivo de la fuerza otorgante (Reconocimientos Honoríficos, Ejército Argentino, 1986: s/n). Las condecoraciones son de plata, excepto la Cruz, cuyo escudo argentino está labrado en oro. Las “condecoraciones militares” se entregan por acciones de mérito con las que se “haya defendido a la República Argentina y que, por tal circunstancia merezca la gratitud de la Nación” (2.022:13). Estas condecoraciones son:

- 1) La Cruz “La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate” y se concede a personal militar, de seguridad o civiles, argentinos o extranjeros, en que el condecorado haya realizado en “carácter de función de guerra [...] aislado o en el ejercicio del mando, una acción ponderable que se destaque considerablemente respecto de las pautas de conducta normalmente estimadas correctas” (2.023.1:13).
- 2) La medalla “La Nación Argentina al Valor en Combate” que se entrega a aquellos que “en combate [...] realice una acción ponderable que se destaque considerablemente respecto de las pautas de conducta normalmente estimadas correctas” (2.023,2:13).
- 3) La medalla “La Nación Argentina al muerto en combate” se entrega a quien “resultare muerto como consecuencia directa de los riesgos inherentes” al combate en situación de guerra (2.023,3:13).
- 4) La medalla “La Nación Argentina al Herido en combate”, “al militar que resultare herido de consideración como consecuencia directa de los riesgos inherentes” al combate. Alguien es herido

Las ceremonias en que se otorgaron medallas y diplomas de honor fueron el núcleo de las conmemoraciones de aquel 2 y 4 de abril. Los informes periodísticos emitidos desde cada fuerza decían que aparte de las condecoraciones, “durante el acto no hubo discursos. Solamente se hizo una invocación religiosa” (*Convicción*, 5 de abril, 1983). En unidades navales y del ejército, quienes recibían las condecoraciones se ubicaron en una formación en que sólo el personal en servicio activo vestía de uniforme. Los ex soldados, los militares retirados y los familiares, usaban ropa de calle o “de civil”. Los militares de alto rango, activos o retirados, observaban el decurso de la ceremonia desde compartimentos especiales; allí estaban ex presidentes y sus esposas, y representantes de organizaciones como la Liga de Amas de Casa.³⁵ Pese a su cuidadosa planificación, la ceremonia oficial no pudo evitar algunas expresiones disruptivas de dolor e incluso de desagrado y protesta. La prensa informó que “las madres, hermanos y padres de concriptos desaparecidos en la guerra recibieron medallas y diplomas entre llantos y expresas quejas” (*Clarín*, 15 de abril, 1983). Algunos familiares se desmayaron cuando se los llamó para recibir la condecoración de su pariente muerto; otros rehusaron extender su mano a la autoridad que hacía entrega de la medalla y el diploma; otros abandonaron el lugar antes que terminara la ceremonia, y una madre “replicó el saludo” al comandante de la Armada, dando vuelta su cara evitando que Franco le diera un beso en la mejilla (*Ibíd.*).

Para el 5 de abril las ceremonias oficiales ya habían terminado; en su decurso los generales todavía en el gobierno, habían comunicado qué, cuándo, a quiénes y adónde conmemorar Malvinas. El conflicto del Atlántico

de consideración “cuando haya estado en peligro su vida, quedare como secuela enfermedad mental o corporal cierta o probablemente incurable o debilitación permanente de la salud, inutilidad permanente para el trabajo, la pérdida o debilitación permanente o considerable de un sentido, de un órgano, de un miembro, del uso de un órgano o miembro, pérdida o dificultad permanente de la palabra, de la capacidad de engendrar o concebir o le hubiere causado una deformación permanente del rostro” (2.023.4:13-4).

Las distinciones se entregan en reconocimiento de un servicio prestado a la institución armada.

La distinción Medalla “Al Esfuerzo y la abnegación” confeccionada en plata, es “concedida al militar que, con motivo de acontecimientos extraordinarios que revisten carácter de función de guerra, se destaca —en forma individual o en el ejercicio del mando— evidenciando esfuerzo y abnegación en el cumplimiento de sus actividades específicas durante el desarrollo del combate” (Art. 2.014.2:p.8).

La distinción Medalla “Honor al valor y disciplina”, de oro, se concede a una “Subunidad Independiente” o “a la Unidad, Comando u Organismo que se distinguere por su destacada participación con el total de sus efectivos orgánicos o, por lo menos, con elementos orgánicos equivalentes a una subunidad, en el cumplimiento de misiones de combate motivadas por acontecimientos extraordinarios que revisten carácter de función de guerra” (2.014.6ayb:9).

35 “La Sra. Amalia Lacroze de Fortabat también se encontraba entre el público” (*Convicción*, 5 de abril, 1983).

Sur era presentado como una pérdida que no aparecía tan relacionada con las Islas sino con la vida de los argentinos. Por eso, la ceremonia había ostentado un clima de duelo, tema de la próxima sección. En segundo lugar, la decisión de las Fuerzas Armadas de conmemorar el 2 de abril dentro del espacio restringido de las instituciones militares, destacaba las diferencias entre identidades contrastantes en la arena política de la Malvinas de posguerra. Este aspecto no sólo subrayaba la oposición entre cuadros profesionales y ex conscriptos, como se verá en el próximo capítulo, sino también la antinomia más familiar a los argentinos, entre civiles y militares, la cual había cobrado tras el 14 de junio enormes proporciones. Esta oposición fue actuada en distintos espacios y, además, en el mismo bastión del poder militar del Proceso –el vicariato castrense, próximo a los edificios de la marina y a la fuerza aérea– donde los padres de los soldados y los adultos militares (los oficiales) se encontraron formal y públicamente por primera vez desde finalizada la guerra. La actuación de esta oposición será el tema de la sección final de este capítulo.

CEREMONIAS DE DUELO MILITAR-RELIGIOSO

Las conmemoraciones oficiales dejaron en claro a quién correspondía recordar la toma argentina de las Islas Malvinas en 1982. Su neto “carácter militar” era evidente en el espacio y tiempo del evento, en sus maestros de ceremonias, y en sus contenidos. Los espacios elegidos no correspondían ni al Poder Ejecutivo ni al Legislativo (este último, de exigua actividad desde 1976, excepto como una presunta Comisión de Asesoramiento Legislativo); tampoco se sucedieron en ámbitos “civiles”, sino en el área militar, por la mañana del 4 de abril, y en unidades militares, por la tarde. Estas localizaciones temporales y espaciales hacían relativamente más fácil evitar en las ceremonias a los “asistentes indeseables”. Guarniciones y bases estaban guardadas por estrictas medidas de seguridad, y la gente no podía circular a través de sus límites marcados por vallas y por el personal. El área militar de las sedes navales y aeronáuticas podía ser fácilmente aislada del tráfico público. Más aún, como el lunes era feriado, no habría, como de costumbre, empleados públicos ni trabajadores portuarios por la zona. Las Fuerzas Armadas se autosegregaban así del resto de la población y, sobre todo, de una inquieta y politizada sociedad. Al transformar el primer aniversario en una cuestión “estrictamente castrense”, el Estado Mayor y el Poder Ejecutivo buscaban aislar (o retirar) el recuerdo conmemorativo de Malvinas a los

“templos” militares y someterla a la jerarquía institucional. Así, las Fuerzas Armadas se convirtieron, más bien por imperio de las circunstancias, en las guardianas de la memoria de Malvinas.

Respecto del tiempo conmemorativo, las Fuerzas justificaban la fecha de una ceremonia “estrictamente castrense” en la coincidencia entre el 2 de abril y el sábado de Pascua, y la consiguiente restricción litúrgica. Sin embargo, el argumento religioso no estaba necesariamente vinculado con el carácter supuestamente militar del encuentro. Cuando el gobierno decidió desplazar a “Malvinas” de su fecha calendárica y celebrar la breve recuperación de las Islas el lunes siguiente al Domingo de Gloria, la fecha debió ser una de júbilo. Pero el tono que prevaleció a lo largo de las ceremonias fue de duelo funerario. Ello servía para vincular el carácter militar del evento con el argumento religioso de su postergación, y habilitaba para efectuar un homenaje y una sanación. En el intento de curar el dolor de heridos y de deudos, y de completar el año de duelo, las Fuerzas apelaron a la autoridad máxima de Dios Padre, en cuyo reino los muertos de Malvinas seguramente estarían.

Sin embargo, el triste tono de estas ceremonias oscureció tanto el júbilo de la Pascua Cristiana como la exitosa Operación Rosario de un año atrás. En efecto, las ceremonias oficiales del 4 de abril evidenciaron varios aspectos de los rituales funerarios. En primer lugar, los muertos ocupaban un sitio central dado que el objetivo explícito del Estado Mayor era “honrar la memoria de quienes cayeron durante la recuperación y posterior defensa de aquella parte de la Nación Argentina” (*La Prensa*, 4 de abril, 1983). Los caídos también fueron recordados por Monseñor Medina en su preciso listado de oficiales, suboficiales y soldados muertos. Pero esta información sonaba diferente a los datos oficiales y fácticos; ponía en evidencia la pérdida y el dolor de los argentinos, y también la extensión del acto de duelo. Asimismo, la ceremonia de condecoración fue precedida por una oración por los caídos en combate ofrecida por un cura de jerarquía militar.

Sin embargo, y en segundo lugar, como dejó en claro Monseñor Medina, el objeto de duelo no eran sólo los muertos sino también los heridos. Estos tenían sus propias condecoraciones basadas en los estatutos del Ejército Argentino; los “heridos de guerra” son aquellos “heridos de consideración... como consecuencia directa de los riesgos inherentes” al combate. Se es “herido de consideración”

[...] cuando haya estado en peligro su vida, quedare como secuela enfermedad mental o corporal cierta o probablemente incurable o debilitación permanente de la salud, inutilidad permanente para el trabajo, la pérdida o debilitación permanente o considerable de un

sentido, de un órgano, de un miembro, del uso de un órgano o miembro, pérdida o dificultad permanente de la palabra, de la capacidad de engendrar o concebir o le hubiere causado una deformación permanente del rostro (EA 1986, 2.023.4:13-4).

Los heridos ostentaban la ausencia visible de un miembro o parte corporal, un órgano, un sentido o alguna función vital. Y como el vicario militar dijo tajantemente, los muertos también implicaban una fractura: había “padres que quedaron sin hijos”, “hijos que quedaron sin padre”, y “esposas que enviudaron cuando comenzaban a vivir”. Un año después, la guerra era interpretada como un legado de vidas y lazos de parentesco trancos, como ya vimos que ocurría con los familiares de los desaparecidos en acción, el periodista del caso Oviedo, cuando se refería a sus protegidos como jóvenes que “no tienen futuro”, y los personajes de Kamín, Pablo y Santiago.

Tercero, el duelo se aplicaba no sólo a los muertos y heridos sino también al cuerpo social. Como dijo Medina, la condición de herido abarca a la nación entera, sin distinción de si alguien estuvo o no en el escenario bélico. En su comunicado del 2 de abril, el Almirante Franco señaló que sentía “piedad por [...] los que han muerto [...] y por los que volvieron [...] heridos en cuerpo y alma...” Pero el 4 de abril el vicario castrense proclamó que no sólo los presentes sino “todos los argentinos estamos heridos”. Confirmando la idea, se refirió a los padres y viudas así como a los vecinos, compañeros y amigos. Sin embargo, estos últimos ocupaban sólo un lugar retórico en las ceremonias oficiales. Los “amigos” no aparecían como tales en las conmemoraciones ni recibían las condecoraciones por un muerto o por un herido imposibilitado de asistir.

Al transformar el primer aniversario del 2 de abril en una jornada de duelo funerario, el gobierno trataba de sacar a Malvinas de la política estatal y electoral, destacando el único efecto de la iniciativa de 1982 que involucrara a todos los argentinos, sin importar las divisiones internas. Hombres y mujeres argentinos de todo el país eran o bien muertos o bien deudos, y pertenecían a todas las clases sociales y orientaciones políticas. Esta perspectiva serviría para nacionalizar a Malvinas, la derrota, como un año atrás había servido para nacionalizar a Malvinas, la causa soberana. Tamaño empeño era consistente con la politización de Malvinas, con su lectura en clave de oposición civil-militar, y también con la politización de los lazos de parentesco. Fue éste el contexto en que los mayores de Malvinas en las Islas y los mayores de Malvinas en el continente volvieron a encontrarse.

PADRES VERSUS PADRES

La entrega de medallas y diplomas debía convertirse en un acto de restitución a través del cual, como ya señalé, la jerarquía militar compensaría a los heridos y deudos por haber servido y por haber donado un miembro de su familia o una parte de su cuerpo a la Nación. Si en la ideología de los modernos estados-nación y sus instituciones militares, el parentesco provee la metáfora nuclear de integración nacional, la familia biológica ofrece un hombre, un miembro, para servir a la Patria, la causa más noble posible. Por esta razón, aparte de otorgar pensiones y compensaciones monetarias, las condecoraciones con el nombre del muerto inscriptas en una medalla de oro o plata son el sustituto simbólico de la persona fallecida y, simultáneamente, una forma de compensación honorífica que sanciona el reconocimiento por el ser perdido. Ahora bien: en ausencia de un familiar directo del muerto, otra persona puede recibir la distinción; generalmente se trata no de un amigo, un vecino, un compañero de trabajo o de militancia política o social, sino de un miembro de la fuerza y, normalmente, de un alto oficial. Así, las Fuerzas pueden actuar, al menos transitoriamente, como padres sustitutos. El círculo entonces se completa al interior de la institución militar pues las ceremonias de condecoración estaban presididas y conducidas por una alta autoridad de la fuerza o unidad en que revistaba el muerto o el herido, y a veces eran altos oficiales de esa fuerza o esa unidad quienes recibían las distinciones.

El Presidente de la República, por la mañana del 4 de abril, y los generales y almirantes por la tarde, cumplían un acto de condecoración otorgando distinciones y saludando a los subalternos y civiles. Sin embargo, este acto se pronunciaba desde la elevada posición de la jerarquía militar (y nacional). Era el soldado condecorado o los familiares, en su mayoría civiles, quienes se dirigían a recibir la distinción. En el centro del hall de ceremonia de la Escuela de Mecánica de la Armada, por ejemplo, había una enorme cruz pintada en el suelo; la mesa con diplomas y medallas se ubicaba exactamente en la intersección de los dos brazos de la cruz, y las autoridades que entregaban las distinciones estaban sentadas en la cabeza. El recorrido más breve lo hacían los oficiales dadores; el más extenso los receptores militares y civiles. Al momento de la entrega la actitud paternal de la autoridad militar era no sólo evidente sino además digna de destacar, según las crónicas provistas por la prensa de la institución.

En algunos casos, al entregar las condecoraciones a conscriptos, (el General C.) Nicolaidis los palmeó en gesto de aliento y, en otros, cuando por sus heridas o mutilaciones el condecorado tenía dificult-

tades para aproximarse al comandante, fue él quien se acercó a la formación para entregar la medalla correspondiente (*Convicción*, 5 de abril, 1983).³⁶

La actuación de autoridad paterna también alcanzaba a quienes merecían las condecoraciones más altas (“La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate”), y que se transformaron en trofeos morales de las unidades que los tuvieron en su seno. En el caso del Ejército, tres hombres fueron condecorados *post mortem* (Primer Sargento Mateo A. Sbert y Teniente Ernesto E. Espinosa, ambos de la Compañía Comando 602, y el Teniente Roberto N. Estévez del Regimiento 25 de Infantería); sólo uno de los tres condecorados sobrevivientes se mantuvo bajo el juramento de obediencia y disciplina de la fuerza (Subteniente Gómez Centurión); el Cabo Roberto Baruzzo dejó el arma.³⁷ El único conscripto que recibió la Cruz, Hugo Poltronieri, vivía en el campo bonaerense y desde 1983 en cada fecha patria debía revistar tropas con el comando del Regimiento al que había servido en Malvinas, el 6 de Infantería Mecanizada de la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires³⁸. Por esa “cruz” había adquirido el *status* de un trofeo moral viviente que difícilmente podía eludir.

En suma, desde encima del palco, los altos oficiales, sus esposas, y los representantes de las organizaciones de ayuda a los ex soldados, confirmaban su parentesco putativo, anclado en la ideología de las Fuerzas Armadas y supuestamente actuado en los campos de batalla del Atlántico Sur. La primera conmemoración no fue sólo un día de duelo funerario; fue también la actuación de la jerarquía militar como cabeza de una familia patriarcal en la ausencia real y virtual de lazos de filiación. En un contexto tan altamente ritualizado, como

36 *Convicción* 5/4/83 (mi paréntesis). El General Nicolaidis fue tras el relevo del General Galtieri, su sucesor en el Ejército.

37 De los cinco receptores de la Cruz “La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate” tres fueron conferidos *post mortem* a los tenientes Roberto Néstor Estévez (Regimiento 25 de Infantería) y Ernesto E. Espinosa (Compañía Comando 602) y al sargento Mayor Mateo A. Sbert (Compañía Comando 602). El cuarto, el cabo Roberto Baruzzo, dejó el Ejército, supuestamente por serios trastornos mentales, aunque también podría tratarse de una medida en respuesta a que su presencia era altamente controversial para con quienes habían sido sus superiores en Malvinas. De este modo, casos como el de Baruzzo muestran que la falta de reconocimiento al mérito, y los abusos de autoridad, también operaban dentro de las filas castrenses.

38 La fundamentación afirma que fue investido con los más altos honores por “ser un ejemplo permanente durante toda la campaña para sus camaradas, debido a su espíritu guerrero, a su simplicidad y a su valor, y por ofrecerse como voluntario a misiones arriesgadas. Operó eficientemente en las áreas de los montes Dos Hermanas y Tumbledown con un fusil, enfrentando los ataques enemigos y era siempre el último para retirarse, y frecuentemente alcanzado por los británicos. En dos oportunidades fue dado por muerto pero consiguió reunirse con su unidad y continuar la lucha con determinación y eficacia” (*La Prensa*, Abril 4, 1983).

es el de la conducta y la liturgia castrenses, los únicos que podían objetar ese pretendido lugar, y dar pie a un duelo-combate por la autoridad en la filiación eran los “padres reales” ligados por lazos de sangre con sus hijos muertos. Inversamente, los jóvenes ex concriptos, en virtud de la definición que les había sido dada en la ceremonia militar, carecían del margen de reacción y maniobra con el que habían contado dos días antes en la ceremonia de los ex combatientes, y que describiré en el próximo capítulo.

Los comandantes de Ejército y Marina se convirtieron en padres institucionales sustitutos a la cabeza de la jerarquía de las Fuerzas Armadas como militares, y a la cabeza del ciclo vital como adultos. Dicho en otros términos, los comandantes eran aquéllos que habían servido y que habían vivido más largo tiempo. Además, la ceremonia fue presidida por Dios Padre a quien otro padre, esta vez de la Iglesia Católica, elevaba sus oraciones en representación de los hombres y las instituciones militares. Se establecía así un linaje jerárquico masculino sobre rangos subalternos, la población civil y las mujeres (esposas y madres), incrementando el poder de legitimidad y prestigio de los dadores (de medallas y diplomas).

Pero dicha autoridad no se ejerció sin réplica. Los receptores de las condecoraciones eran profesionales y ex concriptos que habían tomado parte en acciones destacadas, incluyendo a los heridos y muertos en combate cuyos familiares los representaban. De acuerdo a Monseñor Medina, estos representantes incluían a los padres –adultos hombres y mujeres, generalmente de más de 45 años de edad– que habían perdido a sus hijos, “las esposas que enviudaron cuando empezaban a vivir” –jóvenes mujeres de 20-30 años–, y los “hijos que quedaron sin padre” –pequeños niños que acompañaban a sus madres a recibir la distinción. Había también otros hijos, los “caídos en combate” y los “heridos en combate” “que derramaron su sangre en la guerra del Atlántico Sur”.

Los “jóvenes” participaron de la ceremonia en calidad de sobrevivientes, heridos y muertos, como profesionales subordinados en la jerarquía castrense, o civiles que habían concluido el servicio militar. El resto de los jóvenes “que quedaron sin padre” eran los pequeños hijos de oficiales y suboficiales adultos pero lo suficientemente jóvenes como para entrar en combate –entre los 20 y los 35 años– y morir en acción.

Debido a su edad adulta y a que no estaban estructuralmente insertos en la jerarquía militar, los únicos que podían competir en el contexto ceremonial por posiciones autorizadas en los rangos de la familia eran los “padres que quedaron sin hijos”. Un pequeño grupo de padres de concriptos muertos quebró el acto de restitución compensatoria, rechazando el acuerdo implícito con los “padres

institucionales”. Las respuestas individuales a los saludos, la protesta que expresaban y su renuencia a seguir la etiqueta requerida para la ocasión, entorpeció el desarrollo de la ceremonia en un ámbito fuertemente ritualizado por el dolor y la institución. La madre de un conscripto le reprochó duramente al jefe naval, diciendo “*muy arreglados estamos con esto*”, refiriéndose con “esto” al diploma y la medalla, después de lo cual “se retiró visiblemente nerviosa” (*Clarín*, 5 de abril, 1983). La actitud negativa de los familiares que abandonaron la unidad militar o que rompieron las formalidades del ceremonial, pusieron en evidencia no sólo su dolor por la pérdida de seres queridos, sino también el reproche a la institución a cuyo servicio esos seres habían muerto o desaparecido. La fuerza los había llevado vivos y los devolvía como “esto” sin justificación patriótica aceptable. Entonces el poder simbólico de la condecoración se anulaba de repente: el diploma de honor no era más que un rectángulo de cartón y la medalla se había vuelto un pedazo de metal con cinta y nombre. Al desconocer la autoridad de la conducción militar los familiares no podían reconocer el “acto de servicio” y la “muerte por la Patria”. Las compensaciones de la reciprocidad se habían interrumpido. Y si las Fuerzas Armadas habían intentado despolitizar el evento, habían soslayado el hecho de que el lugar elegido para las ceremonias, las unidades militares, ostentaba un innegable contenido político.³⁹ Asimismo, las desprolijidades de las fuerzas en informar a los deudos sobre la suerte de sus esposos, padres e hijos profesionales, venía a sumarse a la fama de “fiasco” que ya tenía la guerra en la opinión pública.

En verdad, no había un sitio seguro para este tipo de ceremonia de duelo. A pesar de que los diarios no reportaron los desórdenes o reacciones de quienes recibieron las condecoraciones para sí en las ceremonias del 4 de abril, el gobierno y las Fuerzas Armadas tenían buenas razones para esperar rechazos y actos masivos de rebeldía si todos los ex conscriptos de una unidad eran admitidos en el acto. Apenas tres meses antes, el 2 de diciembre de 1982, en un estadio de fútbol de la ciudad de La Plata, las autoridades de la X Brigada de Infantería encabezadas por el Jefe del Primer Cuerpo de Ejército, reunieron al personal de cuadros y a 2.500 ex soldados en una ceremonia de homenaje y condecoración a quienes sirvieron en el Teatro de Operaciones. Unos 300 ex combatientes “expresaron airadamente su descontento coreando consignas de fuerte contenido antimilitar, tales como ‘se va a acabar, se va a acabar, la dicta-

39 La paradoja alcanza su clímax en el caso de la Marina. La Escuela de Mecánica había sido un inmenso centro de detención durante la guerra sucia. Algunos sobrevivientes recordaron que algunos prisioneros elaboraron la hipótesis de conflicto externo con Malvinas, con el fin de desviar la atención de las FF.AA. del enemigo interno al enemigo externo. Esos análisis geoestratégicos los hacían los detenidos-desaparecidos bajo la instrucción del Almirante Emilio E. Massera, miembro de la primera junta del PRN y un activo impulsor de la reivindicación malvinera (García Lupo 1983, Verbitsky 1984).

dura militar” que acompañaron con “fuertes rechiflas y palabras irreproducibles cada vez que se mencionaba por los altavoces a alguna autoridad militar” (*Clarín*, 5 de diciembre, 1982). El acto alcanzó su momento cumbre cuando un oficial apuntó su arma contra uno de los jóvenes quien, “lejos de amedrentarse, profirió contra el oficial una serie de improperios...” (Ibíd.).

Una ceremonia masiva, abierta y pública para el primer aniversario del 2 de abril entrañaba serios riesgos. Ceremonias cerradas en unidades militares, limitadas estrictamente a los rangos y a los receptores de las distinciones, todo esto en un marco celosamente resguardado de procedimientos, ayudarían a evitar actos turbulentos o, al menos, a mantenerlos bajo relativo control. Las autoridades militares interpretaban toda señal de oposición pública en la línea del General de la Xma Brigada con respecto a los eventos del 2 de diciembre:

[...] en la Argentina existen sectores que con especulaciones coyunturales, pretenden enlodar y jugar, en un triste cuentavotos, grandezas que por su propia naturaleza están ya inscriptas en una (de) las páginas de gloria de la República (Gen. Alberto Schollaert en *Clarín*, 5 de diciembre, 1982).

No había razón de parte de los militares, para cambiar esta interpretación el 2 de abril de 1983. Las elecciones generales se aproximaban y la atmósfera de campaña alentada por los políticos “cuentavotos” invadía a todo el país. La ciudad de La Plata, el centro del terrorismo de Estado-guerra sucia entre 1976 y 1980, tenía una extensa población universitaria y profesional, y muchos de los conscriptos alistados en sus unidades eran estudiantes y graduados. La capital de la provincia de Buenos Aires era, por eso, un campo floreciente de reacciones antimilitares.⁴⁰

En las conmemoraciones castrenses del 4 de abril en Buenos Aires, los familiares civiles fueron quienes plantearon dudas sobre la legitimidad de las Fuerzas Armadas, y quienes replicaron las pretensiones oficiales de ejercer o haber ejercido un año atrás la paternidad sustituta. Los familiares civiles negaban a las Fuerzas su legitimidad como padres temporarios (aún dentro de sus unidades y ciertamente en el campo de operaciones) y, por consiguiente, la

40 En efecto, el CECIM fue una de las primeras, si no la primera organización de ex soldados combatientes; sus actividades estuvieron ligadas a la contención de los ex soldados pero también a la denuncia de malos tratos y fallas en la conducción del TOAS, y a la reivindicación de beneficios para los conscriptos que acababan de regresar. Su organización y activismo alineado con tendencias de la izquierda política se distribuían a lo largo del año e inspiraron muchos de los posteriores agrupamientos de ex soldados. Por otra parte, La Plata fue la sede de la experiencia organizativa de padres de soldados. Véase Bustos 1982.

autoridad para conducir el duelo funerario. Pero entonces ¿quién preservaría la legitimidad? Aquí es conveniente referirse al tiempo de la conmemoración.

Como vimos, en 1983 el 2 de abril coincidió con el sábado de Pascua y por lo tanto no podía impartirse misa. El sábado de Pascua se ubica entre el Viernes Santo, día de la crucifixión de Cristo, y el Domingo de Gloria. El sábado de Pascua es un día de transición y de incertidumbre, un tiempo liminal entre la muerte y la resurrección. La yuxtaposición del calendario litúrgico cristiano y el histórico secular en 1983 le confirió al 2 de abril de 1982 un sentido adicional (en 1982 la Pascua fue el fin de semana inmediatamente siguiente al viernes de la toma argentina de Port Stanley). El tono de duelo funerario de la ceremonia, los discursos oficiales y las invocaciones de la Iglesia, presentaba un dilema poco confortable: ¿Acaso la proximidad del Domingo de Pascua significaba que el sacrificio de los argentinos en Malvinas podía ser seguido por la resurrección? ¿O más bien, como temía Monseñor Medina, significaba que la pérdida de vidas y de sangre había sido en vano? Más aún: ¿acaso la coincidencia del 2 de abril con el Sábado de Pascua no podía implicar que los muertos en Malvinas y la sociedad herida permanecerían en el limbo entre la crucifixión y la resurrección?

En 1983, la “resurrección” en la Argentina podía cobrar varios sentidos. Uno, el más frecuente aludido en los discursos de la posguerra, era el de la recuperación futura de las islas. Como había dicho el Almirante Franco en su mensaje del 2 de abril, algún día “una mano argentina izará nuestra bandera para siempre, en el preciso lugar que nuestros hombres se convirtieron en raíz histórica” (*Clarín*, 2 de abril, 1983). El segundo y más inmediato sentido aludía a la “resurrección” de la Nación Argentina, dividida ahora entre civiles y militares, entre padres reales y padres sustitutos, entre las Fuerzas Armadas y la sociedad. En esta perspectiva, la “resurrección” era un término cristiano que podía significar “hacer las paces” con el pasado y restaurar el presente nacional. La única forma en que esto sucedería era, como dijo el vicario castrense, que la “derrota bélica” no se transformara en una “derrota política” pues, como bien sabían los argentinos, un pasado politizado es, por fuerza, un pasado condenado al olvido y a la negación. Así las Fuerzas Armadas pugnaban por aparecer como los representantes de la nación y por presentar a los caídos como habiendo ofrendado sus vidas por la Patria. Pero los deudos no confiaban en ellas; a través de sus negativas demostraban creer que sus seres queridos habían muerto en vano bajo una conducción arbitraria, no por una causa nacional encabezada por una abnegada conducción. Ninguna autoridad les era reconocida y los sentidos de Malvinas, de no olvidarse, debían aún ser definidos.

En suma, las ceremonias del 4 de abril de 1983 que organizaron las instituciones armadas probaron que los militares no podían reivindicar con éxito

su rol de autoridad paterna, y que Malvinas se había transformado rápidamente en un pasado dispuesto a ser rechazado o ignorado, es decir, listo para ingresar al olvido, una forma premeditada de castigo con que los argentinos condenamos a los enemigos políticos en el ostracismo del tiempo. En vez, el 2 de abril, aquel sábado de Pascua los ex soldados decidieron actuar otro argumento, con otro tipo de escenario de duelo y resurrección, marcando otra relación entre el pasado y el presente, actuando la suya como de autoridad y legitimidad nacional. Esta trama, sugerida al final de la película de Kamín y también en la mayoría de las narraciones de los entrevistados de Kon, podía presentarse como la “resurrección” de la joven generación Argentina. De esto trata el próximo capítulo.

Capítulo 4
LOS EX COMBATIENTES CONTRA LORD CANNING
y el EJÉRCITO DE OCUPACIÓN

Pese a las medidas oficiales, el 2 de abril de 1983 no pasó desapercibido; sólo que el dolor y el duelo funerario darían parcialmente paso a otras tonalidades. Al atardecer del sábado los ya conocidos *ex soldados combatientes de Malvinas* entraron al centro de la ciudad de Buenos Aires con un clima similar al del que habían partido un año atrás: excitados, sonrientes y vociferantes. En 1982 fueron “a defender la soberanía argentina de los invasores ingleses”, según la expresión habitual de la época; en 1983 regresaban para afirmar que la batalla no había terminado, y que allí estaban ahora los ex soldados, no los militares ni la sociedad, para reasumir la lucha. El objetivo de este nuevo estadio bélico era triple: diseñar un espacio para recordar la iniciativa de Malvinas en el continente, renovar el compromiso de la causa y de la guerra, y crear un lugar social para ellos y por sí mismos en la sociedad y la política argentina. Tal objetivo, según veremos, presentaba la cuestión “Malvinas” en estrecha continuidad con la pasada guerra. Por eso, en sus decisiones sobre cuándo, dónde, cómo y qué conmemorar el 2 de abril de 1983, los ex combatientes se definían públicamente como miembros de una generación joven basada en la memoria de sus compañeros muertos y de la causa nacional que los había reunido. Pero la articulación entre el pasado y el presente no se limitaba a ese breve pasado. La conmemoración de 1983 implicó, desde un principio, pasados más lejanos y ciertamente a otros actores políticos.

En este capítulo examinaré la construcción de la identidad de los *ex combatientes* junto con la recreación del espacio y el tiempo malvineros en el primer aniversario de la breve recuperación argentina de las Islas. Lejos de la imagen de una juventud procesista sin pasado, parecida a la semilla, Malvinas y la Nación Argentina se convertían, ese sábado, en una extensión de la era que el Proceso había intentado literalmente borrar del mapa y de la historia. Describiré entonces el escenario en que los ex combatientes decidieron reunirse, el encuentro mismo, y los efectos de esta conmemoración en la elaboración que los ex combatientes actuaron de su nueva identidad.

El Escenario

Para los ex soldados no había ninguna duda acerca de cuál debía ser la fecha de la conmemoración. El 2 de abril era el hito fundador de una gesta nacional –la recuperación de las islas– y también el día en que esa gesta se iniciaba transformándolos en soldados de Malvinas, sin importar cuándo exactamente cada uno arribaría a las islas. Sin embargo, en 1983 había una marcada diferencia con respecto al año anterior: ya no había conscriptos luchando lado a lado con el Estado y las Fuerzas Armadas, hecho hartamente evidente en los obstáculos que debieron sortear para llevar a cabo su acto en el centro de la Capital Federal. El 29 de marzo la Policía Federal había prohibido la reunión por “no haberse solicitado con la debida antelación la autorización correspondiente, según lo establece el artículo octavo de la ley 2.020” referido a actos públicos. Esta prohibición, en efecto, impidió la presentación de un festival de rock “en gratitud de los países latinoamericanos” que habían apoyado los reclamos argentinos en 1982. Y aunque no todos esos países habían respaldado a la Argentina, el punto de los ex soldados era enfatizar el antiimperialismo a través de la música latinoamericana.⁴¹ La policía y la municipalidad interpretaron correctamente esta iniciativa, como una demostración ideológica izquierdista, pero ni la policía ni la presión militar de inteligencia pudieron disuadir a esos jóvenes que ya tenían 20 y 21 años, de encontrarse al atardecer de la jornada. En verdad, la reunión no presentaba mayores problemas en la alteración del orden público, ya que muchos porteños habían dejado la ciudad por el “fin de semana largo” de la Semana Santa. El centro de Buenos Aires estaría prácticamente desierto.

El acto tuvo lugar en una pequeña plaza al pie de una barranca que rodea la capital argentina, flanqueada por la Avenida del Libertador; se trata, en verdad, de una extensión de la Plaza San Martín donde el Círculo de Oficiales Retirados había llevado a cabo su propio acto esa misma mañana. El área, un nudo de comunicaciones y transporte, es conocido como “Retiro”, y el lugar donde los ex soldados decidieron realizar la ceremonia había sido rebautizado en abril de 1982 como *Plaza Fuerza Aérea Argentina*, coincidiendo con el arma de los intendentes del Proceso. Sin embargo, los porteños lo conocían, y lo conocen todavía, por su nombre anterior, “*Plaza Britannia*”, más corrientemente como “*Plaza de los Ingleses*”.

41 El latinoamericanismo fue más bien retórico en algunos casos. Sólo Panamá, Perú, Bolivia y Venezuela mostraron verdadero y activo respaldo a la Argentina ante las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos. Brasil y Uruguay tomaron una postura más tibia, mientras que Chile se alineó Gran Bretaña. Así lo revelaría en 1999 durante el proceso de extradición del dictador chileno Augusto Pinochet Ugarte la Primer Ministro británica durante el conflicto, Margaret Thatcher.

En efecto, a comienzos del siglo XX la Municipalidad de Buenos Aires dio nombre a la plaza “en recuerdo del país que contribuyó con su aporte técnico e industrial, al desarrollo ferroviario de la Argentina” (A.C.A. 1991:38). Esta Plaza limita, por el oeste, con las terminales ferroviarias que extienden sus ramales hacia el norte, el noroeste y el centro de la Argentina. Los trenes que parten de Retiro atraviesan el norte y el oeste de la fértil Pampa húmeda (provincia de Buenos Aires y sur de Santa Fe y de Córdoba). En la Argentina, como en otros países de América, África y Asia, la red ferroviaria fue construida con capitales ingleses que explotaron las compañías férreas desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX. Su estrecha asociación con las actividades portuarias también se plasma en este vecindario porteño, donde el puerto se extiende al norte y al este, a sólo cinco cuadras de la Plaza y de las terminales. Los buques mercantes nacionales y extranjeros, y también algunos barcos de la marina de guerra, llegan y parten de este puerto fluvial sobre el Río de la Plata, cuyas operaciones se ven encarecidas por necesitar de constante dragado. La actividad portuaria de Buenos Aires cayó abruptamente en los años del Proceso, no sólo por los elevados costos de mantenimiento, sino también por la mecanización de la carga y descarga en contenedores. Por eso, el área baja de Retiro, al pie de la barranca de la Plaza San Martín, está cruzada por líneas férreas que conectan el puerto con las estaciones ferroviarias. Retiro sintetiza, quizás como ningún otro distrito capitalino, el corazón agroexportador de la economía argentina con vértice en las ciudades portuarias del litoral argentino (Buenos Aires, Ensenada, Rosario y Paraná) y la presencia británica en la economía nacional.

La entonces “Plaza Fuerza Aérea” contiene, efectivamente, una gran concentración simbólica de “britanidad” en Buenos Aires. En su centro se erige una soberbia torre de 70 metros de altura, de estilo renacentista, que fue levantada con el auspicio de los residentes británicos en Buenos Aires para el centenario de la independencia argentina (1810-1910). A. Poynter, su arquitecto director, pertenecía a dicha comunidad. La edificación, conocida por los porteños como “La Torre de los Ingleses”, está coronada por un reloj carillón idéntico al Big Ben de Londres (Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires 1983; A.C.A. 1991:38). A unos metros, en la misma plaza y frente al acceso sur de la Torre, hasta 1984 se levantaba sobre un pedestal una estatua emplazada; era el monumento a Lord George Canning, político británico por cuya gestión Gran Bretaña reconoció la independencia argentina. Canning (1770-1827) fue primer ministro en 1826 y gran colaborador del gobierno argentino de entonces. Su autor, el escultor argentino Alberto Lagos (1885-1960) lo representó de pie y cubierto con una capa.

Los ex soldados del *Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas* habían pues elegido entonces un sitio por demás significativo para llevar a cabo

su primera conmemoración del 2 de abril, un punto donde las relaciones anglo-argentinas se hacían por demás visibles, y esto no sólo en el eje Plaza de los Ingleses - Ferrocarriles - Puerto. La Plaza Britannia está al pie de una barranca sobre la cual el entonces Teniente Coronel José de San Martín creó el regimiento de caballería *Granaderos a Caballo*, que poco después cruzaría la cordillera de los Andes para expulsar a los españoles del Virreinato del Río de la Plata (1816), de la Gobernación de Chile (1818) y de parte del Virreinato del Perú (1821). Allí mismo, en 1862 se inauguró la estatua ecuestre del escultor francés Louis Joseph Daumas “Monumento al Capitán de los Andes”,⁴² en cuyo alrededor algunas organizaciones habían conmemorado Malvinas por la mañana. Por su lado norte, el monumento está frente a la sede social del Ejército, el Círculo Militar. Al cumplirse el centenario del nacimiento del prócer de la independencia nacional (1875) la plaza fue bautizada “Libertador General San Martín”, en homenaje a quien la historiografía argentina, los manuales escolares y la liturgia nacional llaman “el Padre de la Patria”. Si en las ceremonias de la mañana, el Círculo de Oficiales Retirados había destacado el bloque San Martín-Ejército, por la tarde los ex soldados ensayarían otro alineamiento.

UNA RUIDOSA CONMEMORACIÓN

Entre 300 y 1.000 personas, cifra que varía según quién la proporcione –la Policía Federal y diversos medios de prensa⁴³– personas “en su mayor parte jóvenes” se reunieron alrededor de las 17 horas en la *Plaza Fuerza Aérea Argentina* convocados por el *Centro de Ex Soldados Combatientes* y por jóvenes miembros de partidos políticos. Los diarios los llamaban *ex combatientes* y “juventud de los partidos políticos” (*Clarín*, 3 de abril, 1983). Los simpatizantes, incluyendo a mujeres, “prestan ayuda a ex soldados portando carteles con leyendas tales como ‘pensión para los ex combatientes, mutilados y familiares de los caídos’” (Ibid.).

La Policía Federal montó un gran operativo de vigilancia en torno a los manifestantes y a la pequeña Plaza, y se apostó en los balcones superiores de la Torre dominando la escena. Su propósito, aparentemente, no era confrontar con los asistentes ni con los transeúntes, sino persuadir a los manifestantes que suspendieran el acto o se limitaran a homenajear a los caídos y a entonar

42 El escultor Rodolfo F. Buchhass realizó unas 25 reproducciones de la estatua ecuestre destinadas a ciudades del interior argentino, y a otras capitales del mundo (México D.F., Río de Janeiro, París, Madrid). La estatua pesa 1.500 kilos.

43 Según el diario *Clarín* hubo más de 1.000 (3 de abril, 1983); según el *Diario Popular*, 500 (3 de abril, 1983); según *La Nación*, 300 (3 de abril, 1983).

el Himno Nacional (*Diario Popular*, 3 de abril, 1983). Los carros de asalto repletos de tropas de infantería policial armados con escopetas lanzagases, y automóviles de la flota de la Policía y del Servicio de Inteligencia del Estado, circundaban el lugar y controlaban la afluencia de público, tratando de detectar alguna presencia “subversiva” o disolvente.

A las 17:30 comenzaron a llegar columnas de “manifestantes” pertenecientes a las ramas juveniles del radicalismo, el peronismo, la intransigencia y agrupaciones menores de la izquierda, entonando consignas de la liturgia política callejera de protesta. Algunos de esos “cánticos y expresiones hostiles al Gobierno” habían sido estrenados en la tarde del 14 de junio del ‘82, cuando manifestantes dispersos se dieron cita en la Plaza de Mayo para rechazar la rendición:

*Los chicos murieron
los jefes los vendieron*

*Galtieri, borracho
mataste a los muchachos*

*Atención, atención,
atención, atención,
los traidores de Malvinas
van a ir al paredón*

Otras consignas se habían usado en las movilizaciones de las organizaciones de derechos humanos y algunos grupos políticos

*Paredón, paredón,
paredón, paredón,
a todos los milicos
que vendieron la Nación.*

*Se va a acabar
Se va a acabar
la dictadura militar.*

Otras consignas eran aún más viejas databan de la primera resistencia peronista entre 1955 y 1960, cuando los jóvenes peronistas se aliaron con nacionalistas de derecha en contra de la era post-Peronista a la que calificaban como liberal, lo que en la Argentina significa economía abierta de mercado, más que democracia y libertad.

*Patria sí,
colonia no.*

Las insignias fueron retomadas por un nutrido grupo de *ex combatientes* que llegaban a la plaza. En su camino hacia el acto eran aplaudidos por transeúntes ocasionales. Las juventudes políticas los flanqueaban con sus pancartas y banderas con el nombre de las organizaciones.

Ni bien los *ex combatientes* se parecía más a la de los jóvenes de los partidos políticos, que a desfiles militares. La movilización se abría con una extensa pancarta que llevaba el nombre de la organización porteña de ex soldados, el Centro, como suelen llamarlo. Sus portadores se fundían en el grupo sin distinción de fuerza, antigüedad, clase de conscripción o lugar de nacimiento, como en el final del film de Kamin. Tampoco usaban uniforme, aunque llevaban algunos elementos que recordaban su paso por las fuerzas, como gorras, chaquetas, botas y distintivos de la unidad. Sus cabezas eran un muestrario de pelos largos y cortos, barbas y largos bigotes estrictamente prohibidos en la vida militar.

Tan pronto como los *ex combatientes* llegaron a la *Plaza Fuerza Aérea Argentina*, quemaron banderas norteamericanas y británicas, como lo habían hecho un mes atrás los empleados del Banco de Londres; se hizo “un minuto de silencio” en memoria de los caídos en el Atlántico Sur y se cantó el himno nacional. Luego, de acuerdo con la prensa, “grupos ajenos a los *ex combatientes*” quemaron un muñeco que representaba al ministro de economía de la primera Junta militar del Proceso, José A. Martínez de Hoz, seguidor de la economía política neoconservadora de Milton Friedman. Otro muñeco llevaba el nombre de Galtieri, vestido de uniforme militar, una gorra con la cruz svástica, un escudo de la CIA, una bandera estadounidense y otra británica y una botella de whisky colgada del cinturón (*Clarín*, Abril 3, 1983).

Durante la ceremonia se leyó un documento del Centro pidiendo que al gobierno “el castigo a los culpables” de la derrota militar, la “delimitación de responsabilidades políticas y militares” de la conducción argentina, legislación en defensa de los veteranos de guerra y los familiares de los caídos en combate “sin distinción de grado”, el esclarecimiento “sobre el uso y destino actual del Fondo Patriótico” que había reunido nutridas donaciones de particulares, empresas, sindicatos y empleados públicos mientras se desarrollaban las hostilidades, y “una investigación sobre malos tratos por parte de oficiales y suboficiales a soldados conscriptos” en los campos de batalla, como el estaqueo que Santiago le había relatado a Kon. El documento también afirmaba que “los gobernantes de turno, que estaban realizando una política de entrega a estas potencias” habían sido “sorprendidos por la alianza de la Comunidad Europea y Estados Unidos con Gran Bretaña”. El documento concluía dicién-

do que al año de que “fuimos convocados para luchar, todavía no nos explican las causas profundas de la derrota” (*Diario Popular*, 3 de abril, 1983). Después del discurso, se volvieron a entonar algunas consignas y los manifestantes comenzaron la desconcentración en relativo orden. Era el Sábado de Pascua por la noche.

El carácter antioficial y antijerárquico del encuentro correspondía exactamente a las precauciones que el gobierno había tomado al recluir las conmemoraciones en ámbitos “estrictamente castrenses”. Estos jóvenes, por su parte, desplegaban escénicamente una nueva identidad.

HERMANOS

La ceremonia de la *Plaza Fuerza Aérea* alteró (y en algún sentido invirtió) varios aspectos de las conmemoraciones de los adultos realizadas ese sábado o a realizarse el lunes. Los ex soldados recordaban la fecha original desde dos ángulos, la celebración y la protesta. Esta generación de jóvenes horizontalmente organizados, como “hermanos” o “más que hermanos” (Kon 1982), se había autoimpuesto la misión de defender activamente la soberanía nacional y latinoamericana, representada por los archipiélagos del Atlántico Sur y la gesta anticolonialista. En estos términos, los ex combatientes diseñaban su propia imagen como contra-militar, en un acto contra-oficial, valiéndose de elementos de la orientación contra-histórica inspirada en el “revisiónismo histórico”. De acuerdo con esa imagen, los ex soldados se forjaban a sí mismos no como los hijos de las Fuerzas Armadas, presentadas como una fuerza de ocupación y como “lacayos” de Gran Bretaña, el imperio usurpador que había tomado las Islas en 1833.

Para manifestar estas ideas, los jóvenes armaron un escenario de confrontación antiimperialista, introduciendo el campo sudatlántico de operaciones en el continente. El entramado de la identidad de los ex soldados y la localización de Malvinas, entrañaban una elaboración de la memoria a través de la cual una nueva representación de la Guerra de Malvinas (fundada por los ex combatientes en 1983) se anclaba en un pasado más distante que el de 1982.

Todos los jóvenes manifestantes pertenecían a aproximadamente el mismo grupo de edad. Dado que los ex combatientes habían formado parte de las Fuerzas Armadas, hubieran podido llamarse entre sí “camaradas”, siguiendo la jerga militar. Pero de acuerdo con el lenguaje político establecido por el pri-

mer peronismo y que luego se extendería a otras organizaciones autoadscripitas como “populares”, se referían recíprocamente como “compañeros”, enfatizando el trato horizontal entre participantes de una misma orientación política⁴⁴. “Compañeros” fue, al principio, el término que usó Perón para dirigirse a sus simpatizantes y seguidores, generalmente trabajadores y gente de extracción humilde, desde los balcones de la Casa Rosada en la Plaza de Mayo (De Ipola 1995, Neiburg 1992, Torre 1995). Pese a que el término fue introducido por un dirigente y alto oficial, pues Perón era por entonces coronel del Ejército Argentino, “compañeros” aludía a una igualdad informal que difería del más formal “camarada” usado en el Ejército, y del mismo término empleado por los Comunistas; también se apartaba de otro vocablo, el oficial “compatriotas”, que solían usar en sus discursos los gobiernos militares. “Compatriotas” fue el término usado por Galtieri cuando anunció públicamente la recuperación de las Malvinas el 2 de abril de 1982. Así, “Compañeros” fue al principio sólo un término peronista, pero desde su caída en 1955 comenzó a extenderse en discursos y movimientos políticos populares para referir un posicionamiento antimilitar y antioficial. Santiago había dicho que “en la guerra los *compañeros* son más que hermanos” (Kon 1982:101), imprimiéndole un nuevo sentido. Primero sustituía el militar “camarada” por “compañero” para referirse a sus compañeros soldados; luego hacía del “compañerismo” una cuestión de “hermandad” de sangre e iba incluso más allá: eran “más que hermanos”; por último, anclaba ser “más que hermanos” en un contexto bélico.

Significativamente, este término igualitario acuñado en la jerga política, “compañero”, apareció en la ceremonia nacional convocada por los ex combatientes junto a las juventudes de los partidos políticos identificados con el “campo popular” (peronistas, radicales, socialistas, comunistas, trotskistas, maoístas e izquierdistas nacionales). El 2 de abril de 1983, el pasaje de “compañero” a “más que hermanos” implicaba no sólo una profundización de la hermandad popular, sino también la inclusión de otros jóvenes que integraban la misma generación y que, pese a no haber estado en las Islas, podían compartir también, como mostraré, los mismos sentidos de la causa de Malvinas que los reunían a todos en esa Plaza de la Fuerza Aérea-Britannia.

Los ex soldados ratificaban su afinidad con las ramas juveniles de las organizaciones políticas en el tono y carácter de su celebración del primer aniversario. Asimismo, en tiempo electoral, algunos ex soldados ya participaban en algunas de las organizaciones que estuvieron presentes aquel 2 de abril. Se

44 Hasta 1945 el término más común que empleaban miembros de la misma orientación política para designarse entre sí era “correligionarios,” mientras en las ceremonias nacionalistas se utilizaba “compatriotas”. “Camaradas” estuvo estrechamente asociado a los partidos comunistas latinoamericanos de orientación pro-soviética.

podría inferir que establecer con exactitud si había sido un “grupo ajeno” y no los ex soldados, quien quemara los muñecos de Martínez de Hoz y de Galtieri era probablemente más importante para la prensa y los agentes estatales que para los ex soldados mismos. Para los jóvenes reunidos allí, las fronteras entre juventud política y ex soldados eran sumamente porosas, pese a que el Centro de Ex Combatientes no tenía afiliación partidaria. Activistas y no activistas de organizaciones partidarias y de ex combatientes llevaban banderas argentinas y marchaban en una muchedumbre densa y difícil de discernir.

La contagiosa memoria de Malvinas –como lo había advertido Santiago– fue actuada horizontal, política e informalmente, dentro del mismo grupo de edad. Su arribo a la Plaza, marchando tumultuosamente por las calles céntricas de Buenos Aires, mostraba varias cosas. En primer lugar, los jóvenes irrumpían en la misma ciudad que los había recibido con indiferencia en junio de 1982; ahora, en 1983, la gente se detenía para vivarlos. Su entrada invertía su regreso del ’82 “por la puerta trasera”. Segundo, la forma de la marcha desafiaba el usual orden militar del orden cerrado, en que los jefes instruyen a sus hombres cuándo y cómo marchar –March, Alto, Atención– en qué dirección virar la cabeza de acuerdo con el movimiento de los brazos y piernas –Vista al Frente, Vista a la Derecha. No casualmente, la prensa calificó a la ceremonia de los ex soldados como “ruidosa”.

La fusión-confusión horizontal entre individuos y grupos, ex combatientes y juventudes políticas, sentó el tono de la conmemoración en la Plaza desde sus comienzos, esto es, desde el momento del encuentro personal. Era en verdad, un reencuentro entre ex camaradas-compañeros, que plasmaba su intensidad en un gesto argentino propio de la re-uniión de dos viejos amigos varones: descubrirse cercanos en la multitud; identificarse exclamando efusiva y recíprocamente el nombre o seudónimo de trato del otro; confundirse en el abrazo abarcando la totalidad ambos pechos o torsos frontales, comprometiendo toda la extensión de los brazos al rodear sendas espaldas; quizás dar palmadas con la mano extendida; quizás alejarse apenas, aún abrazados, para mirarse la cara y luego volver a fundirse.

Ese abrazo de reencuentro difiere de dos formas de saludo que entrañan jerarquía y respeto y por lo tanto distancia: el estrechamiento formal de manos propio del saludo entre hombres o entre personas que recién se conocen, y que los jefes de las fuerzas emplearían dos días después al entregar las distinciones a otros hombres; por un lado, la venia militar, en que el subordinado lleva la punta de los dedos juntos de la mano derecha extendida a la propia sien y en posición de “firme”, antes que lo haga su superior y sólo manteniendo contacto visual, no corporal. El abrazo del reencuentro ocurre entre iguales, amigos, camaradas, compañeros, y evoca una relación preexistente, es decir, una historia común. También la venia militar conlleva algún tipo de experiencia compartida en una

institución, dado que la secuencia misma del saludo militar es un recordatorio del rango de quienes se saludan. En organizaciones tan inmensas donde cada uno sólo conoce a parte de quienes las integran, el rango se manifiesta en ciertas marcas del uniforme. Con el aprendizaje de la vida militar y su recargada etiqueta, el iniciado aprende pronto a decodificar esas marcas como símbolos de rangos jerárquicos en relación a él mismo. Por eso, la venia refleja un conocimiento institucional adquirido en el pasado, que requiere el paso previo por sus líneas para comprender, interpretar y ratificar la jerarquía. En vez, el abrazo entre compañeros o en encuentros entre varones iguales, es un acto de memoria de carácter más íntimo, que involucra simultáneamente buena parte de la superficie corporal simulando una fusión. En este sentido, entonces, los ex soldados se encontraban bastante lejos de aquellos “jóvenes sin pasado” a los que aludía Kon.

Pero además, el primer aniversario que conmemoraban los ex soldados y las juventudes políticas difería del espíritu de contrición de las ceremonias oficiales y los nacionalistas en otro aspecto: el reencuentro de los ex soldados era, también, un acto de protesta bastante similar a lo que en la Argentina se conoce como “movilización” o “manifestación”, cuando organizaciones políticas y gremiales formulan sus demandas al Estado o el poder, en espacios públicos, por demás visibles, a viva voz y de frente a algún organismo del Estado. El tono de demanda tanto en las consignas que se entonaron en aquel 2 de abril, como en el discurso del Centro, era similar al de los actos peronistas y populares. En la Argentina de la segunda mitad del siglo XX, las reuniones populares, y sobre todo las de protesta, se han desarrollado al son del bombo, modalidad nacida de las primeras marchas peronistas de reuniones públicas entre Perón y sus seguidores desde el 17 de octubre de 1945. Su sonido es grave y potente, incluso amenazante y, como se ejecuta con fuerza, torna inaudibles los demás sonidos. El bombo peronista se debía imponer en el espacio auditivo que lo circundaba, sobre todo cuando “la chusma” peronista, los “descamisados” o los “cabecitas negra”, como se llamaba despectivamente a los seguidores peronistas, avanzaban por los vecindarios porteños de “gente bien”, clase alta y media, abiertamente antiperonistas. Luego, el bombo se convirtió en un artículo infaltable en la mayoría de los encuentros populares. En suma, el abrazo de reunión retrotraía a la experiencia de guerra, mientras que el bombo, la marcha y las consignas de protesta, y la presentación personal conectaba la ceremonia de los ex combatientes con las luchas populares del pasado, generalmente contra las dictaduras militares, sometidas a los dictados pronorteamericanos de la clase agroexportadora pampeana llamada por orientaciones historiográficas populistas como “la oligarquía”.

Ahora bien: blandir el pasado de este modo indicaba necesariamente un interlocutor-enemigo distinto al confrontado en el Atlántico Sur. El *Centro* había decidido llevar a cabo su conmemoración en un espacio de acendrado brita-

nismo, no en las puertas del Estado Mayor Conjunto o fuera de alguna unidad militar, o en la tradicional Plaza de Mayo donde la gente había protestado ante la rendición del 14 de junio de 1982. Más aún, el sitio elegido difería de los adoptados por el gobierno de las Fuerzas Armadas (unidades militares y vicariato castrense), el Círculo de Oficiales (el Monumento al General San Martín), los grupos nacionalistas (iglesias), e incluso algunos partidos políticos (el Obelisco). Excepto por el Banco de Londres, una diferencia principal con esos espacios es que la mayoría podía identificarse como propiamente “nacional”: las unidades militares, el monumento al héroe de la independencia, una iglesia representativa del pasado hispánico y el corazón de la capital argentina, el Obelisco. El Centro de Ex Combatientes fundaba, pues, un nuevo espacio simbólico de confrontación internacional en el centro porteño, trayendo a Malvinas de regreso al continente y performando otro escenario para la Guerra del 82 que aún no había terminado.

La ceremonia organizada se realizó de espaldas a la Plaza San Martín y el monumento al héroe, y de cara a la Torre y a la estatua de Lord Canning, transformando a éste en la figura emblemática del colonialismo británico en el Río de la Plata. Por eso la juventud quemó una *Union Jack*. Sin embargo, los muñecos incendiados no representaban ni a la Primer Ministro Margaret Thatcher, ni al presidente de los EE.UU. Ronald Reagan, ni siquiera al controvertido emisario Alexander Haig, todos ellos claros exponentes de “piratería imperialista” como se decía durante el conflicto. Los muñecos simbolizaban el ala político-militar del Proceso —el General Galtieri— y el ala económica —el Ministro de Economía. Al decidir cruzar la Avenida Libertador y quemar dos representaciones de personalidades argentinas junto a la bandera británica, la juventud llevaba a cabo una interesante operación: pasaba por el Padre de la Patria, San Martín, que quedaba a sus espaldas, y marchaba sobre la Plaza Britannia - Fuerza Aérea Argentina, a la que definían de hecho como un territorio enemigo en plena capital. Aquí la Torre y Canning simbolizaban el poder extranjero pero, como se erguían en la principal ciudad argentina detentando con una larga permanencia, también corporizaban las sucesivas políticas de concesión de la soberanía nacional a lo largo de la historia del país. El documento del Centro había criticado severamente esta política y quienes se movilizaban la rechazaban a voz en cuello, replicando a las órdenes de las fuerzas de seguridad emitidas desde una localización foránea y enemiga:

Miembros de la policía que ascendieron a [...] la Torre de los Ingleses para instarlos a poner fin a la demostración, fueron abucheados por los presentes [...] Ante el nuevo fracaso de su gestión, los efectivos se retiraron hacia las inmediaciones (*Clarín*, Abril 3, 1983).

Que la policía se apostara en los balcones del *Big Ben* criollo la ubicaba del mismo bando que los muñecos y que la insignia de la OTAN que había derrotado a la Argentina en 1982 y vuelto a ocupar las Islas. Gran Bretaña y los EE.UU. representaban la quintaesencia del colonialismo (“Patria sí, colonia no”) en la Capital Federal, el centro económico, militar y político, el puerto y la sede del Poder Ejecutivo. En esta atmósfera, los símbolos británicos se transmutaban en nombres e insignias de autoridades nacionales: el cerebro e ideólogo de la política económica de la primera Junta procesista (Martínez de Hoz) y un militar que había rendido sus tropas (Galtieri). La pequeña Plaza Fuerza Aérea Argentina, al pie de la Plaza San Martín, representaba a la nación ocupada por los agentes del imperialismo.

La imagen de la Argentina como una renovada colonia británica, era bastante familiar en la historiografía popular argentina, adoptada por los partidos populares, y provista por un amplio espectro de orientaciones teórico-políticas (Buchrucker 1987, Devoto 1993, Halperín Donghi 1970, Quattrocchi-Woisson 1992). El punto es significativo por dos razones: primero, porque revela una posición ideológica que presenta la experiencia de “nación”, de los argentinos; segundo, porque muestra la cadena de memoria que los ex combatientes lograron restaurar pese a integrar una generación carente de instrucción política contestataria.

Para el revisionismo histórico, Lord Canning fue el más claro ejemplo de la implementación de la política británica en la Argentina y su complejo ferropuerto. En 1947, las hasta entonces británicas compañías de ferrocarril fueron nacionalizadas por compra, por el Presidente Juan D Perón en su primera gestión. Acalorados debates sobre los beneficios sustanciales que la riqueza argentina enviaba a capitales británicos precedió la medida. El intelectual nacionalista Raúl Scalabrini Ortiz fue un acérrimo detractor del imperialismo británico y de sus socios locales. Sus denuncias de los negociados entre Gran Bretaña y la oligarquía argentina fueron expuestos en su *Historia de los Ferrocarriles Argentinos*⁴⁵, un libro de gran difusión entre los activistas, como él, de la agrupación nacionalista popular FORJA. Estos jóvenes intelectuales oriundos del radicalismo yrigoyenista y algunos del nacionalismo, como Scalabrini, compartían una posición antibritánica sobre los negocios y la política nacionales, y eran firmes defensores del patrimonio y los recursos argentinos. Un panfleto de FORJA repartido en 1937 decía lo siguiente:

George Canning escribió en 1824: “*Spanish America is free and if we, the English, drive our business with ability, she (Spanish Ame-*

45 Véase también Política británica en el Río de la Plata, 1940.

rica) will be English” (Letter to Granville). One hundred years later, the work of domination has been completed and perfected. The media and transport are English. The monopolized companies of international commerce are English. In their most part, the public service companies are English. The biggest estates (*estancias*) of the Republic are English. The best lands of Patagonia are English. All the shops are English. The companies that yield money and are protected by the Argentine government are English. The wills that control currency and credit from the Central Bank are English. The instructions our national and international policy obeys are English. The Malvinas Islands and the Orckneys are English. Canning’s designs have been accomplished. English business has been conducted and is being conducted with skill. That is why Canning has a statue in Buenos Aires (1937, en Galasso 1995).

La Fuerza de Orientación Radical para la Joven Argentina-FORJA se formó en los 1930s con intelectuales radicales que pertenecían al ala yrigoyenista del partido Radical a la que proscribió el General Félix Uriburu cuando expulsó a Hipólito Yrigoyen en setiembre de 1930 en el primer golpe de estado militar desde que se instaurara la democracia representativa en 1912. Esta proscripción continuó bajo el gobierno del sucesor de Uriburu, el General Agustín P. Justo, una particular democracia que autorizaba sólo a pocas expresiones partidarias, y luego con el Presidente Ricardo Ortiz (1932-1940). Forjistas como Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche se convirtieron más tarde en intelectuales del primer peronismo y ayudaron a integrar en el nacionalismo de derecha las reivindicaciones antiimperialistas de movimientos latinoamericanos más permeados por la izquierda. En esta línea, la perspectiva Forjista de la historia argentina retomaba las premisas de *La Argentina y el Imperialismo Británico, los eslabones de una cadena (1806-1933)*, en que los hermanos historiadores Irazusta explicaban que las Invasiones Inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1807, y la ocupación de las Islas Malvinas en 1833 eran parte de un plan más amplio de controlar la economía y la política de un país aparentemente independiente.

La cuestión de Malvinas, entonces, puede entenderse como un momento particular de la orientación historiográfica y política que se hizo extremadamente popular entre los jóvenes argentinos de los 1960 y 1970, los mismos que integraron las cifras de desaparecidos durante el Proceso.⁴⁶ En este sentido, los ex soldados

46 Por ejemplo, en una operación de tipo comando, quince jóvenes hombres y una mujer secuestraron un avión de línea en un vuelo regular a la Patagonia austral, y lo desviaron a las Islas Malvinas en setiembre de 1966 para ratificar la soberanía argentina sobre el archipiélago. El grupo estaba integrado por nacionalistas y peronistas, muchos de los cuales se convertirían en la segunda

y la juventud presentaban a la fuerza imperial británica y a sus delegados argentinos como los enemigos de la Patria, y a las Fuerzas Armadas nacionales como “traidoras por sus gestiones autoritarias y ‘liberales’”. En esta construcción de los dos enemigos, los externos y los internos, los ex soldados se asociaban al nacionalismo popular de la segunda mitad del siglo XX argentino.

De este modo, abrazos y bombos, la ceremonia en la Plaza Fuerza Aérea Argentina, el documento del Centro y la marcha y movilización por las calles de Buenos Aires, dejaban en claro que el pasado de los ex combatientes no era precisamente breve. ¿Cómo podían los ex soldados, tan jóvenes para conocer el pasado político pre-Malvinas y pre-Proceso, y carentes de instrucción política, rescatar un pasado tan lejano? Si, como dije, las clases 62 y 63 no pudieron recibir la experiencia política de la rebeldía de sus “hermanos” mayores, dado que la cadena de la memoria estaba rota por la persecución y la amenaza, la desaparición y la muerte, ¿cuándo aprendieron a presentarse a sí mismos como lo hacía la juventud de los 1970? Ciertamente, su adopción de una posición nacionalista estaba relacionada con su forma de experimentar el fervor nacional mientras se desarrollaba la guerra, y con la misión que habían recibido de sus conductores militares: ellos iban a las Islas a defender una justa causa nacional. Pero el otro aspecto del acto conmemorativo, esto es, su asociación a las juventudes políticas, requiere mayor explicación.

Podríamos ensayar tres respuestas a esta cuestión. En primer lugar, y para entender más acabadamente el vínculo entre el aspecto nacional y el juvenil de su identidad, revisaremos la primera expresión de disenso de los ex conscriptos en diciembre de 1982 que culminó, prácticamente, en una rebelión como apunté en el capítulo anterior. En 1992 un ex soldado del Regimiento 7 recordaba los efectos de aquella sonora ceremonia en el estadio de fútbol de la ciudad de La Plata. De camino a la ceremonia, un vecino le preguntó a qué iba y cuando escuchó su respuesta lo miró con cierto desdén, provocando en el ex soldado entre incertidumbre y resentimiento. El ex soldado se preguntó si era correcto asistir, ya que para diciembre los casos de abuso de autoridad y mala conducción bélica habían tomado estado público. ¿Acaso participar de aquel homenaje militar significaba reproducir la subordinación a quienes habían probado su ineptitud en el campo de batalla y también en el gobierno? Después de la ceremonia y de su inesperado desenlace, el ex soldado volvió a cruzarse con su vecino. Esta vez la mirada fue distinta; ya había escuchado las noticias por la radio, y lo felicitó. El ex soldado siguió su camino a casa en tono triunfal. El respeto que de pronto había suscitado en su vecino, algo mayor que él, pro-

mitad de los 1960 en militantes de la agrupación peronista guerrillera Montoneros. Dardo Cabo, el jefe del grupo-comando autodenominado “Comando Cóndor”, fue muerto por el Proceso estando detenido-desaparecido en 1976.

venía llamativamente de haber peleado no contra los ingleses en el Atlántico Sur, sino en el estadio de fútbol contra las autoridades militares argentinas. Este sentimiento estaba bastante extendido en la sociedad pos-Malvinas y fue ciertamente aludido por el clima electoral en que los principales candidatos de los grandes partidos políticos buscaban diferenciarse del Proceso saliente y de sus múltiples fracasos, errores y atropellos.

En segundo lugar, la asociación de los ex soldados con las reivindicaciones de las juventudes políticas podía provenir de las primeras dirigencias de las organizaciones de ex combatientes, algo más viejas. Precisamente en la ciudad de La Plata, era frecuente encontrar conscriptos de mayor edad que el resto, porque habían solicitado la prórroga hasta culminar sus estudios universitarios. Por eso, en el sur alternaban jóvenes que habían sido contemporáneos del período 1973-1975. Además estaban aquéllos que habían sido socializados políticamente al interior de sus familias (como ocurrió en Buenos Aires y en las grandes ciudades). Muchos de los primeros dirigentes del Centro de Ex Combatientes de Buenos Aires eran hijos y hermanos menores de presos políticos, dirigentes gremiales, políticos e intelectuales. Su posición difería de los personajes de Kamín y de la mayoría de los entrevistados por Kon.

Sin embargo, es menester señalar que, a diferencia de las juventudes políticas de los 1970, los ex soldados contaban con la exclusiva experiencia de haber participado en un teatro de operaciones internacional, del mismo lado que las Fuerzas Armadas que habían aniquilado ya una considerable porción de la juventud argentina. Por esta razón los ex combatientes eran un actor explosivo que reunía, en sí, orientaciones sumamente contradictorias, todas ellas igualmente violentas: los 1970, la apelación a la nación, la inspiración popular del peronismo, las experiencias armadas de la guerrilla, las de las Fuerzas Armadas y la dictadura.

La tercera razón para adoptar la causa de la juventud de los 1960-1970, y a la que ya me referí, fue la decepción que muestran los testimonios de Kon con respecto a sus mayores. Y finalmente, una cuarta razón alude más específicamente a los lazos entre los ex combatientes de Malvinas y los jóvenes como una generación próxima. Los ex soldados combatientes, más conocidos como ex combatientes, habían ganado su lugar social por haber estado en las Islas como jóvenes subalternos. Sus superiores, como señalé en el capítulo anterior, eran miembros de un gobierno, el de las Fuerzas Armadas, y de la jerarquía militar, la de las Fuerzas Armadas de la República Argentina. En virtud de la estructura militar, los rangos superiores se imponen a los inferiores y como la superioridad depende, entre otras cosas, de la edad, la adultez se impone a los rangos inferiores por su juventud. Como durante el Proceso las Fuerzas Armadas ocupaban el poder político, la antigüedad no sólo iba de la mano de la responsabilidad militar sino también de la política; por ello la derrota ante los

británicos y los abusos cometidos sobre los subalternos (cuadros inferiores) y los civiles (los conscriptos) en las islas y en el continente (los jóvenes de otras eras), podían interpretarse como una y la misma cosa.

La identificación entre ser joven y rebelde-subversivo era, pues, tan evidente como la identificación entre ser adulto y el *statu quo*, como manifestaron algunos entrevistados de Kon. Esta lógica era especialmente aplicable a las Fuerzas Armadas. La juventud se había ido transformando en un actor político de la violenta historia argentina, especialmente en los 1960 y 1970. Estar politizado o “hacer política” podía significar ser asociado a un grupo revolucionario de inclinación peronista o marxista. Si bien no por vez primera, esta identidad se convirtió en un estigma letal desde 1974, cuando el gobierno de María Estela Martínez, viuda de Perón, lanzó la paramilitar Triple A. El Proceso extremó esta lógica y, con la ayuda de algunos socios locales –algunos militantes del movimiento sindical y de los partidos políticos– mató a la juventud, políticamente desarticulando sus organizaciones, y físicamente en los campos clandestinos de detención y en los campos de batalla en el sur. Así, a su regreso de Malvinas los ex combatientes entraron a la política nacional a través de identidades prefiguradas como generaciones truncas y fragmentadas, más que como grupos de edad que se incorporan secuencial y progresivamente a linajes, escuelas o tradiciones. Estas generaciones recortadas se definían como una “juventud” que, como fue el caso de los ex combatientes, no se vanagloriaba en su victimización.

Pese a que los jóvenes activistas e intelectuales habían sido el blanco principal del Proceso, el sentido de ese sufrimiento había ido variando. Las otrora juventudes politizadas de los 70 preferían ser presentadas no como víctimas del Proceso sino como sus enemigas, porque consideraban haber enfrentado a las Fuerzas Armadas en un intento de liberar al país de sus enemigos en la economía (Gran Bretaña y los EE.UU.) y en la política (las FF.AA. y la oligarquía) Esta perspectiva quedó en un segundo lugar con respecto al discurso dominante de las organizaciones defensoras de derechos humanos. En una lectura similar, los ex combatientes habían peleado contra lo que eran para ellos los máximos enemigos de la nación, Gran Bretaña y los EE.UU., y ahora deberían pelear contra sus delegados. Por eso, tal como algunos entrevistados le respondían a Kon, eran muy renuentes a ser tomados como víctimas, aún con las mejores intenciones de quienes así los consideraban. Así, la diferencia entre las generaciones precedentes de jóvenes y la de los ex combatientes no residía en su postura política, que a grandes rasgos compartían, sino en el lugar que cada una ocupaba en la secuencia de la lucha. Queda claro entonces por qué la joven generación de 1982 no podía reconocer a los dictadores como sus padres ni los creadores de su identidad. El 2 de abril de 1983 la liturgia nacio-

nal purificada que adoptaban los adultos tradicionalistas y nacionalistas, y la solemnidad jerárquica que adoptaban los padres institucionales y los padres de la iglesia –Monseñor Medina y el Reverendo Zaffaroni– hacia sus “soldados civiles” e “hijos”, bajo la supervisión de la autoridad máxima, Dios Padre, fueron reemplazados por el encuentro de una joven generación que enfrentaba a los enemigos de la Patria. La historia los había alcanzado, después de todo y pese a su breve pasado.

Los ex combatientes se definían a sí mismos como jóvenes, no como menores ni como víctimas. Decidieron tener un lugar desde las demandas sociales y políticas, no desde la necesidad y la humildad; predicaban el valor, no la subordinación.⁴⁷ La ceremonia de los ex combatientes en 1983 confirmaba que los ex soldados y la juventud política no requerían del permiso de sus superiores y adultos; en vez, estaban dispuestos a desafiar las reglas, los códigos, los modos y sentidos de sus mayores. El suyo era un acto de protesta contra el régimen, el gobierno y la conducción bélica, representados como traidores y empleados de poderes externos, y al mismo tiempo, por eso mismo, como enemigos y asesinos de la juventud. El suyo era también un duelo de lucha, que ciertamente entrañaba el duelo funerario por los muertos.

Pese a que la conmemoración de la Plaza Fuerza Aérea Argentina difería del espíritu que prevaleció en las ceremonias del lunes 4 de abril, el duelo ciertamente estaba presente también aquí. La alianza entre los ex combatientes y las juventudes políticas recordaba a los conscriptos muertos, con un minuto de silencio. Pero esta postura de respeto y contrición se parecía nuevamente a la de los actos políticos cuando al muerto, generalmente pronunciado como mártir de alguna dictadura, se lo recordaba con el puño en alto (la izquierda) o con el índice y dedo medio formando una V, como cuando los peronistas simbolizaban Victoria o Perón Vuelve. De pronto, el jolgorio de un encuentro intrageneracional y el levantismo de la protesta, dieron lugar al duelo de una generación por sus propios muertos, esto es, los sucesivos muertos de sucesivas generaciones de jóvenes, todos como contemporáneos.

En efecto, la conmemoración de los ex soldados era un acto masivo, público recordatorio por los jóvenes caídos desde la resistencia peronista en 1955, por los miles de desaparecidos entre 1975 y 1980, y finalmente por aquellos conscriptos caídos en el Atlántico Sur. La fusión de los ex soldados con la juventud política reunía dos martirologios: el de quienes lucharon para liberar a la Argentina en el continente, y el de quienes pelearon por liberar a la Argentina en las islas. Las dos batallas habían tenido lugar en el territorio argentino bajo

47 “Subordinación y valor para servir a la Patria” es el típico intercambio en las unidades militares del Ejército. “Subordinación y valor” dice el comandante o superior; “para servir a la Patria” responden los subalternos desde la formación.

ocupación extranjera y las dos batallas habían hermanado a una generación en la sangre derramada de esos jóvenes, sangre legitimadora de pertenencia nacional. Sin embargo, ni la Argentina ni las Malvinas podían proclamarse como plenamente soberanas pues los ejércitos usurpadores, foráneos y nativos, reinaban en ellas. Sólo el reclamo nacional representaba la continuidad de la nación y simultáneamente de su falta. Los ex combatientes y las juventudes políticas marchando sobre la Plaza Fuerza Aérea Argentina, nominada como una de las tres instituciones armadas argentinas, y por eso, según la interpretación juvenil, una delegada de Lord Canning y la Plaza Britannia, convertían a Malvinas en un reclamo abierto y duradero, un conflicto con dos escenarios análogos para expresar el reclamo y lanzarse a la batalla: uno en las Islas y el océano circundante, el otro en el centro porteño, la Capital Federal y el puerto, el final y el comienzo de todas las vías férreas y los buques, el centro político y económico de la Nación Argentina.

El primer aniversario del 2 de abril de los ex combatientes difería del 4 de abril de las Fuerzas Armadas en sus sentidos, actores y objetivos. Al localizar la ceremonia en un espacio público y abierto, los ex soldados daban al conflicto de Malvinas un *status* igualmente público y accesible. Con su simbolismo internacional, los ex combatientes trataron de subrayar en el sitio elegido que Malvinas era una empresa internacional. Pero como los protagonistas principales eran la Policía, la Torre y Lord Canning, los muñecos de Galtieri y Martínez de Hoz, las juventudes políticas y el Centro, esa empresa internacional era simultáneamente interpretada como un conflicto interno.

Las ceremonias oficiales se proponían restaurar la continuidad institucional, reafirmando los lazos de filiación de soldados, cuadros profesionales y civiles en general, siempre bajo la autoridad paterna de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, su intento de ganar legitimidad mediante una ceremonia de duelo funerario que ubicaba a la institución armada a la cabeza del linaje nacional y también a la cabeza de padres sin hijos, fracasó: algunos padres civiles cuestionaron a los militares y les negaron toda capacidad para reparar su pérdida y toda autoridad moral para restaurar la continuidad nacional. En ese contexto, la ceremonia del 4 de abril conllevaba no sólo la imposibilidad de asignar un sentido “nacional” a la muerte en las Islas; también significaba que el pasado de Malvinas debía ser enterrado en el duelo. Esto ocurrió pese a que restaurar la continuidad era crucial para adultos militares y civiles si se trataba de producir, aunque de distinta manera, una cohesión y orden social. Las Fuerzas Armadas buscaban continuidad imponiéndose sobre los familiares civiles en una ceremonia de condecoraciones, y también ofreciendo a los concriptos sobrevivientes guía moral y asistencia médica. Los civiles buscaban continuidad demandando que el Estado reconociera su responsabilidad hacia los ciudadanos

argentinos, particularmente a los ex soldados y sus familias. Adultos militares y civiles lógicamente temían la discontinuidad. La división civil-militar podía devenir en un conflicto generacional que, a la luz de la historia argentina, el contexto electoral y los días de posguerra, abriría aún más la brecha en los partidos y en las familias. Junto a las juventudes políticas, los ex soldados podían transformarse, por lo imprevisibles y poco manejables, en una amenaza pública para la sociedad y la política: Pablo y Santiago amenazaban a sus familias y al orden social, y los desaparecidos amenazaban una ordenada transición al nuevo régimen y gobierno, como luego veremos. Asimismo, la discontinuidad generacional dentro de las Fuerzas Armadas, expresando la ruptura en la cadena de mandos, era un hecho desde la rendición. Como mostraré en los capítulos 6 y 7, ello tendría efectos desastrosos para los superiores militares, y también para el sistema político argentino.

El acto de la Plaza Britannia sugiere una articulación diferente entre el pasado y el presente. Los ex combatientes mostraron ser capaces de recrear la reivindicación y la batalla de Malvinas bajo la luz de las luchas de la juventud argentina de los 1960 y 1970. La identificación de los dos períodos políticos, 60-70 y 82-83, fue realizada presentando y actuando a la juventud revolucionaria y a los ex combatientes de Malvinas como un mismo sujeto político y nacional. Si Malvinas podía ser interpretada, todavía, como una empresa nacional de la juventud argentina, ello obedecía a la presencia ausente de aquellos jóvenes argentinos que fueron “borrados del mapa” y que debían ser eliminados de la historia. Sin embargo, los ex combatientes diferían de las juventudes políticas en que carecían de instituciones y organizaciones relativamente consagradas con sus respectivos oficiantes adultos; no pertenecían a partidos o movimientos políticos y ya, tampoco, a las Fuerzas Armadas. Esto significaba, primero, que su pasaje a través de los estadios del ciclo vital, de jóvenes a adultos, debía ser determinado por los miembros de esa misma generación y no por un supervisor o maestro; y significaba, en segundo lugar, que el mito fundador de esos ex soldados debía ser recordado constantemente para traer el pasado al presente, la guerra pretérita a la batalla actual, en vez de abandonarla en el duelo funerario del Proceso. El próximo capítulo analiza las elaboraciones que los ex soldados encararon sobre su figura pública para constituirse como una identidad nacional de ciertas características con respecto a su posición en la nación y en la articulación de la política nacional del presente y del pasado.

Capítulo 5
DESMALVINIZACION:
LA BATALLA DE LA POSGUERRA

*“Lo peor de la guerra
empezó cuando volvimos”
(un ex combatiente)*

La expresión más corriente utilizada por la literatura especializada para referirse al cambio de régimen político argentino entre 1982 y 1983 fue “transición a la democracia” (Cavarozzi 1985, O’Donnell et.al. 1986, Peralta Ramos y Waisman 1987). Esta denominación suele aplicarse al período abierto con el desenlace internacional y la convocatoria a elecciones nacionales; en algunos casos se extiende a algunos años después de la asunción del presidente Raúl Alfonsín, el 10 de diciembre de 1983. La palabra “transición” alude a un tránsito y da la imagen de una temporalidad gradual. En verdad, la apertura democrática argentina fue tan repentina que el politólogo Guillermo O’Donnell la llamó, lúcidamente, “democratización por colapso” (O’Donnell et.al. 1986).

El lugar de Malvinas en este proceso ha sido generalmente conceptualizado como el de la “última gota que rebalsó el vaso” del régimen autoritario, desconociéndose aún en qué medida y de qué modos guerra y rendición incidieron en la estrepitosa retirada de las Fuerzas Armadas del gobierno. El hecho de que el fenómeno “guerra” no haya sido un objeto de investigación en sí mismo por parte de los intelectuales –politólogos e historiadores– argentinos⁴⁸ ha derivado, precisamente, en la consolidación de una perspectiva, la que venimos viendo, según la cual Malvinas se aborda como parte de la política interna.

Ahora bien: ese veloz tránsito y su interpretación por parte de distintos sectores de la sociedad y la política argentina, ubicaba a los ex soldados en una difícil posición para hacer de la guerra, sus móviles y sus protagonistas, un conglomerado particular pero no exclusivamente autoritario-procesista. Nacidos sí de la iniciativa de la tercera Junta militar, los ex soldados quedaron

48 Esta expresión me fue gráficamente entregada por Federico Lorenz, a quien se la agradezco.

expuestos a un nuevo contexto de mayor legitimidad política, regido bajo un gobierno democrático. En este capítulo examinaré cómo situaron a Malvinas los nuevos actores nacionales y luego, cómo construyeron los ex soldados tanto a su posición como a sus nuevos interlocutores.

Los usos democráticos de Malvinas

El éxito de la campaña electoral de Alfonsín, ungido presidente de la Nación el 10 de diciembre de 1983, había resultado de persuadir a buena parte del electorado de su neta diferenciación del Proceso, y en el recurso a la justicia como único árbitro posible para superar un legado de violencia y muerte. Prometía así castigar a los culpables de masivas violaciones a los derechos humanos y remontar la recesión inflacionaria. Alfonsín llamó a la iniciativa de 1982 un “fiasco” y una vergüenza. Obedeciendo a las presiones de los gobiernos extranjeros y organizaciones humanitarias nacionales e internacionales, los tres miembros de las tres juntas del Proceso junto a numerosos oficiales y sub-oficiales de las Fuerzas Armadas y de seguridad, fueron llevados a juicio por violaciones a los derechos humanos, mientras que la última junta procesista, la presidida por Galtieri, fue además juzgada por su conducción bélica en Malvinas. Estos procesos legales diferían en varios aspectos, mostrando que los dos eventos –la Guerra Sucia/Terrorismo de Estado y el conflicto del Atlántico Sur– recibían distinta consideración de parte de la sociedad y el Estado.

Siguiendo el precedente griego cuando Konstantin Karamanlis instruyó a las Fuerzas Armadas a juzgar a los Coroneles golpistas, Alfonsín creyó que los militares argentinos juzgarían y sentenciarían a sus miembros en una corte militar, por sus prácticas clandestinas de represión. Pero esta apreciación fue equivocada: las Fuerzas no se juzgarían a sí mismas. Las tres Juntas del Proceso, entonces, fueron sometidas a juicio público y oral por un tribunal civil de gran trascendencia y difusión. Los fiscales que representaban al Estado argentino fundaron sus cargos en el informe redactado por una comisión de intelectuales y religiosos eminentes presididos por el escritor Ernesto Sábato. Publicado bajo el sugestivo título *Nunca Más*, el informe final de la CONADEP (*Comisión Nacional por la Desaparición de Personas*) reunió aproximadamente 9.000 casos de arresto clandestino y desaparición, centros de detención y horripilantes sesiones de tortura, así como el saqueo de domicilios particulares, prácticas extorsivas y el secuestro de bebés nacidos en cautiverio.

El informe fue publicado por la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), traducido a varios idiomas y publicado en Europa, Latinoamérica

ca y los EE.UU. como un modelo de acción moral de un gobierno contra los crímenes de lesa humanidad cometidos por otro gobierno del mismo país. El impacto del juicio oral y público contra la violación de derechos humanos fue sorprendente por las atrocidades que se expusieron, pero también porque algunos miembros de la Junta fueron sentenciados a prisión perpetua (Acuña y Smulovitz 1995, Jelin 1995, Kaufman 1991).

Aunque el punto de partida del juicio de Malvinas difería del juicio a las juntas, con el tiempo el presidente Alfonsín los hizo parecerse cada vez más. Ni bien terminó la guerra, una comisión del Ejército presidida por el General Calvi produjo un informe sobre el desempeño del ejército en el Atlántico Sur, sin contener instancias valorativas (Ejército Argentino 1983). El nuevo Estado Mayor Conjunto, entonces, decidió que otra comisión, esta vez integrada por oficiales retirados de las tres fuerzas, evaluara todas las operaciones de Malvinas incluyendo “la conducta de las tropas, los suboficiales y los oficiales en las islas” (*Convicción*, 12 de noviembre, 1982). La Comisión se integró con oficiales que debían estar ya retirados antes de marzo de 1976: dos generales del Ejército, dos almirantes de la Marina y dos brigadieres de la Fuerza Aérea. El Teniente General Benjamín Rattenbach, de 84 años, un experto en estrategia y filosofía militar, presidió la Comisión⁴⁹, denominada oficialmente C.A.E.R.C.A.S. (*Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégicas Militares del Conflicto del Atlántico Sur*). El juicio militar que le siguió estuvo presidido por el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas. Los cargos estaban basados en el informe CAERCAS, más conocido como “Informe Rattenbach”. Los acusados eran los tres miembros de la tercera Junta Militar, el gobernador de Malvinas, y los generales de brigada que comandaron las jurisdicciones militares de las islas, los comandantes de agua y aire en el Atlántico Sur (*Informe Rattenbach* 1987, Joselovsky s/f). Alfonsín participaba del proceso legal como la más alta investidura en la jerarquía militar bajo un régimen democrático (*La Nación*, 24 de noviembre, 1983). El *Informe Rattenbach* fue publicado primero en dos partes como suplemento de una revista de difusión masiva editada en Buenos Aires, *7 Días*. Dos años después, el *Centro de Ex Soldados Combatientes Islas Malvinas* de la ciudad de La Plata (CECIM) publicó el informe en forma de libro por la editorial privada de origen comunista *Espartaco*⁵⁰.

49 La Comisión estaba integrada por los generales retirados Rattenbach y Tomás Sánchez de Bustamante, por el Almirante retirado Alberto P. Vago y el Contralmirante Jorge A. Boffi, el Brigadier General retirado Carlos A. Rey y el Brigadier Mayor retirado Francisco Cabrera (Somos, 29 de abril, 1983).

50 El Prefacio fue escrito por el CECIM, el Prólogo por una abogada y experta en cuestiones militares, Mirta Mántaras. Todo el texto del libro estaba encabezado por un poema del dramaturgo e izquierdista alemán Bertolt Brecht llamado “General, tu tanque es más fuerte que un auto”, cuya estrofa final dice:

El jurado militar sentenció a los generales del Ejército y a los más altos oficiales de la Armada y la Aeronáutica a prisión⁵¹, pero los abogados de las partes apelaron el veredicto y pidieron que el caso fuera tratado por un tribunal civil, el cual pronunció sentencias más livianas a los oficiales de menor rango.

En suma, mientras que las Fuerzas Armadas condenaron a sus oficiales por mala actuación en Malvinas, rechazaron hacer lo mismo en cuanto a la violación masiva y sistemática de los derechos humanos. Esta diferencia tiene varias explicaciones y también da cuenta del distinto impacto que los dos casos tuvieron en la política y la sociedad argentinas. La razón más aparente del extenso impacto de las reivindicaciones humanitarias en el proceso político argentino es el número de personas afectadas. Los desaparecidos oscilaban entre los 9.000 reportados a la CONADEP y los 30.000 denunciados por las organizaciones de derechos humanos durante el Proceso; el conflicto de Malvinas produjo 650 bajas. Si se agregan los familiares directos de las víctimas a razón de cinco miembros por víctima, la Guerra Sucia llevó 150.000 víctimas comparadas con las 3.250 de Malvinas. Una segunda razón es que los aparatos de Estado fueron aplicados a interrogar y matar a civiles, en su enorme mayoría desarmados, como expresión suprema del abuso del Estado sobre los ciudadanos. Este autoritarismo extremo contrastaba con la guerra de Malvinas, una iniciativa militar regular cuyas pérdidas afectaron a las Fuerzas Armadas en su conjunto y a algunos civiles alistados, pues no todos los conscriptos de entonces fueron llevados a las Islas.

Estas explicaciones, sin embargo, pueden objetarse como *ex post factum*, es decir, suministradas con posterioridad a los hechos, ya que no suelen tener en cuenta la relación entre el comportamiento de los argentinos durante la Guerra Sucia - Terrorismo de Estado y durante la recuperación de las Islas. El entusiasmo por la causa de Malvinas fue compartido por los argentinos a lo ancho y a lo largo del país y también en el exterior, desde todas las clases sociales y orientaciones políticas (Guber 2001), mientras que el movimiento por los derechos humanos estuvo integrado en un principio y casi por lógicas razones de riesgo, por los directamente afectados, incluyendo a sus familiares consanguíneos o por matrimonio (nucleados en Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo, y Familiares de Detenidos y Desaparecidos por razones políticas), el pequeñísimo número de quienes sobrevivieron al arresto y la tortura, y que fueron liberados, y los militantes de otras organizaciones humanitarias no integradas por familiares directos (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Centro de Estudios Legales y Sociales, Servicio de Paz y Justicia).

“General, el hombre es muy útil / puede volar y puede matar/ pero tiene un defecto: puede pensar”.

51 El general Galtieri fue sentenciado a doce años; el Almirante Anaya a catorce, y el Brigadier Lami Dozo a ocho.

Así, el impacto de las dos cuestiones durante los primeros tiempos del régimen democrático fue inversamente proporcional a las respectivas participaciones populares en las coyunturas de su ocurrencia.

Si miramos a la Guerra Sucia - Terrorismo de Estado en su contexto histórico, es evidente que el asesinato masivo y clandestino ya estaba en curso en 1974, cuando la Triple A operaba prolijada por el Estado. Así, la represión ilegal fue lanzada al arena bajo un régimen democrático en medio de un creciente faccionalismo que tomó como víctimas, al principio y por lo general, a connotados personajes de lo que cada sector consideraba como sus enemigos, ya fueran militares o civiles, de izquierda o de derecha. Si bien la Guerra de Malvinas resultó de la iniciativa de ciertos sectores (podría decirse “facciones”) militares de la conducción del Proceso, su desarrollo cobró la participación general de los argentinos en cuanto tales, no como una iniciativa facciosa sino “genuinamente nacional”. En este sentido, la guerra y posteriormente la pérdida de las Islas afectaron a toda la comunidad argentina, independientemente de sus sectores internos, la postura política con respecto al régimen, a los militares e incluso a la recuperación⁵².

Si la causa de los desaparecidos se convirtió en más relevante que la de Malvinas, fue por tres razones adicionales que, según creo, son más importantes que el dato cuantitativo y el del abuso estatal sobre los derechos individuales. En primer lugar, después de la derrota bélica, los civiles argentinos y la sociedad política desarmaron rápidamente su involucramiento en la iniciativa territorial y transformaron a ésta en una cuestión estrictamente militar y, como ya indiqué, en una extensión de la política del Proceso. En estrecha correspondencia con la creación de marcos estrictamente castrenses para contener a los veteranos de guerra, y de ceremonias segregadas de la Fuerzas Armadas al año de la recuperación, la Guerra de Malvinas ya no se concebía como una cuestión de “los argentinos” y, entonces, de los civiles. De esta representación quedaban exceptuados, ciertamente, los jóvenes conscriptos que eran vistos, sin embargo, como la evidencia de la victimización que el Proceso había operado sobre sus ciudadanos más inocentes, apolíticos e indefensos.

La segunda razón es que al finalizar el Proceso las organizaciones humanitarias estaban ya bien consolidadas, actuando ya al nivel de los partidos políticos nacionales y manteniendo directa relación con los sistemas judiciales internacionales y de otros estados nacionales. Algunos desaparecidos, además, eran ciudadanos extranjeros, incluyendo a europeos italianos, españoles, británicos,

52 Una vez concluidas las acciones se supo que el gobierno inglés consideraba seriamente bombardear algún punto de la provincia de Córdoba. Asimismo, durante el conflicto, las cuentas de argentinos en la Commonwealth fueron bloqueadas, sin importar las consideraciones que los damnificados hicieran sobre la justeza de la ocupación insular.

suecos, suizos y franceses, que vivían en la Argentina como inmigrantes o como residentes temporarios. Más aún, el usual antisemitismo de las Fuerzas Armadas argentinas facilitaba la identificación europea de la Guerra Sucia con el Holocausto Nazi.⁵³ Al respecto, debe agregarse que la propaganda británica antiargentina durante la guerra fomentó la imagen de los generales como torturadores nazis, usando como blanco preferido a Galtieri y al Gobernador Menéndez. Los mismos *Kelpers* eran presentados como las nuevas víctimas del poder omnímodo del autoritarismo argentino.

La tercera razón es que las víctimas de la Guerra Sucia y sus parientes en el movimiento de derechos humanos pudieron participar del entusiasmo post-Proceso, pues aparecían netamente diferenciados del régimen, como habiéndolo resistido en verdad heroicamente. En contraposición, tras la derrota, la Guerra de Malvinas era considerada la guerra de los dictadores, y quienes tomaron parte en ella (y también en su entusiasmo) eran sospechados de culpables de la derrota, de inclinaciones autoritarias, y muy frecuentemente de colaboradores de las Fuerzas Armadas. Los civiles en general comenzaron a mostrarse como víctimas del engaño de la propaganda bélica oficial; los partidos políticos que habían apoyado la empresa, mantenían ahora un llamativo silencio sobre su propia participación en el frenesí nacional de la guerra (Guber 2001a).

Dado que la mayoría de los grupos sociales y políticos era renuente a tratar tan delicado tema, buena parte de los civiles, incluso quienes participaban en el Poder Ejecutivo y en el Parlamento durante la apertura, no tuvieron inconvenientes en dejar la cuestión de Malvinas a las Fuerzas Armadas. Y dado que la iniciativa malvinera tenía fuertes opositores dentro de la propia estructura castrense, por el alineamiento internacional al que había llevado el conflicto, el nuevo gobierno podía confiarle a los oficiales retirados el juicio de sus camaradas, como en efecto sucedió.

La situación de los ex soldados era verdaderamente novedosa, pues difícilmente pudieran ser encuadrados en los distintos bandos que los argentinos imaginaban en la posguerra, de manera definitiva. Por su parte, y a pesar de sus reacciones tan diversas –aislamiento, silencio, psicosis de guerra, activismo político, etc.– los mismos ex soldados coincidían en que el Estado y la sociedad no tomaban sus testimonios en serio para contribuir al enjuiciamiento de las Fuerzas Armadas e incorporar la experiencia sudatlántica en la narración histórica argentina. Esta ausencia era signi-

53 Esta imagen fue reforzada por el caso del periodista Jacobo Timerman quien fue detenido en un centro clandestino de la Provincia de Buenos Aires hasta que, por presiones internacionales, fue liberado bajo arresto domiciliario, y luego autorizado a dejar el país. En Israel, Timerman escribió Prisionero sin nombre, celda sin número, que difundió en sus ediciones en varios idiomas, las vicisitudes de los ilegalmente detenidos por las Fuerzas Armadas del Proceso.

ficativa porque, en primer lugar, los tribunales se convirtieron en sitios privilegiados para debatir e instrumentar las políticas sobre el pasado argentino, dado que la principal actividad que se desarrollaba en su seno era dar testimonios, es decir, narrar historias en primera o tercera persona a los jueces y ponderar la calidad moral de sus protagonistas. La segunda razón es que Alfonsín recurrió a una visión del pasado político que hacía de la violencia argentina el resultado de dos bandos igualmente violentos e irracionales: el de los ejércitos guerrilleros y el de la respuesta castrense. La “teoría de los dos demonios”, como quedó calificada desde los ámbitos oficiales (Visacovsky, Frederic y Guber 1999), suscitó una serie de objeciones de parte de activistas políticos y de las organizaciones de derechos humanos. Lo que importa aquí es que las nociones de Alfonsín y buena parte del gobierno con sus intelectuales asesores sobre el reciente pasado argentino y las políticas de la democracia, daban escaso margen para la legitimidad de la participación de la juventud en el período en cuestión. Los grupos revolucionarios de los 1960 y 1970, integrados en su gran mayoría por hombres y mujeres de entre 15 y 40 años, eran ahora presentados como coresponsables del baño de sangre argentino.

En este contexto, la identificación de los ex soldados con las juventudes políticas era problemática porque los ubicaba en la misma clase que la juventud apasionada, irracional y poco confiable de la izquierda y el peronismo de los 70. La gestión de Alfonsín se proponía restaurar los lazos nacionales, y curar las heridas del pasado a través del “imperio de la Constitución”, como él solía decir, cambiando la cultura política argentina de irracionalidad en razón (Giussani 1987, López 1988).⁵⁴

Esta línea de práctica política y de interpretación del pasado mostró obtener la adhesión de gran parte de la ciudadanía argentina, agotada por el legado de violencia, autoritarismo y muerte. Los ex soldados tenían entonces el siguiente dilema: o borraban su identidad como protagonistas de Malvinas, o pugnaban por el público reconocimiento como tales. Tras analizar el acto del 2 de abril de 1983, queda claro que las organizaciones de ex *combatientes* optaron por esto último y persuadieron a muchos otros ex soldados a seguir este camino. Para ello, debían emprender un difícil camino que la mayoría de los argentinos no estaba dispuesta a acompañar y, a veces, ni siquiera a escuchar. La posguerra de la guerra se libraría contra la apatía y el silencio de la sociedad civil y política; sus guerreros la concibieron como “la batalla por la memoria en contra de la desmalvinización”.

54 “...la debilidad de la democracia en la Argentina [...] (y la fugacidad de sus intentos) radican menos en sus instituciones que en nuestro modo subjetivo de asumirlas. Se trata de un problema cultural más que institucional (Alfonsín 1985, en López 1988:57. Mi paréntesis).

Olvido y VERGÜENZA, O MEMORIA Y DIGNIDAD

Me llamo Jorge Omar Vázquez, tengo 21 años y el día de la derrota fue el más triste de mi vida. Pienso que también lo fue para todos los que combatieron en las islas Malvinas. Por un lado estaba el alivio de volver vivo a casa, por otro estaba la vergüenza de pensar que el país había cumplido con nosotros, que había puesto sus esperanzas en nosotros y que habíamos fracasado. No podíamos mirarnos a los ojos, llorábamos, nos sentíamos como traidores. Fue un día atroz. De esa manera habían concluido tres meses de sufrimiento, de pasar hambre o comer mal, de estar desinformados... y uno vuelve y ahí comienza otra historia.

[...] si la derrota fue triste lo que vino después fue peor. [...] Hoy, este presente inexplicable es lo que nos duele. Por eso hicimos esta comisión de ex soldados combatientes. No sé como explicarlo: nosotros pensábamos que se había aprendido la lección, que nuestros compañeros muertos eran como un símbolo de unión, que el país se había transformado. [...] Esa unión no existió o se perdió en el olvido y cada uno hace la suya. Así pasamos del exitismo al derrotismo, todo instrumentado para bajar la moral, para que nadie quiera recordar. [...] entonces, ¿de qué sirven los muertos? (*La Voz*, 24 de octubre, 1982).

El *Centro* de Buenos Aires fue creado en agosto de 1982, casi simultáneamente con la primera edición del libro de Kon. En su “Declaración de Principios” sus dirigentes señalaban que los Ex Soldados Combatientes de Malvinas estaban “consustanciados con los más puros sentimientos nacionales” y que eran “conscientes de la responsabilidad histórica de la hora actual que pesa sobre esta generación a la cual pertenecemos en forma ineludible e inseparable”. Proponían entonces nuclearse “para continuar esa batalla” iniciada en el Atlántico Sur. Sus miembros se “comprometen” a

- 1) Honrar pública y permanentemente, a los soldados caídos, en defensa de nuestra Soberanía.
- 2) Solidarizarnos con los ex combatientes y familiares de aquellos que regresaron imposibilitados tanto física como psiquiátricamente.
- 3) Mantener encendida la llama de la nacionalidad que ha iluminado al Pueblo Argentino en la recuperación de nuestras Islas Malvinas.
- 4) Incentivar a todos los sectores de la población a realizar actos

solidarios con los ex combatientes y crear una conciencia solidaria dentro de la comunidad.

5) Realizar ayuda material y psicológica a los ex combatientes imposibilitados y en un futuro trasladar esa ayuda a toda la población [...] (*Centro de ex soldados combatientes en Malvinas*, 1982).

Las “premisas básicas” que habrían de cumplir en “este sublime cometido histórico” estarían fundadas en la Paz, la Soberanía Nacional, la Solidaridad, “la participación de la juventud en la comunidad” y “la Unidad Latinoamericana, como ideario supremo de esta Generación Argentina”. “(Quien no cumpliera con estos principios” sería juzgado por la Patria y “también, por nuestros muertos en la Batalla de las Malvinas” (Ibíd.).

A fines de 1982, el Centro de Buenos Aires comenzó a reunir otras organizaciones similares en las provincias y formó la *Coordinadora Nacional de Centros de Ex Soldados Combatientes de Malvinas*. La asociación, ya de carácter nacional, se hizo pública en una asamblea en Buenos Aires a la que asistieron, entre otros, representantes de la Cruz Roja, del Servicio de Paz y Justicia –la organización de Derechos Humanos encabezada por Pérez Esquivel–, la Asociación Cristiana de Jóvenes, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, y otras organizaciones civiles (*La Nación*, 24 de octubre, 1983).

La breve introducción del primer presidente del *Centro* que cité al comenzar esta sección, establecía la perspectiva general desde la cual aquellos ex soldados reaccionaron en el primer período de la posguerra y las estrategias que adoptaron para establecer un lugar propio en la sociedad y la política argentinas. Veamos en qué consistía esa perspectiva.

Para comenzar, la presentación de Vázquez contrastaba marcadamente con la ceremonia del primer 2 de abril conducida por las Fuerzas Armadas del Proceso. Vázquez confrontaba con “el pueblo argentino” o “la población”. Desde el comienzo daba su nombre completo y su edad, e iniciaba su narración el día de la rendición, pasando rápidamente a referirse en primera persona del plural a quienes estuvieron en Malvinas, y a su responsabilidad ante el pueblo argentino. En la entrevista Vázquez no hacía ninguna distinción entre la responsabilidad de los cuadros militares y la de los conscriptos, por la derrota bélica; tampoco en los principios del Centro se advertía tal diferencia. Sin embargo, las Fuerzas Armadas eran aludidas implícitamente en tres instancias: primero, el *Centro* y luego la *Coordinadora* eran entonces organizaciones autónomas creadas por ex soldados como agrupamientos igualitarios, cuyos miembros pertenecían a la misma generación que había ido a las Islas y al Atlántico Sur entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982; segundo, el Centro era un instrumento para proveer información y asistencia a los demás ex soldados en las

áreas de salud, empleo y educación formal, en paralelo a la Casa del Veterano y a los adultos civiles. Según Vázquez, y según la Declaración de Principios del Centro, ni los agentes del Estado ni los representantes civiles, sino sólo los “compañeros” podían satisfacer las necesidades de otros ex soldados. En tercer lugar, las organizaciones locales y nacionales excluían a sus mayores y a los militares profesionales que habían estado en el campo de batalla. El *Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas* no admitía ni suboficiales ni oficiales retirados o en actividad, de ninguna fuerza.

Desde diciembre de 1983, los ex concriptos debían diseñar un lugar para sí dentro del nuevo orden político dirigido por civiles. Ese lugar necesitaba del reconocimiento social, pero éste quedaba imposibilitado por la necesidad generalizada de olvidar la fallida confianza en la iniciativa de las Fuerzas Armadas. Los ex combatientes entonces convirtieron su deuda con la sociedad (“la vergüenza de pensar que el país había cumplido con nosotros, que había puesto sus esperanzas en nosotros y que habíamos fracasado”) en una deuda de la sociedad hacia ellos. ¿En qué consistía esta deuda y qué relación guardaba con su construcción identitaria?

Después de presentar el sentimiento de vergüenza propio y de sus compañeros cuando volvían a sus hogares, Vázquez se refería a “otra historia” que comenzaba tras el regreso. Tan pronto como entraban en contacto con sus familiares y vecinos, en la cotidianeidad de la paz, se daban cuenta de que Malvinas ya no era un tema significativo ni corriente para los argentinos, y que la unidad nacional representada en el reclamo de Malvinas que había llevado a la guerra, parecía una lejana ficción. A esto Vázquez lo caracterizaba como un tránsito abrupto del “exitismo al derrotismo”, al cual buscaba comprender por dos vías: una, que el “país” no había aprendido la lección de Malvinas, y otra, que algo o alguien estaba dedicado a “bajar la moral, para que nadie quiera recordar” (Vázquez en *La Voz*, 24 de octubre, 1982).

Con respecto al “país”, los ex combatientes solían referirse a las familias y al “pueblo”, a los “argentinos” y a “Argentina”. Pero de todos ellos las únicas “familias” a las que reconocían leales al recuerdo de Malvinas eran los deudos cuyos hijos habían muerto en las Islas o en el Atlántico Sur y los “familiares de aquellos que regresaron imposibilitados tanto física como psiquiátricamente”. Los familiares de los sobrevivientes en (aparentemente) buenas condiciones de salud, y la sociedad en su conjunto no podían entender la experiencia bélica ni el sentido del conflicto. Al respecto, Vázquez confirmaba las perspectivas de los “chicos” en el libro de Kon.

¿Con mis padres? No. De esto no hablamos, no podemos entendernos. Cuando yo hablo de frío, hablo de 20 grados bajo cero y con

ropa inadecuada. Cuando hablo de hambre hablo de tres meses de comer m..., cuando hablo de miedo hablo del miedo a morir en la oscuridad por un tiro que te llega no sabés de dónde. No. No podemos entendernos [...] (Ibíd.).

Más aún, contra las predicciones quienes testimoniaron para Kon, la gente no quería ni hablar ni pensar en la guerra, mientras los políticos preferían otros temas electoralmente más redituables. La guerra entraba, pues, “en las sombras y el olvido” (*La Voz*, 2 de noviembre, 1982) y la Argentina

[...] ya no habla de las Malvinas. Pero hay muchos compañeros que quedaron mal, que tienen un quilombo en la cabeza, que escuchan un ruido y se tiran bajo la cama. Hay un pibe que no se anima a salir de la casa, vive encerrado. ¿Cómo le demostrás a ese pibe que el pueblo está con él? ¿Que tenía un significado lo que hizo? (*La Voz*, 24 de octubre, 1982).

Usted tiene que comprender –dijo el ex combatiente– yo, lo primero que escucho al regreso, “fue una guerra absurda”. ¿Absurda para quién? ¿Para nuestros compañeros muertos o mutilados? ¿Absurda para las madres que ya no tienen a su hijo? Al volver del frente no esperaba que nos recibieran con las banderas flameando, es más, mi estado de ánimo era de indiferencia total. Presumo que era el cansancio de estar tanto tiempo con la muerte encima. Pero después comenzaron las versiones, todo se fue ensuciando se habla de “aventurerismo”, de cuestiones personales [...] ¿se da cuenta? Se ensucia el recuerdo de nuestros compañeros muertos [...] (*La Voz*, 3 de noviembre, 1982).

Al presentar a la guerra como “absurda”, inexplicable e ignorable, sujeta a desconocimiento por la indiferencia, “la gente” no sólo renunciaba a “dar sentido” a la guerra; también al reclamo nacional y por ende a la Nación. Por eso, ni la experiencia de los ex combatientes, ni su insania, ni los muertos ni el dolor de sus madres, tenían sentido alguno en la narración histórica argentina.

Según los ex combatientes el absurdo se traducía en olvido el cual tomaba básicamente dos formas: el silencio y la trivialización mediante la burla y la ironía.

Pienso que después de la guerra la gente se olvidó de los ex combatientes y otros, incluso, ya empiezan a tomarse todo en solfa, nos cargan [...] nos preguntan si trajimos algún pingüino o algo por el es-

tilo. Aquí hay mucha gente que no sabe lo que es el frío, el hambre, la muerte [...] no sabe lo que es la guerra (Marcelo Sánchez en *Somos*, 17 de diciembre, 1982).

Otro caso recurrente de burla tenía lugar cuando la gente le preguntaba al ex soldado si los *gurkhas* “se los cogieron”. Los ex soldados eran burlados y sus experiencias “pisoteadas” cuando quedaban ubicadas en el rol pasivo y subordinado de una relación sexual.

El olvido descarta uno de los sentidos del desconocimiento, el que corresponde a la ignorancia, y pone en primer lugar la falta de reconocimiento a la experiencia bélica, al sufrimiento de los ex soldados y a las justas causas de la guerra que en 1982 compartieran todos los argentinos. Como ya dije, el pasaje “de exitismo a derrotismo” radica en la incapacidad general de aprender la lección de Malvinas (“no querer saber”) y en alguna fuerza o poder que trata de bajar la moral enajenando a los argentinos de sus propios intereses y decisiones. Los ex combatientes combinan estos dos sentidos en el olvido; pero al enfatizar la enajenación, generalmente recurren a un término que vimos invocado por Monseñor Medina en su oración del 4 de abril de 1983: la desmalvinización.

Los *Centros de Ex Combatientes* empezaron a referir con “demalvinización” a un estado de olvido deliberado, expresada en la apatía y la indiferencia, y alentado en primer lugar por el Estado Mayor Conjunto de 1982 que ocultó de la gente el regreso de las tropas.⁵⁵ “Desmalvinizar” significaba una acción premeditada de desactivación de los sentimientos nacionales.

Dos aspectos del término son de sumo interés. En primer lugar, y pese a su supuesto origen extranjero –los poderes que tratan de enajenar a los argentinos– “desmalvinización” se parece demasiado a “desperonización”, palabra con que se aludió a la estrategia política del antiperonismo de modificar la lealtad política de las multitudes hacia Perón, luego del golpe de 1955 que lo depuso. Paralelamente, la desmalvinización estaría orientada a modificar la lealtad nacional de los argentinos a su patria, para que ésta pudiera ser manejada por un poder foráneo, seguramente los EE.UU. y su aliada Gran Bretaña. En realidad, la diferencia entre “desperonizar” y “desmalvinizar” no radica en que aquél esté encuadrado políticamente y el segundo nacionalmente, ya que como señalaban el revisionismo histórico y la mayoría de las orientaciones políticas populares en este país, “desperonizar” y “desmalvinizar” constituyen una misma operación: des-nacio-

55 Diez años después, circulaba entre algunos ex soldados el firme supuesto de que la “desmalvinización” era una palabra acuñada por el cientista político francés Alain Rouquié, quien asesoraba al Presidente Alfonsín de olvidar las hipótesis de conflicto con Gran Bretaña, reestablecer los lazos con Europa y los EE.UU., y poner a descansar las memorias de una guerra equivocada nacida de las entrañas de la peor dictadura argentina.

nalizar. Y esto porque, según los peronistas, el suyo era un genuino movimiento nacional y no un partido político. Desperonizar a las masas y desmalvinizar al pueblo argentino apuntarían desde esta lógica ambas a olvidar las raíces nacionales. Y dado que en los 1950 y 1960, el *Radicalismo* apoyó la desperonización (en no poca medida mediante la teoría de la modernización) y a la Revolución Libertadora, era muy plausible que la desmalvinización se atribuyera al gobierno de Alfonsín siguiendo la misma lógica.

El segundo aspecto del término alude al carácter no partidario de Malvinas. En la visión de los ex soldados recordar la Guerra y el reclamo territorial debía ser parte de una “memoria nacional”, no de un pasado partidario o politizado, como por ejemplo del Proceso. Olvido y desmalvinización implicaban fundir la derrota y la mala conducción con la justa causa nacional de la soberanía argentina, echando los tres al olvido. En vez, que los argentinos siguieran reivindicando a las Malvinas era en mérito de la memoria, la misma que había convertido al reclamo diplomático realizado a Gran Bretaña, en una justa causa contra el colonialismo, en primer lugar, y una metáfora de la nación que afirmaba los derechos de los argentinos a las islas desde 1833, en segundo.

Los *ex combatientes* hicieron de “la memoria”, por oposición al “olvido”, la espina dorsal de su identidad pública y se presentaron a sí mismos como sus guardianes. Ser reconocidos como tales era, pues, la deuda que ellos consideraban que la sociedad tenía con ellos. “Ahora exigimos al país por el que luchamos. En su honor y en el de esas madres que están llorando en los cementerios” (*La Voz*, 3 de noviembre, 1982).

LA BATALLA DE LA POSGUERRA

Como decía Vázquez, y muchos otros de sus compañeros, el Centro se había formado para reunir a los ex soldados y hablar de Malvinas en medio del silencio, la apatía y el “olvido” (*La Voz*, 3 de noviembre, 1982):

[...] no puedo volver a mi casa y pensar que nada pasó. Es necesario tener ese lugar, un espacio para ser, para tener un trabajo, para pensar un pueblo unido y nacional en su concepción... Para nosotros el olvido es una traición (Vázquez en *La Voz*, 24 de octubre, 1983).

Traición y lealtad han sido nociones sumamente corrientes en la política argentina, dado que la identidad solía ser el blanco de políticas oficiales destinadas al olvido y, por lo tanto, al cambio de preferencias políticas. Asociados

al objetivo de la desperonización, Perón, un militar, y a quienes trataron de encarar la desperonización, otros militares, traición y lealtad, fueron los términos con los cuales se buscaba mantener la unidad en una arena política disgregadora, la cual efectiva y usualmente se mimetizó en la Argentina con la lógica de la guerra. Pero desde 1982, los ex combatientes aplicaron la polaridad lealtad-traición a una causa nacional y ya no partidaria, afirmando que la lealtad nacional de los argentinos no debía ser acallada por el “derrotismo”, y transformándose a sí mismos en los guardianes de la memoria argentina de la Guerra y el reclamo por Malvinas.

Para ello, los ex combatientes debían realizar varias operaciones sobre el pasado en virtud de cuya continuidad serían juzgados y juzgarían a los demás. Primero, debían transformar el deber (de la conscripción) en un acto de voluntad; segundo, debían separarse de las Fuerzas Armadas y levantar simultáneamente la causa y el *status* del enemigo nacional; tercero, debían demostrar que ellos habían completado su pasaje de chicos a adultos; cuarto, y dado que eran una generación que se negaba a cargar los errores de sus mayores por Malvinas, debían también presentar su identidad como autónoma de la sociedad civil y política y del Estado, esto es, debían crear un tiempo y un espacio propios.

La primera operación era convertir obligación en autodeterminación. Los ex conscriptos hicieron de su experiencia en el servicio militar, incluyendo el deber de pelear en una guerra, una cuestión de elección de servir y defender a la patria. La mayoría de los soldados clase 62 que habían obtenido la baja antes del 2 de abril, fueron convocados por medio de telegramas que advertían contra la desertión. Los soldados clase 63, en cambio, ya estaban incorporados a las unidades militares, y fueron enviados al sur “sin haber visto a sus padres”, como surgía de un testimonio a Kon. Entre tanto, otros argentinos, hombres y mujeres, se registraban como voluntarios para ir a las Islas a pelear, a trabajar o simplemente a vivir y afirmar la soberanía nacional. Estos ofrecimientos nunca se materializaron, empero, dado que Malvinas se planteaba como una empresa estrictamente militar y seguramente de corta duración.⁵⁶ El hecho es, sin embargo, que los civiles buscaron tomar parte en la gesta de su tiempo, mientras los soldados eran llevados al campo de batalla como una obligación militar “para servir a la nación”.

La versión que daban ahora los ex soldados sobre su pasado implicaba un arduo trabajo de memoria que empezaba con la imagen pública de su performance militar en el campo de batalla. Ello era evidente en las objeciones de los activistas del Centro a la película de Kamín.: “Los soldados parecen zombies por sus reacciones automáticas ante los hechos...” (Beiroa en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

⁵⁶ Muy probablemente el gobierno argentino no pensaba en ir a una guerra sino en presionar a Gran Bretaña a la negociación, tras un *fait accompli*.

La película no nos satisface porque nos representa como estúpidos e infantiles. No éramos tan indefensos e inofensivos como nos muestran. En ese momento estábamos dispuestos a dar la vida y a matar (Verri en *Clarín*, 9 de agosto, 1984; ver también *Tiempo Argentino*, agosto 1984).⁵⁷

Incluso en sus respuestas, los entrevistados de Kon sentían que habían estado involucrados en una guerra que era más una cuestión de hecho que de resignación.

En la visión crítica de la guerra que ostentaban muchos argentinos, la obligación significaba también ser arrastrado por las Fuerzas Armadas del Proceso a un escenario atroz de abuso y de muerte. Los ex combatientes respondían distanciándose de las Fuerzas Armadas y del régimen militar. Argumentaban que no habían ido a la guerra como carne *de cañón* de la dictadura sino porque defender Malvinas era una causa justa de todos los argentinos.

Rechazar los calificativos de resignados y autómatas era tan importante como no aparecer aterrorizados: “el film podría haber mostrado [...] amarguras y felicidades durante el combate” (Falcon en *Tiempo Argentino*, 14 de setiembre, 1984). Lo contrario significaba haberse convertido en mero objeto del terrorismo de Estado y sus atrocidades, más que sujetos de una causa y su consiguiente misión.⁵⁸ Por eso, la segunda operación consistía, por un lado, en levantar la razón de “haber ido” sin reducirla a una lisa y llana estrategia de los dictadores para quedarse en el poder. Por otro lado, los ex soldados debían levantar el *status* del enemigo, como cuando afirmaban haber peleado no tanto contra las Fuerzas Armadas nacionales, ya derrotadas económica, política y militarmente contra el segundo poder de la OTAN, el eterno enemigo de la soberanía argentina, Gran Bretaña.

Más allá de la conducción política y militar, que fue nefasta. Más allá de las motivaciones de la Junta Militar. Más allá de la traición de los mandos, peleábamos por algo que creíamos y creemos justo [...] peleamos contra un enemigo histórico de la Argentina, que es Inglaterra desde 1806. En ese sentido fuimos una generación que enfrentó al imperialismo, no con declamaciones sino con las armas en la mano (Trinidad en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

57 Véase también *Tiempo Argentino*, agosto 1984.

58 La crítica de los ex soldados a la sociedad por su apatía y derrotismo, era sólo aparentemente similar a la que ejercieron los veteranos de Vietnam cuando encontraron, a su regreso, las movilizaciones antibelicistas (Goodwin 1984). Parte de la diferencia radicaba en que los veteranos norteamericanos eran visualizados como “baby killers”, matadores de bebés, tras las crueles matanzas de aldeas enteras de vietnamitas. La imagen de los ex soldados de Malvinas era la inversa: ellos eran los vejados y victimizados.

Ahora bien: si Malvinas no había sido un conflicto doméstico sino una guerra internacional, los ex soldados debían dar cuenta de que habían peleado junto a las Fuerzas Armadas derrotadas, impopulares y autoritarias que encabezaban el gobierno de la Nación a la que habían ido a defender. Esta posición entrañaba tres riesgos. Uno era que los ex combatientes aparecieran como soldados no entrenados e inservibles para enfrentarse a la *Task Force*. A este argumento, sostenido por buena parte de los analistas militares (Costa 1988, Kinzer-Stewart 1988, Middlebrook 1989, Train 1988, Watson and Dunn 1984), contestaban que "... si bien nosotros no éramos grandes guerreros, tampoco éramos unos inútiles. La imagen que ésta (la película) da de nosotros es la de pobres chicos que se la pasaban llorando" (Trinidad en *Clarín*, 9 de agosto, 1984), siendo la inutilidad y el carácter "bisoño" las imágenes dominantes en el film de Kamín.

El segundo peligro era que los ex combatientes aparecieran como "menores" políticos legados por el Proceso, los hijos del autoritarismo, y así una posible cuña en la democracia. Esta idea estuvo siempre presente en la sociedad y emergía en las burlas a los ex soldados, como cuando a uno de ellos un conocido lo saludó por la calle "*Chau Leopoldito*", aludiendo al General Leopoldo Galtieri. Esta postura creció desde 1987, por razones que veremos en los dos próximos capítulos.

El tercer riesgo era visualizar a los ex combatientes como víctimas del Proceso y en la guerra como víctimas de sus superiores más que de los británicos. Quizás por mera simpatía, Kamín esperaba relevarlos de la responsabilidad política de haber participado y perdido aquella "guerra absurda" junto a las Fuerzas Armadas. Malvinas quedaría definida como una atrocidad más del autoritarismo del Proceso, ahora hacia los ex soldados que quedaban fijados en la imagen de sus principales víctimas.

Los ex combatientes rechazaban estas tres interpretaciones—inútiles, "pichones de milico" y víctimas de las FF.AA. del Proceso— que los subordinaban a los deseos y planes del régimen y a la performance de los militares argentinos.

El autor de la película quiso mostrar una generación golpeada y maltratada por los militares. La película es un caño directo contra ellos. Sin embargo, no hay que olvidar que el enemigo principal en Malvinas no fueron sólo nuestros malos militares [...] sino especialmente los ingleses, los estadounidenses y la Comunidad Europea, con sus medidas económicas (Alegre en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Aquí es donde la retórica latinoamericanista entraba en juego, ya que los ex combatientes se transformaron a sí mismos en la vanguardia de los colonizados y explotados latinoamericanos, esta vez en el extremo sur del subcontinente.

Era claro, pues, que en los primeros años los ex combatientes no esperaban ser reconocidos por las Fuerzas Armadas sino por la sociedad y los partidos políticos. Sin embargo, todo lo que políticos y civiles en general necesitaban de los ex soldados era más anécdotas para nutrir el bestiario del Proceso y sus atrocidades. Para los ex soldados, Malvinas no había sido una atrocidad más; había sido una guerra en serio en que el personal conscripto luchó contra el único poder internacional confrontado por la Argentina en el siglo XX. Tal reconocimiento era vital en otro sentido.

La única forma de distanciarse de las Fuerzas Armadas era enfatizar que Malvinas había significado el pasaje de chicos a una nueva condición. Esta nueva condición, sin embargo, no llegaba a definirse claramente. A veces los ex soldados hablaban de “hombría” o, como vimos, “un poco más hombres” pero no se afirmaban en plena condición de “adultos”. Esta era

[...] una generación que nació con el terror, que vivimos con miedo, desde nuestra infancia. Pero fuimos a la guerra y se nos fue el miedo (*La Voz*, 3 de noviembre, 1982).

Cada soldado que estuvo en Malvinas defendió, en la medida de sus posibilidades, la parte que le tocaba. Nos hicimos rápidamente hombres en cuanto a esa responsabilidad (Alegre en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Para construirse a sí mismos como autoridad legítima de la memoria de Malvinas necesitaban afirmar su pasaje, esto es, que habían dejado en el estadio anterior –no eran semillas ni “chicos” –, que no habían quedado en un punto intermedio –no estaban locos–, y que no se habían desviado hacia otra condición –no eran homosexuales.

En efecto, el film de Kamín tuvo el efecto duradero de fijar la imagen de los ex soldados como “pelotuditos” y “pobrecitos”. Los ex soldados criticaban la película por no haber tenido en cuenta la guerra sino el pasado prebélico de los tres personajes, esto es, su niñez y adolescencia. Como resultado su imagen era la de niños o adolescentes que permanecían como tales durante y después del combate. En 1984, el año en que se presentó el film, los ex combatientes presentaron un duro desacuerdo con esta imagen.

La imagen que ésta (la película) da de nosotros es la de pobres chicos que se la pasaban llorando (Trinidad en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Me hizo sentir muy mal que nos encerraran en un estereotipo de chicos imberbes (Villarreal, en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Cuando en 1989 me encontré con el primer ex soldado que conocí en mi investigación, sus objeciones seguían siendo las mismas, y se repetirían a lo largo de todo mi trabajo. Estaban cansados de ser tratados como los “pobres chicos”, como “los chicos que fueron llevados de las narices”; estaban literalmente hartos o “podridos” de responder las típicas preguntas formuladas por amigos, vecinos, conocidos, nuevos amigos, nuevos vecinos, nuevos conocidos –“¿mataste-tuviste-hambre-tuviste-frío?”– que buscaban husmear no en el hecho bélico sino en su exposición a la mala conducción. Sólo civiles ignorantes de cuestiones bélicas podían hacer semejantes preguntas sin ir más allá porque, como solían decir, “no entienden que en la guerra se mata o se muere, se pasa hambre y se siente frío”. Sin duda, la guerra implica una gran carencia de los requerimientos básicos y una mayor exposición a los rigores del clima, sea por problemas de logística, sea porque el enemigo ha rodeado el área, sea porque las rutinas difieren tanto de la cotidianidad en tiempos de paz. Además, la exposición a condiciones extremas –muerte y bombardeo, hambre y frío– los había transformado y hecho conocer un aspecto del mundo moderno y la sociedad humana, la guerra. Así, las experiencias no debían recordarse como la victimización de los soldados por las Fuerzas Armadas. En este punto, ciertamente, se parecían a la juventud de los 1970 y a su guerra revolucionaria pues, como ya señalé para el contexto conmemorativo de 1983, aquellos protagonistas se presentaban a sí mismos como enemigos de los dictadores, no como víctimas de las cámaras de tortura.

La segunda alternativa, permanecer en un punto intermedio, era la manifestada por Kamín en el personaje de Pablo. Después de la guerra “hay muchos compañeros que quedaron mal, que tienen un quilombo en la cabeza” (*La Voz*, 24 de octubre, 1983). El tema de la locura fue tomado por la prensa y la sociedad, convirtiendo la expresión corriente “*locos de la guerra*” que hasta 1982 se usaba en el habla cotidiana sin claro referente, en una realidad concreta. Los *locos de la guerra* eran esos jóvenes con reacciones intolerantes, flashbacks, comportamientos impredecibles, casos de psicosis y numerosos suicidios. La insania podía extenderse en cualquier momento a cualquier ex combatiente;⁵⁹ como los veteranos de Vietnam, la mayoría de los ex soldados que se provoca-

59 Los titulares de los diarios eran muy elocuentes al respecto: “Suicidio en Paraná” (*Clarín*, 27 de octubre, 1982); “Un ex combatiente se suicidó” (*Clarín*, 18 de noviembre, 1982); “Triste final para un ex combatiente. Se mató desequilibrado veterano de Malvinas” (*Crónica*, 19 de noviembre, 1982); “Vida y muerte de un soldado ex combatiente afectado por Malvinas, se suicidó por la frustración de la derrota” (*Tiempo Argentino*, 19 de noviembre, 1982); “El soldado que eligió la muerte” (*Siete Días*, 24 de noviembre, 1982); “Un Ex combatiente murió en una pelea callejera” (*Tiempo Argentino*, 11 de enero, 1983); “Un ex combatiente se suicidó”, (*Clarín*, 18 de julio, 1983); “Un ex combatiente de Malvinas intentó suicidarse”, (*La Prensa*, 12 de mayo, 1989). La lista continúa en términos similares, prácticamente hasta la actualidad.

ron la muerte –entre 200 y 240 en los veinte años después de la guerra– fueron cometidos después del cuarto año de la postguerra.

Sin embargo, el suicidio fue un síntoma temprano de la psicosis de guerra ya desde 1982. Si bien el punto merece un estudio detallado por su elevado índice, podría adelantarse que los ex combatientes interpretaban el suicidio como la expresión individual de la indiferencia social, la marginalidad y la soledad. La locura, para ellos, no resultaba de la guerra, el pie de trinchera, el frío y el hambre, sino de la indiferencia y desentendimiento de la sociedad y de los padres, como en los casos del suicidio de Pablo y la agresividad y alcoholismo de Santiago. Los ex combatientes se suicidaban como respuesta a la negación política y social de Malvinas. Para la sociedad y para las nuevas autoridades nacionales Malvinas se había vuelto una cuestión sin sentido. Para los ex soldados, como había señalado Vázquez, era el “presente” lo que no podían explicar. La causa de la soberanía territorial que había conducido a la guerra y los había conducido a ellos al Atlántico Sur, se hundió en la indiferencia social y por lo tanto, al olvido. A esto Vázquez atribuía la creación del Centro, en una línea similar a la de los creadores de la Casa del Veterano de Guerra: reunir a los sobrevivientes para entender lo “absurdo” de la guerra y transferir la “absurdidad” a la sociedad.

Desde esta perspectiva, la locura no se limitaba, cuando cabía, a un grupo de ex conscriptos; afectaba a todos los argentinos. Mis primeras conversaciones con ex soldados y ex suboficiales giraban en torno a su experiencia bélica y el shock de encontrarse con otros argentinos que estaban ajenos a la guerra, “*en otra cosa*”. Es conveniente notar que diez años después del conflicto aquellos que se decía habían sufrido más en la primera posguerra fueron los ex soldados y los ex suboficiales, esto es, quienes ya no pertenecían a la institución militar y cuya cotidianeidad era más parecida a la de los civiles. Y, como mostré en el primer capítulo, los civiles estaban demasiado ajenos a la lógica bélica para entender las aparentemente extrañas reacciones de los veteranos. Para la gente común la conducta de soldados y suboficiales en ciertas circunstancias, parecían tan absurdas como la guerra misma.

–Venía en el colectivo y pasamos por el Aeroparque y salió uno de esos aviones a chorro y yo me tiré al suelo. Te juro Rosana. No pensé. Me tiré al suelo. Y una vieja me mira y me dice: Pero ¿está loco? Entonces me levanté, la miré y le contesté: ¡Sí señora, estoy loco!”
(Ex cabo Roberto Baruzzo).

–Y fuimos los tres porque daban trabajo y estábamos dando los datos, y el tipo anotaba, y de pronto ¡Zas! un avión; los tres al piso,

abajo de la mesa. Entonces nos levantamos, nos limpiamos el polvo con la mano, así, lo miramos al tipo y nos fuimos [...] (Ex soldado).

La tercera alternativa era el desvío a otra condición, esto es, rechazar la masculinidad. Ello podía implicar convertirse en mujeres, pero como la conscripción en la Argentina fue siempre masculina, la alternativa era la homosexualidad. En esta imagen, que emergía en las burlas sobre los *gurkhas* violando soldados, no sólo se revelaba una relación de género sino también de poder. Como lo había señalado insistentemente la prensa argentina durante la guerra, los *gurkhas* eran un cuerpo mercenario al servicio de la *Task Force* en las Islas. Pero constituían, fundamentalmente, un legado del Imperio Británico en el sur de Asia (Farwell 1982, 1984). Caracterizados por el cuchillo-daga que usaban para degollar a sus víctimas, la imagen que crearon los argentinos sobre los *gurkhas* correspondía a los rangos inferiores y subdesarrollados de un ejército tecnológicamente avanzado y metropolitano. Los argentinos consideraban a los *gurkhas* como los soldados más sangrientos y primitivos del cuerpo británico y, además, como alienados que peleaban sólo por dinero al servicio de un imperio al que no pertenecían; ser *gurkha*, en la línea del pensamiento anticolonialista, era el colmo del servilismo. Después de la rendición, los conscriptos fueron presentados no como una fuerza de combate sino como quienes jugaban el rol femenino en una relación de abuso ejercido no por el inglés sino por el colonizado *gurkha*. Así, los conscriptos se transformaban en un actor totalmente privado de poder, inferior aún al cuerpo colonizado de mercenarios nepaleses.⁶⁰

Por su parte, los ex combatientes replicaban con una visión opuesta al silencio social sobre Malvinas, del que responsabilizaban a la sociedad más que al absurdo de las guerras y de esta guerra en particular. Pese a que los ex combatientes acordaban con Kamín sobre la crítica implícita de “la actitud de marginar a los ex combatientes que tomó la sociedad” (Alegre en *Clarín*, 9 de agosto, 1984), también consideraban que “La película deja la sensación de que

60 Durante la guerra, la prensa argentina habló con alguna insistencia de los cuchilleros correntinos, un supuesto cuerpo especial de gran fiereza, integrado por soldados de la provincia de Corrientes. Que los supuestos “cuchilleros” fueran correntinos no era casual. Su procedencia, una de las provincias más pobres de la Argentina, era la misma que había provisto históricamente buena parte de la “carne de cañón” o personal de tropa para el ejército nacional (p.e., durante la guerra de la Triple Alianza contra la República del Paraguay, en 1870). Ahora Malvinas recibía al nutrido personal de origen nordestino de la Brigada III de Infantería, con sede en el sur correntino, sobre la frontera argentino-brasileña. Si bien los cuchilleros mostraron ser una ficción creada quizás por la prensa, algún servicio de inteligencia militar, o el genio popular, su imagen contribuía a consolidar la oposición comparativa *gurkha* - correntino como las dos caras igualmente primitivas, y diferencialmente comprometidas –una mercenaria y la otra patriótica– de las fuerzas en pugna durante el conflicto anglo-argentino. Pero los cuchilleros nunca existieron.

no habría que hablar más del tema. Nosotros no pensamos eso, reivindicamos la gesta más allá de todo el engaño y la traición que hubo” (Ibíd.).

Al tratar de eliminar la memoria de Malvinas como si fuera un pasado vergonzante y partidario perteneciente a las Fuerzas Armadas del Proceso, la sociedad optaba por el olvido, exiliando a sus soldados al limbo del sinsentido y de un pasado que, en el dominio público, aparecía como inexistente. A la inversa, los ex combatientes respondían que el silencio podía convertirse en insania, como el comportamiento autista, por ejemplo, de un ex conscripto que “vive encerrado en su casa”. La sociedad enloqueció cuando optó por la apatía (derrotismo) tras un enloquecido entusiasmo (“exitismo”). Ahora “la Argentina ya no habla de Malvinas”, esto es, del pasado de esa “generación sin pasado” que los argentinos hubieran enterrado en el silencio y que los ex combatientes necesitaban desenterrar. Los ex soldados no se referían a la apatía de la gente en términos psiquiátricos como una “locura colectiva”, sino en el idioma político de la “desmalvinización” inducida premeditadamente por algún poder antinacional. Por eso, “hablar” de Malvinas y de su guerra significaba recordarle a la sociedad la vigencia del reclamo territorial y del verdadero enemigo del pueblo argentino. Malvinas no debía tratarse como el pasado político –amigo o contendiente– ya que pertenecía a todos los argentinos. A diferencia de otras coyunturas en la historia política argentina, Malvinas representaba a la nación y por eso fundaba la continuidad témporo-espacial de la Argentina, una misma entidad en el mismo espacio y a través del tiempo. De modo que los ex soldados, autoidentificados como un sujeto nacional por excelencia, necesitaban un tiempo y un espacio propios, ambos pendientes de recuperación, como las islas.

Como vimos en el capítulo anterior, los ex combatientes diseñaron ese espacio, o parte de él, en Buenos Aires cuando conmemoraron el reclamo y la guerra, aprovechando los signos visibles de britanismo en un sitio céntrico de la capital. Al hacerlo trajeron un conflicto internacional al corazón mismo de la nación argentina. La Plaza Britannia - Fuerza Aérea Argentina se convertiría en unos años, en el sitio oficial de la Guerra de Malvinas en la Argentina continental, como veremos luego.

Con respecto a la continuidad temporal, los ex combatientes debían resolver una contradicción mayor: querían convertirse en la voz autorizada de la memoria de los argentinos sobre la guerra de Malvinas, pero eran “una generación sin pasado”. En esta línea, los ex soldados que asistieron a la presentación del film de Kamín en agosto de 1984, objetaron su título, pues en vez de “*Los Chicos de la Guerra*” debió llamarse “*Los Chicos de una Generación*” (Trinidad y Verri en *Clarín*, 9 de agosto, 1984). Como vimos en capítulos anteriores, la identidad “generacional” apuntaba a separar a los ex soldados de sus mayores –civiles y militares– a quienes no reconocían

como guías. ¿Cómo podría esta generación autocontenida y autoreferenciada ubicarse en un tiempo mayor?

Hacerlo sólo desde la experiencia de guerra era obvio y problemático a la vez, porque ese pasado también era compartido por las Fuerzas Armadas, en cuyos dominios se suponía estaba la guerra, como ilustró el primer aniversario militar del 2 de abril, y como lo confirmaría la política punitiva de Alfonsín. Por esta razón los ex combatientes reemplazaron a sus antecesores civiles y militares por ancestros de su propia generación: los conscriptos muertos en el teatro de operaciones. Como suelen decir los ex soldados, “ellos esperan que volvamos”. Los muertos –los soldados muertos– sintetizan la voluntad de recordar, el compromiso con el pasado, con Malvinas como guerra y como causa. Por eso la declaración de principios de los ex combatientes demandaba en primer lugar homenajear a los muertos, y les asignaba el rol de máximo tribunal. Los muertos se convirtieron, entonces, en ejemplos morales como “los que dieron sus vidas por la Patria sin pedir nada a cambio”. Desde esta perspectiva generacional, los jueces no eran ni Dios Padre ni los padres de los ex soldados, y mucho menos los tribunales militares: eran los camaradas, los compañeros (pares) que murieron defendiendo la soberanía nacional.

Esta línea proyectaba a los ex combatientes hacia el futuro, desde sus muertos y el pasado de Malvinas. Los ex soldados demandaban un compromiso concreto de la sociedad civil y política, principalmente del Estado –de las Fuerzas Armadas y de la nueva administración civil– alentando una legislación social para los sobrevivientes y los familiares de los muertos. Las medidas legales para proteger el futuro de los ex soldados, su salud, para obtener apoyo moral y financiero, se convirtieron en el principal objetivo de los Centros. Su destino no era sólo garantizar el bienestar de los ex soldados cuando comenzaban a formar sus propias familias, sino fundamentalmente, un puente hacia una presencia política que requeriría inexorablemente de la memoria (el reconocimiento público) de los argentinos. En 1987 un ex combatiente concluía su “carta de lectores” a un diario diciendo que:

En realidad, esta falta de reglamentación (de la ley 23.109), junto con el olvido y la desmalvinización, oscurece la reinserción social de los ex combatientes, política normal en cualquier otro país y seguramente motivo de alguno de los casi quince suicidios que tenemos registrados (Héctor M. Beiroa - Capital Federal) (Héctor M. Beiroa en *Clarín*, 19 de noviembre, 1987).⁶¹

61 La carta fue encabezada por el diario, bajo el título “Soldados y suicidios”. Para 1999 los soldados muertos por propia mano o en episodios violentos ya sumaban aproximadamente 150.

La legislación y la presencia política autónoma de los Centros serían entonces la vía para garantizar el futuro que algunos ex soldados decidían truncar por mano propia en el suicidio.

En suma, desde la primera posguerra “la memoria” fue, para los ex combatientes, una reivindicación de derechos políticos y sociales a partir de la legitimidad de su propia trayectoria en relación a la defensa del único objetivo incuestionado tras las sucesivas disrupciones institucionales que prevalecieron desde 1930 hasta 1983: la Nación. Esa memoria era a la vez un objetivo y un instrumento que los ex soldados como ex combatientes de Malvinas convertían en un espacio y un tiempo distintos del espacio y el tiempo de los comandantes, sus proyectos políticos y su conducción bélica, y un espacio y tiempo distintos, también, del espacio y el tiempo de los ignorantes y olvidadizos civiles, ajenos a los efectos e involucramiento de la guerra. La memoria se convertía en un arma de lucha política, porque se usaba no sólo para recordarles a otros argentinos la justicia del reclamo territorial que había llevado a la guerra; por medio de este argumento, les recordaba su involucramiento necesario y generalizado para que la guerra y sus efectos hubieran sido posibles. La vía para lograrlo era, según los dirigentes de los ex soldados, acceder al sistema político como un sujeto nacional y, por lo tanto, con el derecho autoasignado de hablar en representación de la nación.

Entre tanto, el primer gobierno democrático prefirió seguir el modelo inaugurado por los comandantes de la última etapa del Proceso, según el cual era mejor el silencio público y la exclusión de aquellos apasionados jóvenes de la política (ahora por Malvinas). Que los ex conscriptos no fueran convocados a testificar en los juicios por Malvinas, mostraba que tanto el reclamo como la guerra pertenecen al dominio del Estado, cuyo Poder Ejecutivo estaba ahora presidido por un civil. El lugar que la democracia tenía destinado a los ex combatientes era el de víctimas de los militares, uno de los dos demonios. En el próximo capítulo veremos algunos de los efectos de dicha estrategia.

Capítulo 6

El MONUMENTO A LOS CAÍDOS: MALVINAS EN EL CONTINENTE

El primer período de posguerra fue crucial para la formación identitaria de los ex soldados, y también para el decurso de la democratización de la política y la sociedad argentinas. En este contexto, de fragmentado y conflictivo reconocimiento, Malvinas se abría paso en el tiempo y el espacio del continente. Así, y en una primera instancia, el Presidente Alfonsín decretó como día feriado al 10 de junio y no al 2 de abril, el cual se limitaría a ceremonias en el ámbito castrense, tal como ocurriera en 1983 cuando todavía gobernaban las Fuerzas Armadas. En un ostensible intento por diferenciarse de la fecha fundacional para los militares y también para los ex soldados, la adopción del 10 de junio se remontaba a una ley votada por la Cámara de Senadores en setiembre de 1973 por el “Día de la Soberanía Argentina en las Malvinas, Islas del Atlántico Sur, y Sector Antártico” (Cámara de Senadores de la Nación, Septiembre 13/14 de 1973:1425-ss.). La fecha recordaba dos hechos bajo distinto gobierno y de distinto orden: el primero fue en 1770, la expulsión armada del fuerte inglés Port Egmont, ubicado en la Isla Saunders, al noroeste de la Isla Soledad, por una misión encomendada por el gobernador Francisco Bucarelli, delegado del Imperio Español en Buenos Aires; el segundo fue en 1829, cuando el gobernador de la ya independiente Provincia de Buenos Aires, General Martín Rodríguez, firmó el decreto que confería al comerciante hamburgués Luis Vernet la comandancia política y militar, y también la colonización, del archipiélago malvinense junto a Tierra del Fuego y la Isla de los Estados.⁶²

62 El primer colonizador de las Islas no fue español ni inglés sino francés (Destefani 1982:53). La colonia fundada por Bougainville, llamada Puerto San Luis en honor al rey de Francia, fue entregada a España, que reclamaba sus dominios insulares en América del Sur, por tratarse de dependencias de los “dominios continentales en idéntica condición a la Tierra de los Estados, las islas de Juan Fernández” y la costa patagónica (Groussac 1982:152). España compensó monetariamente a Bougainville ni bien se retiraron los efectivos franceses, y tomó posesión en la persona de su nuevo gobernador, el Capitán de Navío D. Felipe Ruiz Puente, quedando las islas bajo jurisdicción de la Capitanía de Buenos Aires, y tiempo después, del gobierno de “Puerto Deseado y Malvinas” (Ibíd.:155). Entre 1767 y 1811 se sucedieron 19 gobernadores españoles –17 de ellos oficiales de la Real Armada Española– cuyas 32 gestiones no excedieron el año (Destefani 1982:133-135). Puerto San Luis fue rebautizado el 2 de abril de 1767 como “Puerto de

Sin embargo, en 1984 muy pocos conocían estos antecedentes, y dado que cabía dentro del ciclo conmemorativo anual de la guerra que va del 2 de abril al 14 de junio, con el tiempo comenzaron a atribuirle a Alfonsín el capricho de inventar una nueva fecha que estaba peligrosamente más próxima al 14 que al 2. Por eso, muchos deudos de muertos en Malvinas y gran parte de la población argentina suponen que la fecha recordatoria de los sucesos de Malvinas corresponde a la rendición, en directa connivencia con el poder británico de ocupación.

En términos espaciales, Malvinas ingresó al continente por distintas puertas. En cada pueblo y en cada ciudad se erigían, a veces en las plazas centrales, a veces en esquinas, plazoletas o bulevares, placas, pequeños obeliscos, algún cañón con una leyenda conmemorativa, generalmente recordando a los caídos del lugar. Esto sin contar las placas y pequeños monumentos de las unidades militares que habían participado del conflicto. Las provincias con mayor cantidad de memoriales fueron, entonces, las patagónicas en su borde atlántico, y las del nordeste, particularmente Corrientes.

Excepto por los regimientos del Ejército, las bases aeronáuticas y aeronavales, y las unidades navales, principalmente la Escuela de Mecánica de la

Nuestra Señora de la Soledad”, bajo la advocación de la Virgen María. A fines de 1769 (Ibíd.:55) ocupantes de Puerto Soledad y de Port Egmont, fundado por el comodoro John Byron en 1765, se encontraron por azar, tomando ingleses y españoles conocimiento mutuo de su coexistencia en las islas. En respuesta, el gobernador de Buenos Aires, Francisco Bucarelli y Uruzúa –dependiente del Virreinato del Perú– envió por propia decisión al Capitán de Navío Juan Ignacio Madariaga el 26 de marzo de 1770 a localizar y expulsar a los ingleses. El 10 de junio 1.400 hombres y 140 cañones desalojaron a los británicos que se hallaban bajo la jefatura de un tal A. Hunt, de la Isla Saunders, poniendo a España e Inglaterra al borde de un conflicto armado. Inglaterra exigió la devolución de Port Egmont para compensar la deshonra al pabellón inglés. España aceptó aunque su embajador dejó asentado que la devolución de la posesión de Port Egmont “no puede ni debe en manera alguna afectar la cuestión del derecho previo de soberanía sobre las islas Malvinas, denominadas también Falkland” (Ibíd.:55). Por su parte, Inglaterra se comprometía, sin asentarlo por escrito, a abandonar Puerto Egmont en un lapso breve pero indeterminado. Antes de concretar su retiro el 22 de mayo de 1774, el comandante inglés dejó una placa que proclamaba los derechos británicos sobre el archipiélago.

El segundo episodio corresponde al período independiente de Buenos Aires. Fue cuando Luis Vernet, comerciante y comisionista hamburgués de ascendencia francesa, retomó el proyecto de colonización de Bougainville. El 10 de junio de 1829 Vernet fue investido por el gobernador de Buenos Aires, General Martín Rodríguez, como primer Comandante Político y Militar de las Malvinas, las islas adyacentes al Cabo de Hornos –incluyendo la Isla de los Estados– y Tierra del Fuego (los anteriores gobernadores habían sido sólo comandantes militares). Su gobernación duró tres años pero su nombramiento generó la primera protesta formal del embajador inglés en Buenos Aires, Woodbine Parish, por ser una decisión tomada sobre territorios que consideraba bajo su jurisdicción. Vernet ocupó Puerto Soledad, al que rebautizó Puerto Luis, asentando colonos, peones, servidumbre y personal militar, dedicados a la exportación de carne salada, grasa, pescado en salmuera, cueros de vacunos y lobos marinos (Destéfani 1982:87).

Armada, la Capital Federal no contaba con ningún espacio público destinado a Malvinas para fines de la década del 80. El único identificado como específico en la cuestión era aquél que habían enfocado el 2 de abril del 83 los centros de ex combatientes. Pero ese espacio no estaba consagrado y ni siquiera los ex soldados conmemoraban conjuntamente cada año en el lugar.

Fue con el arribo adelantado del segundo gobierno democrático, el del Justicialista Carlos S. Menem, que la memoria de los sucesos del 82 recibió un vuelco hacia el reconocimiento oficial.

Un giro político: el Monumento

Carlos Menem tomó la presidencia el 8 de julio de 1989, tras un apresurado retiro del gobierno de Alfonsín atosigado por un lapso breve pero muy contundente de economía hiperinflacionaria. Menem intentó transformar a Malvinas en una prenda mediadora de la difícil interna militar que emergió a la escena pública por primera vez en 1987, golpeando el orden institucional. Fue cuando un grupo de oficiales medios involucrados en la guerra sucia/terrorismo estatal de 1976-1980, se negaron a testificar ante los tribunales civiles por acusaciones de violaciones a los derechos humanos. Esta reticencia se extendió a toda la fuerza de tierra, el Ejército, y prácticamente a todos sus rangos, mientras las cúpulas del arma se encontraban sin mando para concretar la represión de los rebeldes, o bien se negaban a proceder detrás de una máscara de rampante pasividad. Esta situación interna a la que se definió como “ruptura en la cadena de mandos”, se tradujo en abierta insubordinación a la jerarquía militar que por entonces encabezaba, bajo un orden democrático, el presidente de la Nación, Raúl Alfonsín. La llamada “rebelión de Semana Santa” transcurrió entre los días 15 y 19 de abril de 1987, y tuvo por epicentros la Plaza de Mayo, en la Capital Federal, y las unidades escuela del Ejército nucleadas en la zona militar de “Campo de Mayo”, en el norte del Conurbano Bonaerense.

Mientras Alfonsín era investido por la población movilizada en las calles y plazas del país, y por los partidos políticos en el gobierno y de la oposición, como el conductor de la crisis, los militares se nucleaban detrás de la oficialidad en los rangos de mayores y tenientes coroneles, estos, los oficiales con mando de tropa. Los rebeldes de Campo de Mayo –también los había en otras unidades del país como Córdoba, Tucumán, Neuquén y Santa Cruz– fueron apodados por la prensa como “carapintadas” por aparecer ante los civiles y periodistas agrupados en el acceso o Puerta 6 con sus caras pintadas con camuflaje para el combate. Los oficiales demandaban

negociar con el presidente una salida política a los innumerables juicios que los inculpaban por el secuestro, la tortura, el probable asesinato de argentinos y extranjeros, y la desaparición de bebés nacidos en el cautiverio de sus madres en campos clandestinos de detención, en el período 76-80.

El desenlace de aquella Semana Santa tuvo lugar el domingo de Gloria del 19 de marzo, cuando después de asistir personalmente a Campo de Mayo a dialogar con el jefe rebelde, el mayor Aldo Rico, Alfonsín pronunció un extraño discurso desde los balcones de la Plaza de Mayo a la multitud todavía reunida a la espera de novedades.

Compatriotas. Felices Pascuas. Los hombres amotinados han depuesto su actitud. Como corresponde serán detenidos y sometidos a la Justicia. Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de las Malvinas, que tomaron esta posición equivocada y que reiteraron que su intención no era provocar un golpe de Estado.

Para evitar derramamiento de sangre he dado instrucciones a los mandos del Ejército para que no se procediera a la represión y hoy podemos todos dar gracias a Dios, la casa está en orden y no hay sangre en la Argentina (Clarín 20 de abril, 1987).

Finalmente, el Presidente pidió la desconcentración en orden, y el regreso “a sus casas a besar a sus hijos, a celebrar las Pascuas en paz en la Argentina”.

La alusión a Malvinas fue, cuanto menos, desconcertante, pues elevaba a la categoría de “héroes” de una causa nacional a quienes se habían insubordinado al orden institucional. En verdad, algunos de los implicados en la rebelión, como el propio Rico, habían participado en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur, y en algunos casos habían observado un desempeño correcto en las acciones. Sin embargo, quienes abogaban por la observancia de la justicia para crímenes de lesa humanidad, no eran demasiado proclives a reconocer la condición heroica a torturadores y ladrones de niños.

El desenlace de la Semana Santa mostró no sólo las limitaciones de la política radical con respecto al pasado orden militar, sino también con respecto al conflicto anglo-argentino, al cual poca atención había prestado. Malvinas emergió, inesperadamente para la política alfonsinista, en 1987 como prenda de unidad de una casa dividida entre militares y civiles, entre anti y pro-Procesistas. Pero esta prenda de unidad se proclamaba incluyendo la perspectiva de los cuadros profesionales, los oficiales medios, y no la perspectiva de los ex soldados que también se hicieron presentes en las jornadas de movilización popular. El viernes 17, en la Plaza de los dos Congresos, “Habla Alfonsín y lo aplauden catorce

veces. Pasan los ex combatientes de Malvinas, con Héctor Beiroa a la cabeza, y son palmeados por la gente que les tira buenas ondas ya que llevan un cartel de apoyo a la democracia” (Leuco en *Clarín*, 18 de abril, 1987). La solución, siquiera temporaria, que imaginó Alfonsín al anochecer del domingo 19, no se apoyaba en los civiles conscriptos, sino en los cuadros militares.

Los oficiales encararon dos nuevas insubordinaciones, una en enero de 1988, también conducida por Rico, y otra en diciembre de ese año, dirigida por otro veterano de Malvinas, el teniente coronel Mohamed Ali Seineldín, quien se había desempeñado en la jefatura del Regimiento de Infantería 25 de Colonia Sarmiento, en Santa Cruz. En el archipiélago, Seineldín estuvo a cargo directo del principal aeropuerto, el de Puerto Argentino, y además participó de la Operación Rosario. Ante la retirada del radicalismo, los oficiales se llamaron a una tregua ante la retirada del radicalismo y el arribo de Menem, quien negociaba con ellos una reestructuración de las Fuerzas Armadas. Antes de que los “duros”, nuevamente encabezados por Seineldín, volvieran a golpear el 3 de diciembre de 1990, Menem tuvo varios gestos de reconocimiento a la guerra. El primero fue incluir a veteranos civiles y militares, algunos en sillas de rueda y con muletas, en el tradicional desfile del 9 de julio. Otro fue proponer a través de un diputado de su partido, que el Congreso Nacional condecorara con un diploma y una medalla a todos los veteranos de guerra, civiles y militares. Además, durante su primera gestión se sancionó la ley 23.109 de los ex combatientes a la que éstos venían reivindicando. El nombramiento al frente del Comando en Jefe del Ejército del General Martín Balza, un veterano de Malvinas ponderado por su buen desempeño en la conducción del Grupo 3 de Artillería con asiento en Paso de los Libres, Corrientes, fue crucial para introducir a Malvinas en el discurso oficial, y contener a los oficiales algunos de los cuales ostentaban una antigüedad similar, como el mismo Seineldín. Precisamente, fue Balza el encargado de reprimir, esta vez de manera contundente, la última asonada militar en diciembre de 1990.

Entre estas medidas, se destacaba como la de carácter más público y de mayor permanencia, la construcción de un monumento nacional a los muertos en el Atlántico Sur en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires. Al pie de la barranca de la Plaza San Martín se levantó en sólo dos meses el “Monumento a los Caídos en la Guerra de Malvinas y Atlántico Sur”. Calificado oficialmente como “cenotafio” o tumba vacía⁶³, el monumento interrumpe una sección de la barranca o “bajada” de la Plaza justo frente a la Torre de los Ingleses y a la Plaza Fuerza Aérea. Aquí la barranca de pasto se transforma en un muro de mármol rosado y opaco de dos metros de alto por 25 de largo sobre el cual están apostadas 25 planchas de mármol negro brillante que contienen, cada una,

63 Se trata de un monumento funerario que no guarda los restos de los homenajeados.

26 apellidos y nombres inscriptos en columna. Delante del muro con las placas un zócalo con rejillas deja pasar las luces que iluminan el muro por la noche. Sobre el zócalo que sirve de asiento a los paseantes y a los deudos de algún nombre ubicado en una placa, se dejan ofrendas florales. El zócalo está revestido en su lado exterior por cuadros pequeños gravados en el mismo material y color con los escudos de las 23 provincias argentinas, de la ciudad de Buenos Aires y la República Argentina. El muro de las placas y los escudos desciende en tres escalones hacia un espacio circular rodeado por barandas de metal. En el suelo del círculo se dibujan, en dos colores, tres anillos concéntricos en negro y rosa pálido, provocando la imagen aérea de la escarapela nacional. En el centro de ese espacio se levanta un mástil de 12 metros de altura y, alejándose en dirección contraria a la barranca, se dibuja una cruz de baldosas negras cuya cabeza da al muro y sus pies a la Avenida del Libertador, que circunvala el lado norte de la Plaza. Alrededor del monumento la barranca de pasto suele ser transitada por oficinistas, escolares, turistas y parejas que toman sol, almuerzan en los días laborables o pasean en las tardes de domingo.

El sitio, de unos 1.600 metros cuadrados, está concebido para el homenaje y el recogimiento, según dice la prédica oficial. Las placas, su punto nodal, contrastan con el material opaco del muro y del suelo. Su color negro azabache las transforma en 25 espejos que reflejan de día el paisaje urbano, el cielo, el mástil y cuanto les quede enfrente. Como el muro sostén no es recto sino ligeramente cóncavo, las placas concurren en un espejo a la vez fragmentado (son placas separadas) y único (por la disposición en medialuna abierta de su muro sostén).

Los 649 apellidos y nombres de estos espejos⁶⁴³ no siguen un orden determinado por la pertenencia militar o civil, el rango, la fuerza, el arma, o el alfabeto; tampoco cumplen con la sucesión cronológica de los caídos a lo largo del conflicto ni agrupan a los muertos por su provincia de origen.⁶⁵⁴ En una misma placa se reúnen quienes murieron o desaparecieron en el mar y en tierra firme, en las Malvinas y en las Georgias del Sur; son correntinos, porteños, salteños, bonaerenses, suboficiales, oficiales, soldados, aviadores, infantes de marina, infantes de Ejército, comandos, etc. El cenotafio cobra, en este sentido, un carácter democrático donde los “caídos” se suceden al azar no como miembros de instituciones o de distritos estatales, sino como individuos. Son “649 nombres que no llevarán grado ni orden alfabético,

64³. La placa 25 tiene 25 nombres, no 26 como las demás.

65⁴. Un periodista de la época sugería que cada escudo era acompañado por una placa con “el nombre de los nativos de esa provincia caídos en combate” (Gente 17/5/90). Sin embargo no sólo los comprovincianos están dispersos en distintas placas; el número de caídos por provincia no es suficientemente equitativo como para llenar una placa y hay provincias que estuvieron más representadas que otras (p.e., Corrientes, Buenos Aires, etc.).

para sugerir que –más allá de sus orígenes, historias, jerarquía militar o circunstancias de su sacrificio– fueron igualados por la muerte” (*Gente*, 17 de mayo, 1990)..

En la intención oficial, el monumento debía servir como un espacio nacional que incluyera, por lo tanto, todos los símbolos nacionales –*escarapela*, bandera, mástil, cruz, nombres precedidos por los apellidos, como suele referirse a los miembros de las organizaciones militares– y los nombres de todos los muertos con suficiente lugar para ofrendas de los deudos. Al respecto, esta semejanza formal con “The Wall” (La Pared) de Washington DC., que recuerda a los muertos de Vietnam, incluye los nombres grabados en la piedra que, a diferencia del anonimato que observa la tumba del soldado desconocido, implica de que cada uno merece igual reconocimiento en sitios totalmente accesibles (Gillis 1994:13). Otra similitud es la ausencia de arte figurativo, como en el original de los veteranos norteamericanos (Mosse 1990:224; Carney 1993, Katekis 1988, Lin et al. 1996, Hass 1998). Sin embargo, y a diferencia del de Vietnam, la versión argentina había sido íntegramente emprendida por el gobierno, y no por organizaciones de veteranos.

La “Comisión Nacional para la erección del Monumento a los Caídos en la Guerra de Malvinas y el Atlántico Sur”, creada en 1989 por el Poder Ejecutivo Nacional (decreto PEN 1405/89), debía encargarse de su diseño y localización. El presidente de esta Comisión era un arquitecto, y su segundo era un representante del *Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*. La comisión fue designada por la Municipalidad y el Instituto por el Ministerio de Defensa (*Somos*, 6 de junio, 1990). El monumento resultaba de una ley propuesta por diputados del partido gobernante, el *Justicialismo*, y aprobada por el resto de los bloques partidarios.⁶⁶ El Poder Ejecutivo ya había convenido la convocatoria a licitación de cuatro compañías privadas que solían proveer al Estado. Bajo el auspicio del Ministerio de Obras Públicas, los pliegos fueron abiertos en la *Casa Militar* (*Gente*, 17 de mayo, 1990)⁶⁷, mostrando que el cenotafio era el resultado de un acuerdo entre el Poder Ejecutivo Nacional y el Estado Mayor Conjunto. Esta alianza se puso de manifiesto en la ceremonia inaugural, la cual siguió a un resonante debate protagonizado por agentes municipales y asociaciones civiles y periodistas, acerca de qué y cómo recordar.

Si bien he presentado algunas instancias de esta discusión pública en otro lado (Guber 2001a), sus posiciones pueden sintetizarse de la siguiente ma-

66 La ley 23.761 data del 2 de enero de 1990 y había sido aprobada por el Congreso el 7 de diciembre de 1989.

67 El Poder Ejecutivo proclamó siempre que el cenotafio había sido su propia iniciativa. Sin embargo, algunas versiones sostienen que fue la Comisión de Numismática de Buenos Aires tanto la que dio lugar al proyecto como la que financió su construcción.

nera. Quienes se oponían al Monumento –las asociaciones civiles “Amigos de la Plaza San Martín”, la “Sociedad Argentina de Arquitectos”, la “Asociación Amigos de la Ciudad”, y diversos arquitectos y paisajistas– cuestionaban principalmente su localización y no su realización. Afirmaban que Retiro era un lugar excesivamente público y ruidoso, y por lo tanto, de difícil recogimiento para los deudos. Además, el cenotafio se ubicaría en la Plaza San Martín y frente a la Plaza Britannia, cosa que algunos objetaban como una provocación internacional y también como una intrusión en el predio del héroe y prócer indiscutido de la argentinidad. A cambio, proponían la realización de un monumento, o un santuario, o un bosque, en algún sitio retirado y silencioso, esto es, no transitado. En verdad, la decisión de erigir un cenotafio en pleno centro porteño era cuestionable en tanto elevaba el conflicto del Atlántico Sur al rango de las gestas nacionales, tanto por su afiliación con el Padre de la Patria, como por su confrontación espacial con Gran Bretaña. En vez, “Malvinas” les parecía el último despropósito de una dictadura militar que había conducido al desastre; el cenotafio sólo debía erigirse por razones humanitarias.

Por su parte, los agentes del gobierno municipal justificaban su localización precisamente en el carácter público del sitio, restándole un carácter de tipo político interno e internacional. Según ellos, se trataba de un homenaje democrático a todos los muertos de la contienda, en una zona asociada al rechazo de las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807, y a la reunión del cuerpo de caballería sanmartiniano, los Granaderos. El carácter antibritánico era puesto en un lugar secundario, destacándose que la Torre de los Ingleses había sido un obsequio de la colectividad británica residente en Buenos Aires, y no del gobierno real.

Este contrapunto ponía en evidencia dos cuestiones: la primera se refería al lugar que la guerra de Malvinas debía ocupar en la memoria de los argentinos, y la segunda a la visibilidad de “la gesta” en la Capital Federal, donde se produce la política internacional de la República Argentina. El tono del cenotafio debía destacar su carácter funerario, pero su ubicación central convocaba a asociar Malvinas con San Martín o en contraposición a Gran Bretaña. Cada parte del debate marcaba con mayor énfasis uno u otro aspecto según la legitimidad que le asignara a Malvinas como duelo funerario o como duelo-contienda internacional. Nuevamente Malvinas despuntaba como una controversia interna o externa de los argentinos. Estas posiciones no tardaron en materializarse en la liturgia patriótica que se estrenó con la inauguración del monumento, y que se fue actualizando en las sucesivas reuniones que se alojaron en su seno.

LA INAUGURACIÓN DE UN CAMPO DE BATALLA NACIONAL

El controversial monumento fue inaugurado en la mañana del domingo 24 de junio de 1990. La ceremonia había sido prevista para el 10 de junio, que seguía siendo el feriado oficial asignado a Malvinas. Pero como el monumento aún no había sido terminado para esa fecha, la inauguración se postergó dos semanas y fue a coincidir con una jornada decisiva para la suerte de la Argentina en el Mundial de Fútbol; la ceremonia se concretó entonces, dos horas antes del partido de la Argentina contra Brasil en las semifinales. El comienzo del partido y su transmisión en directo hizo que las autoridades y el público reunido abandonaran el lugar rápidamente. Después de todo era un día poco significativo. Excepto por la victoria futbolística argentina, se trataba de un horario no central en una jornada que caía fuera del ciclo anual malvinense que acababa de cerrarse el 14.

El público que asistió esa mañana estaba formado por agentes oficiales, algunos ex soldados, activistas nacionalistas, periodistas, la escolta de honor en su uniforme histórico, algunos representantes enviados por las FF.AA. y un grupo de deudos. En total los asistentes eran unas 800 personas, la mayoría de los cuales eran agentes oficiales, dispersos por la vereda con la cruz y la escarapela. A un costado se había levantado un pequeño palco municipal destinado a los periodistas. El muro con las placas y el zócalo con los escudos estaban cubiertos por un enorme lienzo blanco. Las autoridades nacionales, miembros del gabinete, y representantes de importantes asociaciones, entre ellas, las de grandes y medianos productores rurales, la Sociedad Rural Argentina y la Federación Agraria Argentina, arribaron casi simultáneamente con el Presidente de la Nación, quien revistó las tropas y a un grupo de veteranos de guerra, la “Agrupación Conjunta Malvinas”. Una guardia de Patricios en su uniforme histórico y una banda militar de música acompañaron toda la ceremonia montando guardia desde la barranca justo encima del muro con las placas.

Menem ingresó al predio por la vereda de la cruz llegando desde la Avenida del Libertador, y se detuvo frente a las placas cubiertas. Después del habitual minuto de silencio y la entonación del Himno Nacional, el presidente pronunció su discurso de cara al muro. En él ratificó la posición oficial que hasta entonces habían expresado los miembros de la Comisión, y que también expresaba la misma estructura monumental: homenajear institucionalmente y en el recogimiento a los caídos, y apuntalar la unidad del “espíritu nacional”. La ratificación estaba destinada a diversos sectores que no habían participado de la polémica por la localización del cenotafio. Ex soldados, sectores de la ofi-

cialidad y suboficialidad de las FF.AA. y la sociedad argentina se entreveraban en una retórica presidencial fundada en la reivindicación de la memoria y la crítica al olvido.

El monumento no debía ser considerado “sólo como la conmemoración de un acontecimiento remoto y lejano” sino que debía servir para que “nunca más reneguemos de nuestros momentos de gloria” y para que “ningún compatriota sufra de amnesia colectiva, o de olvido casual frente a quienes se jugaron la vida por la Patria y para la Patria” (*Clarín*, 25 de junio, 1990). El objetivo del monumento era recordarles a todos los argentinos un pasado reciente que algunos “compatriotas” pretendían olvidar.

Dos puntos merecen destacarse aquí. El primero es que Menem buscaba transformarse en el líder de la memoria nacional en contraste implícito con el anterior gobierno de la *Unión Cívica Radical*, acusado frecuentemente por los *ex combatientes*, por las FF.AA. y por el mismo Menem de “desmalvinizador”. Al argumentar contra la “amnesia colectiva” y por el recuerdo de “nuestros momentos de gloria”, el Presidente transformaba a la memoria en un instrumento de unidad nacional, confirmando de paso que el olvido era un recurso de lucha partidaria. Sin embargo, Menem ocultaba una parte importante de la memoria oficial de Malvinas en la nueva era democrática: el fragmento que el anterior Presidente había presentado a los rebeldes como héroes de Malvinas para restaurar la unidad nacional tras la renovada brecha cívico-militar en las Pascuas de 1987. Además, la cuestión de “memoria-olvido” no había estado en cuestión en ninguno de los debates anteriores; diarios, arquitectos, ambientalistas, asociaciones ciudadanas, escritores y partidos políticos discutían sobre qué y cómo recordar, no sobre si recordar u olvidar.

El segundo punto digno de mención hecho por Menem tenía que ver con la continuidad, pese a su supuesta refundación de la nación. Menem hacía votos para que nunca olvidáramos nuestros momentos de gloria, invirtiendo las implicaciones negativas del informe de la CONADEP “Nunca Más”, referido a la violación de los derechos humanos. La actitud positiva demandada por el presidente a la población en vista de los usos oposicionales de los argentinos sobre el pasado político era muy significativa a la luz del contexto político que rodeaba la construcción e inauguración del monumento.

En efecto, ese nuevo *lieu de memoire* vino a destacar a quienes cayeron “por su patria”. Malvinas había sido “la gesta más gloriosa de nuestra historia reciente” y debía transformarse, desde entonces, en “una actitud positiva, creadora, constructiva de una nueva era” (Ibíd.). Y esta “actitud positiva” fue traducida inmediatamente en anuncios sobre beneficios sociales para aquellos que los diarios y la mayoría de los civiles llamaban con una sola palabra: “excombatientes” de Malvinas, y beneficios también para sus familias. De

ahí en adelante, los beneficios ya no serían administrados por las FF.AA. y su sistema de seguridad social, sino por la *Administración Nacional de Seguros de Salud* (ANSSAL) y, más específicamente, por la organización de asistencia social más extensa de todo el país, el PAMI. Este sistema de seguridad para pensionados y jubilados fue creado a comienzos de los 1970 por el Ministro de Bienestar Social de la tercera administración de la Revolución Argentina, el Capitán retirado Francisco Manrique. Los ex combatientes podrían desde entonces recibir asistencia médica en cualquier centro médico PAMI y también recibir importantes descuentos en los remedios y los servicios médicos. La medida era decisiva para aquellos ex soldados que carecían de toda asistencia. Aunque algunos ya estaban enrolados en las compañías del Estado, muchos ex soldados tenían empleos temporarios o informales mientras que otros estaban desempleados. Además, el gobierno de Menem estaba iniciando una furiosa campaña privatizadora de los servicios públicos y nadie sabía, salvo por promesas generalmente vanas, qué sucedería con el empleo de quienes ingresaron entre 1982 y 1983. Además, PAMI era una organización de alcance nacional mientras que los servicios médicos militares estaban disponibles sólo en zonas con grandes unidades. Así, a través de PAMI, los ex combatientes se convirtieron en parte de un sector de la sociedad argentina conocido más recientemente con el eufemismo de “*Tercera Edad*”, jubilados y pensionados, gente mayor, los “veteranos” de la sociedad. Para 1990, las organizaciones de ex soldados habían estado pidiendo pensiones del Estado argentino. Estas fueron concretadas en 1991 y las administraba el ANSSAL. Las pensiones equivalían a un salario de cabo, \$ 200 mensuales para quien pudiera probar que había estado en el Teatro de Operaciones. La lucha de los ex combatientes por la legislación nacional, a la que nos referimos en los capítulos 4 y 5 había dado sus frutos. Pero los ex combatientes no eran los únicos destinatarios del mensaje presidencial.

[...] que nadie se engañe oyendo el canto de las sirenas del escepticismo y la discordia, menos los jóvenes. La fácil es esa, sumar sus voces y sus corazones a quienes hablan por boca de los muertos, pero la Argentina viene a honrar a los héroes que ya no están físicamente entre nosotros, sobre todo, porque cree y confía en sus seres vivos.⁵⁶⁸¹ (*Clarín*, 25 de junio, 1990).

Esta advertencia estaba destinada a dos grupos: las organizaciones de ex conscriptos y a los oficiales medios y subalternos. El riesgo de que las organizaciones de ex soldados, algunas de las cuales estaban presentes en la

68 *Clarín* 25/6/90.

ceremonia, se unieran a las voces del “escepticismo y la discordia”, se atribuía a los carapintadas. Menem conocía los lazos entre los carapintadas y los ex soldados, basados en la admiración de los ex combatientes a los oficiales rebeldes a causa de su buen desempeño en Malvinas, hubieran sido o no sus jefes en combate. Los nombres de Rico y Seineldín aparecían en los panfletos que se arrojaron al final de la ceremonia, llamando a un “verdadero Ejército Nacional”. ¿Quién sino ellos con su autoridad real y mítica podrían pretender “hablar en nombre de los muertos”?⁶⁹

Su legitimidad militar y la fascinación de su retórica nacionalista, para algunos ex soldados, era un hecho. Por un lado, el desempeño militar de los dirigentes carapintada en las Islas había sido muy apreciada aún por los comandantes del Ejército en 1983. Prueba de ello es que cinco de los seis militares condecorados con la Cruz al Heroico Valor en Combate, lo fueron en mérito de sus acciones de tipo comando, y cuatro de esos cinco pertenecían a las jurisdicciones que los luego oficiales rebeldes tenían en Malvinas: dos pertenecían a la Compañía Comando 602 cuyo jefe era Rico, y dos al Regimiento 25 de Infantería, conducido por Seineldín.⁷⁰ Estas condecoraciones destacaban no sólo la valentía individual y la defensa del grupo; también definían una línea de conducta y excelencia en el desempeño de las unidades cuya marca de distinción estaba basada, como todo soldado sabe, en la excelencia de sus

69 Las fuerzas armadas estaban satisfechas con la inauguración. La guerra que habían iniciado y de la cual, habían sido protagonistas principalísimos, ahora ocupaba un sitio notorio en la gran capital argentina. Y aunque el cenotafio no ostentara símbolos de las instituciones militares, sus muertos figuraban en las placas. La maqueta original del monumento consistía en seis columnas que simbolizaban a las fuerzas armadas que estuvieron en el Atlántico Sur. Por alguna razón esas seis columnas fueron eliminadas de la construcción final. Más aún, el nombre del cenotafio, “Monumento a los caídos en el Atlántico Sur” extendía el campo de operaciones a un área de casi exclusiva responsabilidad militar y al área en disputa del Antártico, donde sólo hay bases militares y cuyos residentes son casi solamente personal militar. El monumento era uno entre varios monumentos que las fuerzas erigieron a sus unidades en la forma de monolitos y placas. Un monumento muy similar al de la Plaza San Martín fue levantado por la Armada justo frente al Hospital Naval, en 1991, y lleva el nombre de los muertos en el hundimiento del Crucero ARA General Belgrano, el 2 de mayo de 1982. Pero los nombres, también precedidos por sus apellidos, están ordenados en estricta jerarquía, la cual consta iniciando cada línea con el apellido y nombre del muerto. La misma jerarquía puede observarse en el monumento de la Fuerza Aérea, un muro de mármol negro en una plazoleta frente al Edificio Cóndor, sede administrativa de la aeronáutica, que incluye además de los muertos en Malvinas, los muertos civiles y militares en la historia de la aviación argentina y los muertos en “la guerra contra la subversión”.

70 Mientras Seineldín estuvo en la base aérea de Malvinas (el aeropuerto) durante todo el conflicto, un par de compañías del RI25 se alojaron en la costa occidental de la Isla Soledad. Así, el RI 25 recibió una gran proporción del fuego británico: el que cayó desde el 1 de Mayo sobre el aeropuerto, y el área de desembarco inglés adyacente al Estrecho de San Carlos, Goose Green y Darwin.

jefes y oficiales.⁷¹ Asimismo, oficiales, suboficiales y soldados relataban una y otra vez los actos de bravura de Rico y Seineldín, y su preocupación por sus hombres, aún bajo el intenso bombardeo inglés.⁷²

Sin embargo, su popularidad no se limitaba a Malvinas. Seineldín había entrenado a personal militar en métodos de captura e interrogatorio de prisioneros para la Guerra Sucia, y Rico había tomado parte en algunas de esas operaciones, pese a que las organizaciones de derechos humanos no los acusaban

71 Después de la rendición, los rasgos propios de los Comandos se revelaron como el ideal del buen soldado. De los seis hombres que recibieron la máxima distinción de la Cruz, cinco estaban relacionados con el entrenamiento especial de los comandos. El cabo Baruzzo, ya mencionado como ejemplo de la incompreensión pública, sirvió en la Brigada III de Infantería, pero fue comisionado para realizar actos de sabotaje e inteligencia detrás de las filas británicas en Monte Kent. Dos condecorados eran miembros de la Compañía 602, Sbert y Espinosa. Los otros dos eran oficiales jóvenes del Regimiento de Infantería 25 y ambos se habían desempeñado de manera prominente en Goose Green: eran el Teniente Segundo Gómez Centurión y el Teniente Roberto N. Estévez que fue muerto en acción; éste último condujo un contraataque en Goose Green en el que cayó el jefe británico de mayor rango, el Teniente coronel Jones (La Prensa, 4 de abril, 1983). La sexta persona condecorada era un conscripto clase '62, Hugo Poltronieri, ya mencionado en el capítulo 3, que servía en el Regimiento de Infantería Mecanizada 6 de la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires.

72 Mis notas de campo de 1991-3 están repletas de anécdotas sobre Rico y Seineldín en Malvinas; algunas revelan su heroicidad, otras su cuidado con el personal subalterno; “El Turco” Seineldín, que participó en la Operación Rosario como miembro del Ejército, revistaba las posiciones en el Aeropuerto de Puerto Argentino, que estaba a su cargo, bajo el bombardeo inglés, preguntándole a los soldados si necesitaban algo, y dándoles coraje y contención. Siempre encomendado a la Virgen del Rosario y al Sagrado Corazón de Jesús, declaró al Aeropuerto “tierra de María” y enterró un rosario en la turba para que la Virgen los protegiera. A ello atribuyen quienes cuentan esta anécdota, que el Aeropuerto siguiera funcionando hasta el final del conflicto. Por su parte, del “Ñato” Rico se decía que recorría la isla Soledad en motocicletas que él mismo había llevado, en total innovación para el Ejército, debido a las condiciones del suelo barroso y de poco sustento para vehículos pesados. Desde aquellas Pascuas, primero Rico y luego Seineldín se convirtieron en cabezas visibles y públicas del reconocimiento de Malvinas, que por ellos dejaba de ser una aventura vergonzosa de generales genúflexos a los británicos primero, y al poder político después. Así, los jefes rebeldes del “Ejército paralelo” presentaban una alternativa al clima de derrota y desconocimiento que soldados y profesionales habían vivido desde su regreso, como si nada hubiera sucedido, o con sus superiores que en Malvinas habían actuado cobardemente abandonando sus puestos de combate, o ejerciendo abuso de autoridad sin un liderazgo real. La serie de anécdotas comparaba a los comandantes británicos cubiertos embarrados y sin afeitarse, ante el impecable gobernador de las Islas. El subalterno argentino cuyas botas no habían sido lustradas o que llevaba dos o tres días sin afeitarse, era duramente castigado o se le prometía un castigo ya de regreso al continente. Esta era la percepción de muchos soldados profesionales o conscriptos, todavía entre 1989 y 1993. Los carapintadas fundaban su presencia como “verdaderos soldados” frente a los “generales de escritorio”, un término corriente entre ellos basado en hechos muy concretos sucedidos en 1982, pero también en una institución armada más acostumbrada a las oficinas que al campo de entrenamiento y de batalla. Malvinas había demostrado quién era quién en un Ejército habituado a intervenir en la disputa política nacional contra sus ciudadanos.

directamente de acciones concretas sino de defender las atrocidades que sus camaradas habían cometido. Así, la identidad de estos dos hombres como guerreros antiterroristas y entre los mejores soldados de tierra del Atlántico Sur se ponía de manifiesto en sus carreras militares por sus propias promociones y las altas distinciones otorgadas a los hombres bajo sus órdenes. Años después de Malvinas, sus camaradas de la misma fuerza y de otras aún “recordaban” que una vez que el Estado Mayor Conjunto declaró la decisión de rendirse, Rico le sugirió a Seineldín que continuaran peleando y que desobedecieran las órdenes de entregar las armas.

En la abrupta asunción del presidente Justicialista se afirmaba en medios políticos y periodísticos que Menem había negociado con Seineldín su posible jefatura del arma. Pero en el primer año de gestión, Menem cedió a las presiones internacionales alineándose económica y políticamente con el bloque occidental y apartándose del Movimiento de Países No Alineados. Para conseguir mejores condiciones para el pago de la deuda externa (Plan Brady), el gobierno argentino fue obligado a desactivar su industria militar, particularmente el establecimiento donde la Fuerza Aérea fabricaba el misil Cóndor en la provincia de Córdoba. No casualmente Córdoba fue elegida por Gran Bretaña como eventual objetivo terrestre en caso de atacar el continente, en 1982. Con el tiempo el ejército oficial se consolidó, las puertas de promoción de los carapintadas se cerraron tanto como las chances de Rico y Seineldín de ocupar cargos de dirigencia. La elección del teniente general Martín A. Balza como Comandante en Jefe del Ejército operaba en este sentido. De ahí en adelante, Rico y Seineldín se volvieron a la actividad política levantando las banderas de la soberanía nacional, la justicia social y el antiimperialismo, banderas que, según ellos, Menem había arriado. Malvinas era una base perfecta para su campaña política pues los reunía, desde el ángulo nacionalista doctrinario y también del populista, con un extenso sector simpatizantes del peronismo ortodoxo y de la izquierda.⁷³

Las “sirenas”, entonces, podían atraer a algunos ex soldados que había empezado a tomar distancia del movimiento de ex combatientes. Este giro, que abarcaba a un número creciente de ex soldados, será el tema del capítulo 8. Basta decir por ahora que para 1990 Menem estaba bien al tanto del hecho de que muchos de ellos adherían a la retórica y a la práctica subsiguiente de los ideales nacionalistas. Por eso, el presidente llamó a cada uno a ocupar su “puesto de combate” que no era el de la revuelta ni la calle.

73 No casualmente, Rico y Seineldín se convirtieron en conductores de grupos políticos que incluían tanto a nacionalistas doctrinarios como a comunistas maoístas, ex montoneros y algunos sectores del Justicialismo desilusionados de la política “entreguista” y “antinacional” del presidente Menem.

[...] la oficina, la butaca de un tractor, los cuarteles, el pupitre de una escuela, el sillón académico, el taller y la fábrica o la pantalla de una computadora y el púlpito de una Iglesia, así también el esfuerzo de la práctica deportiva (*Clarín*, 25 de junio, 1990).

El mensaje era claro; los militares deberían permanecer en las unidades más que tomar parte en la política.

Para decepción de muchos argentinos y militantes de derechos humanos, Menem estaba por extender el indulto a los miembros de la junta que estaban presos. Así, la última rebelión militar conducida por Seineldín el 3 de diciembre de 1990, fue seguida por la prisión y juicio oral y público de ese coronel y otros oficiales y suboficiales, y por la libertad de las Juntas del PRN incluyendo a los generales Videla, Viola y Galtieri.

Este proceder abría las puertas para el desorden interno pero pese a la turbulencia política, el uso que Menem hizo del monumento permaneció fiel a su inspiración original. La ceremonia inaugural actuó el luto, la unidad nacional y los reclamos de soberanía mientras asuntos internos tales como “el canto de sirenas” y los panfletos convocando a la causa de Seineldín y su “Verdadero Ejército Nacional” no aparecían como razón suficiente para modificar la presencia oficial en esta novísima área de la Plaza San Martín. El presidente descubrió el monumento invocando a la memoria y al homenaje institucional, yendo y viniendo por la vereda y la escarapela que conectaba las placas con Avenida del Libertador y, al otro lado, la *Plaza Britannia - Fuerza Aérea Argentina*. El eje internacional del cenotafio fue mantenido a lo largo de toda la ceremonia, y el lado argentino estuvo encabezado por el Jefe de Estado en una liturgia extremadamente formalizada. La inauguración del monumento fue, así, la actuación de los propósitos de Menem –honrar a los muertos y recordar el reclamo de soberanía– y el evento de cierre en un proceso arduo y controversial de recordación. Este proceso controversial giró en torno al legado político del PRN. Su legado no era tan sólo la pérdida de las Islas, la derrota internacional y los 650 nombres de las placas. Los desaparecidos y la Guerra Sucia emergieron en diversas ocasiones, aunque indirecta y sutilmente en la estrategia recordatoria de Menem y su memorial.

Dado que las islas estaban lejos del continente, el presidente restauraba la soberanía sobre un territorio nacional estableciendo un sitio para recordar a los muertos de Malvinas en el centro de Buenos Aires. En efecto, esta estrategia podría comprenderse como una política de reterritorialización, esta vez reinsertando cuerpos –en realidad, nombres– en la política. Invirtiendo las premisas del PRN y de otros gobiernos previos, Menem llevó a cabo tres operaciones simultáneas. Al construir un monumento, la segunda gestión de-

mocrática desde 1983 se las arregló para introducir un pasado controversial en las negociaciones políticas sobre las dos cuestiones más calientes heredadas del PRN. Al homenajear a los caídos en la guerra de Malvinas –ex soldados, suboficiales y oficiales– Menem usó el reconocimiento de quienes murieron en las islas para aplacar a los oficiales retirados que pedían la liberación de los acusados por violaciones a los derechos humanos. La tercera Junta sintetizaba las dos cuestiones, ya que el Gral. Galtieri había estado involucrado en ambas como alto jerarca del Segundo Cuerpo de Ejército en 1976, y como presidente de la iniciativa malvinera.

Igual que Alfonsín, Menem buscó integrar a los rebeldes y a los comandantes del PRN a la sociedad argentina. Su objetivo era cerrar un pasado que todavía obstaculizaba su administración. El símbolo de “nación” fue usado como un medio para establecer la unidad no partidaria; los muertos eran un medio adecuado para levantar dicha unidad invocando razones humanitarias, más aún dado que la mayoría de los argentinos tenían sus propios muertos. De ahí el tono de duelo funerario del este monumento llamado “cenotafio”. Sin embargo, la estrategia política de Menem facilitó usos inesperados del tiempo y el espacio que desafiaban, aún, sus propios intentos de cerrar el pasado en una reconciliación ni original ni posible. Aquí yacía su contradictoria, aunque audaz política de la memoria.

Capítulo 7

VETERANOS DE GUERRA. ENVEJECIENDO EN EL DUELO

La inauguración del cenotafio de Malvinas revelaba la estrategia del gobierno de Menem tendiente a convertir el tiempo pasado en un espacio de duelo fune-rario, y el reclamo por las Islas en una cuestión pendiente, intentando a la vez clausurar las oposiciones del pasado doméstico y preservar la actualidad de la causa internacional. Pero además, partes del discurso presidencial sugerían que algunos ex soldados habían adoptado una imagen de sí mismos distinta a la de los ex combatientes. Este capítulo trata sobre las razones que coadyuvaron a esta modificación identitaria de los ex soldados, sobre su perfil y sus efectos en las or-ganizaciones de ex soldados y en las políticas sobre los usos del pasado nacional. El monumento a los caídos en Malvinas se convirtió en el principal escenario para los primeros despliegues de una nueva identidad que, sin embargo, no era inconsistente con la mayoría de los reclamos de los ex combatientes, ni tampoco con sus elementos fundantes. La principal similitud era que Malvinas seguía siendo recordada como una guerra interna y que los ex soldados ocupaban una categoría no establecida en el marco clasificatorio de los argentinos. Similitudes y también diferencias comenzaban a desplegarse el día mismo de la inaugura-ción, y se hicieron públicas en 1991, el noveno aniversario del 2 de abril.

LA OTRA INAUGURACIÓN: LOS VETERANOS DE GUERRA

Uno de los destinatarios del discurso presidencial estaba allí en la Plaza: por-taba banderas argentinas, era reportado por los periodistas y cantó estribillos como el habitual “volveremos” en diversas instancias del acto, especialmente cuando el Presidente, el Ministro de Defensa y el intendente metropolitano descubrieron el muro con las placas. Eran los “jóvenes”, muchos de los cua-les estaban nucleados por la Federación de Veteranos de Guerra que, como su antecesora la Coordinadora, aspiraba a representar a los ex soldados sobre una base territorial nacional. Los dirigentes de la Federación habían invitado a participar del acto con el uniforme que cada “veterano” había utilizado en el

Atlántico Sur. Este elemento, frecuentemente invocado en las convocatorias a los desfiles, marchas y movilizaciones de ex soldados, era un mecanismo por el cual se buscaba establecer su autenticidad, resguardando la continuidad histórica entre los manifestantes y su paso por el Teatro de Operaciones. Sin embargo, a su regreso a las unidades militares del continente los soldados habían recibido nuevos uniformes en mejores condiciones que las que traían del sur. Los soldados sólo pudieron guardar una que otra prenda “original”.

A través del uniforme, que podía o no ser similar al utilizado en su conscripción o en las islas, los miembros de la Federación se construían a sí mismos ya no como “ex combatientes” sino como “veteranos de guerra”. Quienes abogaban militantemente por esta denominación solían aclararle a sus interlocutores que “no somos ‘ex combatientes’ ni ‘ex nada’”, pues seguían combatiendo por la misma causa que los habían llevado al sur. Esta postura, con claro y directo precedente en la declaración de principios del Centro de Ex Soldados de Buenos Aires, y en el acto de Plaza Britannia de 1983, se utilizaba ahora como argumento de una reformulación identitaria. El término “veterano”, utilizado en el ámbito institucional militar y en la Casa del Veterano de Guerra, incluía a todos los rangos militares; ahora los ex soldados se lo autoasignaban.

Este sector celebraba la inauguración pero lamentaba que el acto no se hubiera realizado en la fecha prevista del 10 de junio, cuando la Federación logró reunir a un gran número de camaradas de todo el país para velar frente al Monumento y durante toda la noche a sus camaradas caídos, aún antes de que las placas fueran descubiertas (*Clarín*, 25 de junio, 1990). Los dirigentes coincidían con el Presidente en que el cenotafio marcaba un posible final del olvido y del anonimato. Esta esperanza de reconocimiento parecía ratificarse en las promesas presidenciales de cobertura social a quienes habían servido a la Patria.

Sin embargo, no todos los ex soldados asistieron a la ceremonia. Algunos denostaban el rótulo de “veteranos” y consideraban que el cenotafio era un engaño. Las organizaciones de quienes seguían adscribiéndose como “ex combatientes” llamaron a no concurrir a la Plaza San Martín mediante una solicitada que se publicó ese domingo, bajo el título de “En memoria a los caídos en Malvinas. Basta a esta farsa”, de la Coordinadora Nacional de Centros de Ex Combatientes de Malvinas, en *Nuevo Sur*, 24 de junio, 1990). Allí acusaban al gobierno de buscar rédito político aún cuando carecía de “una auténtica política de defensa del patrimonio nacional”, emprendía una política privatizadora de las empresas públicas, en muchas de las cuales trabajaban ex soldados, e intentaba reestablecer las relaciones con Gran Bretaña mientras ignoraba la cuestión de la soberanía por las Islas⁷⁴.

74 Los ex soldados se referían a la política del “paraguas diplomático” instaurado al mes de la asunción de Menem, por el cual se reanudaban las relaciones diplomáticas sin que ello implicara pronunciamiento sobre el status de Malvinas por ninguna de las partes.

La política del poder ha sido la desmalvinización, el indulto para los responsables de la derrota, de la traición, de los crímenes, ha sido el ocultamiento de los rostros de los ex soldados, la censura de sus ideas y sus denuncias, la infiltración en sus organizaciones, el boicot preciso y descarado para la aplicación de las leyes que los mismos ex soldados conquistamos (Ibíd.).

Estos grupos políticamente afines a la Coordinadora, acusaban al gobierno por su política de “traición”, “entrega” e “infamia”, términos habituales en la retórica nacionalista argentina. Según ellos, la visibilidad material del monumento contribuía no a la memoria sino al olvido de las condiciones de la derrota, de la vergonzante recepción de las tropas, de la indiferencia de la sociedad y del Estado, de las presiones militares y de los servicios de inteligencia sobre las organizaciones de ex soldados y sus demandas. Bajo la “farsa” del homenaje a los caídos, el gobierno ocultaba su verdadera política desnacionalizadora y antinacional. Por eso, para los “ex combatientes” el Monumento sólo sería legítimo cuando fuera “parte del reconocimiento del Pueblo para con los que combatieron al imperialismo, a la OTAN, a la dupla de ejércitos y logística y armamentos y tecnología más poderosa del mundo”, léase Gran Bretaña y los Estados Unidos. Sólo [...] cuando el Pueblo lo haga suyo, cuando haya pequeños monumentos hechos casa, educación, trabajo, salud, en cada uno de nosotros, es decir en cada argentino. Por todo esto queremos repetir que de monumentos y desfiles NI HABLAR. Que los ex soldados combatientes de Malvinas queremos hablar de otras cosas [...] Que queremos huevos y no gambetas y tajadas de agua [...] (Ibíd.).

La “Coordinadora Nacional de Centros de Ex Combatientes de Malvinas”, el primer nucleamiento de proyección nacional de organizaciones de ex soldados nacido poco después del regreso de las islas, proponía iniciar “un profundo HABLAR de Malvinas” (Ibíd.) basado en la implementación de medidas concretas entre el Estado, los sectores populares de la sociedad (el Pueblo) y los ex soldados combatientes. Sus demandas se referían principalmente al frente interno de la Argentina y nuevamente se exponían frente al Estado. La memoria de los muertos sólo tendría sentido en el Pueblo y en su bienestar, los verdaderos “monumentos hechos casa, educación, trabajo, salud [...]” (Ibíd.). Por esto, para la Coordinadora “la memoria de los caídos en Malvinas”, tenía como interlocutor principal al gobierno del olvido al ocultar sus verdaderas intenciones de “entregar el país” emplazando el cenotafio precisamente en la encrucijada simbólica que los ex combatientes, o sea ellos mismos, habían inaugurado el 2 de abril de 1983.

Así, para 1990 el campo de Malvinas había cambiado; ni las FF.AA. eran una institución unificada, ni los ex soldados eran un bloque homogéneo. En verdad, las instituciones armadas estaban lejos de la unidad, especialmente después que Malvinas profundizó la brecha entre comandantes y oficiales subalternos e intermedios. Pero, como vimos, el conflicto entre las líneas militares había emergido por los juicios por violaciones a los derechos humanos durante la Guerra Sucia, no por la mala conducción en el campo de batalla internacional. Las controversias intramilitares que suscitaba Malvinas eran, en verdad, el reverso de la guerra antisubversiva. Desde la perspectiva de los cuadros profesionales, la Guerra Sucia había sido un éxito, pero resultó en un contragolpe político de una causa injusta para la sociedad, mientras que Malvinas, un reclamo nacional sostenido como justo por la mayoría de los argentinos, había terminado en una clara derrota militar. Quien le mostró a los militares una vía para resolver su problemática imagen pública fue el presidente radical, pues si lo que desencadenó la rebelión militar de 1987 fueron los juicios por derechos humanos, Alfonsín intentó reintegrar a los rebeldes a la nación en virtud de su desempeño “heroico” en las Islas, invocando de paso a Malvinas como una causa de unidad de los argentinos. Desde entonces, los *carapintadas* se apropiaron de la imagen de “héroes de Malvinas” y que les obsequió Alfonsín y se pusieron al amparo de su desempeño en la guerra internacional, alentando y recreando su memoria, mientras que ubicaban la publicidad de la cuestión de los derechos humanos en un lugar secundario.⁷⁵

Cuando Menem inauguró el monumento, la división del movimiento de ex soldados ya estaba muy avanzada y él sabía que dicho movimiento había sido alcanzado por la línea de clivaje al interior de las FF.AA. Si, por su parte, los ex combatientes y los veteranos venían elaborando sus identidades públicas en oposición a otros sectores civiles y militares, tratando de distanciarse de los civiles ignorantes u “olvidadizos” de la cuestión bélica y de los dictadores militares, en 1990 los veteranos se ubicaban públicamente como la única voz de los ex soldados, contra los comandantes “de la derrota”, aparentemente muy próxima a los oficiales rebeldes con quienes parecían identificarse en virtud de una experiencia de guerra, y de un sentimiento nacionalista común. La proximidad no se remontaba entonces al período 1976-80, sino a 1982.

Sin embargo, y como lo reconocían las dos dirigencias, la brecha entre los dos grupos de ex soldados se debía, en parte, a razones ideológicas. Esta diferencia era bastante notoria en la retórica y la simbología, pero se hacía más evidente

75 Uno de los dirigentes de la Federación me dijo que para Seineldín Malvinas había sido la única guerra de las Fuerzas Armadas argentinas en el siglo XX. Esto quizás esté vinculado al hecho de que la Federación no lleva la palabra “Malvinas” en su nombre.

como un recurso para identificar al enemigo en la acción política. Los *ex combatientes* seguían concibiendo al rótulo de “veterano” como propio de las esferas castrenses; a la luz de las rebeliones militares los ex combatientes juzgaban que al elegir el término “veterano”, algunas organizaciones trataban de insertarse en “la interna militar” e involucrarse con el movimiento de los rebeldes contra el Estado Mayor. Esto no sólo implicaba un acuerdo ideológico que la mayoría de los dirigentes ex combatientes deploraban como “fascista”; también abría a los ex oficiales y ex suboficiales el acceso a las organizaciones de ex soldados y a sus memorias de la guerra. Para los ex combatientes, los veteranos estaban siendo manipulados por los oficiales rebeldes, convirtiendo a los ex soldados en “pichones de milico”. Esta imagen confirmaba viejos temores que ya vimos aparecer en 1983/4, de que los ex soldados se convirtieran en la cuña militar de la Argentina democrática. Los ex combatientes, que entendían que los oficiales rebeldes predicaban un nacionalismo católico a ultranza y un fundamentalismo militar, y que al adoptar esta perspectiva los veteranos de guerra se apartaban del movimiento de las juventudes, y se acercaban peligrosamente a sus victimarios. Por su parte, los veteranos acusaban a los ex combatientes de estar infiltrados por grupos de izquierda y de ser corresponsables de la desafortunada imagen de “chicos” como menores y víctimas en lo que debía recordarse como una gesta heroica. Muchas de estas críticas se expusieron en la ceremonia del 2 de abril de 1991 que describiré en la próxima sección.

Pero la diferencia más importante entre las dos líneas de ex soldados no era ideológica sino política, ya que los veteranos estaban queriendo entrar en la política nacional desde su identidad de ex soldados de Malvinas. Tal decisión, y quizás la división al interior del movimiento de ex soldados, probablemente haya sido alentada por la estrategia de Menem con respecto a Malvinas, lanzando beneficios sociales para los ex soldados, otorgándoles honores oficiales y, poco más tarde, creando una Dirección Nacional del “Veterano de Guerra” en la primera línea del Poder Ejecutivo Nacional, y protagonizada, aunque no encabezada, por un sector de los ex soldados.

Precisamente uno de los objetivos de la Federación era su incorporación al Gobierno Nacional, para asistir a todos los ex soldados desde una posición que garantizara el mejor y más directo acceso a los recursos del Estado nacional. Huelga decir que este objetivo quebraba la clásica perspectiva de los ex combatientes según la cual los ex soldados de Malvinas debían mantenerse como un sector igualitario en la oposición, sin someterse a los compromisos de participar en la política partidaria ni oficial.

Sin embargo, las diferencias políticas e ideológicas que conllevó este proceso de división y renombración preocupaban más a los dirigentes que a las bases. Así, por ejemplo, algunos autodenominados “veteranos” permanecieron

en las organizaciones de ex combatientes, mientras uno de los firmantes de la solicitada de la Coordinadora era la Casa del Veterano de Guerra.⁷⁶ Más aún, los miembros de las nuevas organizaciones de veteranos suelen emplear la palabra *ex combatiente* en su lenguaje corriente, e incluso en las FF.AA., los términos *ex combatiente* y *veterano* se usaban indistintamente para referirse a profesionales y civiles que pelearon en el sur. Finalmente, algunos líderes de la Federación fueron socios fundadores del *Centro de Ex Combatientes* de Buenos Aires y habían compartido su postura “nacionalista de izquierda”.

A un nivel organizativo, los ex soldados ya fueran ex combatientes o veteranos, se agrupaban territorialmente y, pese a que este criterio se superponía a la jurisdicción militar (p.e., la mayoría de los ex soldados del nordeste habían servido en la III Brigada de Infantería y sus unidades distribuidas en la zona (Curuzú Cuatiá, Mercedes, Monte Caseros y Paso de los Libres), sus organizaciones tomaban el nombre de la localidad de base (*Centro de Veteranos de Guerra de Curuzú Cuatiá*, *Centro de Ex Soldados Combatientes de Corrientes*, etc.). Los ex soldados eran invitados a los encuentros de sus organizaciones por pertenecer al centro de tal o cual ciudad, pueblo o provincia.

En los primeros días de la posguerra, las fronteras relevantes entre ex soldados se levantaban con respecto a las FF.AA. –ningún militar profesional podía integrar los centros de ex combatientes– y con la sociedad en general, pues ningún civil que no hubiera ido a Malvinas o a sus inmediaciones, ocupando un sitio en el escenario bélico (Georgias del Sur, Malvinas y Atlántico Sur) podía integrarlos. “Ex soldado combatiente” significaba no ser ni militar profesional ni civil, sino ser civil con un pasado militar en activa defensa de la Patria. Ahora, en los 1990, el nombre de veterano establecía una nueva frontera con los “ex combatientes”, por un lado, y con los “civiles”, por el otro, como mostraré luego. Sin embargo, y pese a que los alineamientos de ex combatientes y veteranos con respecto a los militares profesionales eran diferentes, las bases organizativas y la visión del pasado argentino y de Malvinas que ambos sustentaban permanecieron sin grandes cambios, igual que la imagen pública de los ex soldados. Esto se manifestó claramente en el noveno aniversario del 2 de abril.

76 Esta postura era evidente en la publicación de un mensuario para honrar a los muertos y a la memoria de Malvinas, la causa y la guerra, que eventualmente incluía artículos críticos a las medidas oficiales “antinacionales”, como la privatización de las compañías públicas, y a los comandantes del Atlántico Sur.

UNA DOBLE CONMEMORACIÓN

Un brazo emerge del Estrecho de San Carlos enarbolando la bandera argentina celeste y blanca. El afiche, pegado en los puntos de mayor circulación de la ciudad de Buenos Aires, invita en letras negras a un acto para el martes 2 de abril de 1991 a las 5 de la tarde, en el Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur. Su lema es:

Por la Gloriosa Gesta de Malvinas
La Nación se pone de pie

Invitan tres organizaciones: la “Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina” (en adelante FVGRA), la “Juventud ‘Generación Malvinas’” y la “Comisión Permanente de Familiares de caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur”.

Llegada al lugar minutos después de las 17, escucho desde la barranca un silencio inesperado: los actos de fuerzas sociales y políticas, las movilizaciones y las marchas suelen comenzar bastante después de la hora prevista. Diviso entonces a un grupo de gente, hombres en su mayoría, algunos sobre un palco de madera y metal, un micrófono y la bandera argentina flameando en lo alto de un mástil. Cruzando la avenida está la Torre de los Ingleses y la ex Plaza Britannia, escenario del “tumultuoso” acto de 1983. El carillón da las 17 y cuarto.

El acto correspondiente al noveno aniversario de la recuperación de las Islas ha comenzado, pero no es aquel al que creí haber sido convocada por los afiches callejeros. Sobre la “escarapela”, a un costado de las placas, se levanta el palco municipal, como en el día de la inauguración. Pero en vez de periodistas, esta vez lo ocupan hombres de avanzada edad, miembros de los Centros de Oficiales de las FF.AA. y conocidos dignatarios de otras épocas –militares retirados– y ex presidentes de gobiernos de facto: el almirante Isaac Rojas, vicepresidente del segundo gobierno de la Revolución Libertadora (1955-58); los generales Juan Carlos Onganía (1966-69) y Roberto Marcelo Levingston (1970-71), presidentes del régimen militar iniciado con la autodenominada Revolución Argentina (1966-73). También están las autoridades de 1982: el ex gobernador de las Islas Malvinas, general Mario Benjamín Menéndez, y los tres comandantes en jefe durante el conflicto, Galtieri, Anaya y Lami Dozo. El ex presidente constitucional entre 1958 y 1962, Arturo Frondizi, dirigente del Radicalismo Intransigente⁷⁷ y adalid del proyecto modernizador “desarrollis-

77 Frondizi fue posteriormente el creador del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) que se estrenó electoralmente el 11 de marzo de 1973.

ta” que cayó con su creador bajo las presiones golpistas de las FF.AA., integra llamativamente el grupo. Flanquea el lado norte del palco una guardia de Infantería del Ejército en su uniforme de fajina y rodeando el mástil una guardia de los Granaderos a Caballo con su uniforme histórico.⁷⁸ Lee su discurso un general retirado y presidente del Círculo Militar, Osiris Villegas.

Antes de descender por la barranca al pie del Monumento para sumarme al escaso público, una voz arrastrada y aflautada irrumpe en la ceremonia;

- Y llevaréééé... en miiii oííííidos ... la más maraaa...villosa música
... que es ... la música del ... puuuueblo.

El hombre de unos 40 años mal llevados no parece pertenecer a ninguno de los sectores del acto; su andar inseguro denuncia una avanzada borrachera, la evidente responsable de su inoportuna intervención: gritar en plena ceremonia la frase del célebre saludo final que Eva Perón emitió por radio en 1952 poco antes de morir. A los hombres del palco la frase debe resultarles extremadamente familiar. Tras su breve y dificultosa alocución, el borracho se aleja haciendo denodados esfuerzos por no rodar barranca abajo.

En el Monumento se respira un clima de hostilidad y confusión que, seguramente, comenzó antes de mi llegada. Hay en verdad, una multitud inquieta que se mueve de aquí para allá: son jóvenes que han concurrido al acto de la Federación: son veteranos de guerra que de vez en cuando lanzan algún impropio o una colectiva silbatina. Pero el hombre del discurso oficial continúa imperturbable, destacando la voluntad soberana de recuperar las Islas, y el carácter pacífico de la República Argentina que ha sido obligada a emprender una acción bélica por la política dual de Gran Bretaña. Su perfecta lectura se derrama sobre una escasa audiencia de 100 personas, con palabras cuidadosamente elegidas y algo grandilocuentes. El conflicto de Malvinas se enmarca en la lógica Este-Oeste, en la falta ética del bloque Occidental conducido por los EE.UU. y la Comunidad Económica Europea, que desde su alianza contra la occidental y cristiana Argentina han contribuido a profundizar la “infiltración ideológica” soviética en el hemisferio. El General dimensiona la política exterior del gobierno de Menem y su intento de reanudar las relaciones con Gran Bretaña advirtiendo que esta decisión [...] no desprende, no está por encima del honor de la República. Para que las relaciones bilaterales sean fecundas y duraderas deben estar cimentadas en la verdad, elaboradas con justicia, de ninguna manera en la claudicación nacional.

78 Los Granaderos a Caballo son un regimiento histórico que desempeña funciones ligadas al ceremonial oficial. Por consiguiente, su aparición pública se realiza con el uniforme histórico que utilizó la fuerza de caballería de San Martín a comienzos del siglo XIX. Otros regimientos históricos son los Húsares, los Patricios, los Coraceros de Lavalle, etc.

La retórica de la necesaria igualdad entre las naciones se funda en el honor de una entidad al constituirse como país, la República Argentina. “Un pueblo puede perder su vida pero no su dignidad”, señala. En un mundo de naciones, no de imperios, la política debía haber seguido los lineamientos de la alianza para combatir a un enemigo ideológico común, el Marxismo internacionalista, pero también para consolidar las demandas justas del anticolonialismo. Ante el fraude materialista de la OTAN y su socio mayor, los EE.UU., América Latina se ha reencontrado durante Malvinas gracias a la mediación peruana, al apoyo venezolano, panameño y guatemalteco, y al soporte brasileño y uruguayo. El subcontinente es, con la Argentina, el vencedor moral de la contienda. Y como si ratificara la prédica criolla de los independentistas de comienzos del siglo XIX, señala que “América Latina era el único continente europeo fuera de Europa...”⁷⁹ Ahora, Latinoamérica guarda los profundos valores que Europa ha perdido. Por eso la razón la asiste. Citando al fundador de la ensayística histórica malvinense en la Argentina, el francés Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional en los significativos años del cambio de siglo,⁸⁰ vaticina:

‘Tiempo vendrá en que la Argentina junto con el derecho de hacerse justicia tendrá también los medios’. A nuestro entender ésta es una empresa nacional que no es imposible cuando se den las circunstancias.

La solemnidad del discurso suele ser interrumpida por algunos gritos de disconformidad del grupo de jóvenes inquietos. Dos mujeres de unos 50 años, sentadas en la barranca, le espetan un genérico “¡hijos de puta!” a las figuras del palco. Ahora sé que quienes convocaban al acto al que yo esperaba asistir no están en el escenario, ni a cargo del discurso. Se trata, en vez, de la ceremonia del Círculo de Oficiales Retirados de las Fuerzas Armadas que, año tras año, se venía reuniendo en la Plaza San Martín, al pie del monumento al Libertador. En este 2 de abril cuentan ya con un monumento, un nuevo espacio malvinero en plena Capital Federal.

Mientras tanto los jóvenes se han ubicado detrás del palco, al lado de los camiones del Ejército que transportaron a las tropas de Infantería. Algunos logran imponer cierto silencio en sus propias filas y contener las voces hostiles especialmente dirigidas contra el ex gobernador de Malvinas y el almirante Rojas, uno de los pocos que viste de uniforme. Galtieri, Lami Dozo y Anaya, Levingston y Menéndez visten de traje; su pasado militar sólo lo recuerda alguna insignia en la solapa izquierda.

79 Notas de campo.

80 Groussac 1936/1982; Noel 1979; Orgambide & Yahni 1970; Quattrocchi-Woissou 1992::45, 61.

Sucede a Villegas un locutor profesional que anuncia los próximos pasos del acto: el depósito de una ofrenda floral:

[...] la corona de laureles que simboliza el homenaje de las Fuerzas Armadas de la Nación y las Fuerzas de Seguridad a la memoria de quienes ofrendaron sus vidas en cumplimiento del deber.

Malvinas y quizás otros acontecimientos caben en este homenaje. La corona ofrenda de la corporación militar es portada por tres uniformados: uno de Ejército, otro de la Armada, y otro de la Aeronáutica; los acompañan los presidentes del Círculo Militar (Ejército), el Centro Naval, el Círculo de la Fuerza Aérea y el Círculo de Oficiales de las FF.AA. El grupo avanza hacia las placas al son de silbatinas y puteadas de elevado tono proveniente del grupo de jóvenes que está ahora atrás del palco. Pero al momento de depositar la corona, las voces cesan. El locutor anuncia: “Y ahora todos quienes participamos en esta ceremonia nos aprestamos a rendir nuestro emocionado homenaje a través del silencio, a la memoria...”. Todos callan:

[...] para testimoniar nuestro homenaje y nuestro recuerdo. Se disponen ya al arrió del máximo símbolo que sintetiza la unión de todos los argentinos. Nuestra enseña nacional.

La bandera celeste y blanca desciende lentamente por el mástil. La memoria por los caídos y la bandera imponen la unión en el silencio, tras de lo cual regresan las voces desafiantes: “¡Hijos de puta!”.

A las 17:30 el acto de homenaje de las FF.AA. y de Seguridad ha terminado. Las autoridades del palco y de cuatro décadas de vida política argentina bajan por una escalerilla lateral del palco y desaparecen correcta y velozmente del lugar. Las marchas militares ejecutadas por la banda oficial son ganadas repentinamente por otra marcha: es la Canción del Veterano de Guerra.

Se estremece la Patria el 2 de abril,
la Argentina tiene un nuevo amanecer...

Las estrofas fueron escritas en la posguerra por un folklorista de música “su-
rera”, milongas, cifras y malambos de la pampa bonaerense. Hombres y mujeres van ocupando la escarapela alrededor del mástil. Son quizás unas 500 personas.

Sube al palco un joven de la organización que ha convocado al acto. Intentando darle inicio lo más rápido posible, lo acompañan otros jóvenes, la mayoría con indumentaria militar. Se suceden febriles pedidos de silencio y

de orden en el recambio de los asistentes. Desde el micrófono el joven locutor amateur, sumergido en su uniforme verdeoliva y con el cabello largo atado sobre la espalda, tiene problemas para encauzar el acto.

Por favor. Por favor, todos los veteranos de guerra, por favor, un minuto por favor, por favor, silencio por favor, silencio. Un minuto por favor.

Lograda una relativa calma necesita aclarar un malentendido y el carácter de la ceremonia que vendrá.

Ha finalizado un acto que no era el nuestro. Va a empezar el verdadero acto en el cual invitamos a toda la sociedad, al pueblo argentino que está acá (con el dedo índice de la mano derecha apunta al suelo) con los veteranos de guerra. Ahora va a empezar un acto ordenado. A pesar de que se montaron sobre nuestro acto no hemos generado disturbios. Solamente hemos puesto de manifiesto nuestra reacción enérgica contra los que vienen y usurpan los verdaderos actos de los veteranos de guerra. Por favor, organizados vamos a iniciar nuestro acto.

Aclaraciones y reiterados pedidos de orden marcan un desafío. Por primera vez en la posguerra los actos que antes se localizaban en distintos puntos de la ciudad o la plaza, se han reunido en un mismo escenario. El riesgo de la confusión motiva la consiguiente pregunta: ¿qué relación existe entre los dos actos? ¿Se trata acaso de dos actos diferentes, o de uno sólo? El reclamo de orden no sólo busca “ordenar” a la asistencia y a un grupo de protagonistas alterados por el robo del Monumento/escenario, sino también mostrar la capacidad de la organización convocante de llevar a cabo una ceremonia correcta y prolija, pese a los contratiempos.

Los veteranos afirman que se trata de dos actos, pero sólo uno es el “verdadero”; es el que corresponde a los veteranos que convocaron y asistieron, y el “pueblo argentino que está acá” en la Plaza, en ese momento, para esa ceremonia y fecha. Los “veteranos” son bastante parecidos a los ex combatientes del ‘83. Algunos son las mismas personas. El otro acto corresponde a “los que vienen y usurpan” el acto de los veteranos y el Monumento a los Caídos, el flamante territorio malvinero de la Capital.

Replican entusiastas aplausos y los ahora autoinvertidos como “veteranos” se disponen en los espacios del Monumento, unos sobre el palco y otros en “el playón” de la escarapela.

Por favor todos los veteranos de guerra formados. Únicamente los veteranos de guerra formados en el playón, las banderas adelante.

[...] Por favor los veteranos de guerra [...] Por favor (a otro veterano) yo te voy a presentar a vos. (Respondiendo a un joven que grita desde el llano haciendo algún pedido el locutor corrige). Momentito que ya está el organizador acá. Por favor, bueno, por favor, ahí nomás, ahí nomás, a ver si se abren un poquito del mástil y quedan los veteranos que van a [...] por favor por favor por favor. Arce (se dirige a otro veterano) Arce, (intenta que se concentre en la tarea) Saludo uno (el locutor hace la venia y hay aplausos). Bueno, momento, momento, ¡pará, ¡pará! Acá Rubíes (otro veterano) va a hacer las presentaciones y va a ser el encargado de abrir este acto. Por favor, entonces, a continuación damos inicio al acto.

A pesar de las invocaciones de orden y a diferencia de la formalidad del acto anterior, cada paso debe ser explicitado entre quienes se empeñan afanosamente por encauzar el acto; unos y otros, arriba y abajo se imparten instrucciones, hacen bromas y establecen las acciones a seguir. El contraste con los actos oficiales y militares con su ceremonial preestablecido, es demasiado notorio para quienes estamos allí desde las 5 de la tarde.

Los veteranos de guerra, que son la mayoría de los presentes, visten prendas militares en los diversos tonos del verdeoliva, pero muy pocos llevan íntegro el uniforme de infantes de marina o de ejército. La mayoría prefiere el mimetizado o “de camuflaje” con distintos tonos de verde, negro y marrón. Las combinaciones son múltiples: chaqueta mimetizada y pantalón verde; sólo la chaqueta o los pantalones o el blusón, el cinto, los borceguíes, el birrete, una boina negra o roja. Otros “de civil”, llevan alguna medalla o insignia pendiendo del cuello o sobre el lado izquierdo del pecho de la camisa. La heterogeneidad es similar al acto del ‘83, pero abundan los mimetizados y medallas.

En apenas unos minutos el aspecto de la concurrencia se ha modificado también en otro aspecto. De los altos oficiales y demás asistentes, algunos de ellos mujeres, vestidos elegantemente y de tez generalmente blanca –excepto, como gustaba autodenominarse, el “Negro” Anaya⁸¹–, se ha pasado a un potpurri de hombres jóvenes, algunos morenos, que no ocultan su dentadura accidentada en cada grito, en cada ¡Viva! o en cada sonrisa. El cabello corto distintivo del aspecto militar, ha cedido ante los largos rulos, los pelos largos con cola de caballo, algunos cortes militares, y numerosas “chuzas” negras famosas en la Argentina por sus connotaciones políticas, tomadas como diacríticos para designar despectivamente a los seguidores de Perón en el ‘45, los “cabecitas negras”. Algunos veteranos van acompañados de sus

81 Jorge I. Anaya, comandante en jefe de la Armada durante la tercera junta militar y uno de los mentores de “la recuperación”, procede de una familia boliviana.

hijos pequeños. Estos jóvenes de 27 años de edad contrastan con otros dos grupos presentes: un reducido núcleo de estudiantes de secundaria de impecable saco azul, pantalón gris, crucifijo, y cabello muy corto; y un grupo más extenso de hombres y mujeres mayores que deambulan y se detienen de vez en cuando delante de las placas.

El “verdadero acto” comienza cuando se ha logrado deponer a los usurpadores del palco y el primer locutor cede la coordinación al “encargado del acto” quien anuncia el próximo paso:

–Primero se va a hacer un minuto de silencio en homenaje a los caídos por la gesta de Malvinas. Veteranos de guerra: ¡abajo las boinas!
¡Bandera!

El “encargado” debe instruir a una tropa que no parece haber hecho carne ciertas reglas de etiqueta del ceremonial, como descubrirse la cabeza al izar la bandera. El encargado debe repetir “bandera, bandera” para que dos veteranos encargados de izar el pabellón se quiten su boina antes de comenzar. El clarín ejecuta el minuto de silencio para izar una nueva bandera ya que la utilizada en el acto anterior fue retirada junto a la banda militar. Del primer acto sólo queda la corona de laureles contra el zócalo bajo las placas, el equipo de sonido y el palco.

La bandera asciende lentamente al son del minuto de silencio ejecutado por un hombre mayor con un toque de clarín. Pero como la bandera de la Federación es más pequeña que la del Círculo de Oficiales, el clarinista debe ingeniárselas para alargar el toque hasta que el pabellón llegue al tope del mástil, parece una música compuesta para pabellones más grandes o para mástiles más cortos. Mientras, los demás asistentes están abstraídos con la mirada perdida o siguen con la vista el ascenso de la bandera. El muro de las placas ha quedado al costado del palco y del público.

Cuando el clarinista termina, sigue el saludo habitual de los actos militares y los nacionalistas; unos gritan “¡Viva la Patria!” y otros replican a coro con el usual ¡Viva! En los actos militares el “Viva la Patria” es pronunciado con un fuerte tono de mando masculino, pero aquí lo gritan voces femeninas.

A continuación el “encargado” lee un breve discurso que, ahora, es parte del “verdadero acto”.

Veteranos de la gesta por nuestras Islas Malvinas, compatriotas, padres, esposas, hermanos, hijos y ... de nuestros héroes. Hoy se conmemoran nueve años de la recuperación de nuestras Malvinas. Los veteranos de guerra han elegido este lugar para compartir junto a nuestros camaradas caídos en combate la celebración de la gesta malvinera, la

única guerra del siglo de la República Argentina, la única capaz de convocarnos a todos para la verdadera unidad nacional. Aquel 2 de abril los argentinos volvimos a sentirnos unidos y solidarios, luego de muchos años de odio, discordia y decadencia. La reconquista de nuestras islas fue, y sigue siendo, una gesta que tiene la virtud de un símbolo. Por fin, más allá de la abulia generalizada y de las mezquindades particulares, nos unía el coraje, la justicia y la grandeza. Quiso Dios que fuéramos nosotros los elegidos para alzar la bandera argentina para estas islas entrañables. Y la prueba de fuego [...]

[...] el poder político nos ocultó del pueblo. Fuimos recibidos en forma vergonzante. Había comenzado la desmalvinización. El enemigo que en Malvinas aparecía nítido, se camufló tras la hipócrita máscara de la lástima hacia “los chicos de la guerra” como empezaron a llamarnos a quienes habíamos arriesgado la vida por la Patria y “víctimas” a nuestros compañeros que regaron con su sangre nuestras amadas islas. Desde los centros de veteranos de guerra comenzamos a oponernos a la desmalvinización, a resistirnos a la derrota moral. Intentaron dividirnos y marginarnos. Pero no pudieron. Nos agrupamos tras largos años de lucha en la Federación de Veteranos de Guerra y en todas las agrupaciones del país, pasamos a defender estos principios, a homenajear en forma permanente a nuestros compañeros caídos en combate, lograr la dignificación de todos los veteranos de guerra y volver a malvinizar la conciencia de los argentinos. Hoy 2 de abril de 1991 todos los centros de ex soldados combatientes a lo largo del territorio nacional convocan a la ciudadanía para levantar la bandera de Malvinas, no como un hecho del pasado, sino como un estandarte que abrirá el camino de nuestra futura y definitiva libertad.

El discurso, preparado con anticipación, narra la historia de los ex soldados desde que regresaron del Teatro de Operaciones y del elemento mítico y original en que, por esa historia, cobraron una identidad social particular que sintetiza la identidad nacional por antonomasia, la de “veteranos”, ya no de ex combatientes, de la guerra de Malvinas. A los veteranos se suman los demás asistentes unidos por la misma nacionalidad (“compatriotas”) y por el parentesco (“padres, esposas...”) con los “héroes” de Malvinas, los “camaradas caídos” junto a quienes se ha elegido llevar a cabo el noveno aniversario de la recuperación.

Malvinas, las islas y el enfrentamiento armado, aparece como prenda de unidad nacional por encima de la “abulia”, las “mezquindades”, y una his-

toria de “odio, discordia y decadencia”; es la única causa que puede unir a todos los argentinos. En virtud de ese símbolo Malvinas debe ser recordada y perpetuada: es la “gesta”, la “única guerra”, más que la apelación a los derechos argentinos de los que había hablado Villegas. La causa de soberanía y las razones para su memoria han nacido aquel 2 de abril de 1982: son “la verdadera unidad nacional” y por lo tanto encarnan la solidaridad entre los argentinos que ha mellado “el poder político” ocultando a quienes “quiso Dios” encargar la recuperación, “alzar la bandera” en las islas o, ahora, en el monumento. El recuerdo de Malvinas es una causa que merece la celebración de la reconquista territorial. La situación de 1982 no difiere demasiado de la defensa de Buenos Aires en la Reconquista de 1807: en ambos casos el pueblo y las FF.AA. nacionales⁸² se unieron contra el invasor. El episodio de 1982 ha legado héroes, con quienes el compromiso moral de sus camaradas aún vivientes ha de proseguir mediante la memoria. Dios los ha elegido de entre todos los argentinos, y de entre las demás generaciones. Esta generación, expresada por los veteranos y los héroes, celebra la reconquista porque ha unido a los argentinos. Pero la vivencia de la unidad y el sentido de la reconquista se han perdido. Los veteranos deberán recuperarlas.

El momento mítico de la unidad de los argentinos ha sido posible por y durante una guerra que es, según los veteranos, “la única guerra” del siglo XX. En ello difieren de la posición oficial de las FF.AA. y, ciertamente, de la de los conductores del PRN, para quienes Malvinas fue precedida por otra guerra contra la “subversión”. Por eso el disertante del acto anterior ha destacado que en su alianza, Europa y los EE.UU. han dejado sola a la Argentina en su lucha contra un enemigo interno e infiltrado.⁸³

Los veteranos no hablan de esa “guerra” y destacan, en vez, la unión entre todos los argentinos que se ha quebrado en la posguerra, la consolidación de una derrota ya no armada sino moral. El enemigo externo, “nítido” en el campo de batalla, se ha infiltrado en el continente al amparo de una dudosa paz, y por eso ha dejado de ser “externo”; se ha embozado en “el poder político”. Le hacen frente, desde entonces, dos sectores, uno presente en el acto, los veteranos, y otro presente y ausente, el pueblo argentino resistente a, pero objeto de, la desmalvinización. La guerra desarmada ha consistido en transformar a los

82 Para la segunda invasión inglesa de 1807 los cuerpos armados que defendieron Buenos Aires estaban integrados por ejércitos regulares comandados por peninsulares que se ordenaban según sus respectivas procedencias (gallegos, catalanes, andaluces, vizcaínos, etc.), y por unos pocos cuerpos locales como los Patricios de la infantería, y los Húsares y los Migueletes de caballería (Luqui-Lagleyze 1995:70-ss.).

83 En su retórica agregaban, además, que el gobierno del PRN había sido sancionado por el gobierno demócrata de los EE.UU. por sus reiteradas violaciones a los derechos humanos, mientras las autoridades nacionales conducían su guerra santa contra el demonio marxista.

verdaderos soldados en los “chicos de la guerra”, a los héroes en “víctimas”, suscitando hacia ellos la lástima en vez de la admiración.

Para revertir esta situación es necesario “homenajear” a los caídos, “lograr la dignificación de todos los veteranos de guerra”, y “volver a malvinizar la conciencia de los argentinos”, propuestas concurrentes con la del Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas en su acta fundacional de agosto de 1982 y en su documento del 2 de abril del ‘83. En coincidencia con el presidente Menem en la inauguración del Monumento, la “bandera de Malvinas” no refiere “un hecho del pasado”, esto es, un hecho lejano. Para los veteranos es “un estandarte”, una luz guía para lograr la “futura y definitiva libertad” de una colonia amarrada por el imperialismo. La Argentina es una colonia, y las Malvinas son, desde 1833, su más clara evidencia. Quienes revertirán este proceso no serán las FF.AA. ni los partidos políticos, ni mucho menos las autoridades que ocuparon el palco a las 17 horas. Serán los veteranos de guerra organizados de todo el país. Para eso está la Federación, un nucleamiento con aspiraciones nacionales similar a la Coordinadora de Centros creada en 1983 y que en 1991 todavía existe. Pero el discurso soslaya dicha existencia y crea una representatividad nacional con “todos los centros de ex soldados combatientes [...] del territorio nacional”. Así contempla de alguna manera la figura precedente de los ex combatientes, a quienes se funde en los centros y la Federación. Los veteranos de guerra pueden ser, entonces, ex combatientes, pero son algo más que adultos y siguen combatiendo. El acto por el noveno aniversario es un ejemplo.

Llegó el momento de entonar el Himno Nacional que los asistentes cantan emotivamente. Antes de empezar la estrofa de cierre alguien grita a voz en cuello “Fuerza ahora!”:

¡¡¡Oh juremos con gloria morir!!!
¡¡¡Oh juremos con gloria morir!!!
¡¡¡Oh juremos con gloria morir!!!

Siguen los consabidos “Viva la Patria, Viva”, y el “Argentina, Argentina”, que también coreaban los transeúntes en los festejos de la victoria argentina en el Mundial de Fútbol del ‘78, y cuando la noticia de la recuperación el 2 de abril del ‘82.

El siguiente discurso, que lee en forma accidentada el presidente de la Federación, retoma algunos señalamientos de la alocución anterior, pero comienza posicionando a los “veteranos de guerra”, los nuevos protagonistas de la memoria de Malvinas:

Los que tuvimos el honor y el privilegio de haber combatido en Malvinas para hacer realidad lo que nos enseñara el padre de la Patria, también debería ser de todos los argentinos de bien, más allá que los ex soldados tengamos el compromiso moral con nuestros hermanos de la causa que quedaron en estas islas y que desde allí nos esperan para recuperar a la Argentina más justa y más soberana.

El presidente destaca que su presencia en Malvinas fue un “honor” y un “privilegio”, no un castigo. Elimina así todo compadecimiento a los muchachos de una generación de “hermanos” que se extiende incluso después de la muerte y la distancia. La hermandad es consanguínea y su vínculo es la sangre y la tierra que fue regada con ella. El “compromiso moral” con “nuestros hermanos de la causa” es “recuperar” las islas y la Nación, pero también volver, porque “nuestros hermanos”, los caídos, “nos esperan en estas islas”. La causa debiera ser de “todos los argentinos de bien” pero no lo es. Su legitimidad se funda en el legado del Padre de la Patria, San Martín, y su mayor enseñanza a esta generación de hermanos, sus hijos, es recuperar una “Argentina más justa y más soberana”.

Si el orador anterior ha culminado su discurso con la “definitiva libertad”, el presidente destaca las otras dos virtudes pendientes de la Nación configurando la consigna tríplica con que Perón definía su ideal de Patria cuando la gran mayoría de los veteranos todavía no había nacido (1945-1955) o cuando sólo tenían diez años de edad (1973-74). El ideal de “una Patria justa, libre y soberana” trascendió las generaciones, y permeó el movimiento de estos jóvenes. El presidente de la Federación establece entonces quienes acometerán la recuperación y en qué habrá de consistir.

[...] es el momento de delinear una conciencia colectiva capaz de transformar todos los hechos que impiden nuestra realización como nación libre ya que es necesario que esta generación de argentinos se levante por respeto a los que dieron la vida para darnos libertad.

En este lugar donde se erigió en mármol este monumento en recordación a nuestros compañeros caídos en combate les pedimos hacer un juramento solemne para que no claudiquemos ni un instante porque en la eternidad está la gloria para obtener el triunfo final. Juremos pues por nuestros hermanos caídos en combate, por la recuperación definitiva de nuestras Islas Malvinas, por una Argentina mejor, que vamos a volver.

El juramento, que no se enuncia con la solemnidad de los alumnos de la escuela primaria en su primera jura a la bandera, ni con la de los conscriptos el

20 de junio de su año de servicio, es confirmado por los demás veteranos con el “-Sí juro”. Los veteranos se autoinvisten como encargados de acometer la misión de “concientizar a los argentinos de bien”, y de “volver” a las islas. Hay aplausos, ¡Viva-la-Patria-Vivas!, y la irrupción nuevamente de la Marcha del Veterano de Guerra que se ha transformado en la cortina musical del acto. Los veteranos de Malvinas, vivos y muertos, son ya los destinatarios y protagonistas principales de la ceremonia.

El acto, que parece haber alcanzado su punto culminante, cobra un nuevo giro. Otro orador toma el micrófono y cambia el tono mesurado de los mensajes anteriores. Es un joven de bigote, cabello corto, boina negra e íntegramente vestido con la fajina militar del infante, borceguíes y cinto. Después de dar algunos anuncios acerca del pago de pensiones a ex combatientes que efectivizará el Ministerio de Defensa, exclama con tono de indignación:

¡No puede ser! ¡No puede ser que se hable más de víctimas! ¡Acá no hay víctimas! ¡Acá hay héroes! (aplausos y bravos). No se puede decir más, no lo vamos a tolerar, no lo vamos a permitir que acá se diga “los pobres niños de la guerra”, “los pobrecitos”, “los mendicantes”, ¡no lo vamos a permitir! No sé qué argentino, y sobre todo la dirigencia corrupta, pueda decir que ha dado o ha estado dispuesto a dar la vida por la Patria. No sé donde (aplausos), no sé si en los despachos, no sé si en esos lugares donde se pergeñan tratados que no tienen legitimidad en el corazón del pueblo argentino; no sé si hay un gramo de heroicidad, no sé si cualquiera de esos hombres le llega a la suela de los zapatos al más humilde veterano de guerra (aplausos entusiastas y silbatinas).

Después del juramento el joven del discurso extrema la relación entre veteranos y “argentinos” para contraponer “al más humilde veterano de guerra” con los argentinos de la “dirigencia corrupta”, que sería un tipo de argentino (“no sé qué argentino...”). Luego de señalar que en todas las localidades donde se encuentren al menos dos veteranos se realiza un acto más numeroso que en la Capital Federal, “una ciudad prostituida por el coloniaje y por el cipayaje” a diferencia “(d)el interior del país donde anida más el espíritu nacional”, el orador asegura

[...] ese crédito que nosotros tenemos, esa pureza, ese sentido patriótico que nosotros nos ganamos, ese respeto que nos merecemos, no sé qué otro sector social de la Argentina hoy lo tiene!

—¡Ninguno! replican algunas mujeres adultas secundadas por aplausos.

Este autohomenaje de los veteranos, ratificado por algunos civiles y, según decía el primer orador, por “el pueblo acá”, es una nueva puesta en duda de la capacidad, voluntad nacional y cualidad moral de quienes ocupan las esferas de decisión oficial. Esgrimiendo la exclusividad de la pureza y el patriotismo de los veteranos, el orador íntegramente vestido con el uniforme de infante sugiere que

[...] debemos cuidar por eso, por eso no quisimos echar a estos mascarones a patadas como debiera ser de este proscenio (aplausos). No lo quisimos hacer, no quisimos echar a ese general que envainó su sable sin llegar a empuñarlo. ¿A quién me refiero? A ese cobarde llamado General Menéndez (aplausos). No quisimos sacar a patadas en el trasero a esa figura deleznable de la historia argentina que es el Almirante Isaac Rojas. No lo quisimos (las silbatinas y gritos denigrantes son ahora más prolongados y marcados). ¿Por qué no lo hicimos? Porque acá iba a estar la prensa diciendo: “¿Vieron? Son los loquitos de la guerra”. ¡No! Les vamos a demostrar que esto es lo que realmente vale.

Los antagonistas creados por este veterano y compartidos por los presentes son dos figuras significativas para la historia de Malvinas y la historia política argentina contemporánea. El ex gobernador de las Islas, descendiente de una notoria familia de militares del Ejército con activo involucramiento en la política argentina,⁸⁴ fue quien presentó la rendición al general Jeremy Moore, comandante de las fuerzas terrestres británicas. El almirante Rojas, era una de las personalidades vivientes que encarnaba el más extremo antiperonismo de la Revolución Libertadora que depuso a Perón de su segunda presidencia el 16 de setiembre de 1955.⁸⁵ Menéndez, Rojas, y los demás representantes de la reciente y turbulenta historia política argentina son calificados por este veterano como “mascarones” que, a diferencia de las “máscaras” de los infiltrados aludidos anteriormente, se identifican por su apariencia de valientes, amparados por sus rangos militares. La alusión desde Rojas a Menéndez, bajo los adjetivos de “mascarones”, “cobarde” y “figura deleznable”, establecen la continuidad en-

84 Su hermano, Luciano Benjamín, fue comandante del Tercer Cuerpo de Ejército con sede en Córdoba, y conductor de la “guerra antisubversiva” entre 1976 y 1980, con sus correspondientes campos de detención y de desaparición. Su padre Benjamín promovió el primer y fallido golpe de Estado contra Perón en 1955.

85 Rojas también tenía relación con Malvinas y por eso se encontraba en el palco, pero esa relación es sumamente particular. El Crucero ARA General Belgrano, hundido por los británicos el 2 de mayo de 1982, es el mismo buque a bordo del cual Rojas encabezó la Revolución contra Perón el 16 de setiembre de 1955. Sólo que entonces el Crucero se llamaba “17 de Octubre”.

tre dos épocas bajo un mismo carácter: Fuerzas Armadas igualmente liberales y antipopulares, los “mascarones” del imperialismo que imponen la ilusión de una existencia soberana en la que es, realmente, una colonia.

Pero el veterano advierte que si bien lo merecían, “no los echamos” porque lo más importante es desmentir la creencia generalizada de que los veteranos son “chicos” y “loquitos de la guerra”. Estos adjetivos que tantas preguntas suscitaron en las entrevistas de Kon, se invierten destacando el heroísmo de los presentes por la “única” causa capaz de unir a todos los argentinos. Cuidar la conducta es proteger la imagen de los veteranos de guerra sobrevivientes, pero también mantener limpia la memoria de “nuestros muertos”.

El punto es significativo porque si los muertos son los verdaderos héroes habría quienes reclaman ese lugar sin merecerlo. Ni bien asumió en Port Stanley –aún no bautizado Puerto Argentino–, el General Menéndez había dicho que sólo lo sacarían de las islas “con los pies para adelante”, es decir, muerto. Pero en 1991 el General está vivo y los muertos reales “esperan” en las placas y en sus restos “nuestra vuelta” para la recuperación. El mandato que los caídos le han dado a los veteranos es “volver”, del mismo modo que el peronismo proscrito entre 1955 y 1973 fue diseñando el “volver” y el “volveremos” como la consigna motora de una lucha y una causa pendiente.

El orador, tercero y último del acto, anuncia “un nuevo amanecer en la República Argentina”; vaticina y aspira a que

[...] mientras cada soldado de Malvinas no sólo pida su pensión, su trabajo, su dignidad sino que pida porque la Patria se ponga de pie, entonces tenemos la empresa asegurada. Muchas gracias.

El orador recibe una ovación general. Ha logrado imprimir su improvisada alocución de ademanes y emotividad; los demás veteranos de guerra han seguido a este discurso con mayor atención y participación.

Luego, el folklorista de la cortina musical canta una canción en vivo, a un soldado Comando muerto en acción el 10 de junio (Mario “Perro” Cisneros), y otra a los familiares de los caídos (“Con los brazos en alto”). Seguidamente, un hombre de mediana edad grita un poema de su autoría a Malvinas, y hace un llamado para dejar de usar ropa con leyendas extranjeras. Luego, desde el palco, el primer locutor anuncia: “Y ahora el desfile que les prometimos”. Es entonces cuando el contraste con el acto anterior y con las ceremonias castrenses es ya inocultable.

Si antes las tropas y guardias de Granaderos, todas de impecable uniforme, se habían retirado ordenadamente entre el bullicio y las palmas impacientes de civiles y veteranos, marchando en formación hacia la Avenida, ahora toca el

turno a los veteranos. Pero éstos, heterogéneamente vestidos, se agrupan en la vereda sobre la avenida del Libertador, interponiéndose entre las placas y la Torre de los Ingleses. Los organizadores instruyen una formación y los dos primeros veteranos, los abanderados, están uno de civil y el otro de uniforme de infante. A ellos se ha sumado un “chico de la calle”, vecino de la zona vestido con pantalón corto y una remera descolorida, con zapatillas ajadas y la cara tiznada por la mugre. Uno de los abanderados le enseña con qué pie debe empezar a caminar, y el niño practica antes de marchar. Los siguen otros veteranos, algunos de civil, otros de uniforme, algunos con sus hijos. Al principio forman de a dos, luego de a tres, luego una muchedumbre de veteranos y, finalmente, los familiares y gente mayor que aplaude y cierra la columna que recorre la cuadra. El público se ha sumado al desfile mientras los oradores reciben las felicitaciones de los presentes sobre el playón de la escarapela.

En suma, a lo largo de tres horas, el nuevo monumento se había convertido en una vidriera del pasado político argentino. La detallada descripción que acabo de dar debiera servir para evidenciar los sentidos que los ex soldados dieron a los hechos de aquel 2 de abril de 1991, y también para mostrar cómo esos sentidos ayudaron a forjar su nueva identidad, la de veterano de guerra. En la próxima sección mostraré cómo la identidad del “veterano” retuvo los rasgos básicos de la identidad del “ex combatiente”, pese a su pretendida diferenciación en relación a los usos del pasado como vehículo para auto-conferirse una autoridad nacional.

ACTUANDO EL PASADO NACIONAL

Un nuevo ciclo de Malvinas había comenzado, Por primera vez desde 1982 había un lugar específico para recordar la guerra, para levantar la causa, para velar a los muertos, y eventualmente para pelear la posguerra de la guerra. La importancia de este lugar resultaba no sólo de que los argentinos no podían pisar las Islas,⁸⁶ sino también de la historia de las conmemoraciones de Malvinas, de algún modo resumida en el sitio del monumento. El cenotafio estaba en la Plaza San Martín, donde los Oficiales Retirados solían reunirse los 2

86 Unos días antes de la ceremonia de 1991 y por primera vez desde el 14 de junio de 1982, un grupo de familiares fue a Malvinas al cementerio de Darwin (al oeste de la Isla Soledad), bajo estricta supervisión de la Cruz Roja Internacional. Este y otros breves viajes se repitieron más o menos anualmente pero sólo parte de los familiares pudieron participar. A muchos que vivían en los interiores provinciales se les hacía difícil tanto enterarse como contar con el dinero y el tiempo para ir en dichas misiones. El gobierno británico autorizó estos viajes por razones humanitarias, pero los argentinos no pudieron pisar las islas con relativa libertad hasta mediados de 1999.

de abril previos; el lugar estaba de cara al sitio que los ex combatientes y las juventudes políticas habían marcado como un territorio ocupado en la confrontación argentino-británica del 2 de abril de 1983: *Plaza Britannia-Fuerza Aérea Argentina*.

Así, en 1991, había un lugar para que todas las partes relacionadas con Malvinas pudieran conmemorar, velar y recordar la guerra y los muertos. El lugar aparecía como un sitio donde los vivos se encontraban con los muertos, los sobrevivientes se encontraban con los deudos, y los civiles con los militares, así como los ex militares con los militares en actividad, y los altos oficiales con los subalternos, los suboficiales y los ex soldados. La escarapela con el mástil en medio de las placas y la Plaza Britannia sería el principal punto de encuentro para quienes hubieran ido a las Islas, para aquéllos que hubieran regresado y para los que no, para aquéllos que tuvieran familiares que hubieran regresado y para los que seguían esperando. Sin embargo, el intento de Menem de provocar la unidad nacional a través del monumento de Malvinas era difícil de alcanzar. En efecto, y detrás de su natural apariencia hay otras respuestas posibles a las preguntas que suscitó el doble aniversario de 1991: ¿Por qué ocurrió el incidente? ¿Por qué esos “enemigos” se encontraron en el monumento? ¿Cuáles eran sus propósitos?. Mostraré ahora que los veteranos usaron el área del monumento y el tiempo conmemorativo para afirmar su nueva identidad como “más que adultos” autorizados, y así sus derechos a entrar en la política nacional. Para ello necesitaban distanciarse de los oficiales retirados y también de los ex combatientes, lo que se hizo más visible en la transición y en los sucesivos contrastes entre las dos ceremonias.

El encuentro entre oficiales retirados y ex soldados el 2 de abril a las 17 hs. fue a la vez predecible y bastante sorpresivo. En medio de la perplejidad y la contradicción, los hechos se desarrollaban con una lógica de hierro: quienes allí se encontraron debían hacerlo tarde o temprano, dada la proyección que los ex soldados habían impreso a su identidad pública, y dada también la decisión castrense de llevar a civiles conscriptos a un campo de batalla internacional. Las dos partes habían llamado a su propio acto; la Federación tenía sus afiches en las calles llamando a los veteranos, a los jóvenes (la Generación Malvinas) y a otros deudos (La Comisión Permanente de Familiares). Los oficiales retirados reunieron a sus miembros, como lo habían hecho en años anteriores, a través de su red institucional. Pero una vez allí era claro que ninguna parte estaba dispuesta a compartir el espacio y el tiempo de la conmemoración. Una razón ostensible para dicha incompatibilidad era que el cenotafio parecía ser el único lugar ese 2 de abril, pero, como mostraré ahora, esto no era necesariamente así. Los oficiales retirados supusieron que ellos debían presidir la ceremonia, en su calidad de comandantes de la recuperación en 1982; por su parte, los veteranos

no podían aceptar la autoridad de sus ex superiores sobre la de los ex soldados forjada en los nueve años anteriores como la autoridad moral sobre el reclamo de Malvinas y la guerra. El hecho que hasta 1991 los oficiales y los ex soldados tuvieran sus conmemoraciones por separado sólo postergó el necesario encuentro fundado en una partida común, la de 1982 hacia el Sur.

Ahora, bajo la barranca en la Plaza San Martín había un obstáculo mayor y muy concreto para reunir a los oficiales retirados y a los ex soldados-veteranos de guerra: había uno y sólo un palco así que aquél que llegara antes lo ocuparía para emprender la primera ceremonia; el otro debería esperar y participar de algún modo en la ceremonia del otro, cediendo la iniciativa en la conmemoración (noveno aniversario), la celebración (del 2 de abril) y el duelo (funerario). Los que llegaran en segundo lugar no tendrían el privilegio de la precedencia, y por lo tanto de ser quienes estrenaran el 2 de abril en el monumento, el flamante territorio de Malvinas en la porción continental de la Argentina. Cuando los ex soldados llegaron, los oficiales retirados ya habían tomado el palco y el micrófono, izado la bandera y ocupado la escarapela y la zona de la cruz. Los oficiales retirados mostraron, una vez más, que podían manejar la ceremonia en sus propios términos, tan propios como el discurso de Villegas, tan difícil de seguir. Por su parte, los ex soldados fueron forzados a decidir si esperar o echar a “los usurpadores”.

Esta posición tenía varias implicancias con respecto a los intentos de los ex soldados de forjarse como una identidad autorreferencial y autocontenida. Como ocurrió en 1982, tampoco en 1991 tenían la iniciativa; otra vez la suya era una reacción a sus superiores, más que una demostración de autonomía; otra vez, sus actos serían relacionados por ellos o por los demás (la prensa) a los de los comandantes, los “viejos” de Malvinas ahora sobre el palco. Pero los ex soldados habían intentado construirse a sí mismos como una generación autorizada y autorreferenciada. Por eso, los grupos de “ex combatientes” de la Coordinadora optaron por ignorar el monumento y se dieron cita en el Obelisco, que lleva el nombre de *Plaza de la República*, a unas veinte cuadras de la Plaza San Martín. Buscaban así apartarse de la lucha entre los partidos políticos, las FF.AA. y el Gobierno Nacional. A través de esta ausencia los ex combatientes afirmaban que la lucha con los militares era, igual que la denominación de “veteranos”, ajena a ellos y al bienestar del pueblo argentino.

Para que la ceremonia de la Federación no fuera interpretada como un apéndice o una redundancia de la ceremonia precedente, dirigentes y seguidores de la organización decidieron refundar el tiempo de la conmemoración calificando a la suya como la “verdadera ceremonia”, y a sí mismos como los “únicos veteranos de guerra”. Los ex soldados enfatizaban así el doble sentido de la veteranía: adultos en la vida y adultos en el ciclo profesional (militar). Por un lado, cambiaban el término “chicos” por una palabra que denota madurez,

experiencia, adultez, completando así su propio pasaje a la mayoría de edad. Por otro lado, al llamarse a sí mismos “veteranos” aplicaban a los ex soldados el término estándar con que las FF.AA. se refieren a las tropas que han tomado parte de un conflicto armado. Este proceso renominativo tenía dos interlocutores: los ex *combatientes* y los altos oficiales. Para el 2 de abril de 1991, esta diferenciación era bastante evidente.

Una nueva rebelión carapintada había tenido lugar el 3 de diciembre de 1990 bajo el comando de Seineldín. Los rebeldes llamaban a la dignificación del Ejército, a la remoción del generalato que los rebeldes llamaban “generales de escritorio” y “Ejército liberal”, y a establecer una conducción “verdaderamente nacional” que surgiera de un “Ejército en Operaciones” y produjera “oficiales de combate” que no cesaran de luchar por la Patria y contra la ocupación británica. Estos oficiales estaban combatiendo o “en operaciones” como las tres rebeliones anteriores –1987, enero y diciembre 1988– lo habían demostrado. Ahora los ex soldados, autodenominados “veteranos de guerra”, argumentaban que ellos seguían peleando por las Islas y por la dignidad nacional. El hecho de que ellos también estuvieran “en operaciones” quedaba evidenciado en la indumentaria, el tono del tercer discurso y, sobre todo, en las simpatías de algunos de ellos hacia los dirigentes de la oficialidad rebelde.⁸⁷

Los que estaban enterados de la orientación política de los dirigentes de la Federación leyeron los hechos del 2 de abril de 1991 como una extensión de la última rebelión carapintada que se extendía, ahora, al campo de batalla público, el monumento porteño a Malvinas. El “canto de sirenas” había sonado nuevamente, pero no era femenino ni ilusorio. La alianza entre veteranos y carapintadas oficiales se fundaba en una veteranía popular y en el honor, ya presentes en el movimiento de ex soldados, más que en una doctrina “fundamentalista” por la prensa y por parte del espectro político. El honor o dignidad y el pueblo fueron valores levantados el 2 de abril del 91, en un marco más afín al duelo de honor con los viejos comandantes, que al duelo funerario. El honor de los veteranos era crucial ya que los ex soldados debían presentarse como iguales o incluso superiores a los que estaban encima del palco, para competir por la autoridad y para lograr ser reconocidos como sujetos nacionales. Veamos cómo operó esta disputa.

La lucha por la competencia militar se expresaba en las maneras, pensamientos y conducta tan militares de los veteranos que los habían hecho soldados, primero, y veteranos de guerra después. Muchos elementos prueban esta in-

87 La afirmación de que los miembros de la Federación participaron en la rebelión del 3 de diciembre de 1990, tratando de ocupar La Casa del Veterano, es moneda corriente en algunos círculos de ex soldados. Esa afirmación coincide con la imagen de que la Casa era concebida por los nuevos “veteranos” como un baluarte de los “generales de la derrota” y, junto al libro de Kon y la película de Kamín, como una fuente de la imagen negativa del ex soldado como “pobrecito” vendedor de bolsas de residuos. Al menos un miembro de la Federación fue preso en aquella oportunidad.

terpretación: el vestido militar, la postura corporal, los saludos, las secuencias similares en las ceremonias (izar la bandera, cantar el himno, el minuto de silencio, el juramento, el desfile), los actos de respeto y contrición (descubrirse la cabeza, pararse firmes), la distribución de roles (un coordinador, un locutor, los que pronunciaban un discurso), y el desfile replicaban, tanto como fuera posible, el ceremonial patriótico castrense, el “orden cerrado” de las unidades militares (marchar con Vista al Frente, Vista a la Derecha, y siguiendo las órdenes de Atención, Saludo Uno, Izquier-Dere-Izquier).

Pero presentarse con apariencia militar no garantizaba el carácter nacional de la identidad de los veteranos. En la Argentina, más bien, lo cierto ha sido lo contrario. Sólo Perón, él mismo un coronel, alcanzó la popularidad por haber emprendido amplias reformas sociales y económicas que beneficiaron al “pueblo”, esto es, a los trabajadores y los humildes. En este sentido, ser verdaderamente nacional implicaba para los veteranos, ser popular. Su retórica y sus gestos en 1991, evocaban los códigos políticos y gremiales usuales en la Argentina entre 1955 y 1975, de modo similar a los desplegados por los ex combatientes y las juventudes políticas en 1983. Estos códigos fundieron el nacionalismo de derecha con el nacionalismo popular de FORJA y la ideología pragmática de Perón expresada en sus tres principios de independencia económica, justicia social y soberanía nacional, y el influyente revisionismo histórico con su contrahistoria; según esta fusión, la historia argentina es la lucha del pueblo contra el colonialismo británico, el imperialismo norteamericano, en alianza con la oligarquía terrateniente y con las FF.AA. liberales.

Igual que a fines de los años 60 y principios de los 70, igual que en los actos de 1983 y 1984, los veteranos de guerra civiles concebían a los regímenes militares como enemigos de la nación y del pueblo, y como testaferros del capital extranjero. A través de esta forma de producción histórica, los ex soldados, ahora “veteranos de guerra”, se autodefinían como una fuerza “verdaderamente nacional y popular”, una generación de hermanos vivos y muertos, junto al pueblo representado por el “*chico de la calle*” encabezando el desfile, y el formato tumultuoso y falto de etiqueta militar, que prevaleció en toda la ceremonia.

Quienes propalaban esta imagen lo hacían no desde la carencia (pese a los retos del primer locutor), sino como recreación (“comenzaba el verdadero acto”). La segunda ceremonia parecía una versión invertida y grotesca, esto es, una farsa de las observancias castrenses en la ceremonia “verdaderamente militar” de los oficiales retirados. Los veteranos aludieron no sólo a la usurpación del monumento, sino que cada paso de la segunda y “verdadera ceremonia” alteraba de manera significativa aunque involuntaria la secuencia de los “usurpadores”: una bandera demasiado pequeña para semejante mástil; discursos

mal leídos y locutores más entrenados; bromas, sonrisas y chismorreos entre los veteranos en el playón y los veteranos del palco; gestos de protesta, uniformes no reglamentarios compuestos por fragmentos comprados en los negocios de rezagos militares, que ni siquiera correspondían a los usados en Malvinas,⁸⁸ un desfile conducido por un abanderado de uniforme, otro en ropa de calle y un chico de una vecina villa miseria,⁸⁹ seguido por una multitud diversa de gente; en suma, un desfile con poca o ninguna semejanza con las prácticas militares tan puntillosamente impartidas durante los primeros meses de instrucción.

Parte de esta farsa, sin embargo, añadía algunos rasgos ausentes de la ceremonia del Círculo y evidenciaban los deseos de autonomía de los ex soldados. El tercer hablante tomó la posición de un dirigente popular arengando a las masas; su discurso improvisado, la figura retórica del revisionismo antiliberal, la exaltación de las provincias como esencia de la argentinidad, y el dirigirse a la audiencia como “veteranos” y como “pueblo”, en oposición a la conducción cobarde hecha de “gusanos” y una dirigencia corrupta. Las esperanzas liberadoras del pueblo eran imágenes elocuentes tomadas de la retórica populista nacionalista. Al llamarse a sí mismos “veteranos de guerra”, como lo hacían las FF.AA. al nombrar a su propia tropa, los ex soldados buscaban disputar la veteranía con los “generales de escritorio”, devolviéndola al pueblo y a la nación, desde su identidad patriótica y muy probablemente desde la parte “verdaderamente nacional” del Ejército del cual habían formado parte, la de los oficiales rebeldes. Esta posición comparativa, no subordinada, fue transmitida en la lengua y la lógica del honor y la dignidad, tan frecuentemente invocada en la ceremonia de los veteranos, y también en el discurso militar.

Los ahora autodenominados “veteranos” cuestionaban el honor de los militares retirados y sus ex comandantes, entendido como un “atributo moral” (Davis 1977:83), esto es, el valor que una persona da de sí misma y con la que es vista por los demás (Pitt-Rivers 1979:18-19). En otras palabras, los ex soldados cuestionaban la reputación de los oficiales militares del palco. Tanto en su despliegue escénico como en sus palabras, los veteranos reclamaban que ellos se habían comportado honorablemente adoptando y recordando con orgullo su servicio a la patria, lo que la sociedad y el Estado les habían encomendado en 1982. En la disputa con los “charlatanes”, su objetivo era lograr el reconocimiento de la “opinión pública”, el árbitro moral último en sociedades con autoridades terrenales

88 Los veteranos parecían preferir los uniformes camuflados, pero la combinación de verdes, marrones y negros no fue utilizada por el Ejército Argentino en Malvinas (Luqui-Lagleyze y González Crespo 1990).

89 Las villas miserias argentinas son el equivalente de los shantytowns norteamericanos, las favelas brasileñas, las callampas chilenas, los cantegriles uruguayos, las ciudades perdidas mexicanas, y las barriadas peruanas.

(Ibíd.). Así, el 2 de abril de 1991 tomó la apariencia de un duelo de honor por la autoridad y nuevamente, el reconocimiento (Pitt-Rivers 1979:24).

Interpretar el noveno aniversario del 2 de abril como un duelo subraya un aspecto identitario que los ex soldados venían elaborando desde su regreso en 1982. Si el honor es un principio igualitario y sólo se pone en juego entre iguales (Davis 1977:95), el hecho de que alguien pueda batirse a duelo conlleva aceptar la equiparación de rangos de los contendientes. Los veteranos deseaban pelear porque se consideraban no sólo como iguales sino incluso superiores a sus adversarios. El sistema de honor al que pertenece el duelo, supone precisamente esta paradoja: sólo se baten iguales, pero la resolución del duelo consolida un sistema absoluto de jerarquías donde cada competidor termina ocupando una y sólo una posición (Davis 1977:102-3):

[...] la rivalidad está vinculada con la igualdad, pues sólo sintiéndose iguales a sus adversarios pueden competir; sin embargo, la prueba de fuerza siempre tiene como propósito destruir su igualdad y establecer la jerarquía: uno que es victorioso, y otro que es vencido (Pitt-Rivers 1993:316. Mi traducción).

Los veteranos se “pusieron de pie” frente a un grupo conocido de personalidades argentinas, desde una posición de inferioridad: eran más jóvenes, menos conocidos, “sin pasado”, y estaban abajo del palco. Pero los veteranos podían recordar y actuar una conducta honorable y además, proclamar su “falta de pasado” comprometido con el PRN. Su honor, entonces, no provenía de su ascendencia ni de su posición social, como sucede con las castas y los nobles. Al desafiar a los militares retirados, los ex soldados declaraban que su honor resultaba de la virtud (en este caso patriótica). Sin embargo, estos veteranos civiles buscaban ser reconocidos como parte de la nación argentina, en contraste con los sectores moralmente polucionados, los “políticos corruptos”, esos traidores que habían envainado el sable ante el invasor británico. Precisamente, la imagen del “sable” hacía directa referencia a San Martín, cuyo sable curvo fue adoptado como símbolo de honor por los generales del Ejército Argentino desde 1951. Así, los veteranos expresaban que el ex gobernador de las Islas, el General Menéndez, de antigua prosapia militar, no había aprendido las lecciones del *Libertador*. Ni él ni otros oficiales eran dignos de la paternidad y el legado sanmartinianos y por lo tanto no se habían ganado el derecho de estar a los pies del Padre; sólo los veteranos debían ser reconocidos en esta línea de filiación con el Padre de la Patria. A través del honor que proviene de la virtud impuesta por la ascendencia del Libertador, común a todos los argentinos, y no de la familia y la sangre, los veteranos refundaban el honor y el linaje nacionales de

un modo muy similar al de los ex combatientes en 1983. Sin embargo, en su construcción identitaria, se distanciaban de la historia de los ex combatientes y reclamaban ser los fundadores del movimiento de ex soldados. Su calidad de “veteranos” los alejaba de la categoría de “chicos” y de “pobres mendicantes”, ninguna de las cuales hubiera podido batirse en duelo por el honor. El honor de las mujeres, los niños, los incapaces y los pobres debe ser defendido por varones adultos. Estos jóvenes adultos que se llamaban a sí mismos “veteranos” habían peleado por la Argentina para que ésta “se pusiera de pie”, recuperara su honor y su dignidad. Como se dijo en el tercer discurso, estos objetivos trascendían los beneficios sociales y materiales –pensiones, vivienda, empleo– que constaban en el petitorio de los ex combatientes. El Estado podía otorgarles esos beneficios como señales de reconocimiento oficial, pero en su perspectiva, los beneficios sociales llegan después del honor.

Así, desde la estatura moral y los muchos “gramos de heroísmo” de “aquellos que dieron todo sin pedir nada a cambio”, los veteranos diseñaban un camino para establecer su autoridad legítima como argentinos por encima de los demás argentinos. Como hijos de San Martín elegidos por Dios Padre, y como parte del pueblo, habían sido conscriptos en unas FF.AA. antinacionales y liberales y habían peleado juntos contra el verdadero y último enemigo, Gran Bretaña, representada por esas mismas FF.AA. que los condujeron a la derrota. Los veteranos, como el pueblo, habían sido traicionados. Ahora ellos aspiraban a ocupar la posición de los verdaderos veteranos de guerra, ya que “sus uniformes no están manchados con sangre argentina” como sí lo estaban los de los militares profesionales. Esta perspectiva era exactamente la misma que la de los ex soldados combatientes. Mientras recordaba la rebelión de Semana Santa, uno de los fundadores del primer *Centro de ex combatientes* de Buenos Aires me contó cómo había imaginado un desenlace diferente a partir de adjudicar un rol central y también novedoso para los ex combatientes: ¿qué hubiera ocurrido si los ex soldados entraban por la Puerta 6 para hablar con los rebeldes, muchos de los cuales habían sido sus jefes en Malvinas?

Esta idea guardaba una clave identitaria que los veteranos de guerra de los '90 levantarían una vez más. Los ex soldados no eran ni totalmente civiles, ya que luchaban por un honor militar, ni totalmente militares, pues se presentaban como parte del pueblo engañado y oprimido por los comandantes de FF.AA. antinacionales y antipopulares; eran civiles y militares a la vez y por lo tanto podían reivindicarse como “protectores de la Argentina”, como decía otra canción del folklorista autor de la cortina musical del segundo acto del '91.

Por eso, el monumento no era el escenario de un duelo casual entre dos conmemoraciones superpuestas; era un teatro de operaciones donde la oposición entre la Argentina y Gran Bretaña quedaba subsumida por la oposición

Nación-Colonia y, por extensión, por la polaridad entre FF.AA. verdaderamente nacionales y FF.AA. antinacionales, entre pueblo y ocupación extranjera. Pese a que los veteranos seguían en la línea de los ex combatientes del 1983, a quienes los veteranos no reconocían, había algunas diferencias. Mientras que en 1983 la batalla tuvo lugar en un territorio extranjero (Plaza Britannia), en 1991 se desarrolló en un espacio nacional (*Plaza San Martín*) a los pies de (al pie de la barranca de) el Padre de la Patria. Más aún, algunos contendientes de la batalla aparecían de cuerpo entero, como el General Galtieri, no como un muñeco. Esto tenía su importancia.

Como sugiere Alex King en su estudio sobre la arquitectura monumental suscitada por el recuerdo de la Primera Guerra Mundial, “lo que significaban las conmemoraciones a sus contemporáneos fue, entiendo, una cuestión que ellos mismos debían elaborar, y nosotros debemos reconstruir su significado desde su propio proceso creativo” (1998:5. Mi traducción). El monumento parecía ser un sitio apropiado para ritualizar el pasado autoritario argentino, y esto incluía algunos períodos de democracia restringida, como lo atestiguaba la presencia de Frondizi en el palco. Que el cenotafio se convirtiera en un campo de batalla doméstico fue una alternativa no prevista por los debates suscitados a raíz de la construcción del monumento en 1990. En ellos sólo se visualizaba el conflicto internacional, emblematizado por la oposición espacial entre las placas y la Torre. Sin embargo, la ceremonia de 1991 mostró que otro eje de conflicto era posible, precisamente porque las tensiones se desarrollaron en un eje más breve que unía la escarapela con el palco, que atravesaba transversalmente al monumento. El desafío de los usurpados a los usurpadores, la secuencia de la primera ceremonia –a excepción de la ofrenda floral– y la de la segunda ceremonia cubriendo el área entre el palco y el playón incluyendo la localización y dirección de la intervención de los asistentes –el borracho peonista y las mujeres que vociferaban insultos–. La presencia de los “mascarnes” sobre el palco y sus contendientes desde el llano resumían en su posición y sus intervenciones cuatro décadas de historia argentina. Tanto los asistentes como los conductores de la “verdadera ceremonia” también se concentraron en lo que estaba ocurriendo entre la escarapela y el mástil y entre los locutores y los veteranos de guerra. Cuando se izó la bandera, nadie miró hacia las placas o a la Torre, sino al cielo, a la bandera o al suelo.

Sólo en una oportunidad los “veteranos” se arrimaron peligrosamente a “territorio inglés”. Y aunque no prestaron demasiada atención al Big Ben criollo y permanecieron en la margen sur de la Avenida del Libertador, los ex soldados y su público se ubicaron en una silenciosa línea de fuego entre la Plaza Britannia y las placas, como si fueran los encargados de su custodia y protección. Este posicionamiento fue ratificado por palabras y movimientos: los veteranos

de guerra se autoerigían en guardianes de un campo nacional dentro del linaje sanmartiniano, que heredaba una generación de hermanos, algunos vivos, otros muertos. Frente a ese linaje a ambos lados de la Avenida del Libertador se levantaba el enemigo interno y externo, la metrópoli y sus delegados. Así la confrontación entre los protagonistas de los dos actos dejaba en claro que el eje internacional debía ser comprendido, más bien, como una oposición entre el campo nacional y el colonial. Por eso el desfile de los veteranos no partió de las placas, ni cruzó la Avenida, ni llegó a la Torre, como había ocurrido en los primeros actos de los ex combatientes en 1983 y 1984; se limitó, en cambio, a recorrer el perímetro norte de la Plaza.

Pero el pronóstico de arquitectos y urbanistas, concejales y diputados, se reveló inexacto en otro sentido: que el sitio no sería propicio para el recogimiento. Durante los dos actos y paralelamente a los abucheos y silbatinas, algunos asistentes se abrazaban o lloraban de pie frente al muro, mientras recorrían con la punta de los dedos los apellidos/nombres de las placas, depositaban ramos de flores sobre las rejillas del zócalo, colgaban rosarios e insertaban una flor, una foto o un papel en el ángulo superior del mármol negro. Un hombre de 70 años se pasaba el pañuelo por los ojos y recorría la lágrima que acababa de recorrer su mejilla entre los tantos surcos que la vida había impreso en su rostro. Sus manos de trabajador se anudaban adelante y atrás, sin decidirse; la pena podía más que su cuerpo. Leía un apellido/nombre y lloraba, como queriendo hablarle; fruncía el ceño y apretaba los labios; sorbía su bigote mojado en una soledad suprema e inaccesible, ajeno a bocinas, insultos, frases grandilocuentes, promesas de redención y tonos de certeza. Aquél por quien lloraba podía haber sido un soldado, un suboficial o un oficial, pero para él era un ser querido cuya existencia se había esfumado en la profunda e incommensurable distancia del Atlántico Sur. Las placas lo atraían, a él como a otros, en ese eje olvidado que sólo los familiares y el enemigo parecían recordar pulcra, monolítica y eternamente en el mármol. Entre tanto, y cada nuevo día, la Torre de los Ingleses se refleja majestuosa, erecta e imperturbable en cada una de las 25 placas y de los 649 apellidos/nombres de argentinos que son pasado, y no siempre parte de la historia (Fotos 21, 22 y 23).

Una suerte similar de olvido atestaría su otro golpe a los ex soldados veteranos. Los periódicos de la mañana siguiente sólo recuperaban la confrontación del primer acto: “Derivó en insultos y abucheos un acto sobre las Malvinas” (*Clarín*, 3 de abril, 1991). La escena se interpretaba en referencia directa a las personalidades del palco más que los ex soldados:

La aparición del ex presidente de facto Leopoldo Fortunato Galtieri y de otros ex jefes militares [...] provocó la reacción de un grupo

de ex combatientes, que en repudio a esas presencias se retiró de la plaza San Martín (*La Nación*, 3 de abril, 1991).

La información, provista por la agencia noticiosa “Diarios y Noticias” y duplicada por medios del interior y de la capital (*La Voz del Interior* de Córdoba, *Página 12* en Buenos Aires, *El Tribuno* de Salta, etc.), llevaba a una conclusión diferente de la de los veteranos: para el periodismo quienes seguían siendo “ex combatientes” habían abandonado el lugar en señal de protesta. Estas y otras lecturas⁹⁰ perdían de vista la re-fundación identitaria de los ex soldados, su esforzada permanencia en la Plaza, y su decisión de disputar el espacio nacional y malvinero del Monumento y sus caídos duplicando el primer acto. El periodismo desconocía la intención de los veteranos de presentar un perfil autónomo, político y adulto. Al señalar su abandono del lugar para expresar su disenso con los jefes militares, los diarios ratificaban, una vez más, que esos jóvenes eran los mismos chicos impulsivos e inmaduros, las “verdaderas víctimas” de la guerra y los generales del PRN. Pero, más seriamente, implicaban que los “ex combatientes” habían abandonado a sus muertos a merced, quizás, de sus contendientes. La imagen sobre los ex soldados –se llamaran a sí mismos “ex combatientes”, “ex soldados combatientes” o “veteranos de guerra”– ostentaba una tenacidad fatal, que retrotraía 1991 a 1982 y 1983. Y pese a los recaudos de sus organizadores –no “echar a patadas a estos charlatanes”– ninguna agencia noticiosa de cierta importancia rescató el segundo acto de la jornada.

Que la perspectiva dominante en los medios de comunicación siguiera reproduciendo la vieja imagen contestataria y tumultuosa de “los chicos” tenía su correlato en el espacio que la sociedad había preparado para ellos: más que el de legítimos contestatarios de la conducción militar del conflicto⁹¹, el de un sector de menores, inocentes y víctimas. Pureza y juventud, rebeldía e inmadurez, seguían fijadas en el imaginario argentino como el único marco de interpretación posible de una nueva identidad condenada. En las conclusiones ensayamos algunas razones de semejante pertinacia.

90 La noticia estaba llena de imprecisiones. Por ejemplo, yo nunca escuché que se abucheara a Galtieri, sino a Menéndez y a Rojas.

91 No es llamativo que uno de los volúmenes con mayor número de ediciones haya sido *La Trama Secreta*, de Raúl Cardoso, Adolfo Kirschbaum y Ricardo Van der Kooy, tres notorios periodistas del diario argentino con mayor tiraje y cobertura, *Clarín*, que se transformó en pocos años en una empresa multimedia dueña de varios diarios, un canal de TV abierta (13), un canal de cable (TN), una empresa de televisivo por cable (Multicanal) y una emisora radial (Mitre). *La Trama Secreta* (1983), fue reeditada con algunos anexos y datos actualizados en 1992, y es un volumen crítico acerca de las bambalinas del poder político, militar y diplomático durante el conflicto.

Conclusiones
LA SUBVERSIÓN ESTATAL
de UNA identidad NACIONAL

Empezamos este volumen preguntándonos qué fue Malvinas para los argentinos, y afirmando, junto al sentido común de muchos argentinos, que tanto la guerra como sus protagonistas civiles se encontraban relativamente ausentes de la literatura sobre la época y de la memoria colectiva. Podemos ahora ponderar esa ausencia como la respuesta a la perplejidad generada por el único hecho que técnicamente puede denominarse “bélico” en el siglo XX de este país. Cabe ahora explorar más profundamente el carácter de esa perplejidad y sus efectos en los modos en que los argentinos han integrado su guerra a su historia, y por lo tanto, a su porvenir.

En verdad la ausencia de Malvinas, frecuentemente traducida en el lenguaje corriente como “olvido” o “silencio”, no ha sido tal. La guerra ingresó a la cotidianidad de los argentinos en forma de monumentos, conmemoraciones, fechas no laborables, condecoraciones y narraciones escritas y orales difundidas por los medios de comunicación, los libros y revistas, las biografías y los rumores y anécdotas. ¿Por qué entonces “ausencia”, “olvido” y “silencio”? Quizás porque los argentinos tuvimos muchas dificultades, o llanamente nos negamos, a conferirle a la guerra de Malvinas su especificidad. Por eso empecé este libro recordando la perspectiva analítica según la cual “Malvinas” fue una más de las tantas tropelías cometidas por un régimen omnímodo que terminó en el desastre. Esto es: en buena parte de la literatura especializada proveniente de las ciencias políticas y la historia contemporánea, Malvinas no fue una guerra internacional sino una chirinada y un fiasco del más cruel autoritarismo.

Tomando esta interpretación como “genuinamente argentina” y por lo tanto como objeto de análisis en sí misma, decidí contraponer la ausencia de investigaciones específicas sobre el tema, a las múltiples voces de civiles y militares que cada tanto se refieren a Malvinas como una era gloriosa de unidad nacional, como una dolorosa pérdida, como una causa imprescriptible, o como una experiencia única e incomprensible. Vimos entonces que distintos sectores de la sociedad, el Estado y la política hablaban de Malvinas no sólo como una cuestión de soberanía territorial pendiente y necesariamente postergada desde la rendición; hablaban de Malvinas no sólo como un hecho bélico en el cual se computan

tantos aviones caídos por tantos barcos hundidos, tantas vidas británicas por tantas otras argentinas. Todos esos sectores frecuentemente hablaban de Malvinas refiriéndose a uno de sus protagonistas directos, los ex soldados. Durante los 74 días de la presencia argentina en el archipiélago, fueron los “soldados” el principal cometido de solidaridad continental y de participación civil; y fueron después los “ex soldados” el principal objeto de atención civil y de preocupación militar. Fueron también los ex soldados quienes vociferaron la cuestión “Malvinas” –la causa nacional y la guerra internacional– en lugares y en tiempos considerados “poco adecuados” por el resto de los ciudadanos, los políticos y las FF.AA. Y sin embargo, su ausencia de la literatura que analiza el legado del Proceso en el subsiguiente período democrático, sigue siendo conspicua.

Parte de esa ausencia responde a un supuesto tan compartido como no explicitado: los jóvenes que fueron al Atlántico Sur en calidad de soldados conscriptos, junto a sus jefes y demás cuadros profesionales, eran no sólo la sección menos instruida del bando argentino; eran, a la luz del resultado final de la guerra, la sección más débil y a menudo la más expuesta, de un aparato ineficiente en el plano internacional, y autoritario para con sus propios ciudadanos. Los conscriptos, como suelen afirmar los expertos en cuestiones militares, no sirven para la guerra de la era de alta tecnología. Y sin embargo, los clase 62 y 63 fueron enviados al campo de batalla, siguiendo una tradición estatal argentina que incorporó entre 1901 y 1995 a una porción significativa de jóvenes varones a la vida militar.

Este libro ha sido escrito desde un supuesto alternativo al sentido común prevaleciente, pero partiendo de él. Ese supuesto es que negar la presencia de los ex soldados de Malvinas en la literatura analítica sobre la guerra del 82, sobre el Proceso en su retirada, y sobre el primer decurso democrático, implica confirmar la premisa de los comandantes de las operaciones y del régimen, premisa que concuerda extrañamente con la de los analistas críticos: que los argentinos pueden ser manipulados desde el poder y arrastrados a las más impensadas aventuras. Por lo tanto, aquí intenté dar cuenta de qué significó Malvinas para distintos sectores de argentinos, sus puntos divergentes y sus puntos de acuerdo, esto es, qué hemos hecho de los sucesos del ‘82, y por qué. Para ello elegí acompañar el proceso en el que dichos sectores coincidieron, al menos, en la creación de un nuevo grupo social, el de los ex soldados. Las preguntas que abordaré en las últimas páginas se refieren a ellos pero están protagonizadas por los conjuntos restantes: ¿en qué consistió esa creación, a la que llamaré “identidad”? ¿Qué rasgos le han sido adscriptos? ¿Cuáles permanecieron y cuáles se modificaron a lo largo de la primera década de postguerra? ¿Quiénes participaron en su construcción? ¿En qué coincidieron y en qué difirieron sus constructores? Por último, ¿por qué esos diversos sectores necesitaron crear

una nueva identidad social pública de esas características y referida exclusivamente a Malvinas? ¿Qué dice esa identidad de los ex soldados y qué de quienes contribuyeron a forjarla?

El término “identidad” suele ser entendido como una figura social colectiva que supone un conjunto finito y distintivo de rasgos o atributos, que distinguen a esa figura de las demás. Dos son los problemas de esta definición, implícita en la palabra “identidad” que supone una igualdad consigo mismo a través del tiempo. El primero es que difícilmente esa estabilidad y el mantenimiento de todos los rasgos se observen en la realidad; los grupos humanos, cualquiera sea su definición, se modifican en sus prácticas según la época y los contextos sociales y culturales en que les toca actuar. Y sin embargo, es posible que un rótulo como el de “judío”, “vasco” o “bereber” siga siendo utilizado por propios y extraños, pese a que un judío coma jamón, un vasco no hable euskadi y un bereber se afine en El Cairo. El segundo problema es que tal definición de identidad termina objetificando, esto es, transformando en objeto, a los rótulos sociales, sin permitirnos detectar los usos que hacen de ellos tanto quienes se les autoadscriben como quienes los autoadscriben, y sin permitirnos evidenciar, eventualmente, su desaparición.

Por mi parte, utilizaré el concepto “identidad” como la definición de una posición social como punto de encuentro y de cruce de relaciones sociales. Como tantas otras cosas en el mundo, la existencia de grupos sociales depende de que los mismos sean socialmente reconocidos. Las identidades sociales, ya sean étnicas, religiosas, políticas, regionales o nacionales, dependen precisamente del lugar que se supone que quienes las detentan o caen bajo su denominación, ocupan en una sociedad.

Desde esta perspectiva es evidente que los ex soldados deben su denominación como “chicos”, “ex combatientes” y “veteranos de guerra” precisamente al reconocimiento de su existencia por parte de la sociedad argentina. Pese a que los ex soldados han bregado continuamente por su reconocimiento, la paradoja es que lo han sido; de lo contrario, no hubieran recibido ninguna denominación.

Ahora bien. En la construcción de la figura del ex soldado los militares, los adultos civiles y los ex soldados se han referido a ella como a un grupo de edad (jóvenes, chicos, veteranos) que debía ser reintegrado, de algún modo, a una entidad mayor. Este énfasis, que acompañó la mayoría de las consideraciones sobre los ex soldados en distintos momentos de la primera década de postguerra, llevaba implícito un supuesto: que los ex soldados estaban afuera. Y como generalmente dichas consideraciones se pronunciaban desde la Nación Argentina, y se orientaban a beneficiar a los ex soldados con el goce de

derechos de los que aparentemente estaba privados y de los que ya gozaban los demás ciudadanos, es muy probable que la necesidad de reintegración se refiriera a “la Argentina” entendida como una comunidad, un Estado y/o una Nación. Es sin embargo extraño que esta reintegración se postulara precisamente para quienes debieron desplazarse espacialmente (irse) para defender a la patria, esto es, para quienes fueron investidos y en su momento reconocidos como custodios de la Nación y, además, como los ya iniciados en un sistema de nacionalización estatal tradicionalmente practicado en el siglo XX como fue la conscripción. Si los ex soldados fueron parte del espíritu de la nación, y las entrañas del Estado argentino mientras estuvieron “bajo bandera”, ¿qué pasó después para que todos coincidieran en la necesidad de “re-integrar-los”?

Para averiguarlo exploraré las dos dimensiones elementales y constitutivas de la entidad “nacional”, que es en nombre de lo cual se propone reintegrarlos: el espacio y el tiempo. Así, la reintegración puede cobrar tres sentidos: la restitución espacial de seres territorialmente desplazados; la restitución a un espacio categorial definido; y la restitución de seres temporalmente dislocados en una trayectoria, por ejemplo, al no haber completado cierto tránsito para la consecución de determinado objetivo.

La demanda de “reinserción” supone, entonces, una condición de hallarse “fuera de” o “al margen” de donde se supone que alguien debe estar. En la Argentina dicha exterioridad suele referirse como “marginalidad”, un término empleado a veces explícita y a veces implícitamente por los ex soldados (“estamos marginados”) y por la comunidad en general (“a los ex combatientes se los margina”). En el pensamiento sociológico nacido en los 1950-60, “marginalidad” aludía a un espacio urbano segregado o al margen, poblado por sectores sumidos en la pobreza y la exclusión, generalmente los residentes de villas miseria, espacios segregados en los conglomerados urbanos. Pero la “marginalidad” puede aludir también a un estadio propio de las transiciones sociales y a una ubicación en los intersticios de posiciones institucionales establecidas. Desde la antropología, algunos autores han llamado a estas marginalidades como “liminalidad”.

En el primer sentido –transiciones sociales– la liminalidad alude a un “umbral” o “margen” inherente al pasaje de un *status* social a otro (soltero-casado, vivo-muerto, infante-adulto, etc.) que las sociedades humanas han acompañado y enmarcado en instancias altamente ritualizadas. Arnold Van Gennep dividía a los ritos de paso en tres fases: “separación” del individuo o el grupo, de la estructura social y las categorías culturales corrientes de la sociedad; “liminalidad” del sujeto transicional en una posición ambigua con “pocos o ninguno de los atributos del estado anterior o por venir”; y “reincorporación” del sujeto a la estructura social, ahora con las obligaciones y derechos de su nueva posición (1960). Victor Turner describió la condición “liminal” como

un “estar ni aquí ni allá”, “en medio de posiciones asignadas y conformadas por la ley, la costumbre, la convención y el ceremonial”. Sus “atributos ambiguos e indeterminados se expresan en una rica variedad de símbolos” y en su homologación “a la muerte, a la invisibilidad” (Turner 1969:95). Por eso quienes “pasan” juntos comparten una camaradería e igualitarismo intensos, un “momento adentro y afuera del tiempo, y adentro y afuera de la estructura social secular” (Ibíd.:96).

Pero la liminalidad no se limita a tránsitos temporales; también es referida, en una segunda acepción, a cierta condición que no corresponde plenamente a las condiciones institucionalmente establecidas por una sociedad. Quienes son liminales en este sentido son inclasificables, como sucede con los que están “fuera de la ley”, o los que viven “en el medio de” dos jurisdicciones, como se suele concebir a los habitantes de las áreas de frontera internacionales.

En su análisis de la relación entre nación y masculinidad en la Argentina, Eduardo P. Archetti concluye que la imaginería masculina nacional presentada por los protagonistas del polo, el tango y el fútbol, los dominios culturales que han hecho famosa a la Argentina y modelado la autoimagen mítica de los argentinos, “no es la oficial” (1999:189; mi traducción). Sus personajes principales –el jugador de fútbol, el polista, y el bailarín de tango o compadrito– “se convierten en signos de la nación porque son, en muchas y variadas formas, ambivalentes y ambiguos, y amenazan los códigos morales establecidos” (Ibíd.). Diego Maradona, llamado el “*pibe de oro*”, refiere precisamente a un chico en su condición de carencia moral e irresponsabilidad social, “libre de fuertes sentimientos de culpa” (Ibíd.:184); ser un pibe es “sentir la presión de la autoridad de la familia, los padres, la escuela”, pero también “que es más fácil ver los aspectos positivos y perdonar las imperfecciones” (Tomás en Archetti 1999:182). Este modelo de interpretación está anclado en el desorden potencial: los pibes nunca serán hombres maduros (Ibíd.:184-5). Sus cualidades son la libertad, la creatividad y un estado de perfección cultural que convierte a la liminalidad en una condición permanente y deseada.

Las reflexiones de Archetti sugieren al menos dos ideas relevantes para el caso de los ex soldados. Por un lado, la liminalidad no sólo es constitutiva de las nociones que los argentinos tienen sobre la masculinidad y la persona, sino que también es constitutiva de su atribución ideal a figuras reconocidas como nacionales (como en el tango, el fútbol y el polo). Así, la liminalidad sería un rasgo necesario y mediador entre ciertas identidades sociales y su reconocimiento como “genuinamente nacionales”.

Por otro lado, esta condición sería inversamente proporcional a la capacidad del Estado para representar a la Nación. Los personajes que Archetti define como liminales, emblemáticos de lo argentino, tienen un origen periférico: el jugador

de polo evoca al gaucho, hombre de campo sin patrón, con cuentas pendientes con la ley y desertor de la milicia; el “pibe” jugador de fútbol nace como tal en el potrero, un espacio urbano baldío ocupado por los chicos humildes del barrio; el compadrito circula por los arrabales porteños, en las afueras del centro. En esta condición, que se eterniza en la liminalidad misma, la masculinidad no tiene lugar “para la familia, el trabajo y la paternidad” (Ibíd.:189).

El proceso de construcción de la figura social de los ex soldados que hemos revisado en este libro introduce una novedad, y es que ésta tampoco tiene lugar para –o no reconoce ni se subordina a– la autoridad estatal como garante de la reproducción social. A diferencia del pibe, el compadrito y el gaucho, el ex soldado nació de las entrañas de la organización jerárquica y clasificatoria por excelencia, la institución militar, donde un conjunto definido de obligaciones acompaña e inviste a cada miembro y cada rango en la verticalidad del mando. Lo llamativo es, precisamente, que en la concepción general y en la de los ex soldados mismos, haber atravesado la conscripción no les ha garantizado la concreción del pasaje a la plena ciudadanía y a la adultez.

Desde 1901 muchas “clases” o promociones pasaron el rito militar de nacionalización estatal hacia la ciudadanía masculina. Como en la mayoría de los modernos Estados-nación la conscripción es un estadio con una exigente instrucción técnica y jerárquica, en el cual los “pibes” o “chicos” se separan de sus familias y se entrenan para matar o morir por la Patria pero fundamentalmente, y según el saber popular, para “hacerse hombres”. En contraste con otros países como Gran Bretaña o los Estados Unidos, la arena internacional no ha sido el escenario principal donde los conscriptos argentinos han desplegado sus aptitudes. Más bien solían desempeñarse en tareas administrativas y domésticas a menudo sin relación con su máximo objetivo, la guerra; ello se pone de manifiesto en la ironía subyacente a la denominación popular del conscripto: el “colimba” *corre-limpia-barre*.

Sin embargo, la reacción general de apoyo a la recuperación de las Islas y las remesas desde el continente durante el conflicto, mostraron que la mayoría de los argentinos aún creía que la conscripción era un medio de reclutamiento adecuado para hacer la guerra y defender a la nación⁹². Desde el 2 de abril de 1982 todos prestaron su acuerdo, explícito o tácito, a que los conscriptos estuvieran en Malvinas resistiendo a los “usurpadores ingleses”.

La opinión se modificó abruptamente después del 14 de junio debido al resultado final de la guerra y a las revelaciones de los recién llegados, quienes

92 En contraste, la intervención de los conscriptos en el conflicto interno o “guerra contra la subversión” nunca fue objeto de celebración; la decisión de Menem de hacer desfilar a los “veteranos de la guerra contra la subversión” junto a los de Malvinas el día de la Independencia (9 de julio) en 1990, fue superada la pronta reacción de condena del público y las fuerzas políticas.

deberían efectuar un pasaje a la vida civil, mientras los argentinos efectuaban el tránsito a la instauración democrática. Fue recién entonces que nació el ex soldado como una figura liminal marcada por la ambigüedad y la marginalidad.

Después de la desilusión por la derrota, civiles y militares que habían participado del entusiasmo malvinero quisieron creer que el conflicto sudatlántico podía ser tratado como otro episodio de la turbulenta historia política argentina, esto es, como un emprendimiento de los dictadores de turno, suponiendo que dejando atrás la dictadura se olvidaría su aventura y, por ende, a sus promotores. Pero esta operación implicaba volver atrás el reloj y restituir a los ex soldados a un *status* antebélico, lo cual conllevaba devolverlos a un sitio de minoridad. Precisamente, las disputas cívico-militares por la guía y supervisión de la “reinserción” de aquellos jóvenes confirmaban que éstos eran visualizados como fuera de la sociedad, pero además como menores. Desde esa perspectiva los adultos no contemplaban su reagregación a un nuevo *status* (tercer estadio), sino que los fijaban en algún punto entre el inicio y el medio del pasaje.

Los ex soldados adoptaron la ambigüedad y marginalidad de su identidad para ratificarlas y contestarlas a la vez. Forjados como soldados de Malvinas por la iniciativa del Proceso, se encontraron luego con la derrota militar argentina y con la derrota política del régimen que emprendió su veloz retirada. Exactamente en el límite o margen del sinsentido, los ya ex soldados iniciaron prontamente un arduo trabajo sobre el pasado para convertir la debilidad en fortaleza, y la periferia en centro. A través de organizaciones autónomas, actos conmemorativos y declaraciones públicas, los ya ex soldados se empeñaron en diferenciarse de los militares y los civiles; de aquéllos por su participación en la guerra interna contra sus connacionales; de la sociedad civil por su inexperience bélica y su trivialidad. Únicos testigos del desempeño de los militares argentinos en combate contra una fuerza regular extranjera, habían combatido con ellos, pero no eran responsables de sus errores, abusos y mezquindades. Podían reivindicar a la empresa malvinera como nacional, pues su asistencia al sur se había efectuado dentro del mandato constitucional de la conscripción, sosteniendo la justicia de una causa nacional ampliamente compartida.

Desde esta identidad incontaminada e indivisa como autoridad histórica y moral de entrega nacional, los ex soldados aspiraban a ingresar a la sociedad argentina y, muy en particular, al campo político con el fin de constituirse en la legítima y genuina autoridad sobre Malvinas y, por consiguiente, sobre la Nación. Por eso rechazaban la liminalidad que se les atribuía como denotando carencia (“los pobrecitos”), invisibilidad (“llevados de las narices”) y desconocimiento (“¿mataste, tuviste hambre, tuviste frío?”). Pero para acometer sus objetivos, asociaron su novel identidad, primero, en alianza con las juventudes políticas, con quienes compartían, además de jerga e ideología, el sentido he-

roico de la liminalidad patriótica, contra la presión de los mayores en la familia, los partidos y la milicia, todos ellos responsables de la caída argentina y luego, la desmalvinización. Los jóvenes radicalizados a quienes evocaron en el primer aniversario del 2 de abril⁹³ y blanco preferido del terrorismo Justicialista desde 1974 y del Proceso desde 1976, no llegaron a la adultez ni a integrarse en una nueva institucionalidad política, permaneciendo como seres liminales jóvenes-subversivos-revolucionarios. Al volver del frente los ex combatientes se internaron, en vida, en la liminalidad.

En un segundo momento, los ex soldados replicaron y confirmaron sus propósitos de plena integración o reinserción en la condición de “veteranos”, en alianza real o imaginaria con los oficiales rebeldes. Esta asociación se debía más a la identificación de modelos pares dignos en la experiencia austral, que a la resistencia de dichos oficiales contra los juicios por violaciones a los derechos humanos.⁹⁴ Pero esta alianza, indefectiblemente ligada a la lógica de la “guerra sucia”, dejó su marca en la renombración de los “ex combatientes” como “veteranos de guerra”, y en la división del movimiento.

Desafiando el sistema de clasificación corriente de los argentinos, todas las partes que contribuyeron a forjar la identidad de los ex soldados de Malvinas, coincidían en que éstos no eran ni adultos ni niños, ni militares ni civiles, ni de la derecha ni de la izquierda, ni de la dictadura ni de la democracia. Es decir: todos coincidían en atribuirles una condición liminal o marginal tanto en el desarrollo del ciclo vital, como en el ámbito institucional. Sin embargo, esta identidad liminal de reintegración pendiente no se presentaba como resultado de un conflicto internacional sino entre argentinos, ya fueran civiles y militares, ya fueran distintas generaciones. Esta imagen difiere de la que prevaleció en 1982.

Primero, y en relación al desplazamiento territorial, el argumento de la reintegración no era evidente en los arribos durante la guerra; “nuestros héroes” y “nuestros soldados” eran bienvenidos como parte de la comunidad argentina. Este sentido de pertenencia correspondía a la continuidad territorial establecida por la recuperación nacional de las islas. En la posguerra, en cambio, Malvinas

93 Una extensa porción de jóvenes alineados en la llamada “Juventud Peronista” aspiraron sin éxito a institucionalizarse al interior del Movimiento, como la “cuarta rama”, junto a las otras tres agrupaciones de más larga data en el peronismo: la rama femenina, la política y la sindical. Aquellos jóvenes pretendían instaurarse como “jóvenes”, no como adultos políticos, gremialistas o mujeres. La tensión interna al Justicialismo entre la “JP” y aquellos sectores que los jóvenes consideraban cooptados por el poder y contrarios a la revolución peronista o “nacional”, cobró su punto culminante cuando el mismo Perón les replicó públicamente en la Plaza de Mayo, calificándolos de “estúpidos” e “imberbes”, esto es, como aspirando a una condición de plena adultez, que no tenían.

94 Rico llamó a su grupo político Movimiento por la Dignidad Nacional (MODIN) que tuvo breve pero vigorosa vida entre 1990 y 1995.

y quienes estuvieron allí aparecieron como entes territorialmente desplazados que no pertenecían ni a las islas ni al continente, volviendo “de noche por la puerta trasera” como todos, cuadros y conscriptos, suelen recordar.

Segundo, y con respecto a la liminalidad de la transición social, el argumento de la conscripción como abuso militar sobre chicos indefensos, contrastaba con la naturalización de la conscripción, ni siquiera cuestionada cuando unos 130 conscriptos desaparecieron de sus unidades militares bajo el terror del Proceso. Tras el regreso de los soldados, la transición de chicos a adultos cuyo sacerdote iniciático debió ser el brazo armado del Estado, no podía concretarse; haber peleado en una guerra no los había convertido ni en hombres ni en ciudadanos plenos.

Tercero, y con respecto a la liminalidad como posición social, después de su baja los soldados no cabían en una categoría definida. Su reintegración pendiente expresaba la perplejidad de los argentinos ante la ambivalencia de este tipo social que derivaba de una experiencia concebida, en su momento, como neta y genuinamente nacional. Por su parte, los ex soldados contestaron esa perplejidad negándoles autoridad a sus “instructores mayores”. Los ex soldados no eran ni civiles ni militares y sin embargo, eran las dos cosas, ambigüedad difícil de aceptar en un período en que una profusa polarización política se expresaba en la antinomia civil-militar.

El contraste entre lo que ocurrió en el pasado y lo que la gente dice que ocurrió, es el núcleo de los estudios sobre la memoria social. Una nutrida literatura nos ha enseñado que la memoria es social, creativa, y sobre todo, hija del presente. La identidad liminal de los ex soldados es el fruto de los trabajos sobre la memoria que han encarado los argentinos con su guerra. Esos trabajos presentan a Malvinas como una confrontación cívico-militar mucho más parecida al terrorismo estatal que a una guerra internacional. ¿Por qué, si en su momento Malvinas se vivió como un conflicto bélico entre dos naciones Estado, fue luego traducida en un conflicto interno? Parte de la respuesta, creo, reside en las razones por las cuales todos los sectores sociales y políticos, incluyendo a los ex soldados mismos, le asignaron a éstos una identidad liminal. Mi respuesta es doble: una es la popularidad, principal diferencia con la guerra sucia/terrorismo de Estado; la otra es un rasgo que ambas empresas comparten: la subversión estatal de las transiciones sociales.

Con respecto a la primera, y pese a sus críticas, oficiales y suboficiales se empeñan en afirmar la popularidad de la causa y de la guerra en el momento de su ocurrencia, condenando el olvido y la indiferencia de los civiles hacia lo ocurrido y, también, a su propio involucramiento. También visualizan la popularidad de Malvinas en el carácter civil de los ex soldados quienes debían regresar a sus lazos (civiles) originarios. Pero esta “civilidad” era una espada

de doble filo, ya que a raíz de los ex soldados, la sociedad se sentía habilitada a reclamar y comentar sobre la guerra, una cuestión estrictamente militar. Los adultos civiles, pues, reconocían la popularidad de Malvinas indirectamente, reclamando al Estado por sus deberes hacia los chicos-subalternos, y presentándose como absortos y engañados por las instituciones armadas durante y después de la guerra, como muestran las anécdotas de los chocolates y del hambre. Por su parte, los ex soldados se apoyaban en la popularidad de Malvinas al forjarse como una generación autónoma contra la desmalvinización. La “guerra absurda” surgía de una causa justa que la gente ahora ignoraba, como si al mismo tiempo ignorara a sus hijos.

Y los ex soldados, a su vez, des-conocieron a sus mayores en concordancia con previas coyunturas argentinas. La responsabilidad del Estado en haber conducido a los chicos al Teatro, y a los civiles al fervor nacional, era interpretada en la postguerra como el fracaso en recuperar las islas y en dirigir el pasaje de chicos a ciudadanos y hombres. Llamativamente, igual que bajo el terrorismo de Estado, los oficiales de Malvinas aparecían alterando las transiciones territoriales y sociales una vez más: los desaparecidos no habían sido velados ni enterrados, los chicos no podían ser reintegrados, y las islas se abandonaban al limbo de la discutida ocupación británica. Sin embargo, y en contraste con otros seres liminales de la moderna Argentina (guerrilleros, jugadores de fútbol y gauchos), los ex soldados no venían de los márgenes de la sociedad sino de las entrañas mismas del poder estatal y de su mayor rito (militar) de nacionalización.

Así, la liminalidad de los ex soldados impresa como “identidad nacional”, venía a expresar, en vasto consenso, la dilemática relación entre los argentinos y su estado; por un lado, expresaba la sorpresa de los argentinos no con la guerra en sí, sino con su propio apoyo a la iniciativa de una cruel dictadura que se arrogó la exclusiva y absoluta representación de la nación, y que además perdió el único objetivo que unió a todos los argentinos; por otro lado, denunciaba al Estado militar como principal agente subversivo del orden social que se proponía restaurar.

Bibliografía

- ACUÑA, Carlos H. et al., (1995) *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ARCHETTI, Eduardo, (1999) *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*. Oxford: Berg. Versión en castellano, 2003, *Masculinidades. Fútbol, Polo y el Tango en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- BALZA, Martín Antonio, comp., (1989) *Relatos de soldados*. Buenos Aires: Ejército Argentino, Biblioteca del Suboficial, 154.
- BETHELL, Leslie, ed. *Argentina. Since Independence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BORÓN, Atilio., (1988) "The Malvinas War: Implications of an Authoritarian State". In *Latin America. Peace, Democratization & Economic Crisis*, José Silva Michelena, ed. United Nations University. London: Zed Books, 133-148.
- BRUBAKER, Rogers, (1992) *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge MA, Cambridge University Press.
- CAVAROZZI, Marcelo. (1985) "Peronism and Radicalism: Argentina's Transition in Perspective." En *Elections and Democratization in Latin America 1980-1985*, Paul Drake and Eduardo Silva, eds. Center for U.S.-Mexican Studies, Institute of the Americas, University of California, San Diego.
- CAVAROZZI, Marcelo, (1986) "Political Cycles in Argentina since 1955." In *Transitions from Authoritarian Rule. Latin America*, Guillermo O'Donnell, Phillip Schmitter and Lawrence Whitehead, eds. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- CEBALLOS, Enrique M. y José R. BURONI (1992) *La medidina en la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Círculo Militar.
- CENTRO DE EX SOLDADOS COMBATIENTES EN MALVINAS, (1982) *Declaración de Principios*, 26 de Agosto.
- COLLIER, Ruth Berins and David Collier, (1991) *Shaping the Political Arena*. New Jersey, Princeton University Press.
- CONADEP – Comisión Nacional por la Desaparición de Personas, (1985) *Nunca Más*. Buenos Aires: EUDEBA.
- CORRADI, Juan E., (1985) *Argentina: The Fitful Republic. Economy, Society and Politics in Argentina*. Boulder: Westview Press.
- COSTA, Eduardo José, (1988) *Guerra bajo la cruz del sur*. Buenos Aires: Hyspamérica.

- FARWELL, Byron, (1982) "The Gurkha Reputation." In *Marine Corps Gazette*, October, 66: 46.
- FARWELL, Byron, (1984) *The Gurkhas*. London: W.W.Norton & Company.
- FILC, Judith, (1997) *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- FOX, Richard G., ed.,(1990) *Nationalist Ideologies and the Production of National Cultures*. Washington DC: American Anthropological Association.
- GENTE, *Revista*, (1990) "¡Justo aquí!". Buenos Aires, 17 de mayo.
- GREENFELD, Liah, (1992) *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Cambridge: Harvard University Press.
- GUBER, Rosana, (1996) "Las manos de la memoria." En *Anuario Antropológico / 95*, Universidad de Brasilia, 191-225.
- GUBER Rosana, (2000a) "¡Felices Pascuas! La ritualización entre la democracia y la dictadura". *Mosaico. Revista de Ciências Sociais* ano 2, 1(2):119-139. Departamento de Ciências Sociais, Centro de Estudos Gerais Universidade Federal do Espírito Santo.
- GUBER, Rosana (2000b) "La nacionalización de 'Malvinas'. De cuestión diplomática a causa popular". Avá n.1:57-74. Revista del Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina.
- GUBER, Rosana, (2001) *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GUBER, Rosana, Sergio VISACOVSKY y Sabina FREDERIC, (1999) "Dualismo y demonización: genealogías de autoritarismo y de violencia en torno al Proceso de Reorganización Nacional". III Reunión de Antropólogos del Mercosur, Posadas, Misiones.
- HASS, Kristin Ann (1998) *Carried to the Wall*. Berkeley, University of California Press.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, (1970) *El Revisionismo Histórico Argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- HOBBSBAM, Eric, (1990) *Nations and nationalism since 1780 - Programme, myth, reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KINZER-STEWART, Nora, (1988) *South Atlantic Conflict of 1982: A Case Study in Military Cohesion*. U.S.Army, Research Institute for the Behavioral and Social Sciences, Research Report 1469.
- KON, Daniel, (1982) *Los Chicos de la Guerra- Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*; Buenos Aires: Editorial Galerna.

- MIDDLEBROOK, Martin, (1989) *The Fight for the Malvinas*. Penguin Books.
- NEIBURG, Federico, (1997) *Os intelectuais e a invencao do peronismo. Estudos de Antropologia Social e Cultural*. Sao Paulo: EDUSP.
- O'DONNELL, (1979) "Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy." In *The New Authoritarianism in Latin America*, David Collier, ed., Princeton, Princeton University Press:285-318.
- (1982) *El Estado burocrático-autoritario: 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editora de Belgrano.
- O'DONNELL, Guillermo; Philippe C. SCHMITTER and Laurence WHITEHEAD, eds. (1986) *Transitions from Authoritarian Rule. Latin America*. Baltimore, Johns Hopkins University.
- PERALTA RAMOS, Mónica and Carlos H. WAISMAN, eds. (1987) *From Military Rule to Liberal Democracy in Argentina*. Boulder, Westview Press.
- PITT-RIVERS, Julien (1979) *Antropología del Honor o política de los sexos*. Barcelona: Editorial Crítica.
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana, (1992) *Un nationalisme de deracines. L'Argentine pays malade de sa memoire*. Paris: Editions du CNRS.
- RODRÍGUEZ MOLAS, Ricardo, (1983) *El servicio militar obligatorio*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- SHUMWAY, Nicholas, (1991) *The invention of Argentina*. Berkeley, University of California Press.
- TORRE, Juan Carlos y Liliana De Riz, (1993) "Argentina since 1946." In *Argentina. Since Independence*, Leslie Bethell, ed., Cambridge: Cambridge University Press:243-401.
- TRAIN, Harry D., (1988) "An Analysis of the Falkland/Malvinas Islands Campaign." In *Naval War College Review*, XLI (1):33-50.
- TROUILLOT, Michel-Rolph, (1990) *Haiti. State against Nation*. New York: Monthly Review Press.
- TURNER, Victor, (1969) *The Ritual Process*. Ithaca, Cornell University Press.
- VAN GENNEP, Arnold, (1960) *The Rites de Passage*. Chicago: The University of Chicago Press.
- VERDERY, Katherine, (1993) "Whither 'Nations' and 'Nationalism'?" in *Daedalus* 122(3):37-46.
- WATSON, Bruce W. y Peter M. DUNN, (1984) *Military Lessons of the Falkland Islands War: Views from the United States*. Boulder, Westview Press.

